

SIMBAD

ELENA POIRIER

n.º 227

SOLITARIO BILL



\$ 5.—

Juan y Juanita

CAPITULO V.— SOLOS EN EL MUNDO.



1. Juan y Juanita llegaron al pueblo de Arpajón en busca de su tío Roberto. Una vieja mujer que les abrió la puerta contestó: “—¿Buscan al señor Morvan? Llegan tarde, niñitos. Hace dos años que está bajo tierra”. Y, al decir esto, sus ojos relumbraron malignamente.



2. Con una seca risilla volvió a cerrar la verja, mientras Juan y Juanita se alejaban. La rubia niña no pudo contener las lágrimas. “—Estamos solos en el mundo”, sollozaba. Juan la consoló: “—No te desesperes, hermanita. Quizás un día encontremos a nuestra querida mamá.”

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 6-1-1954 — N.º 227

“El señor Roberto Castellblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas”.

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 240.—
Semestral: \$ 120.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Suscr. Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

El Jorobado

CAPITULO XI.—Prisionera.



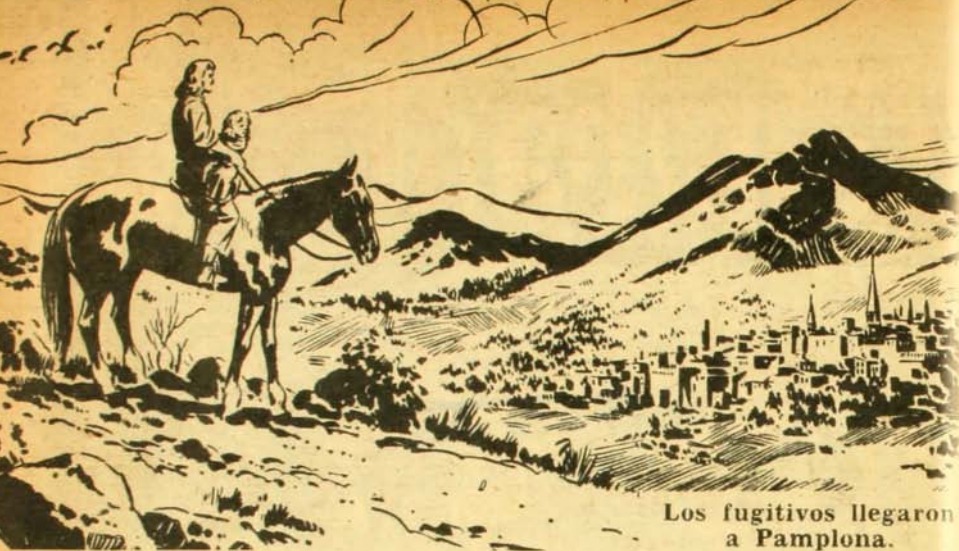
La pequeña Aurora de Nevers intentaba recordar su brumosa infancia. Cuando interrogaba a su padre adoptivo, Enrique de Lagardere, el joven guardaba silencio.

—Enrique, ¿aún no puedes darme noticias de mi madre? ¿Por qué huímos? ¿Qué misterio hay en mi vida?

—Más tarde te diré, más tarde —contestó él, abrazándola, con más fuerza y después añadió con tristeza—: ¿Te has cansado de llamarme padre?

Aurora reclinó su cabeza sobre el hombro de Lagardere. Había sido para ella padre y madre, a la vez. Los besos de su verdadera madre no hubieran podido ser más dulces que sus caricias. Porque él, tan valiente y a veces tan terrible, poseía una ternura que la conmovía y despertaba una profunda adoración en su corazón infantil.

Los fugitivos llegaron a Pamplona. La niña observaba admirada los campanarios y las casas altas y sombrías que le impedían ver el cielo. Con el escaso dinero que le quedaba, Enrique alquiló una habitación. Desde aquel instante, Aurora quedó prisionera. En las montañas, podía aspirar aire puro, cruzar campos floridos y jugar con niños de su edad. Ahora estaba encerrada entre cua-



Los fugitivos llegaron a Pamplona.

tro paredes y vivía oprimida por la soledad y el silencio. Enrique salía por la mañana y regresaba al atardecer, con las manos tiznadas y la frente sudorosa. Sólo las caricias de Aurora podían devolverle la sonrisa.

Eran pobres y comían pan duro.

—Aurora —dijo un día el joven a la niña—. Aquí en Pamplona me llamo don Luis y si te preguntan tu nombre, dirás que te llamas María.

—Si te preguntan tu nombre, dirás que te llamas María.

Ella sólo sabía que se llamaba Enrique, pero ignoraba que era el caballero de Lagardere.

“Cambia de nombre por mi culpa —meditó tristemente—. Yo soy la causa de su desgracia. Por mí huye, por mí se oculta.”

Una tarde, minutos antes de la hora en que Lagardere solía regresar, dos gentiles hombres golpearon la puerta. Aurora estaba ocupada en poner sobre la mesa los humildes platos de madera. Creyendo que era Enrique, se apresuró a abrir. Al ver a los dos desconocidos, retrocedió espantada. Los caballeros eran de alta estatura



tez amarillenta y largos mostachos de enhiestas guías. El más viejo pronunció:

—A la paz de Dios, hermosa niña, ¿vive aquí el señor don Enrique?

—No, señor —negó Aurora.

Los dos navarros cambiaron una mirada. El más joven se encogió de hombros y refunfuñó:

—Don Luis.

—¡Don Luis, válgame el Señor! —exclamó el primero—, don Luis, eso es lo que quise decir.

Advirtiendo que la niña vacilaba, invitó a su acompañante:

—Pasad, don Sancho, sobrino mío. Aguardaremos aquí al señor don Luis. No tengas miedo, conejita. Sentaos, don Sancho. No es lujosa la morada del gentilhombré, pero eso a nosotros no nos importa. Fumad, si queréis, don Sancho.

El sobrino don Sancho no respondió una palabra. Su tío, don Miguel, encendió un habano y habló sin interrupción, mientras fumaba.

Cuando Aurora oyó los pasos de Enrique en la escalera, corrió a su encuentro, pero como don Miguel tenía las piernas más largas, se adelantó y desde el descansillo, dijo a gritos:

—¡Subid pronto, don Luis, mi sobrino don Sancho os está esperando desde hace media hora! ¡Gracias a Dios que llegáis! Tanto mi sobrino como yo ardíamos en deseos de conoceros. Permitidme que me presente: don Miguel de la Crencha. Soy natural de Santiago, cerca de Roncesvalles.



“Cambia de nombre por mi culpa”, meditó tristemente.

Estaba ocupada en poner sobre la mesa los humildes platos de madera.



Mi sobrino don Sancho lleva mi mismo apellido e igualmente es de Santiago. Es hijo de mi hermano don Ramón de la Crencha, alcalde mayor de Toledo. Ambos os besamos la mano de todo corazón, señor don Luis.

Don Sancho se había puesto de pie, pero no despegó los labios. Enrique se detuvo en mitad de la escalera, frunció el ceño y una expresión de inquietud, alteró su rostro.

—¿Qué deseáis? —preguntó.



—¿Vive aquí el señor don Enrique?

—¡Entrad en vuestra casa! —dijo don Miguel, apartándose cortésmente, para cederle el paso.

—¿Qué deseáis? —repitió el joven.

—En primer término quiero presentaros a mi sobrino don Sancho.

—¡Por vida del diablo! —rugió Lagardere—, decidme de una vez, qué pretendéis.

Don Miguel retrocedió y dijo presuroso:

—Nuestro primo Carlos, de Burgos, que estuvo en Francia, os conoció en París y aquí os ha reconocido, en casa de Cuenca, el arcabucero. Vos sois el caballero Enrique de Lagardere.

Enrique palideció.

—La primera espada del mundo —continuaba el locuaz don Mi-

guel—. El hombre a quien nadie resiste. No negaréis ésto, caballero.

—No lo niego —contestó Lagardere con sombría expresión—, pero lamentaréis haber descubierto mi secreto.

Cerró la puerta y don Sancho empezó a temblar.

—¡Por Dios! —clamó don Miguel, sin desconcertarse—. ¿Para qué amenazar? Os advierto que traemos los bolsillos bien repletos... Vaciamos las bolsas, sobrino.

Don Sancho, que daba diente con diente, depositó sobre la mesa dos o tres puñados de escudos.

—¡Eh! ¡Mirad! —sugirió don Miguel—, ¿verdad que no se gana tanto cincelandos guardas de espada? No os enfadéis, caballero. No hemos venido aquí a sorprender vuestro secreto ni a saber por qué el famoso Lagardere se rebaja a un oficio que estropea las manos y fatiga el pecho, ¿verdad, sobrino?

Sancho asintió, con grandes deseos de huir.

—Venimos a hablaros de un asunto de familia. Mi sobrino corteja honradamente a una linda joven de Salvatierra, pero ella se enamoró de otro. Como la ciudad no es grande, los dos jóvenes se encontraban todos los días. Mi sobrino, agotada la paciencia, alzó la mano, pero más tardío que su rival, fué él quien recibió la bofetada. ¿Comprendéis lo que significa para un Crencha recibir una bofetada? ¡Muerte y sangre! ¡Hacede feita acero para vengar esta injuria!

—Sentaos, don Sancho.



—¿Qué deseáis? —preguntó Enrique de Lagardere.



(CONTINUARA)



SOLITARIO BILL

CAPITULO XIII. COLMILLO AGUDO.



1. Inquietos por la prolongada ausencia de Connor, los vaqueros se dispusieron a salir en su busca. Antes de alejarse, Clem advirtió a Anita Cantrel: "—No salgas de la tienda. Ten cuidado". Minutos más tarde, el coyote Colmillo Agudo empezó a gruñir. No tardó en aparecer la repulsiva figura de Pete Grant.

3. "—No eres lerda, mi bella salvaje —observó con cinismo—. Pero no hablemos más. Quiero aprisionarte en mis brazos para que olvides al coyote Bill." Se acercaba a la joven, seguro de que nadie lo detendría, cuando Colmillo Agudo saltó sobre él, gruñendo furiosamente. Era el guardián de Annie y la defendía.



2. "—Annie —dijo con una torcida sonrisa—. Yo soy ahora el amo del campamento y quiero que seamos amigos." La niña contestó: "—Retírese inmediatamente. Debiera haber ido con todos... pero tal vez usted sabe dónde está Connor, con un cuchillo clavado en la espalda". Pete estalló en una risotada.

4. Comprendiendo que Pete Grant dominaba el campamento, Anita huyó. Los hombres honrados de la caravana estaban ausentes. "—¡Colmillo Agudo!", llamó, y el lobo la siguió dócilmente. Pete yacía desvanecido de terror y no pudo evitar la fuga de su prisionera, pero los centinelas hicieron fuego contra ella.



SOLITARIO BILL



5. Mientras tanto, en el reducto de los indios seminolas se desarrollaba también una tragedia. El jefe Gran Búfalo yacía en lecho de enfermo. El hechicero había preparado un brebaje y disponía a entregarlo a Estrella Errante, cuando un indio le amenazó en silencio con su puñal.



7. Con voz temblorosa, la doncella india llamó al cacique: "—Padre, vuelve de los eternos campos de caza, para reunirme con tu hija, que teme quedar sola. Bebe, para que los malos espíritus abandonen tu cuerpo". Se disponía a derramar el líquido sobre los labios inmóviles, cuando una mano de hierro la detuvo.



6. El piel roja, cuya mirada era terrible y dominadora, ofreció al brujo un frasco de veneno. El hechicero intentó resistirse, pero vio que la mano de piel cobriza empuñaba con más fuerza el cuchillo. Vertió entonces el veneno y luego dijo a Estrella Errante: "—Da esta pócima a tu padre".



8. Se levantó, asombrada, y vio ante ella a un rostro pálido, que pronunció: "—Gran Búfalo no debe probar esa ponzoña". Todos los indios, que se mantenían con los rostros apegados a la tierra, se arguyeron. "—¡Es un espía de la odiada raza blanca! —aulló el hechicero—. ¡Aprisionenlo!" Pero nadie avanzó.

(CONTINUARA)

EL RETRATO MÁGICO

En tiempos remotos, vivía un joven japonés llamado Tsum, acompañado de su esposa, Lili-Tsé.

Por aquella época, el espejo era desconocido en la aldea de Yow-cuski, a tal punto que las muchachas ignoraban la forma de sus caritas. Sólo cuando el novio describía, con entusiasmo, sus ojos almendrados, su boca fina y diminuta nariz, comprendían las bellas que poseían facciones dignas de admiración.

Cierto día, Tsum halló en la calle un espejo y lo contempló con estupor; miraba un rostro de color tostado y unos ojos oscuros e inteligentes.

—Es mi santo padre —exclamó lleno de unción—. ¿Cómo ha venido a encontrarse en medio de la calle? ¿Será quizás un aviso? ¿Algún acontecimiento extraordinario aguarda a mi familia? Estas y otras conjeturas se hacía el joven japonés, envolviendo el precioso espejo en un pañuelo y ocultándolo en el bolsillo. Al llegar a casa, lo escondió dentro de un jarrón por encontrar aquel lugar seguro, sin comunicar el hallazgo a su esposa.

—Las mujeres suelen ser poco reservadas e indiscretas —se dijo—. Mejor será que el secreto sólo sea conocido por mí.

Tsum pensaba de continuo en el retrato de su difunto padre. Muchas veces abandonaba su trabajo y se presentaba de improviso en su morada, ávido de contemplar su preciado tesoro.

La esposa, que nada sabía, se inquietaba por las frecuentes visitas del esposo. En el Japón, como en otras partes del mundo, las esposas aguardan de sus esposos entera confianza y, en caso de no recibir explicaciones de sus misteriosas acciones, acaban ellas por hacer indagaciones por su propia cuenta. Fué lo que sucedió en el caso de Lili-Tsé.

¿Qué significaban aquellas inesperadas apariciones de su esposo? Era lo que averiguaría; estrechó, pues, la vigilancia hasta llegar a persuadirse de que su esposo no abandonaba nunca la casa sin haber permanecido un rato, solo, en la última habitación.

Buscó y escudriñó sin hallar rastro alguno en el aposento qu

tanto interesaba al esposo. Por fin, un día, sus desvelos fueron premiados.

Al entrar en la habitación misteriosa, vió a Tsum colocar, precipitadamente, un jarrón lleno de rosas sobre un velador.

Apenas el esposo abandonó la casa y se dirigió de nuevo a su trabajo, Lili-Tsé buscó en el jarrón hasta dar con el espejo, y entonces, la terrible verdad apareció a sus ojos. ¿Qué es lo que veía?

El retrato de una preciosa mujer.

—Y yo, yo, que siempre creí en el cariño y lealtad de mi esposo —murmuró.

Llena de ira, volvió a mirar el espejo, y al ver su mueca airada, admiróse del mal gusto de su esposo. ¿Cómo era posible que prefiriese a una mujer de tan horrible gesto?

Desazonada, olvidóse la buena esposa de preparar la comida al esposo, quien, al llegar a su casa, quedó atónito ante tal abandono.

—¿Es ése el modo de tratarme al año de matrimonio? —dijo, indignado, a la esposa.

—Lo mismo puedo preguntarte a ti. ¿Es ése el modo de tratar a tu esposa? —repuso ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que guardas retratos de mujer en mi jarrón de rosas. Aquí está. Tómallo, tómallo, que yo para nada lo quiero. La mala mujer, la perversa mujer.

Tsum miraba a su mujer y miraba el espejo.

—No comprendo —exclamó.

Le llegó el turno a Lili-Tsé de

**Tsum encontró
un espejo.**



pasmarse. Aquello era cinismo, y jamás habría esperado semejante maldad de su adorado Tsum.

—¿Conque no comprendes? Menos lo comprendo yo. ¿Cómo puedes querer a esta horrible mujer más que a tu propia esposa? El espejo pasaba de una mano a otra y, por minutos, la discusión se iba tornando más y más acalorada.

—¿Estás loca, Lili-Tsé? ¿De qué mujer hablas? Mira, mira bien vuelve en ti.

—Miro y veo. Es una pérfida que me ha robado tu cariño.

—¿No ves que es el retrato de mi difunto padre? Lo encontré en la calle, hace algunos días. Lo oculté dentro del jarrón, para mayor seguridad.

—¿Crees acaso que soy incapaz de distinguir entre un rostro de hombre y uno de mujer? —contestó indignada Lili-Tsé.

—Cálmate. Mira bien. ¿Ves? Son sus ojos, sus facciones, rejuvenecido con la bienaventuranza.

—Eres tú el loco, o te burlas de mí.

—Te suplico, mira.

—Mirando estoy, y cada vez encuentro más horrorosa a esta mujer.

El amigo contempló el retrato mágico.



La cuestión adquirió caracteres serios; ella insistía en que su felicidad estaba destruída, en tanto que Tsum se convencía de que su mujer había perdido el juicio. El retrato según él, era la imagen viva de su respetado padre. ¿Cómo confundirlo con el de una mujer? No cabía duda, los espíritus malos se habían posesionado de su esposa.

A poco rato la discusión se hizo notoria en la vecindad. Aquellos esposos, de costumbres tan apacibles, se tornaban, repentinamente, pendencieros y bullangueros.

Acertó a pasar por la calle un amigo del matrimonio, quien, al oír las voces agriadas, entró en la casa. Antes de hacerse presente, escuchó las recriminaciones que entrambos esposos se hacían mutuamente.

—No debe continuar tal altercado —se dijo el buen amigo.

—Amigos míos —dijo, asomándose—. ¿Por qué os disputáis tan acaloradamente?

—Amigo, mi mujer ha perdido los sentidos.

—Todas las mujeres son más o menos faltas de sentido —dijo el docto amigo—. Estás muy equivocado si creiste encontrar la perfección en alguna; no hay razón, por tanto, para enfadarse a tal extremo.

—Vea usted si no hay razón —interpuso la ofendida esposa—. Mi marido guardaba, oculto en mi jarrón de rosas, un retrato de mujer.

—¿Lo veis? Está loca.

—Aún no puedo dar la sentencia. ¿Tenías tú el tal retrato?

—Juro que no tengo más retrato que el de mi difunto padre. Es



La paz reinó de nuevo en el hogar de Tsum y Lili-Tsé.

verdad que lo escondí en el jarrón para evitar que se supiera en la vecindad.

—Veamos el retrato —dijo el docto amigo.

—Aquí lo tienes —respondió, entregando el espejo, el perturbado marido.

El amigo contempló el espejo y, a medida que lo contemplaba, la turbación se pintaba en su rostro. Luego se inclinó profundamente ante él y habló con voz trémula por la emoción:

—¿Cómo habéis podido engañaros tanto?

—Ya lo ves, te has engañado —dijo Tsum.*

—Y tú me engañaste —replicó Lili-Tsé.

—Ambos se engañaron —repitió el sabio—. Este es el retrato de mi venerable padre. No comprendo cómo habéis podido equivocaros tanto al contemplar esa cara que resplandece bondad.

Con estas palabras, el sabio se marchó llevándose el espejo, a fin de colocarlo en el altar dedicado a sus manes familiares.

Los esposos, aunque no comprendieron, hicieron las paces. Había en el retrato encontrado por Tsum en la calle algo sobrenatural, incomprensible, pero no había motivo para perturbar la paz del hogar. Tsum y Lili-Tsé vivieron para siempre felices.

El retrato continuó en poder de Kamaro Kito, el amigo, quien lo guardó celosamente. Ni su mujer ni sus hijas lo hallaron jamás. Y esto fué para Kamaro Kito una gran suerte. Porque si su mujer hubiera contemplado su rostro surcado de arrugas, habría exclamado:

—¿Por qué mi marido guarda este adefecio?

Y al oír que su digna esposa llamaba "adefecio" a su venerable padre, la paz en casa de Kamaro Kito habría huído por la ventana, o por cualquier ranura. En cuanto a las niñas, habrían formado un terrible alboroto discutiendo:

—Este es el retrato de O'San, mi augusta hermana mayor.

—No, es el tuyo.


—Mientes, es el de nuestra sublime madre, cuando era joven.

—Estás equivocada, es el de Kami-Lan, la menor de nosotras.


Y las hijas de Kamaro Kito, que no eran unas japonesitas plácidas y tranquilas, hubieran conmovido a todo el vecindario con sus gritos.

Pero, afortunadamente, el retrato mágico estuvo siempre oculto y así como reinaba la tranquilidad en casa de Tsum y Lili-Tsé, la paz no fué turbada en el hogar de Kamaro Kito, de su venerable esposa y sus inquietas hijas.


AS AVENTURAS DE TROMPETA




UN BUEN BAÑO
NO HACE DAÑO



PARECE UNA REGADERA
O UNA DUCHA CUALQUIERA



BAÑARE DE INMEDIATO,
NO FEO Y MENTE COTO



NO TE ENOJES CON
TÍO,
ES UN BUEN CHICO.

CONTINUARA



El tesoro del Valle perdido



CAPITULO VIII. CIUDAD SECRETA



1. Mario Aissa cayó de nuevo en poder de Hadchi, perteneciente a la tribu de la espada. Daniel Derry intentó en vano defender a su alumno. Mientras el niño era llevado en la caravana, Daniel y Nain quedaron abandonados en el desierto. "—Los chacaes se encargarán de ustedes", dijo Abu, con una cruel sonrisa.

3. "—Cerca de aquí hay un pozo", añadió. Pero desgraciadamente hallaron la fuente seca. El agua que tenían se agotó y habían consumido también el puñado de dátiles que guardaba Derry en sus bolsillos. El sofocante calor del día fué reemplazado por un frío intenso.



2. "—¿Puedes orientarte, Nain?", preguntó Daniel. "—No antes que aparezcan las estrellas", contestó el árabe. Al atardecer se arrodilló para implorar la protección de Alá. En la noche, luego de estudiar las estrellas, exclamó: "—¡Sallah en nabi! (Alabad al profeta). Estamos salvados".

4. A la mañana siguiente el sol calcinó de nuevo las arenas. Daniel, menos resistente que su compañero de infortunio, cayó extenuado. "—¡Valor!", decía Nain, procurando reanimarlo. El joven murmuró: "—Sigue caminando. Yo no puedo más". Nain se alejó en busca de auxilio y de pronto se detuvo, incrédulo.

El tesoro del Valle perdido



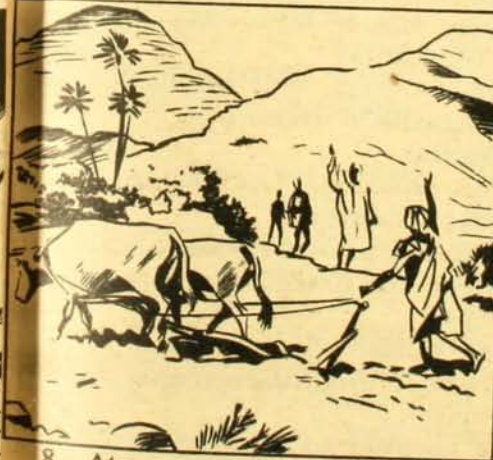
5. "—Veo una hoguera —susurró—. Es un miraje del desierto, un espejismo." Sin embargo, se lanzó a correr y tropezó con un cuerpo tendido en la arena. Se oyó una exclamación. Un hombre rubio se irguió, enfrentándose con el musulmán, que empezó a gritar: "—¡Alá te bendiga, sidi! ¿Puedes darme agua?"



6. "—No sé de dónde sales, moreno, pero se ve que estás seco. Bebe, pero con calma", respondió el extranjero. "—Dejaré un sorbo para mi compañero", dijo Nain. Su salvador le siguió hasta donde estaba el desfallecido profesor y en la noche resonaron dos nombres: "—¡Daniel! ¡Dick!"



7. En el campamento, Dick les presentó al teniente Alan, encargado por las autoridades francesas del rescate de Mario Aissa. "—El único que nos puede ayudar es el gran jeque Saud —afirmó Nain—. Yo les guiaré a su presencia. Pero sólo deben ir conmigo los dos profesores."



8. Atravesaron llanos y montes. "—¿Por qué no aceptaste que nos escoltaran los hombres de Alan?", preguntó Daniel. Nain respondió: "—Porque el camino hacia la ciudad de Djebel debe permanecer secreto". Por fin anunció "—Este es el Valle Perdido".

(CONTINUARA)



EL LOBO DEL CASTILLO ROJO

CAPITULO XII.—Florece una rosa.

El taciturno Lord Richard se había recluso en la biblioteca, donde leía sin descanso, procurando olvidar la tragedia que roía su alma.

Estaba sumido en la lectura, cuando un rayo de cambiante luz danzó ante sus ojos. Vió

pasar, en un rápido iris, los matices verdes, azules y rosados. Alzó la cabeza y vió la radiante figura de Alicia O'Fersen, que, al abrir la puerta, había producido aquel despliegue de reflejos.

—Salí a pasear —sonrió la niña—. Llegué lejos, muy lejos... hasta la cabaña de la hilandera Margarita.

Aquella caminata al aire libre fué, sin duda, muy saludable para la jovencita. Su rostro pálido y angustiado recobró el color y la felicidad brillaba en sus azules pupilas.

“La juventud olvida fácilmente” —reflexionó Lord Richard, con tristeza. Luego observó con una débil sonrisa:

—Al mirarte, me siento trasportado a lejanos tiempos, cuando mi hermanita se presentaba ante mí, con una brazada de flores, luego de corretear por el campo.

—¿Dónde está ahora su hermana, milord?

—Murió muy joven, dejándome solo, último descendiente de una familia extinguida.

Advirtiendo que Lord Richard se abstraía en dolorosos recuerdos Alicia preguntó:

—¿Cómo se llamaba?

—Rosa, lady Rosa. Era hermosa y buena, como tú. Pero no tan agresiva.

Alicia protestó:

RESUMEN: El paje Cly ha descubierto un documento secreto de Gregor, en el cual se revela que el siniestro individuo ha jurado destruir a la familia Mac-Edwin y O'Fersen. Trasladó a una prisión subterránea al pequeño Lord Edgardo. Se produce un derrumbe, que sepulta a Gregor. Días más tarde, el montañés Duncan rescata a Edgardo...

—Ya no soy agresiva, milord. Ahora que os conozco, os profeso cariño y respeto. ¿No hemos convenido en ser amigos?
Para disimular su emoción, MacEdwin dijo:

—No me fío de tu lengua, afilada como una daga italiana.

—¡Qué comparación! Está bien. Nunca os daré consejo, ni os haré confidencias.

—¿Que más puedes decirme? La servidumbre del castillo ha sido sometida a tu aprobación. Despedí a los que no te agradaban. Eres la dueña del castillo y tu voluntad es ley.

—Su hermanita Rosa, desde el cielo, mirará complacida que se haya librado de los rufianes que vivían en el castillo.

—Pues, yo despedí a esos rufianes, sólo porque no quería que compartieran el mismo techo que alberga a Lady Matilde y a ti.

¿Estás satisfecha, Rosa?

—Sí, pero mi nombre es Alicia y, todavía más, Alicia O'Fersen —repuso la niña con sonriente malicia.

Al ver que el severo rostro se ensombrecía, añadió dulcemente:

—Si os agrada, me llamaré Alicia Rosa.

Conmovido, el viejo lord besó la fina mano posada sobre su diestra y murmuró:

—Querida niña, cerca de ti, mi tristeza es menos amarga y casi olvidado la incertidumbre que me está matando. Pienso en ese pobre niño, que tal vez ha muerto.

—No, no ha muerto —protestó Alicia—. Estoy segura de que vive.

—Dios te oiga, Alicia.

—Alicia Rosa —sonrió ella.

—Sí, Alicia Rosa.

Alzó la cabeza y vio la radiante figura de Alicia O'Fersen.



En ese instante oyeron una voz suave y lejana, que entonaba una canción de cuna. Lord Richard palideció.

—Es lady Matilde, que cree acunar a su hijo.

—No os aflijáis por ella —dijo Alicia—. Hoy haremos una prueba para devolverle la razón. Es una idea de Elena. Traerá a todos los niños del condado.

—No creo que resulte esa prueba. Por mi parte, no podría soportar la vista de los niños que me recordarán a mi nieto. Bajaré al sótano, a vigilar los trabajos de excavación.

Abandonó precipitadamente la biblioteca.

Minutos más tarde, se oyó el son de las gaitas. Alicia se reunió con su tía, a fin de anunciarle:

—Elena trae a los pequeños pastores, para que os visiten. ¿Queréis recibirlos?

—Por cierto —respondió la castellana.

Estaba muy pálida, pero en sus ojos se reflejaba una tranquila felicidad. En todo instante, sentía cerca de ella la presencia de su hijo y el recuerdo de la tragedia se había esfumado de su memoria.

—Condúceles aquí, Alicia. Amo a esos pequeños que vienen a alegrarme.

El desfile de niños y niñas cruzó el patio de honor. Sus corazones palpitaban de terror. Desde su más tierna edad habían considerado el castillo como un lugar funesto, habitado por demonios y por el terrible LOBO. La siniestra figura de Gregor, el gigante rojo, les infundía espanto. Sin embargo, avanzaron sin titubear, porque iban a visitar a la buena lady Matilde.

En un salón casi en penumbras divisaron a la pálida castellana, que les sonreía con su habitual dulzura. Olvidando sus celos y temores, se acercaron a ella, para ofrecerle sus saludos y sus humildes presentes. Verina y Lidia Duncan le tendieron ramos de flores silvestres. Douglas depositó en sus rodillas un nido de tortolitas.

La mano diáfana de Matilde acarició la cabeza del niño.

—Devuelve este nido al árbol o a la roca de donde lo sacaste —ordenó suavemente—. Piensa en el dolor de las aves, a las cuales has privado de sus hijitos.

Douglas enrojeció de confusión.

Otro muchacho ofreció una honda.

—La hice yo mismo para lord Edgardo —anunció con orgullo.

El desfile de niños
cruzó el patio de honor.



Una niña entregó a Matilde un canastillo de mimbre. La última en avanzar fué Elsa Duncan. Venía con las manos vacías. Declaró con voz temblorosa:

—Milady, no os traigo un presente, sino un ruego. Aceptad el homenaje de un tímido niño que no se atreve a aproximarse.

—Dile que se acerque sin temor, querida Elsa.

Había reconocido a la hija mayor de los Duncan. Del grupo infantil se desprendió una silueta fina y alta. Su rostro quedaba oculto, porque mantenía la cabeza baja. Lady Matilde se levantó, con el corazón anhelante. Aquel niño entonó la canción de cuna que ella acostumbraba modular.

—¡Edgardo! —gritó, embriagada de felicidad—. ¡Mi Edgardo!

El pequeño lord se lanzó a sus brazos.

Los visitantes observaban con los ojos inundados de lágrimas la emocionante escena.

De pronto, una ola de terror conmovió al grupo, que retrocedió hacia los muros, susurrando:

—¡El Lobo! ¡El Lobo!

En efecto, Lord Richard apartaba a su paso a los despavoridos pastorcitos. Sus ojos dilatados contemplaron a Edgardo cual si fuera un fantasma y después exclamó:

—¡Edgardo! ¡Vives, hijo mío!

En seguida, su rostro se endureció. Clavando su fría mirada en Matilde, inquirió:

—¿Qué significa este milagro . . . , o esta farsa?

La última palabra produjo el efecto de un latigazo en Edgardo.



—¡Edgardo! ¡Mi hijo!
—exclamó Lady Matilde.

—¿Creéis que os hemos engañado? —preguntó con altivez.

No era ya una criatura débil, abatida por el dolor y la nostalgia. No estaba torturado por un verdugo implacable, ni se desangraba abandonado en un lecho de seda y oro. Sostenía con sereno orgullo la relampagueante mirada de su abuelo y se erguía con la vida y las energías que recuperó en una humilde yacija de pastor.

—¿Cómo explicas que mientras una cuadrilla de sirvientes cava en el subterráneo, tú estás aquí, vestido con las miserables ropas de un pastor? ¿Estuviste, acaso, alguna vez en el sótano?

Su acento de desprecio no intimidó al pequeño lord, que repuso:
—Sí, estuve.

Una emoción profunda crispó los rasgos de Mac Edwin.

Elena intervino:

—Sí, estuvo sepultado bajo la tierra, desfallecido de sed, hambre y desesperación. Interrogad a Duncan, que lo rescató, cuando ya casi estaba sin aliento. Interrogad a la hilandera Margarita, que lo cuidó con las ternuras de una abuela y lo hizo revivir con yerbas medicinales. Interrogad a Elsa, que día a día, le llevaba alimentos y ropa. Solamente los que vimos su cuerpo cubierto de llagas por el derrumbe de las piedras y las torturas de Gregor, sabemos que su resurrección no es una farsa.

—¡Silencio, mujer! —suplicó el viejo lord, sintiendo que sus fuerzas le abandonaban.

—No me callaré —desafió Elena—. Una vez callé, por salvar a mi hija de las garras de Gregor y ese culpable silencio ha sido para mí una cruz bajo la cual he gemido día y noche.

—Estás perdonada, mi pobre Elena —murmuró lady Matilde.

—Sí, milady, tuvisteis piedad de mí, porque vuestro corazón de madre comprendió mi debilidad. Pero aún quiero redimir mi falta y diré a Lord Richard cuanto debe oír, aunque después ordene mi muerte.

(CONCLUIRA)

Correspondencia

Agradecemos a nuestros miles de lectores las felicitaciones que han enviado a nuestra pequeña gran revista "Simbad" con motivo de Navidad y Año Nuevo y los votos que hacen por el éxito siempre creciente de este semanario infantil que se ha adueñado de sus corazones.

Modesta Salinas, Fernando Chávez, Marcial Avendaño.—Transmitiremos sus felicitaciones a Nato y Elena Poirier, por sus dibujos y por la portada de Navidad, que tanto les ha gustado.
Patricio Varas, Alicia Escalona, Manuel Cornejo.—Si tanto les

agradan las seriales "El Jorobado" y "El Lobo del Castillo Rojo", aún más les gustarán "La Reina de las Serpientes" y "El Elefantito". Gracias por sus elogios a esta pequeña gran revista, la más querida de los niños chilenos.

Victoria Lobos, Amelia Donoso.—Para tener la seguridad de que no les falte el "Simbad", soliciten una suscripción anual, y en todo caso les resultará conveniente por si circunstancias imprevistas nos obligan a subir el precio de la revista.

ROXANE

Ponchito

por nato

¡VOY A PESCAR SALMONES,
ABUELITA!



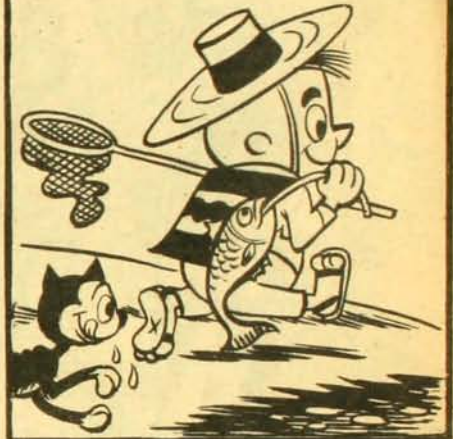
EN EL ESTERO
HAY MUCHOS



¡BRAVooo! CON ESTE
TENEMOS PARA EL
ALMUERZO!



¡QUE CONTENTA VÁ A
ESTAR MI ABUELITA!



¡HOY COMEREMOS
PESCADO!



¡SERÉ EL CAMPEON DE
LA PESCA DE SALMONES!



¡ME FUE BIEN,
ABUELITA!



¡MIRE! ¿QUE LE
PARECE?



CAPITULO III.—El templo en ruinas.



LA REINA DE LAS SERPIENTES

derosa trompa cogió al rinoceronte del cuello y luego, con un esfuerzo titánico, lo proyectó a gran distancia.

—¡Pronto! ¡La granada! —indicó Magore.

Gerar obedeció instantáneamente. El proyectil surcó el aire y estalló entre las patas del rinoceronte.

—Ha muerto —suspiró Magore.

El capitán Mauricio Gerar y el hindú Magore se habían internado en la selva, para cazar un argos, pero se enfrentaron con un rinoceronte. El furioso animal embistió al elefante dirigido por el cornac Yami, en cuyo palanquín de mimbre estaban los cazadores.

—¡Alerta! —gritó Magore.

El encuentro entre los dos paquidernos fué tan violento, que el cornac perdió el equilibrio. En aquel angustioso momento, ni el rubio francés, ni el bronceado príncipe indio pensaron en el ermitaño, que había desaparecido misteriosamente.

—¿Cómo podemos proteger a Yami? —balbució el oriental, aterrado.

El gigantesco animal se abalanzó hacia el cornac, pero el elefante se interpuso en su camino. La po-



El rinoceronte embistió al elefante.

—¿Está seguro? —preguntó Mauricio.

El elefante parecía compartir las dudas del joven y pisoteó el enorme cuerpo, que no daba señales de vida.

—Está muy agitado —advirtió el capitán—. Si no se tranquiliza, volteará el palanquín.

—Al ver amenazado a Yami, su cornac se enfureció. ¡Yami! Ven a calmar a tu amigo.

El conductor del elefante le habló en idioma gujerati, hasta que logró apaciguarlo. Entonces descendieron los cazadores, para descansar un instante. Luego, mientras Yami curaba las heridas del elefante, exploraron las cercanías. De pronto surgió ante ellos el hombre que habían salvado. No era un ermitaño, como supusieron, ni un faquir, sino un intangible o paria.

Enjuniendo sus esqueléticas manos y curvándose en una profunda reverencia, pronunció unas palabras que Mauricio no pudo traducir.

—¿Qué dice? —interrogó a Magore.

—Nos expresa su gratitud... y nos ruega ferrocientemente que nos alejemos de este lugar.

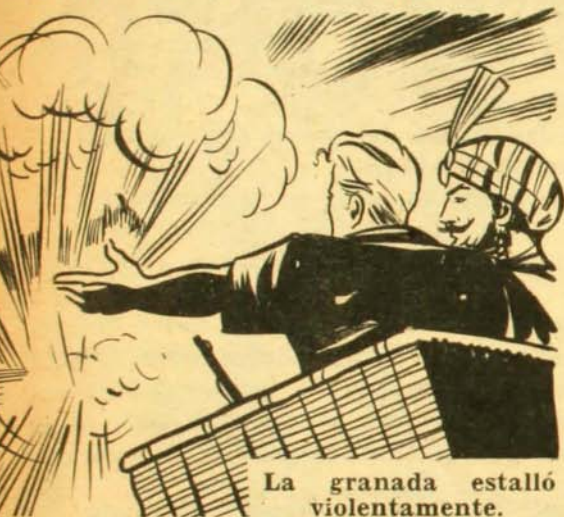
—¿Por qué? ¿Estamos



—¡Alerta! —gritó Magore.



El elefante salvó a su cornac.



La granada estalló violentamente.

El elefante pisoteó a su adversario vencido.



en una tierra maldita o prohibida?

Y con una sonrisa incrédula, continuó su camino. El príncipe, luego de vacilar, lo siguió. No tardaron en avistar un templo en ruinas. Se alzaba siniestro y silencioso entre la maraña selvática.


Gerar exclamó:

—¡Qué interesante! Nunca hubiera sospechado que tan cerca del aburrido Kimur se erigían estas ruinas misteriosas. Las visitaremos.

—No —dijo Magore—. La advertencia del paria confirmó mis temores. Ese es el templo de Naya, la reina de las serpientes. Los que entran en él, jamás retornan al mundo de los vivos.

Los azules ojos de Gerar relampaguearon.

—¿Y después de darme esa noticia maravillosa, pretende que retroceda? —exclamó—. ¡Ah, Magore! Es usted el mejor amigo que tengo en el mundo, porque me señala un derrotero misterioso, y ahuyenta el hastío que me estaba consumiendo. Entraré a ese templo y no me importa morir, contemplando a la enigmática reina...



Avistaron un templo
en ruinas.

¿Cómo dice usted que se llama? Naya, la reina de las serpientes. ¿Y es realmente la soberana de esos reptiles?

—Sí —respondió Magore, sombríamente—. Es obedecida por las serpientes nayas o cobras.

—La serpiente de anteojos —completó Mauricio—, que vierte veneno por sus colmillos. Los súbditos de Naya no me inspiran mucha confianza.

—No se burle, capitán —dijo el hindú—. Le aseguro que Naya es más peligrosa que sus sérvidoras.

—Sus bellos ojos son verdes, como un veneno fatal, y su sonrisa es un mensaje de muerte —sonrió Gerar—. Magore, no trate de persuadirme. Iré a conocerla, esta noche, bajo el misterio de las estrellas indias.


—Impediré esa locura —declaró el príncipe—. Yami vigilará su sueño, capitán.

Habló en gujerati con el cornac. Mauricio advirtió que una sombra de terror pasaba por el semblante de Yami, al oír nombrar a Naya.

“Mi buen Yami —pensó—, te dormirás como un bendito, mientras yo me deslizo hacia el templo. Y cuando descubras mi fuga, no te atreverás a seguirme, porque temes a la misteriosa Naya.”

(CONTINUARA)

—Los que entran en
el templo de Naya,
jamás retornan.



Concurso Semanal



Responde . . . , si puedes. ¿Si te nombran a Petrarca, sabes que fué un gran escultor, poeta, pintor, arquitecto? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 225.—Viejito Pascual, Noel, San Nicolás, Santa Claus.

Premiados con **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD"**: Sonia Selmann, Santiago; Juan Guillermo Pacheco, Santiago; Olivia Contreras, Valparaíso; María Angélica Sánchez, Santiago; Jorge Campos, Valparaíso; Valeriano Pozo, Santiago. **UNA PREMIO DE \$ 20:** Bernardita

Pinedo, Santiago; Fernando López, Santiago; José Luis Contreras, Valparaíso; Hugo Jiménez, Loncoche; Humberto Paiva, Valparaíso. **UNA PEINETA:** María Eugenia del Campo, Santiago; Jaime Escobedo, Santiago; Gladys Magdalena Chiquini, Santiago; María Soza, Talcahuano; Manuel Ovalle, Talcahuano; Nieves Araneda, Hualqui; Mario Lecaros, Santiago; Benito Cánepa, Santiago; Yolanda Migueles, Coronel; Hermán Escobar, Linares. **UNA CARPETA ESQUELAS:** Francia Vallet, Santiago; Luis Gastón Jofré, San Fernando; Jaime Muñoz, Parral; Cecilia Zaror, Santiago; Martín García, Santiago; Víctor Casarino, Santiago; María Luz Canesa, Santiago; Luis Eduardo Tutelers, Santiago; Gustavo Adolfo Gatica

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 227

Quillota; María Cecilia Cortés, Santiago. **UNA PALETA ACUARELAS:** Rodrigo Caro, Santiago; Antonieta Carvajal, Santiago; José Luis Santa María, Santiago; Miguel Wainstein, Santiago; Patricia Brizuela, Viña del Mar; Carlos Aguilera, Santiago; Anita Rotembrak, Santiago; Juan Baeza, Santiago; Marisol Holgado, Santiago; Manuel Larenas, Santiago.

Juan y Juanita



Caminaban lentamente, sumidos en su tristeza, cuando un policía los detuvo: “—No se admiten niños vagos —dijo con rudeza—. Vamos al retén”. El comisario era un hombre calvo, de ojos grises y fríos. “—¿Mendigos, eh? —interrogó agriamente—. O quizás ladronzuelos”. Juan enrojeció de ira.



“—¡No tiene usted derecho a insultarnos! —gritó con vehemencia—. No somos pordioseros ni ladrones”. El comisario observó: “—Pero veo que eres insolente. Conozco un lugar especial para tomar niños rebeldes”. Cogiendo un teléfono, habló en voz tan baja que Juan no pudo percibir sus palabras.

(CONTINUARA)



SIMBOL

N.º 228

TESORO DEL
PERDIDO

\$ 5.-



ELENA POIRIER

Juan y Juanita

CAPITULO VI.— EL REFORMATORIO.



1. Un policía de Arpajón arrestó a Juan y Juanita, acusándoles de vagancia. El comisario les envió a un ruinoso edificio, donde dormían numerosos niños, acostados sobre miserables jergones. Con los ojos nublados de lágrimas, Juanita observó la triste escena: “—¿Dónde estamos?”, gimió.



2. Uno de los muchachitos despertó. Sentándose en su jergón, rascó la cabeza y parpadeó ante la luz. Después, su voccecita chillona preguntó: “—¿Llegaron recién? Yo he dormido mucho. Le doy mi cama”. Ofreció también una frazada, y, mientras Juanita dormía, los dos niños conversaron.

(Continúa en la penúltima página)



Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)

Suscripción anual: \$ 240.—

Semestral: \$ 120.—

Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.

Extranjero:

Suscr. Anual: U.S.\$ 2,10

Semestral: U.S.\$ 1,05

Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20

Semestral: U.S.\$ 0,10

AÑO V — 13-I-1954 — N.º 228

"El señor Roberto Castellblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas"

El jorobado



CAPITULO XII.—Los lobos.

Enrique de Lagardere y su protegida, la pequeña Aurora de Nevers, se refugiaron en Pamplona. El joven trabajaba como candelero y se creía libre de sus perseguidores, cuando la aparición de dos caballeros españoles turbó su tranquilidad. Pero don Miguel de la Crencha y su sobrino don Sancho no eran asesinos pagados por el príncipe de Gonzaga, sino que buscaban un maestro de la espada, un duelista invencible. Don Miguel explicó, derrochando palabras:

—Nosotros los de Crencha somos valientes como el Cid, por no decir más. Un menguado galán ofendió a mi sobrino y esta injuria clama venganza.

—Aún ignoro qué deseáis de mí —observó Enrique.

Dos o tres veces sus ojos se habían dirigido involuntariamente hacia el oro depositado sobre la mesa. ¡Eran tan pobres él y su pequeña!

—Eso se adivina —sonrió don Miguel—. ¿No es cierto, sobrino? Los Crencha jamás fueron abofeteados. Los Crenchas son unos leones, pero...

Creyendo comprender, Lagardere contestó:

—Estoy dispuesto a servirlos.

—¡Enhorabuena! —exclamó el tío Miguel.

Don Sancho, perdiendo al fin su timidez, se frotó las manos con

satisfacción, mientras don Miguel se extendía en explicaciones:

—El rival se llama don Ramiro Núñez Tonadilla y vive en la aldea de San José. Es de corta estatura, barbudo, de hombros altos.

—No necesito saber eso —le interrumpió Enrique.

—Sí, es necesario, ¡qué diablo! Hay que evitar un error. Ya que pagamos, queremos que todo quede muy bien hecho, ¿verdad, sobrino? Don Ramiro tiene el cabello rojo, lleva un sombrero gris con plumas negras y pasa todas las tardes por la posada de los "Tres Moros", entre San José y Roncesvalles.

—¡Basta! No nos hemos comprendido, señores.

La frente de Lagardere se había ensombrecido y sus ojos lanzaban rayos.

—¿Cómo? ¿Qué decís?

—Yo creí que se trataba de dar algunas lecciones de esgrima don Sancho.

—¡Por la Santísima Trinidad! Mi sobrino es buen espadachín pero en el terreno pueden ocurrir accidentes y pensamos que... La sonrisa que apareció en los labios de Lagardere era más pegrosa que la cólera de su mirada. Tío y sobrino se miraron airados. Enrique señaló con un dedo los escudos que brillaban sobre la mesa. Los dos personajes, sin despegar los labios, volvieron el dinero a sus bolsillos y, avergonzados, pasaron ante el joven que les indicaba la puerta.

Aquella noche, Enrique y Aurora comieron su habitual pan seco. Lagardere continuó cincelandos guardas de espada. Sentíase feo como un rey cuando llegaba a casa con algunos maravedíes ganados con el sudor de su frente, y Aurora le sonreía, radiante como un ángel.

Aquel padre adoptivo sólo tenía un libro: un antiguo Tratado de Esgrima. En él enseñó a deletrear a Aurora, sentándola sola



Lagardere trabajaba como cincelador.

sus rodillas mientras le sostenía el libro. Cuando leía bien, la besaba. Después se arrodillaban ambos y rezaban las oraciones de la noche. Sus atenciones eran las de una madre, una madre tierna y cariñosa con su hijita querida. La vestía y la peinaba. Su casaca se hallaba siempre gastada, pero a Aurora no le faltaban vestidos.

Una vez la niña lo sorprendió con la aguja en la mano, tratando de zurcirle una enagua. Sí, quien hacía eso era el caballero Enrique de Lagardere, el hombre ante quien se abatían o se inclinaban las espadas temibles.

Los domingos, después de rizar a su hija los cabellos y cubrirlos con la redecilla, frotaba hasta dejarlos como el oro los botones de cobre de su corpiño y luego de atarle al cuello la cinta de terciopelo con la crucecita de acero, la llevaba, lleno de orgullo, a la iglesia de los Dominicos. Se había convertido en un hombre piadoso por ella, pensando en ella. Terminada la misa, abandonaban las murallas, alejándose de la ciudad triste y sombría. ¡Con cuanto placer aspiraban el aire puro.

La fama de Lagardere como artífice se extendió. Todos los grandes de España querían tener, aún a precio de oro, el puño de su espada cincelado por él. Pero sus enemigos le descubrieron, y él, presintiendo aquel peligro, preparó sus armas y se vistió para

un largo viaje. Aurora le había dicho que un hombre envuelto en una capa se hallaba de centinela en la calle. Al anoecer, luego de vestir a la niña, salió con una espada en su diestra. Aurora, transida de ansiedad, le aguardó. Al verle regresar, advirtió que estaba muy agitado. Ordenando el equipaje, declaró:

—Nos vamos, Aurora.

—¿Por mucho tiempo? —inquirió ella.

—Para siempre.

Al descender los escalones, Aurora divisó un objeto oscuro en medio de la desierta calle. Lagardere quiso desviar su



—Ya que pagamos —
dijo Miguel de la
Crencha.

—Don Ramiro lleva un sombrero gris con plumas negras.



atención, pero la niña corrió, a fin de ver que era.

Enrique lanzó un grito para detenerla. Ya era tarde. Aurora distinguió una forma humana bajo la capa y creyó reconocer al desconocido centinela. Alzó el borde de la capa y comprobó que no se había equivocado. Estaba muerto y ella se desvaneció al saber que Enrique, una vez más, arriesgaba su vida para salvarla.

Cuando despertó, se encontró en una buhardilla, sobre un jergón de paja. Llamó a Enrique

en voz baja, sin obtener respuesta, pero vió una sombra que se arrastraba por el suelo. Un momento después, Lagardere se inclinaba sobre su cabecera, indicándole por señas que guardara silencio. Muy quedamente susurró a su oído.

—Han estado siguiendo nuestro rastro. Están en la sala baja.

—¿Quienes?

—Los compañeros del que estaba debajo de la capa.

¡El muerto! Aurora se estremeció y supuso que iba a desmayarse de nuevo. Enrique prosiguió:

—Intentaron abrir la puerta. Lo impedí pasando un brazo por las argollas, como si fuera una barra. Entonces bajaron para proveerse de unas tenazas, con las cuales forzarán la entrada.

—¿Qué les habéis hecho para que os persigan?

—He arrebatado a los lobos una presa que iban a devorar.

Aurora comprendió que se trataba de ella, y sintió su corazón traspasado de dolor. Por su causa, él debía ocultarse como un criminal.

—¡Padre, padre querido! —murmuró—. Dejadme aquí, os lo suplico, y escapad.

mano de Lagardere, que era ave para ella pero de hierro para sus enemigos, cubrió su anblorosa boca.

¡Locueia! —murmuró—. Sólo si me matan me vería obligado a abandonarte, pero aún me tienen en su poder. ¡Levántate!

Ella intentó erguirse. Estaba muy débil. Reuniendo todas sus fuerzas, se incorporó.

Estás muy pálida, Aurora —servó él—. Pero como eres muy valiente, me seguirás.

—Sí, Enrique.

El condujo a la ventana. Dos ramos entrelazaban sus ramas contra el muro. En la distancia se veía una pradera y más allá el río Arga. Aquel era el camino para huir de los lobos.



Los ojos de Enrique de Lagardere lanzaban rayos.

para huir de los lobos.

(CONTINUARA)

Tío y sobrino se retiraron avergonzados.

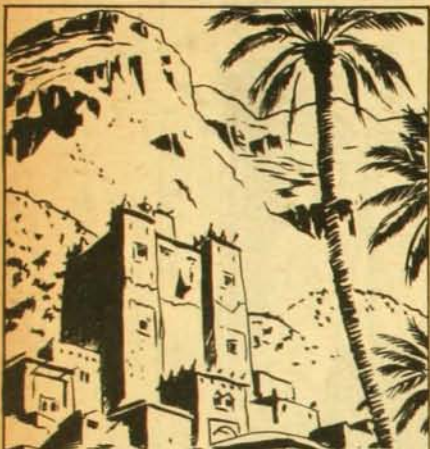




El tesoro del Valle perdido



CAPITULO IX.—**COFRE DEL TESORO**



1. Guiados por el árabe Nain, Dick y Daniel llegaron al Valle Perdido. Allí existía una ciudad secreta, sólo conocida por los musulmanes. Al arribar al palacio del jeque Saud, el guardia los detuvo: "—Ningún rumí puede pasar".



2. Nain convenció al intransigente centinela, con una extraña palabra. Dick la tradujo en voz baja a su asombrado amigo: "—Dijo algo así como "el niño del destino". ¿Se referirá a Mario Aissa?" No tuvieron tiempo de despejar sus dudas, pues fueron conducidos a presencia de un venerable anciano.



3. El jeque Saud les relató: "—Hace mucho años, mi único hijo partió a Europa, donde se casó con una joven francesa. Murió durante la guerra, dejando a un hijo... mi nieto Mario Aissa, quien debe sucederme en el poder. Luego les daré más detalles. Ahora debo impartir órdenes a mis guerreros."



4. En todas las torres de defensa se situaron guarniciones. Los centinelas de avanzada habían anunciado que se acercaban los hombres de la tribu de la espada. Al sorprender a dos merodeadores, un guardia les conminó a detenerse: "—¡Alto, cerdos, o disparo! ¿Qué buscan en la tierra secreta?"



El tesoro del Valle perdido



5. "—¡Salam aleika! —saludaron los musulmanes—. Traemos un mensaje para el jeque Saud. Vendremos mañana a buscar la respuesta." Depositaron el pliego sobre una roca y se escabulleron rápidamente, amenazados por el fusil de su enemigo. El pergamino llegó a manos de Saud, quien palideció al leerlo.

7. Penetraron en una caverna, sin sospechar que un espía seguía sus pasos. Con gesto furtivo y ágil se deslizó en la gruta y vio cómo el anciano jeque abría la puerta secreta. "—Ustedes son los únicos seres que conocen, además de mí, el sistema para penetrar a este santuario", dijo Saud.



6. El mensaje decía: "La vida de tu nieto será respetada si nos entregas el tesoro del Valle Perdido". Saud gimió: "—No puedo. No tengo derecho a entregarlo." Daniel protestó: "—¿Por qué no? ¿Es tan valioso? ¿Posee acaso una "baraka" (virtud mágica)?" Saud, por toda respuesta, les condujo fuera del palacio.

8. Desde su escondite, el espía sonrió burlonamente. Saud, señalando un antiguo cofre, añadió: "—Aquí está el tesoro que codician mis enemigos. Lean esa inscripción." Dick obedeció: "—Símbolo de poder. Tribu de la estrella". El jeque agregó: "—Traicionaría a mi raza si lo entregara".

(CONTINUARA)

URASHIMA TARO

EL PESCADOR

Hace mucho, muchísimo tiempo, vivía en el pueblo pesquero de Mizuno-Ye, en la costa del Japón de la provincia de Tango, un joven pescador llamado Urashima Taro.

Una tarde apacible de verano Urashima vió a un grupo de muchachos que chillaban y gritaban muy excitados. Al acercarse descubrió que estaban atormentando a una tortuga.

Compadecido, advirtió:

—Mirad, amiguitos, tratáis tan mal a la pobre tortuga, que pronto morirá.

Sin oír la advertencia de Urashima, los niños continuaron golpeando a la tortuga como antes. Y uno de ellos replicó:

—¿A quién le importa que viva o muera? A nosotros, no.

Y siguieron tratando a la pobre tortuga con más crueldad que antes. Urashima propuso:

—Os daré por ella algún dinero... En otras palabras, el Ojisan (Tío) os la comprará. ¿Os conviene, amigos?

Los niños respondieron:

—Perfectamente, Ojisan; ¡te daremos la tortuga!

Entonces Urashima acarició la espalda del animal, diciendo:

—¡Ah! ¡Pobrecita! ¡Pobrecita! ¡De buena te has salvado! Dicen que una cigüeña vive mil años, pero la tortuga vive diez mil. Ningún ser de este mundo tiene una vida tan larga como tú, y estuviste en peligro de perder esa preciosa existencia. Te llevaré en seguida a tu casa, al mar.

Al día siguiente Urashima salió con su barca y se alejó más que de costumbre.

De pronto oyó gritar su nombre:

—¡Urashima! ¡Urashima!

El joven se levantó y miró en todas direcciones. Sólo vió a una tortuga que nadaba junto a su barca.

—¡Hoía, señora Tortuga! —dijo Urashima—, ¿eras tú quién me llamaba?

La tortuga hizo signos afirmativos, moviendo repetidas veces la cabeza, y contestó:

—Sí, yo era. Ayer salvé la vida gracias a ti y ahora vengo a darte las gracias.

—No puede negarse que estás bien educada. Sube a la barca. Con la ayuda del pescador, la tortuga subió a la barca y, después de cambiar con él unas frases de cumplido, dijo:

—¿Has visto alguna vez el Rin Gin, el Palacio del Rey Dragón del mar, Urashima? Si deseas visitarlo, yo seré tu guía.

¡Cuál no sería la sorpresa de Urashima al ver que la tortuga había crecido tanto, que un hombre podía sentarse cómodamente en su espalda!

El pescador montó, entonces, sobre la tortuga y ésta se zambulló en el mar con Urashima a su espalda. Cabalgadura y jinete fue-

La tortuga se zambulló en el mar.



Conoció al rey y a su
hija, la bella Prince-
sa del Mar.



ron corriendo por los abismos del océano, sin que Urashima sintiese la menor fatiga ni el agua humedeciese sus ropas. Por fin apareció a lo lejos un palacio.

Los principales vasallos del Rey Dragón del Mar salieron a darles la bienvenida.

—¡Urashima Sama, Urashima Sama! Bien venido al Palacio del Mar, mansión del Rey Dragón del Mar. Tres veces bien venido, ya que llegas de un país tan lejano. Y a ti, señora Tortuga, te estamos muy reconocidos por traernos a Urashima. Haz el favor de seguirnos por aquí —y toda la banda de peces fueron ya sus guías.

Urashima conoció entonces al rey y a su hija, la bella Princesa del Mar.

Pasó el tiempo y Urashima se casó con la Princesa. Un día, sintiendo nostalgia, quiso visitar su patria y ver a sus padres. Su esposa, al despedirlo, le dió una cajita, diciendo:

—Contiene algo muy precioso. ¡No has de abrirla, pase lo que pasare! ¡Si la abres te sucederá algo horrible!

Urashima prometió que nunca y por nada del mundo abriría la caja.

Bajó al portal acompañado de la Princesa y de sus doncellas, y allí encontró una enorme tortuga que lo aguardaba.

Montó sobre la espalda del animal y éste emprendió la marcha bajo las claras aguas hacia el este.

Por fin, la tortuga lo llevó a la bahía que tan familiar le era y a la costa de donde había partido. Saltó a tierra y miró en derredor, mientras la tortuga se volvía corriendo a los dominios del Rey del Mar.

¿Pero a qué se debe el extraño miedo que se apodera de Urashima mientras permanece de pie mirando en torno? La costa es la misma y las montañas no han cambiado, pero las personas que pasan son desconocidas.

Sin saber qué podía significar aquello se encaminó apresuradamente hacia su casa.

—¡Padre, ya estoy de vuelta! —e iba a entrar cuando salió un hombre desconocido.



Urashima envejeció instantáneamente.

—Perdone —murmuró—, pero hasta hace unos días he vivido en esta casa. Me llamo Urashima Taro.

Una expresión de viva perplejidad se pintó en el semblante del hombre. Luego estalló en una carcajada.

—¡Ja, ja! No gastes semejantes bromas. Es verdad que hubo un tiempo en que vivió un tal Urashima Taro en este pueblo, pero de eso hace ya trescientos años.

Al oír aquellas palabras, Urashima se asustó y dijo:

—Por favor, no se burle de mí. Soy realmente Urashima Taro. El hombre, atemorizado también, sugirió:

—¿Tal vez eres su espíritu que viene a visitar su antigua morada?

—¿Por qué se burla usted de mí? —replicó Urashima—. ¡Yo no soy un espíritu! Soy un hombre vivo. ¿No ve mis pies? —Y golpeó el suelo, primero con un pie y después con el otro, para que el hombre se convenciese, pues los aparecidos japoneses no tienen pies.

Urashima se vió perdido en conjeturas e inquietudes y pasó por su mente la horrible idea de que aquel hombre podía decir la verdad. Le pareció todo un sueño extraño. Los pocos días pasados en el palacio del Rey del Mar bajo las aguas no habían sido días, sino siglos.

Emprendió el camino hacia la playa. De pronto recordó la caja.

—La Princesa me dijo, cuando me la dió, que nunca la abriese. Mas ahora que no tengo casa y he perdido cuanto aquí me era de alguna estima y mi corazón desfallece de tristeza, tal vez, si la abro, encuentre algo que me consuele, algo que me muestre el camino que conduce a mi hermosa Princesa del Mar.

Con calma, con mucha calma, desató el cordón de seda encarnada y con gran parsimonia levantó la tapa de la preciosa caja. ¿Y qué encontró? Por extraño que os parezca, no salió de la caja más que una nubecilla blanca. Por un momento cubrió su rostro y onduló sobre su cabeza como si quisiera demorarse, y luego se desvaneció como el humo sobre el mar.

Urashima, que hasta aquel momento había sido un joven fuerte y hermoso de veinticuatro años, se convirtió instantáneamente en un viejo decrepito. Se encorvó bajo el peso de los años, su cabello se tornó blanco como la nieve, se agrietó su cara y cayó muerto sobre la playa.

¡Pobre Urashima! Por desobediencia no pudo volver a los dominios del Rey del Mar, donde vivía la encantadora Princesa.

AS AVENTURAS DE TROMPITA



NO SON MALOS, SINO
¡AY! ME TIRARON UN COCO. LOCOS,

¿POR QUÉ LLORA Y POR QUÉ GRITA
ELEFANTE TROMPITA?



CONTINUARA



SOLITARIO BILL

CAPITULO XIV. DOS CULPABLES



1. Solitario Bill impidió que la bella india Estrella Errante diera a su padre una pócima envenenada. Los guerreros seminolas al verle surgir de improviso, rugieron: "—¡Sacrilégio! ¡Muerte al rostro pálido!" Sin inmutarse, el jinete solitario dijo: "—No se acerquen a mí, hermanos rojos".

3. Luego añadió: "—Habla, rostro pálido. ¿Cuál es tu condición?" Solitario Bill dijo pausadamente: "—Que el llamado Tulsaa beba un sorbo de esta pócima". El hechicero protestó: "—Nadie más que el jefe Gran Búfalo debe probarla". Tulsaa, pálido, retrocedió, mientras Solitario Bill insistía: "—Bebe".



2. "—Manténganse a distancia, mientras hablo. Si he cometido sacrilégio, estoy dispuesto a morir, pero bajo una condición." El seminola que había mezclado veneno al brebaje, aulló: "—¡Morirás sin hablar!" Pero el jefe Gran Búfalo, que se había erguido lentamente, pronunció: "—¡Silencio, Tulsaa!"

4. Dirigiéndose al hechicero, inquirió: "—¿Ofrecías a tu jefe la vida o la muerte con este filtro? ¡Responde!" Ambos culpables intentaron aún defenderse, pero comprendieron que Gran Búfalo desconfiaba. Con voz seca, ordenó: "—¡Bebe, Tulsaa! Manitu maldiga tu alma si me traicionaste".



SOLITARIO BILL



5. El hechicero, cayendo de rodillas, confesó: "—Tulsaa quería ser el jefe y cedí ante sus amenazas. He sido débil y..." De pronto, los guerreros advirtieron que Tulsaa había huído. Solitario Bill se lanzó en su persecución. Como un relámpago cruzó el reducto.

7. Tulsaa se levantó ágilmente y huyó a todo correr. Pero Solitario Bill le dió alcance, cogiéndole de los largos cabellos. "—¡No me mates, rostro pálido! —suplicó el piel roja—. Si me dejas libre, te revelaré el camino hacia Quimera, la ciudad que tiene murallas de oro."



6. En su veloz caballo cruzó la distancia que lo separaba del fugitivo. Esquivó el cuchillo del piel roja y masculló: "—No tengo mi lazo. Te cazaré como a los bisontes en el rodeo". Cogió de la cola al caballo y lo sacudió en el aire, haciendo caer al jinete.

8. Sin oír las promesas del traidor, el joven lo cruzó en la montura y cabalgó hacia el campamento. Allí reinaba un profundo silencio. El hechicero había muerto, porque bebió el veneno destinado a Gran Búfalo. Este declaró: "—Tulsaa morirá". Pero Solitario Bill se opuso.

(CONTINUARA)



EL LOBO DEL CASTILLO ROJO

CAPITULO XIII y FINAL.—*El condesito de Argile*

Elena Duncan, en actitud desafiante y fulminando a Lord Richard con su mirada, continuó:

—No temo ser condenada a muerte por quien sólo sabe gobernar con la amenaza y el odio.

—Elena —repuso el viejo Lord, conteniendo su cólera—. Conozco tus acusaciones, una por una. Las he pronunciado yo mismo en el silencio y en la angustia.

Su poderosa mano se crispó sobre el hombro de la montañesa. La rebeldía que animaba a Elena se esfumó instantáneamente y el miedo reapareció en sus ojos.

—Milord —gimió con voz débil.

Richard MacEdwin no era un hombre que pudiera empequeñecerse al reconocer sus errores. Confesaba su culpa sin que su alta estatura decreciera o su figura despertara compasión o sarcasmo. Seguía siendo el amo del castillo, el señor del condado, ante quien se bajaban los ojos y se curvaban las espaldas.

Los dedos de acero se engarfiaron con más fuerza y Elena Duncan se dobló con un lamento. Sólo entonces advirtió él que le hacía daño, y murmuró:

—Perdóname, Elena.

Aquellas palabras eran tan sorprendentes, que todos creyeron soñar. Era imposible que el orgulloso Lord Richard dijera a alguien "Perdóname", y menos que a nadie, a una humilde montañesa que acababa de ofenderlo.

Dirigiendo su sombría mirada hacia Edgardo, el señor feudal inquirió:

—Y bien, aún no has dicho por qué estás aquí, vestido con las miserables ropas de un pastor. ¿Cuáles eran tus designios?

—Devolver la salud a mi madre y huir con ella a Francia, donde tenemos parientes.

—Huir —repitió Lord Richard, con desprecio—. He ahí una palabra digna de un MacEdwin.

Una ola de púrpura invadió el rostro del pequeño lord, que prometió:

—Es la primera y la última vez que sale de mis labios, milord. Se lo juro.

La sombra de una sonrisa flotó sobre la endurecida boca del castellano.

—Está bien —añadió con voz severa—. Ahora que te has convencido de que el Castillo Rojo es una prisión y has visto en qué estado de desolación estuvo sumida tu madre por tu ausencia, ¿persistes en tu idea?

Edgardo, turbado, balbuceó:

—Milord, ¿es que tal vez queréis... que permanezca en el castillo?

—Si renuncias a tu madre y abjuras de la religión católica.

Elena, indignada, protestó:

—¡Eso es una infamia!

Alicia O'Fersen la contuvo, confiada. En sus ojos relucía una fe intensa.

El pequeño lord dijo a Lady Matilde:

—Mamá querida, no puedo separarme de usted por segunda vez.

La valerosa madre, impulsándolo hacia el rígido lord, indicó:

—No dudes. Te ordeno obedecerle en todo, menos en renegar de tu fe. El niño, pálido y digno, avanzó, diciendo:

—Milord, disponed de vuestro prisionero.

Se sintió alzado por los brazos de hierro y oprimido contra el corazón



—Sí, abuelo querido pronunció el pequeño lord.

de su abuelo. Y oyó su voz, alterada por la emoción, que pronunciaba:

—Me venciste, MacEdwin, pero estoy orgulloso de ti.

—Y yo, milord, me siento feliz.

—Llámame abuelo, hijo mío.

—Sí, abuelo querido.

MacEdwin, depositándolo de nuevo sobre el suelo, se inclinó para besar la mano de Lady Matilde.

—El condado de MacEdwin os requiere como castellana.

Su mirada se detuvo en Alicia O'Fersen, que le observaba transformada de felicidad.

—Lady Alicia Rosa os entregará el castillo —sonrió el viejo Lord, haciendo un guiño a su primera aliada.

La feliz noticia corrió por el valle y se elevó a las cumbres de las altas montañas. Los niños Duncan eran los más felices, como si ellos hubiesen abierto con sus propias manos la puerta del Castillo Rojo y transformado al terrible LOBO en un señor amable y protector.

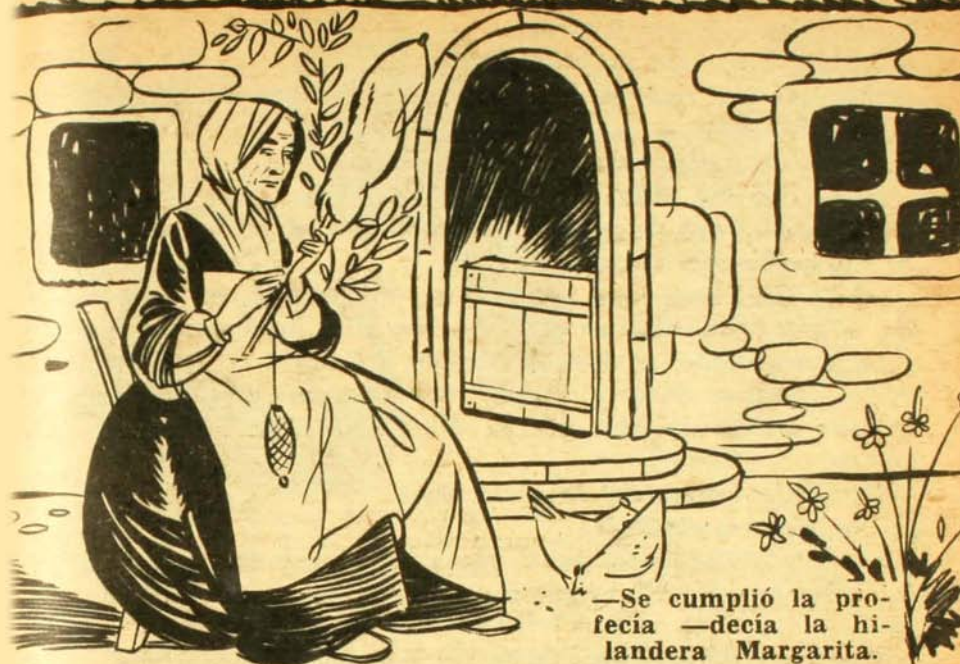
Acudieron a la capilla del padre Tomás, pidiéndole que rezara una misa porque la paz y la felicidad reinaban en las tierras de MacEdwin.

—Muy bien —accedió el buen sacerdote, añadiendo en voz baja al oído de Douglas—: Y espero que nunca más vendrás a alborotar mis campanas.

El pelirrojo sonrió. Aquella vez fué guiado por la audacia, pero en el último instante se atemorizó y tal vez se habría visto en



El buen padre Tomás accedió a decir la misa que le pedían los niños.



—Se cumplió la profecía —decía la hilandera Margarita.

la triste situación si su hermana Elsa no lo hubiese rescatado. Nunca más, padrecito —prometió.

Los montañeses se prepararon para asistir a las fiestas que su abuelo preparó en el castillo, para celebrar el regreso de su nieto, el pequeño lord.

En su lejana choza, la hilandera Margarita, oía los ecos de aquella alegría y decía, mientras el huso giraba en sus hábiles manos: Se cumplió la profecía: una rosa floreció en el Castillo Rojo y la maldición desapareció.

La "roca" florida era Alicia O'Fersen, adoptada como nieta por el viejo lord, y que ahora se llamaba Alicia Rosa.

En largos desfiles, llegaron los invitados, desde los cuatro confesores. Pastores, montañeses y barones. El conde Alejandro Argiles y su esposa también acudieron. Eran amigos de Matilde, y una vez habían intentado adoptar a Edgardo. Pero Lord Richard y acEdwin se opusieron con furia.

Sólo ahora, que veo reflejada la felicidad en vuestra faz, renuncio definitivamente a la tutoría de Edgardo —confesó Argiles. acEdwin sonrió, diciendo

Sois un leal amigo.

La condesa dijo con tristeza:

—Es una desgracia no tener hijos.

—Mis sobrinos revolotean como cuervos sobre mi herencia. Pero debo resignarme a...

Se detuvo y luego, bruscamente, preguntó:

—¿Quién es ese niño?

Cly, con su traje de gala, se paseaba por el salón, atendiendo a los huéspedes de su amo.

—¿Cly? Un trago que apareció en mi castillo, no recuerdo qué día, o qué noche. Es un diablillo con una inteligencia aguda. Es el paje sin miedo, el duende burlón. Sin duda no es hijo de burdos campesinos. Pero..., ¿qué estáis pensando? ¿Adoptarlo? La leve ironía de sus ojos se diluyó ante la grave mirada de Argiles.

—Sí, pienso adoptarlo. Miradle, Inés.

La condesa respondió:

—Estamos de acuerdo, señor. Me siento conquistada por ese niño. Cly sólo supo al día siguiente aquella decisión. Turbado, murmuró:

—No sé... Perdonadme, pero tal vez deba rehusar tan elevado honor... Yo...

Alicia, inclinándose hacia el oído de su abuelo, susurró algunas palabras. El adusto semblante del viejo Lord se iluminó con una sonrisa irónica y, sin embargo, bondadosa:

—Vuestro ejemplo, conde, me inclina a proteger a algunos niños de mi condado, entre ellos Elsa Duncan, una rubia pastora que no sólo es inteligente, sino que posee un corazón de oro y un admirable valor. Seré su tutor y se educará junto con mi nieta Alicia Rosa.

Aquella imprevista declaración, reveló a los esposos Argiles el secreto de Cly. El conde Alejandro insistió entonces:

—¿Aceptas, hijo mío? Vendrás a los dominios de MacEdwin, cuando hayas completado tus estudios. No sientas nostalgia por tus montañas natales, ni por los amigos que aquí dejas. Volverás...

Y con esta promesa, Cly abandonó su valle. Por cierto que se despidió de la rubia Elsa.

Ella lloró sin consuelo. Sus nueve hermanos la rodearon, inquietos y apesadumbrados por su dolor.



Elsa Duncan se convirtió en una hermosa doncella.

Argiles regresó al condado de MacEdwin, Elsa estaba convertida en una hermosa doncella, que él presentó con orgullo en la corte de Edimburgo.

Nadie, al ver a la feliz pareja, vestida con suntuosos ropajes, hubiera sospechado que en su niñez él había sido un pajecillo burlón y ella una montañesa impulsiva, que al verse por primera vez se habían dicho a media voz: "¡Ladrón!" y "¡Rústica!"

FIN

Correspondencia

A NUESTROS LECTORCITOS.— En el próximo número se iniciará la publicación de "EL CHARRO FUGITIVO", la historia de un héroe mexicano, que subyugará por su audacia y su romántica figura. Intriga, romance, canciones y balas forman una trama vibrante, que "SIMBAD" ofrece a sus queridos lectores.

Bruno Poletti, Ida Brantes, Lucía Armijo, Grevia Araneda.—

—No llores, Elsie —rogaban—. Cly regresará. ¿Sabes que la divisa del escudo de los condes de Argiles es "Volveré"? Puedes estar segura de que él vendrá y lo veremos convertido en un joven alto y... —Con los cabellos más tiesos que nunca, porque serán los de un soberbio conde —completó Douglas.

Elsa sonrió entre sus lágrimas.

Transcurrieron los años, y cuando Roberto Cly

Nos conmueven sus cariñosas expresiones para esta Directora, que lleva más de cuarenta años preocupándose de dar alegría a los espíritus infantiles. Gracias por sus bondadosas expresiones. *María y Lucrecia Morales, Pedro Ruiz Díaz, Jorge Vallejos.*—Elena Poirier y Nato agradecen sus felicitaciones y las retribuyen como agüinaldos de Navidad y Año Nuevo.

ROXANE

Ponchito

por nato

¿A QUÉ HORA LLEGARÁ PONCHITO DE LA ESCUELA?



ESTOY ANSIOSA POR VER EL CERTIFICADO DE EXÁMEN DE FIN DE AÑO



¡SI ABUELITA, FÍJESE QUE LA PROFESORA ME QUIERE MÁS A MÍ QUE A TODO LOS OTROS NIÑOS DEL CURSO!



¡QUE BUENO! ¿Y POR QUÉ CREES ESO?



¡AHÍ VIENE Y LO NOTO MUY CONTENTO!



¿ME TRAES ALGUNA BUENA NOTICIA?



PORQUE A MÍ NO MÁS ME DIJO QUE EL AÑO PRÓXIMO TENGO QUE ESTAR CON ELLA OTRA VEZ EN EL MISMO CURSO





LA REINA DE LAS SERPIENTES

El rugido de un tigre lo detuvo. Aprestó el fusil para abatir a la fiera si lo atacaba. Pero el viento soplaba hacia él, de modo que el tigre no descubrió su presencia. Mauricio vió que se alejaba, ágil y sinuoso, sin que su andar causara ni el más leve rumor.

—Primer peligro: anulado —sonrió el explorador, terciando el arma en su hombro—. ¿Qué hallaré en el templo? Si está vacío,

CAPITULO IV.—El laberinto de las cobras.

Mauricio Gerar esperaba que el sueño venciera a Yami. El cornac estaba encargado de custodiarlo para impedir que el audaz joven se dirigiera a un templo en ruinas, donde habitaba Naya, la reina de las serpientes.

El capitán estaba ansioso de conocerla y se negaba a creer que un hábito de fatalidad la rodeaba.

—Espero que sea tan misteriosa como dicen —murmuraba—. Si es sólo una princesa selvática, me desilusionará.

El silencio de la noche era denso. La fragancia de la selva inundaba el aire, como una marea espesa.

La cabeza de Yami se inclinó pesadamente. Magore dormía también. Gerar aguardó un instante y luego se deslizó con gran cautela. Avanzaba como una sombra, bajo el abanico inmóvil de las palmeras.

nunca más creeré en la India misteriosa y milenaria.

Ascendió las gradas de piedra. Observó a su paso colosales estatuas, que parecían acecharlo en la penumbra. Rostros contorsionados o impenetrables. Bestias extrañas, que albergaban almas de demonios. Un involuntario estremecimiento sacudió los nervios del francés.



Se deslizó con gran cautela.

Una estatua gigantesca atrajo su atención. Se acercaba para examinarla cuando una losa cedió bajo sus pies. Instantáneamente se produjo un movimiento giratorio. La escultura desapareció en el muro, siendo reemplazada por otro ídolo.

Mauricio, perdiendo el equilibrio, rodó al suelo. Cuando se incorporó, pudo comprobar que estaba en una sala extensa y desierta. Tras él se erguía la diosa que le había lanzado a aquel antro. Advirtió numerosas puertas bajas. Percibía ahogados silbidos. Decidido a investigar, se internó por uno de los túneles. De súbito aparecieron dos cobras. Mauricio no pudo contener un gesto de repugnancia. Los reptiles, con el cuello dilatado, se balancearon, mientras sus fríos ojos destellaban como esmeraldas. Sus cuerpos escamosos medían cuatro metros de largo. La lengüeta ahorquillada asomaba y se contraía con rapidez. Pero no atacaron a Gerar y desaparecieron por alguna brecha invisible.

—¿Qué hallaré en el templo?



Indeciso, buscando una



Ascendió las gradas de piedra.

salida en ese laberinto, Mauricio recorrió el tenebroso túnel. No aparecieron nuevos reptiles.

—Segundo peligro, también anulado —susurró Mauricio, pero su sonrisa no era irónica, ni sus azules ojos transparentaban confianza.

Sabía por instinto que el tigre y la jungla eran menos peligrosos que las cobras y el templo. Bastaba, quizás, un disparo de su fusil, para abatir a la fiera. En cambio, las serpientes atacaban con rapidez fulmínea y su veneno era mortal. Presentía que se arrastraban en los oscuros resquicios y que surgirían de pronto, formando un círculo de



Se acercó para examinar la estatua.

muerte.

No pudo reprimir un estremecimiento de horror.

Comprobó que su arma estaba en buenas condiciones y se sintió más seguro al palpar algunas granadas en su bolsillo.

—Me imagino que no tienen la piel más dura que la del rinoceronte que derribé en la selva —sonrió.

Pero la sensación de amenaza continuaba apremiándolo, como un cerco invisible y, para librarse de ella, gritó:

—¡Naya!

El eco respondió:

—¡Naya!

La vibración del nombre se alejaba y retornaba en mil voces fantasmales. Voces de demonios, o de dioses airados.

Sin permitir que el temor lo dominara, Mauricio repitió:

—¡Naya! ¿Eres invisible o temes presentarte ante mí?

El eco se extendió por los túneles, repercutiendo en los muros cubiertos de tinieblas y en los rostros de piedra de los ídolos. Finalmente se apagó en la distancia, y Gerar percibió de nuevo el inquietante roce, el rumor de cuerpos que se arrastraban hacia él.

“Naya —pensó vagamente—. ¿Moriré sin verte, reina esquivada?”



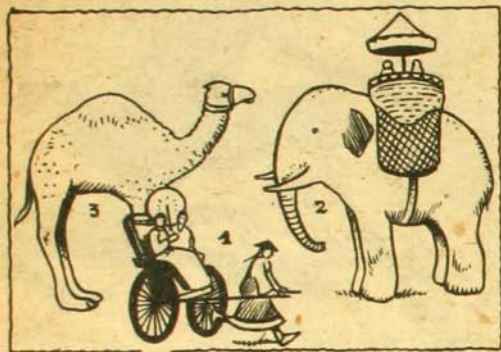
Mauricio perdió el equilibrio.

(CONTINUARA)



No dudó contener un gesto de repugnancia.

Concurso Semanal



Indícanos en qué países se usan los medios de transporte que aparecen en el dibujo. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón

SOLUCION AL CONCURSO N.º 226.— Ponchito, Perulita.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Luis Narváez, Puente Alto; Edmundo Erices, Angol; David Varas, Combarbalá; Mario Guardia, Santiago; Alejandrina Avendaño, Santiago; Hugo Arrochet, Quintero. UN PREMIO DE \$ 20.—: María Elvira Caro, Valdivia; Pablo Maillard, Santiago; Mirta Céspedes, Santiago; Santiago Guerra, Santiago; Raúl Pizarro, Teno; Manuel Fuentes, Santiago; Carmen Moraga, Talca; Manuel Ovalle, Talcahuano; Rosa Molina, La Cruz; César Otárola, San Patricio; Julio Troncoso, Lolleo; Ricardo León, Talcahuano; Ronald Bull, Santiago; Jaime Salinas, Quillota; Juan Lagos, Villa Mora; Mónica Szobel, Santiago; María Aguilera Santiago; Ivonne Martí, San Felipe; Tomás Zierer, Santiago; Eliana Muñoz, San Rosendo. UN LIBRO: Hernán Ruiz, Itahue; Raúl Baeza, Santiago; Vicente Omar Pollicardo, Santiago; María

Norero, Valparaíso; Inés Pérez, Curicó; Patricia Benavente, Santiago; Pedro Salinas, Lo Espejo; Marcelo Letelier Bulnes; Rosa Rodríguez, Rancagua; Julio Ríos, Santiago; Marta Sáez, Santiago; Eduardo Pardo, Chimbarongo; Nimio Hermosilla, Los Angeles; Raúl Logan, Santiago.

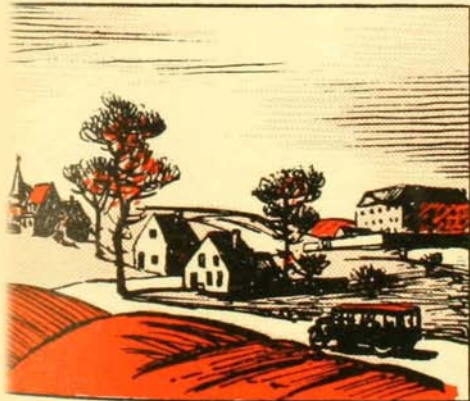
**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal** 23

SIMBAD N.º 228

Juan y Juanita



—Mi verdadero nombre no importa —sugirió el nuevo amigo de Juan—. Me llaman Tilín. Me dieron ese nombre en la escuela, porque en cuanto oía la campana de recreo, salía disparado. Ah, tengo sueño. Buenas noches, Juan. Y se tendió a dormir en el suelo. Minutos después apareció un guardián.



—Duerme —aconsejó a Juan—. Mañana harás un viaje muy largo al reformatorio. En efecto, al día siguiente los niños refugiados en el albergue fueron trasladados en camión a un edificio rodeado de murallas. Juan palideció. En ese lugar horrible serían encerrados como delincuentes él y Juanita.

(CONTINUARA)

ESTOY INVITADA AL CUMPLEAÑOS DE POCHITA...



... PERO YO NO VOY A IR!



¿POR QUÉ NO QUIERES IR?



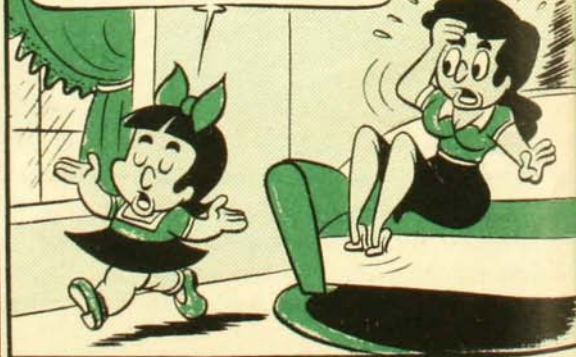
¡FÍJATE QUE VAN A PASAR PELÍCULAS!



¡BAH, SON PELÍCULAS ANTICUADAS...



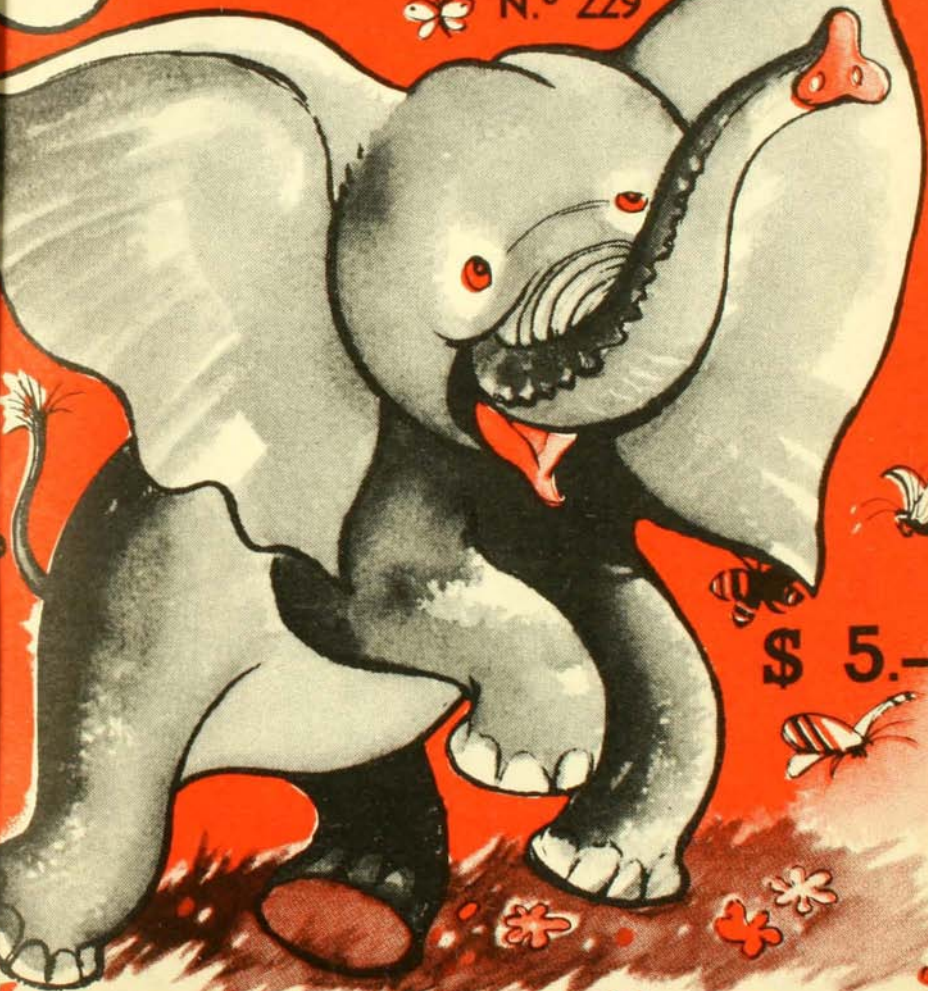
... Y A MI SOLO ME INTERESAN LAS DE TERCERA DIMENSIÓN!



AVENTURAS DE TROMPETIN

Simbad

N.º 229



\$ 5.-

ELENA POIRIER

Juan y Juanita

CAPITULO VII.— EL VERDUGO.



1. Cuando Juan traspuso las puertas del reformatorio, sintió que desfallecía de terror y angustia. Juanita no podría resistir aquel encierro. Un guardia gritó: “—Aquí los niños. Allá las niñas”. Al comprender que sería separado de su hermana, Juan suplicó: “—¡Por favor, señor, tenga compasión!”



2. “—Lo siento, muchacho; hay que cumplir el reglamento”, respondió el hombre. “—¡Nunca nos hemos separado, señor! —dijo el niño, desesperado—. Ella me necesita. Yo siempre la he protegido”. Una cruel risa vibró repentinamente, y alguien preguntó con sorna: “—¿Un héroe que protege niñas desvalidas?”

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 20-I-1954 — N.º 229

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 240.—
Semestral: \$ 120.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Suscr. Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

El jorobado



CAPITULO XIII.—Flor, la gitanilla.

Enrique de Lagardere y Aurora se habían refugiado en la buhardilla de una granja, cuando sus perseguidores les descubrieron. El joven indicó:

—¿Te atreverías a bajar por ese árbol?

—Sí, Enrique. Pero prometedme que os reuniréis pronto conmigo.

—Te lo prometo, Aurorita. Quizá muy pronto, quizá nunca, ¡querida niña! —murmuró él, cogiéndola en sus brazos.

Aurora ya estaba en el marco de la ventana, dispuesta a saltar, cuando se oyeron pasos en la escalera. Lagardere susurró:

—Cuando estés abajo, lanza una piedra hacia el interior de la habitación y en seguida corre, sin detenerte, hasta el río.

Reemplazó de nuevo con su brazo la barra de la puerta. Sus enemigos intentaban abrir, golpeando furiosamente, pero el brazo era vigoroso y resistía.

Aurora permanecía aún en la ventana, cuando percibió el ruido de las tenazas que introducían bajo la puerta, a manera de palanca.

—¡Baja por el árbol! ¡Baja! —ordenó Lagardere, con impaciencia. Ella obedeció. Cuando lanzó la piedrecita, oyó un sordo estrépito. Al comprender que la puerta había sido derribada, se mantuvo



Aurora bajó por el árbol.

impetuosa y profunda. Aurora buscaba con su mirada alguna embarcación cuando Enrique se lanzó al agua. Con una mano sostenía a la niña y con la otra nadaba. En breves segundos alcanzó la ribera opuesta.

Sus enemigos deliberaban al otro lado del río.

—Buscan el vado —señaló el joven—. Todavía no estamos salvos.

Se ocultó entre los arbustos, mientras resonaba el galope de los caballos en la otra orilla. Por fin los jinetes vadearon el río y pasaron junto a los fugitivos, sin descubrirlos. Entonces Enrique atravesó de nuevo el Arga en línea recta.

—Ya estamos seguros, Aurorita —suspiró—. Ahora a secarte y curarme.

—¡Ya me figuraba que estabais herido! —exclamó ella.

—No tiene importancia. ¡Ven!

Se dirigieron hacia la casa del granjero que les traicionó. En la sala baja, el rústico y su mujer conversaban y reían, contando y recontando las monedas de oro. En un instante, Enrique les atacó.

—¡Callaos! —ordenó a la pareja, que empezó a gritar creyendo que el joven abrigaba la intención de asesinarlos—. Debería pre-

inmóvil, transida de angustia y terror. Sonaron dos disparos y seguidamente apareció Enrique en la ventana. De un salto, sin sostenerse de las ramas, estuvo junto a Aurora.

—¡Ah! —exclamó al verla—. ¡Te creía a salvo! Ahora seguirán disparando.

La alzaba en sus brazos cuando restallaron varias detonaciones. Aurora lo sintió estremecerse violentamente.

—¿Estáis herido?

El se detuvo a plena luz y, volviéndose hacia los bandidos que cargaban sus armas, gritó:

—¡Lagardere! ¡Lagardere!

Después salvó el vallado y llegó al río. La corriente del Arga era



Los bandidos seguían disparando.

er fuego a vuestra pocilga. Pero no os causaré daño, ¡he aquí a nuestro ángel de la guarda! —concluyó, acariciando los húmedos abellos de Aurora.

lla le curó. Tenía una herida en el hombro. Sangraba en abundancia a causa de los esfuerzos realizados. Mientras se secaban sus vestidos, Aurora se cubrió con la capa de Lagardere que había quedado abandonada en la precipitada fuga.

El granjero y su mujer permanecían inmóviles como dos estatuas. Enrique subió a la buhardilla y regresó con el escaso equipaje. A las tres de la mañana abandonaron la granja montados en una mula vieja, por la cual el viajero pagó dos monedas de oro que lanzó sobre la mesa. Al salir dijo a los granjeros:

—Si vuelven esos bribones, decidles que el caballero Lagardere les



Cruzó a nado el río, llevando a la niña.



—Debería prender fuego a vuestra pocilga —amenazó Enrique.

presenta sus respetos. Decidle también que Dios y la Virgen protegerán a la huérfana. Que en este momento Lagardere no tiene tiempo de ocuparse de ellos, pero que la hora llegará.

Arribaron a Estrella al despunte del alba y un arriero les condujo camino de Burgos, al otro lado de la montaña. Enrique deseaba llegar a Madrid lo más pronto posible, alejándose de las fronteras de Francia.

En ese viaje a través de España Aurora aprendió extrañas lecciones. Aquella tierra, que había sido rica y orgullosa, estaba sumida en la miseria, pero conservaba su orgullo. Cuando se reunían cien saltadores de caminos, el lugar en


que vivían se denominaba aldea. Era difícil encontrar algo de comer en las posadas, antros donde se asesinaba impunemente a los viajeros que se iban, sin cenar, al otro mundo. El posadero, hombre soberbio y taciturno, proporcionaba por lecho un montón de paja no muy limpia. Y si por casualidad el huésped no era asesinado en la noche, a la mañana siguiente pagaba y seguía viajando sin desayunar.

Los caminos eran tan seguros como un barril de pólvora a punto de estallar. Los bandidos y los arrieros estaban de acuerdo para desvalijar a los viajeros. En resumen, antes de iniciar un viaje de tres leguas había que hacer testamento.

Enrique y Aurora avanzaban bordeando un precipicio, cuando vieron a una gitanilla que dormía en el camino. Aurora descabalgó y, acercándose a ella, la contempló en silencio. Era muy bella y, en un impulso natural, se inclinó para besarla. Despertó la gitana y devolvió sonriendo aquel beso, pero al divisar a Lagardere, se asustó.

—No temas —la tranquilizó la rubia Aurora—. Es mi protector y mi padre amado. ¿Cómo te llamas?

—Flor. ¿Y tú?



Aurora curó la herida de Lagardere.

—Aurora.

El joven sonrió de nuevo, con ternura. De pronto exclamó:

—¡Oh! ¡Qué hambre tengo!

Estaba muy pálida y Aurora extendió sus brazos para sostenerla.

Enrique descabalgó a su vez, y cuando la gitanilla declaró que

desde el día anterior no probaba

alimento alguno, el joven le dió

un pan y un sorbo de jerez. Luego

cuando se aplacó su hambre, la pequeña

gitanilla miró a Lagardere y luego

a Aurora.

—No os parecéis —observó.

Mirando la mano de Lagardere,

añadió:

—Gracias, señor caballero, sois

un hombre muy bueno y hermoso. No me de-

jaris sola esta noche en medio del

camino.

Enrique vaciló. Los gitanos son

astutos y pícaros. Aquella niña po-

dría ser, tal vez, una celada. Pero

Aurora intercedió por ella y La-

gardere accedió a llevarla.

(CONTINUARA)



La gitanilla despertó.



SOLITARIO BILL

ARCA DEL TRAIDOR

CAPITULO XV.



1. Solitario Bill se opuso a que el indio Tulsaa fuera sacrificado. Gran Búfalo, el jefe de los seminolas, accedió: "—Está bien, rostro pálido. Tú dictarás el castigo para el traidor que intentó envenenarme". El joven repuso: "—Llevará en la frente la marca de su traición".

3. "—¡Me vengaré de ti, Solitario Bill!", aulló Tulsaa antes de alejarse. El héroe texano replicó sonriendo: "—Se necesita algo más que las amenazas de un cobarde para hacerme temblar". Más tarde sugirió a Gran Búfalo: "—Necesitas que alguien cure tu herida. Iré a buscar a..."



2. Los pieles rojas se apoderaron de Tulsaa, que se debatía en furia y grabaron en su frente el dibujo de una lengua de víbora. El signo infamante no se borraría jamás y todos sabrían al verlo que Tulsaa era traicionero y vil como una serpiente. Presupuesto que fué expulsado de la tribu.

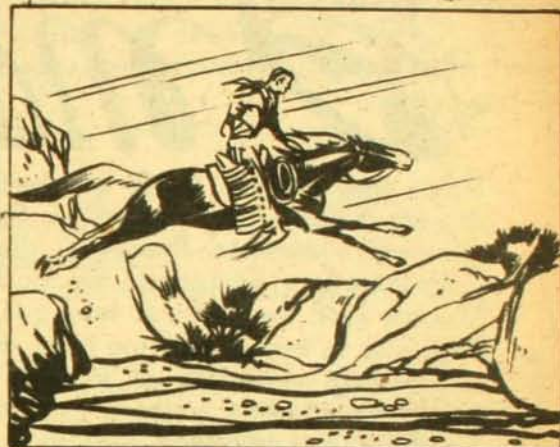
"—No —interrumpió Gran Búfalo—. Nadie debe conocer el camino que sigo. Vamos en busca de Quimera, la ciudad con murallas de oro. En ti confío, pero todos los demás rostros pálidos me inspiran recelo." Solitario Bill insistió: "—Estás herido. Esperame aquí y traeré a alguien en quien puedes confiar".



SOLITARIO BILL



5. Cuando Solitario Bill cabalgaba hacia el campamento de colonos, para pedir a Anita Cantrel que curase la herida de Gran Búfalo, el viejo Clem salió a su encuentro y le refirió que el malvado Pete Grant se había apoderado del mando y que Anita había desaparecido. "—Encuéntrala", rogó Clem.



7. Anita relató su fuga del campamento, donde fue defendida por Colmillo Agudo, el coyote que la custodiaba por orden de Solitario Bill. "—Castigaré a ese miserable asesino —dijo Bill—. Pluma Blanca, te confío a Anita. Tú, Clem, permanece también aquí." En seguida se alejó con la velocidad de un huracán.



6. Sin pérdida de tiempo, el joven se reunió con Pluma Blanca y los tres jinetes se encaminaron al desfiladero. Su instinto no engañó a Solitario Bill. Allí escucharon la dulce voz de Anita que llamaba a su héroe. El fiel Clem la estrechó en sus brazos diciendo: "—Ya estás salvada, mi niña".



8. Penetró en el campamento, sin ser sorprendido. Su primera preocupación fue rescatar a Sam Rogers, el jefe de los colonos, quien estaba en peligro de ser asesinado por el ambicioso Grant. "—¡Usted!", exclamó Rogers, que yacía herido. "—Silencio —murmuró Solitario Bill—. Le trasladaré a mi refugio."

(CONTINUARA)



La ambiciosa Mariela

Había una vez una viuda que tenía una hija muy bella. La madre era humilde y trabajadora. Su hija Mariela, en cambio, era altanera y perezosa. Pasaba el día contemplándose en el espejo y arreglando y adornando sus pobres trajes.

Muchos eran los pretendientes que acudieron a solicitar su mano. Pero ella se burlaba de los hijos de labradores que la cortejaban. —Hija mía —decíale su madre—, deberías agradecer el honor que te hacen estos jóvenes y no despreciarlos con tanto orgullo. Ya sabes que nosotras nada poseemos y mi trabajo apenas alcanza para sustentarnos.

—Son muy vulgares —contestaba Mariela.

Una noche, la madre que trabajaba en la cocina escuchó las risas de Mariela que dormía en su humilde lecho.

Sonrió la buena mujer.

—¡Qué lindo sueño tendrá cuando así ríe! —exclamó.

A la mañana siguiente levantóse temprano, como de costumbre, y empezó a limpiar la casa, en tanto que la joven continuaba durmiendo.

Cuando, por fin, llegó a la cocina a servirse el desayuno que su madre le tenía preparado, ésta observó:

—Sin duda habrás tenido un sueño muy agradable, porque que reías.

—¡Oh, sí, madre! —contestó Mariela—. Figúrate que soñé la llegada a nuestra casa de un señor que iba en una carroza de cobre. Acercándose a mí, puso en mi dedo una sortija, cuya piedra brillaba como las mismas estrellas. Y cuando, poco después entramos los dos en la iglesia, para celebrar la boda, la gente tenía ojos más que para mí y para la Santísima Virgen.

—¡Oh, Mariela! —exclamó la madre, asustada—. ¡Qué sueño más malo! Nace de una ambición desmedida, hija mía. Debes abandonar tus pretensiones y aceptar por esposo a alguno de esos muchachos honrados que vienen a ofrecerte una vida modesta y tranquila.

¡Ay madre! No me sermonees más. Ya estoy aburrida de tus consejos.

De repente, tarareando una canción, asomó la cabeza por la ventana. En aquel mismo instante penetró en el patio de la casa un carro en un minuto.

Alzó pie a tierra un joven labrador. La madre y la hija le conocían muy bien, porque tenía grandes terrenos a poca distancia del lugar en que ellas vivían.

Al ver el joven declaró que venía a pedir la mano de Mariela, a lo que ella le respondió con desdén:

Aunque vinieses en una carroza de cobre, y me pusieras en el centro de una sortija cuya piedra brillase tanto como las estrellas, te aseguro que no te aceptaría por esposo.

La madre se esforzó en dirigir palabras bondadosas al pretendiente, pero éste se alejó iracundo.

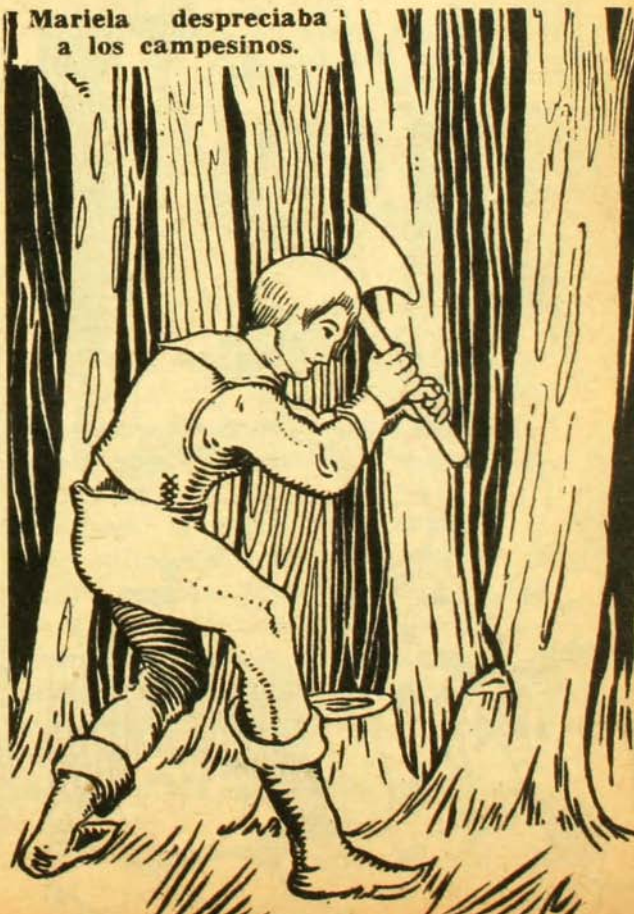
En aquella noche Mariela se levantó a reír en su sue-

Mariela despreciaba a los campesinos.

ño. ¿Qué soñará la ambiciosa? —pensó la madre, que la escuchaba— sobre hija mía!

La mañana siguiente, Mariela refirió su sueño. Figúrate que venía a buscarme un señor en una carroza de plata y me ofrecía una corona de oro. Y cuando estábamos en la iglesia para celebrar la boda, la gente miraba mucho menos a la Virgen que a mí.

¡Calla, hija mía, calla! Estás blasfemando exclamó, horrorizada, la madre, santiguándose al mismo tiempo— ¡Calla, hija mía, reza. Tu



ambición será tu ruina.

—¡Bah! ¡Tonterías, madre! —dijo Mariela.

Dicho esto abandonó cantando la cocina.

En aquel mismo instante penetró en el patio una carroza, en la que iba un joven caballero, deseoso de ofrecer a Mariela su mano y su fortuna.

La madre, loca de júbilo, creyó que por fin su hija aceptaría la proposición. Mas se engañaba. Mariela hizo una mueca desdenosa y dijo al galán:

—Aunque vinierais en una carroza de plata y me ofrecieseis una corona de oro, os rechazaría.

A la noche siguiente, al oír reír a su hija, la madre exclamó:

—¡Santos cielos! ¿Qué soñará ahora que ríe tan alegremente?

Y, más alarmada que nunca, aguardó la explicación del sueño. Cuando se lo preguntó Mariela dijo:

—No tenemos otro pan —dijo el Rey de las Minas.



—Soñé que un noble señor, acompañado de numeroso séquito, venía a pedir mi mano. Llegó a esta casa en una carroza de oro y me ofrecía un traje del mismo metal precioso. Y cuando entramos en la iglesia, para celebrar la boda, la gente no tenía ojos más que para mí.

Tanto efecto causaron en la madre aquellas palabras de desmedido orgullo, que no pudo articular palabra. Mariela comenzó a cantar y se asomó a la ventana.

Apenas terminó su canción, penetraron en el patio tres carrozas: una de cobre, otra de plata y la tercera de oro. De

carrozas de cobre y de plata salieron numerosos pajes, y des- la carroza de oro echó pie a tierra un doncel. netró en la casa, y, doblando la rodilla, pidió a la madre la no de su hija.

joven, al ver las carrozas y al rico caballero, exclamó exta- da:

He aquí mi sueño. Ahora te convencerás, madre, de que yo nía razón.

con estas palabras, se apresuró a otorgar su mano al descono- lo. Rápidamente se hicieron los preparativos para la boda.

anciana no podía ultar su inquietud. eía que algún peligro enazaba a su hija.

s novios subieron en carroza, y la buena ciana se dirigió a pie la iglesia. Poco des- és vió a Mariela salir ompañada de su es- so, y sin dignarse si- iera dirigir una mira- a su madre, subió de uevo en el carruaje de o.

a desgraciada madre volvió a su cabaña y lloró amargamente. ntretanto, la carroza viajó todo el día sin detenerse un instan- . Al anoecer llegaron ante una enorme roca. La comitiva pe- etró en una especie de túnel, tembló la tierra y a espaldas de s viajeros se desplomó la enorme roca.

l oír el estruendo, la novia cogió la mano de su esposo.

-Nada temas, hermosa mía —dijo éste, tranquilizándola—. Muy onto verás con tanta claridad como si fuese de día.

ocos momentos después, y a través de las ventanillas de la ca- oza, Mariela divisó innumerables llamitas. Al principio se asus- mucho, pero luego pudo ver que eran los Kobolds o enanitos e la montaña que, empuñando antorchas, acudían a recibir y a ludar a su señor, el Rey de las Minas.

lo entonces supo Mariela quién era su marido, y vió que no

—Llora todo lo que
quieras —se burló el
rey.



era joven, sino viejo. Aunque tuvo algunas dudas acerca de si sería un genio bueno o malo, se alegró ante la idea de que debía ser muy rico y de que ella era reina y no labradora. Por fin llegaron a un palacio de oro que deslumbró a Mariela.

Sentáronse a la mesa y sirvieron unos manjares admirables a la vista, pero todos ellos eran compuestos de metales de las minas subterráneas. El Rey de las Minas y sus invitados comían de aquellas piedras y metales guisados de mil modos distintos y lo hacían con el mayor gusto. Mariela, como se comprende, no pudo imitarles y, desencantada, se volvió a su esposo para pedirle un poco de pan.

—Con el mayor gusto, esposa mía —contestó el Rey de las Minas. Y volviéndose a los servidores, les ordenó:

—¡Servid el pan de cobre!

Mariela miró aquel hermoso pan, mas no pudo comerlo.

—¡Que sirvan el pan de plata! —ordenó el rey.

Mariela hizo un gesto de desilusión.

—Traed, entonces, el pan de oro —ordenó el Rey de las Minas. Al ver el pan de oro, Mariela estuvo a punto de estallar en llanto.

—Lo siento en el alma, hermosa Mariela —dijo el soberano—, pero no tenemos ningún otro pan.

La novia se echó a llorar.

Al verla, el Rey de las Minas empezó a reír, porque su corazón, como todo lo que había en sus dominios, era también de metal.

—Llora todo lo que quieras —le dijo—, pero es inútil. Tienes lo que has querido y no hallarás otro pan aparte del que escogiste.

Mariela permaneció en aquel palacio muriéndose de hambre o buscando en vano por los alrededores alguna hierba o raíz comestible con que pudiera calmar el hambre que la devoraba.

Hasta que un día, arrepentida de su pasada ambición, rogó al cielo que la perdonara y le permitiese volver al lado de su madre. Inmediatamente se encontró fuera de los dominios del Rey de las Minas.

Cubierta de harapos, pálida y enflaquecida, mendigando de puerta en puerta, llegó a la choza de su anciana madre.

—¡Perdón, madre mía! —sollozó.

La anciana la recibió en sus brazos y con su cariño le hizo olvidar el castigo tan merecido por su desmedida ambición.

MAMI CON GRAN ENOJO
PERSIGUIENDO A LOS MONOS



ME VOY SOLO AUNQUE PELIGRO.
SOY VALIENTE COMO UN TIGRE.



¿CÓMO ESTÁS QUERIDO AMIGO?
¿VIENES AL RÍO CONMIGO?



NO. HAY UNA BESTIA MALUADA
Y EL AGUA ESTÁ MUY HELADA.





El tesoro del Valle perdido



CAPITULO X.— UN HELICOPTERO ENTRE LAS MONTAÑAS



1. El jeque Saud reveló a Daniel y Dick la existencia de un símbolo de poder ambicionado por la tribu de la espada. "—Pertenece a mi nieto, Mario Aissa —declaró el anciano—. Mis enemigos quieren arrebatarme esa insignia, para someter a los clanes árabes, egipcios y africanos que nos rinden obediencia."

3. "—¡Maldito cerdo! —gruñó el espía—. No puedo pasar y ya vienen Saud y los rumíes. Treparé a la roca." Agilmente, como un simio o una araña, escaló el muro y se suspendió de la altura, mientras el jeque, Dick y Daniel abandonaban la gruta. Con una maligna sonrisa el traidor les vió pasar.



2. "—El reinado de mi nieto es extenso y ha despertado la codicia de Beni Hassan. Pero jamás descubrirá esta caverna secreta", añadió el patriarca, sin sospechar que un espía había seguido sus pasos y retenía sus palabras, una por una. Luego intentó escabullirse, pero el centinela estaba alerta.

4. Minutos después, dejó caer una piedra, para atraer la atención del centinela. El árabe se internó precipitadamente en la gruta para investigar el origen de aquel ruido. El espía huyó entonces, murmurando: "—Busca, imbécil. Hallarás murciélagos y ratas, mientras yo me reúno con Beni Hassan".



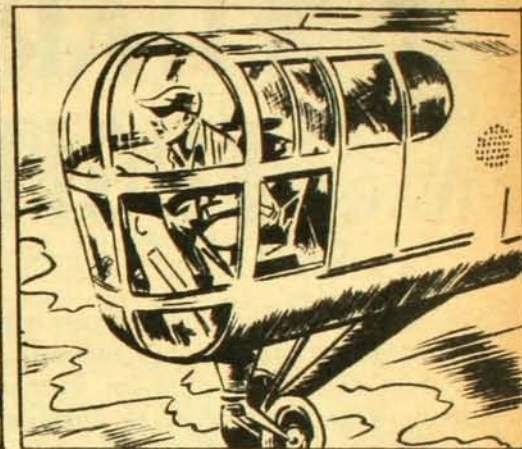
El tesoro del Valle perdido



5. En efecto, el centinela sólo descubrió roedores que huían aterrorizados. Mientras tanto, en el palacio, Dick persuadió al jeque de que debían comunicarse con las tropas comandadas por el teniente Alan. “—Confío en ustedes —accedió el anciano—. Habla con tu amigo, sin revelarle la entrada al Valle Perdido.”



6. “—Únicamente los musulmanes conocen este valle. No quiero que sea invadido por hombres de otra raza y otra religión”, agregó Saud. Dick habló por radio con el teniente y le dió instrucciones privadas. Alan dijo riendo: “—¿Se trata de pasar un camino, sin pasarlo? Muy fácil”.



7. Ordenó preparar un helicóptero y luego anunció a Dick: “—Su mosquito está listo para volar. ¿A dónde se lo envió? ¡Ah!, verdad que no puede revelar el sitio, ni los caminos. Encienda tres hogueras en triángulo, para que sirvan de seña al piloto. Buena suerte y no olvide que espero noticias”.



8. Alan despidió al piloto, aconsejándole: “—No aterrices entre los enemigos”. Aquella advertencia resultó de mal augurio. Cuando el aviador, luego de avistar unas hogueras, descendió, varios árabes corrieron hacia el helicóptero, profiriendo amenazas. El joven cerró la puerta de la cabina y se dispuso a huir.

(CONTINUARA)



EL CHARRO FUGITIVO

CAPITULO I.—Un bandido galante.

Cecilia Valle contemplaba con nostalgia el cercano bosque. En el horizonte se alzaban las serranías grises. Entrecerrando los ojos, la niña imaginaba que los montes se cubrían de nieve, convirtiéndose en contrafuertes cordilleranos. La visión de los Andes aceleraba el latir de su corazón, mientras percibía en el viento fragancia de pinos, boldo y retamos, en vez de los penetrantes olores del plátano, el añil, el cacao y la vainilla.

Estaba lejos de Chile, su patria inolvidable.

—No quiero que estés triste.

La vocecilla aguda la distrajo de sus intensas evocaciones. Sonrió al observar el ceño contraído de Mariquita García, su alumna. Con un gesto de niña contrariada, protestó:

—¿Por qué no te acostumbras en mi casa? Te quiero como a una hermana. Mi padre te considera casi una hija.

La sonrisa de Cecilia se acentuó. ¿Hija del severo y ampuloso don Pedro García de los Ríos? Por cierto que Mariquita no meditaba sus palabras. El soberbio don Pedro jamás admitiría en su familia a quien no llevaba sus rancios apellidos, ni había nacido en México, en las tierras más ricas de Sonora.

—Siempre piensas en tu patria —continuó quejándose Mariquita—. ¿Por qué no repites cien veces: “Soy mexicana. Pertenezco a este país. Soy hermana de Mariquita García”? Si perseveras, te convencerás y entonces podré vivir tranquila, sin el temor de que un día me dejes.

La alarma se reflejó en sus ojos negros y relucientes.

—Prométeme que no te irás —exigió.

—Por mi voluntad, no nos separaremos —prometió Cecilia, con voz tranquila.

e miraron sonrientes. Parecían verdaderamente dos hermanas, de dieciséis y dieciocho años. La hija del poderoso hacendado era morena, de cabello retinto, esbelta y ágil, de carácter explosivo. Cecilia era también morena, de cabellera castaña, con reflejos cobrizos. Sus ojos tenían pupilas claras, doradas. Las facciones de la niña chilena y su grácil cuerpo impresionaban por su reposada belleza.

—¡Bendita sea la Virgen de Guadalupe! —exclamó Mariquita—. ¿Ya no estás triste. Iremos a la fiesta de los Montenegro, ¿verdad? Los disfraces están listos. Vamos a vestirnos.

Con la turbulencia de un torbellino, arrastró a su joven profesora hasta su dormitorio y allí se ataviaron. Cecilia vistió un traje escocesa, Mariquita se transformó en una princesa hindú.

—Te falta la gaita, bella escocesa —rió a gritos.

Las aguardaba el coche, tirado por dos caballos. Don Pedro poseía automóvil, pero respetaba las tradiciones de su familia y muchas veces sacaba a relucir sus viejas y polvorientas reliquias. El “pelado” Ramón guiaba el coche, cuando en un recodo del camino apareció un jinete.

—¡Alto! —ordenó con una sonrisa.

El relampaguear de los blancos dientes le pareció a Ramón más peligroso que el fulgor de un cuchillo.



—¿Es una de sus madrigras? —dijo Mariquita García.

—Oiga, cuate. . . , pos quisiera saber quién es usted —balbuceó,

—El charro Jorge Alvarez.

Aquel nombre causó tal espanto a Ramón, que dejándose caer del pescante, dejó caballos, coche y amitas abandonadas y huyó a todo escape.

—¿El charro Jorge? —repitió Mariquita, con su acostumbrada impertinencia—. ¿El prófugo, el bandido, el. . . , el salteador romántico?

—Dicen muchas cosas de mí.

—Dirán también que es un aguafiestas. Ahora, ¿quién nos llevará al baile de los Montenegro?

—Nadie. Es mejor que regresen a su casa.

—A mí nadie me da órdenes —replicó la joven, mientras sus negros ojos lanzaban rayos—. Haré que lo arresten. ¡Socorro! ¡Milicia!

—No grite, señorita. No la oirán los milicianos. . . , sino una banda de salteadores que está acechando en el camino. Por eso las he detenido.

Hablaba con calma y firmeza. El ancho sombrero daba sombra a sus ojos y a la mitad de su rostro. No era posible ver si su mirada era franca o aviesa. Pero la expresión de sus labios y algo indefinible en su actitud inspiraron confianza a Cecilia.

—Creo que no nos engaña, Mariquita —susurró—. Volvamos a casa.

—Un momento —dijo él—. Empezaba a dudar de que usted pudiera hablar, señorita.

Con un rápido ademán echó hacia atrás el sombrero y miró directamente a Cecilia. Ella se sintió enrojecer bajo aquellos ojos que la contemplaban con admiración.

—Cerca de aquí tengo un refugio.

Y sin esperar que las niñas aceptaran su invitación, cogió las bridas de los caballos y los llevó hacia un atajo. En una caverna, amurallada por rocas naturales y espesa vegetación, les ofreció agua.

—¿Esta es una de sus madrigueras? —indagó Mariquita, examinando la gruta.

—Sí. La más cercana a las posesiones de don Pedro García de los Ríos.

Pronunció el nombre con deliberada lentitud. Mariquita, como si recordara de pronto algo importante, señaló:



—El charro Jorge te enviaba un mensaje.

—Mi padre lo odia. ¿Por qué?

—Tal vez sea mejor que lo interrogue a él, no a mí.

—Eso es imposible. En cuanto oye mencionar su nombre, se convierte en una energúmeno, y uno, en vez de hacer preguntas, debe emprender la huida.

El semblante del apuesto charro se había ensombrecido, pero ante el comentario de Mariquita su lúgubre expresión desapareció.

—¿Regresemos? —propuso—. Ya han descansado.

Rodaba el carricoche por el camino principal, cuando una decena de jinetes apareció. Los cascos de sus caballos alzaban nubes de polvo.

Con la rapidez del relámpago, Jorge Alvarez situó el carro contra una roca, desenganchó los caballos y, señalando a las aterrizadas jovencitas un espacio libre y resguardado, se dispuso a recibir a los asaltantes. No se parapetó, ni disminuyó un milímetro su alta estatura. Con absoluta despreocupación, como si ninguna bala pudiera alcanzarlo, disparó, con ambas pistolas. Se oyeron maldiciones y alaridos. Dos o tres bandidos se curvaron sobre las sillas de sus cabalgaduras, aunque sin caer. Las armas del charro tronaron una y otra vez. La línea de atacantes se dispersó y minutos después se oía el precipitado galope de la desbandada.

—¿Está... , está herido? —murmuró Cecilia.

—No, señorita. Gracias.

Sopló el cañón de sus pistolas y dijo:

—Los caballos huyeron. Las llevaré en mi pinto.
Un instante después enfundó sus armas y partió, con ambas niñas a la grupa. Las dejó cerca de la hacienda, y luego de dirigirles un saludo silencioso, se perdió en la distancia.

—Me parece que he soñado —confesó Mariquita.
Se dirigían a la casa cuando una voz tímida las llamó;
—Señoritas...

Era Ramón, que compungido, suplicó:

—No le digan al patrón que yo...

Cecilia repuso:

—Está bien. También tú guarda silencio.

—¡Ay, señoritas! Yo no quería dejarlas solas, pero dicen que el charro Alvarez es ahijado del diablo. No quiero que le diga a su padrino que me lleve. Mi novia Inasia se moriría de pena.
Mariquita dijo burlescamente:

—Si Ignacia supiera que eres tan gallina, te echaría a la olla.
No creo que te convenga tener una novia cocinera.

—No se burle, niña. No soy cobarde, es que...

—Tienes unas piernas muy corredoras, nada más...

Cecilia intervino:

—Olvidemos este asunto. Recuerda que debes ser discreto, Ramón.

—Sí, señorita.

Cuando quedaron solas, la joven profesora murmuró:

—¿Hablares con tu padre?

Convinieron en no relatar a don Pedro la reciente aventura. Dos días más tarde Cecilia se disponía a salir a caballo, cuando Mariquita se reunió con ella. Estaba muy agitada:

—¿Sabes algo sensacional? El charro... te envía un mensaje. Asombrada, Cecilia desplegó el papel. Decía: "*Perdóneme. Necesito su ayuda. Si confía en mí, siga a Moro, mi perro*".

Cecilia miró, indecisa, a Mariquita.

—Podemos ir juntas —propuso la niña.

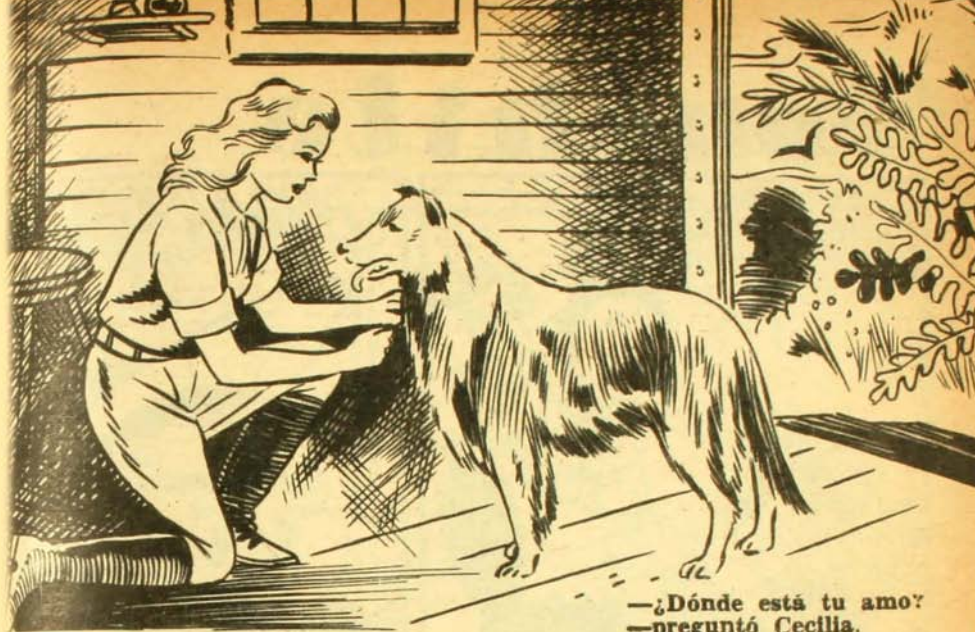
—No.

—¿Crees que es una celada? Jorge no me parece un bellaco.

—No lo es. Iré.

—Yo te seguiré y si te veo en peligro, correré a buscar la milicia.
Cecilia siguió a Moro hasta una distante cabaña que parecía deshabitada. Arrodillándose, preguntó:

—¿Dónde está tu amo?



—¿Dónde está tu amo?
—preguntó Cecilia.

Una voz sarcástica replicó inmediatamente:

—¿Busca al romántico bandido, al rutilante charro Jorge Alvarez?

Cecilia se levantó, enfrentándose a un hombre de cabellos deshechos y ojos azules. Sostenía en sus labios un cigarrillo apagado. Reconoció a Alfonso Trevor, secretario privado de don Pedro.

—¿Qué diría nuestro altivo señor si supiera que la profesora de su hija viene al bosque a socorrer a un forajido?

—¿A socorrer? —repitió Cecilia.

—Sí, porque está herido... , y tal vez su herida es grave, muy grave.

Al advertir que Cecilia palidecía, Trevor añadió con una risa ahogada:

—¿Por qué se preocupa tanto? Acepto que el charro Jorge fascine a las indias ignorantes, pero usted... es distinta. Ellas sueñan que las lleva en ancas o que pasando a todo galope las alza hasta su caballo... , aunque no sé si habrá brazo que resista el peso de sus cuerpos. Tienen los huesos anchos y bastos y visten cien faldas y enaguas.

Sonreía irónicamente, mientras Cecilia, tensa, aguardaba que él dijera dónde estaba Jorge Alvarez y qué le había sucedido.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato





LA REINA DE LAS SERPIENTES

—Naya —murmuró de nuevo, evocando a la misteriosa reina de las serpientes.

Como si aquel nombre encerrara un maleficio, brotaron más reptiles. Mauricio agotó sus proyectiles, y después, cogiendo el arma por el cañón, asestó un violento golpe a una cobra que se había

CAPITULO V.—La misteriosa Naya.

Mauricio Gerar avanzaba por los intrincados túneles. En la penumbra se erguían fatídicos muros, entrecruzados por grietas profundas. Allí tal vez anidaban las cobras. Gerar subía las gradas de piedra, y aquellas escaleras parecían no tener fin.

—¡Maldición! ¿Por qué me interné en estos pasajes del demonio? —masculló, incapaz de reprimir su impaciencia.

La voz repercutió en las galerías.

De súbito, el explorador se detuvo. Un haz de serpientes se erguía ante él, impidiéndole el paso.

Apuntó cuidadosamente a las cabezas triangulares y disparó con precisión todas las balas, una tras otra. Cargó de nuevo y prosiguió su incursión por el siniestro laberinto. Escaleras y más escaleras. ¿Cuándo llegaría a una sala o una terraza?

lanzado contra él, saltando en el aire. Observó los escamosos cuerpos que yacían inmóviles y luego reanudó su marcha. Tenía la boca seca y sus nervios estaban tensos. Oprimió el fusil, luchando por serenarse.

Era valiente y jamás tembló ante una fiera sanguinaria, o un hombre temible. Pero la sórdida batalla contra los reptiles, corroía su ánimo.

De súbito, ahogó un grito. De lo alto de la escalera, bajaba rodando un nudo de najas. La sola idea de que los reptiles rozaran su cuerpo le produjo tal sensación de repugnancia, que, abandonando su arma, huyó. En sus bolsillos tenía algunas granadas de mano, pero se negó a usarlas. Aquella lucha se prolongaba demasiado y no se sentía capaz de continuarla.

—¿A dónde vas, forastero?

La voz pausada e irónica lo inmovilizó.

—Vine, porque oí que me llamabas.

Convencido ya de que esa voz no era una ilusión creada por sus martirizados nervios, Mauricio se volvió, enfrentando a una doncella revestida de joyas. Un velo sutil descendía sobre sus hombros, envolviendo en una diáfana nube el cuerpo esbelto, de piel morena. La diadema de oro ostentaba una serpiente.



Aquellas escaleras parecían no tener fin.



Un haz de serpientes se erguía ante él.



Mauricio abatió a los reptiles.

Los ojos de Naya eran verdes y fríos. Las facciones, talladas con la perfección de una estatua, no revelaban emoción. Sólo una sombra de sarcasmo imprimía vida a sus labios que, sin esa expresión, habrían sido tan rígidos e impasibles como los de una escultura de piedra. Las serpientes habían deshecho el monstruoso nudo y se extendieron,

tranquilas y sumisas, a los pies de su reina.

—¿No puedes hablar, extranjero? No temas. Ningún peligro te amenaza.

Detrás de la soberana, varios sacerdotes sostenían antorchas. La cambiante luz alternaba reflejos y sombras en el semblante de increíble belleza.

—Naya —balbuceó Mauricio.

—Ese es mi nombre, Mauricio Gerar.

—¿Me conoces?

—Por cierto. ¿No eres capitán de la guarnición francesa en Kimur? Un soldado en continuo descanso, que ha venido a la India a bofezar y a refugiarse bajo el mosquitero para huir de las más



De lo alto de la escalera rodaba un nudo de cobras.



Huyó, abandonando su fusil.

peligrosas bestias del clima tropical: los mosquitos.

El bronceado semblante de Gerar enrojeció.

—¿Me llamabas? —insistió ella.

—Quería convencerme de que no eras una fábula, de que existes realmente. Deseaba contemplar tu rostro y...

Naya lo interrumpió fríamente:

—Deseabas interrogarme. ¿Quién te habló de mí?

Gerar percibió la amenaza que vibraba en la voz metálica e inflexible. Comprendiendo que debía proteger a su amigo, el príncipe Magore, contestó con indiferencia:

—¿Quién? Si conociera los nombres de todos los fakires y de todos los parias de la India sería un hombre muy sabio. Digamos que fué un desconocido, en un camino solitario.

—Traidor —pronunció Naya— Sabré hallarlo, aunque no delates su nombre.

Mauricio vió que los sacerdotes de la escolta estaban pálidos y que sus ojos reflejaban temor.

(CONTINUARA)

Apareció Naya, escoltada por sus sacerdotes.

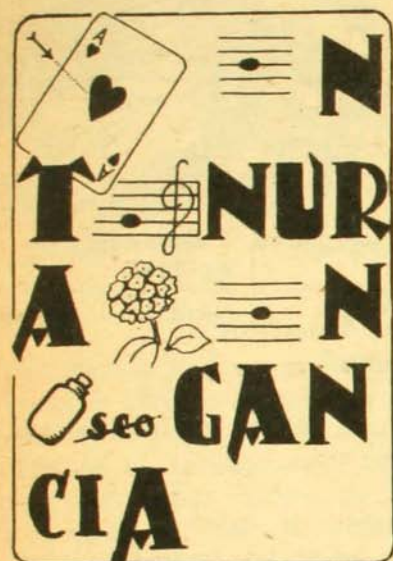


Concurso Semanal

Este concurso consiste en adivinar la frase popular que encierra el dibujo. Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 227.— Petrarca fué un gran poeta italiano.

Premiados con **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD"**.— Jaime Escobedo, Santiago; Enrique Díaz, San Fernando; Guillermo González, Los Andes; Lillian Loezar, Santiago; Luis Salas, Quillota; Carlos Monzó, Santiago. **UN TUBO HERRAMIENTAS.**— Alfonso Edwards, Santiago; Juan Guillermo Pacheco, Santiago. **UNA LIBRETA APUNTES.**— Ernesto Grove, Santiago; María Elena Vivanco, Valparaíso; Patricio Rojo, Santiago; Ani-



ta Rodríguez, Talca; Adolfo Caviedés, San Antonio; Juan González, San Bernardo. **UN PREMIO DE \$ 20.**— María Raggio, Santiago; Guillermo Hoddar, San Fernando; María Alicia Rojo, Santiago; Oscar y Clarita Faúndez, Río Claro; Sara Espinoza, Viña del Mar; Magaly Ortiz, Santiago; José Gustavo Daza, Santiago; Iris Sol Estrada, Rengo; Juan Manuel Larenas, Santiago; Francisco Vallet, Santiago. **UNA CASETA FERROVIARIA.**— Julio Cabello

Santiago. **UN LIBRO.**— María Inés Concha, Santiago; Alicia Scheinding, Santiago; Elena Vergara, Santiago; Julio Ríos, Santiago; William Gordon, Santiago; Inés Meza, Valparaíso; María Cecilia Cortés, Santiago; Ana María Laisen, Rancagua; Frida Duncker, Santiago; Jorge Torres, Lota.

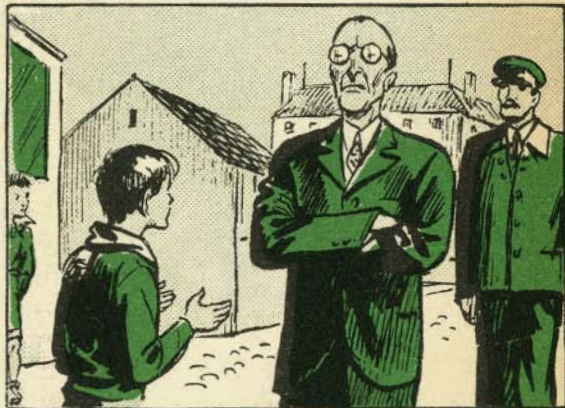
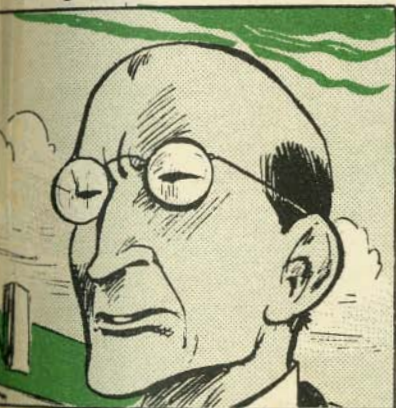
**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 229

Juan y Juanita



3. “—¡Cuidado! ¡Ese es el director Vinagre! —susurró Tilín—. El llamado “Vinagre” añadió con brusquedad: “—¡Guardia! ¿Qué espera? Llévase a la muchacha, sin oír las idioteces de su hermano”. Luego, dirigiéndose a Juan, prosiguió: “—No permito que nadie quebrante las reglas”.



4. Juan se estremeció ante la mirada fría y venenosa. Detrás de los cristales con marco de oro brillaban los ojos como los de un reptil que hipnotiza a su víctima. Sin embargo, Juan insistió: “—Mi hermana sufrirá mucho, señor, y yo... no puedo soportar la idea de que estará sola y triste”.

(CONTINUARA)

LE RECORDARE' A MAMA' QUE MAÑANA ES MI CUMPLEAÑOS



¡MAMY, MAÑANA ES MI DÍA, NO OLVIDÉS REGALARME ALGO!



ME GUSTARÍA UNA COSA QUE HAGA BRILLAR MIS MANOS...



... O QUE HAGA RELUCIR MI CUELLO, O LE DE GRACIA A MIS OREJAS!



¡TOMA PELUSITA, ESTE ES MI REGALO DE CUMPLEAÑOS!

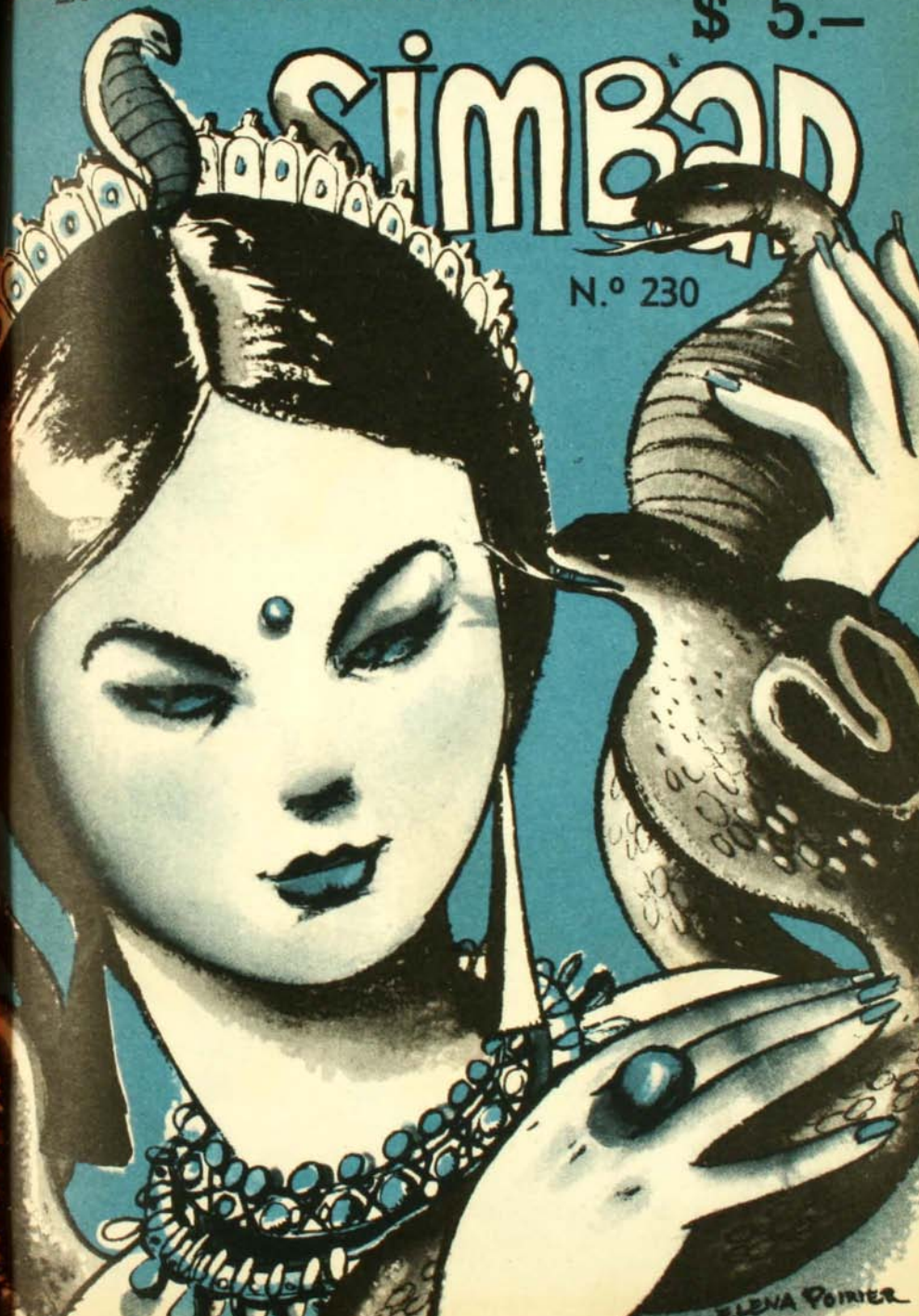


LA REINA DE LAS SERPIENTES

\$ 5.-

SIMBAD

N.º 230



Juan y Juanita

CAPITULO VIII.—EL DIRECTOR "LIMON"



1. Baltasar Lamon, director del reformatorio, gruñó: "—Aquí la desobediencia no cunde. Vuelvè a tu fila o recibirás una ración de azotes". Juan comprendió que era inútil resistir. Recogió su equipo y fué signado con un número, como un reo. "Huiré con mi hermanita —reflexionaba—. Huiremos de esta prisión."



2. Su amigo, a quien todos llamaban Tilín, le consoló: "—No te amargues por culpa del director *Limón*. Ese morirá agrio y mal educado". Juan sonrió débilmente. El pícaro Tilín se burlaba del desagradable personaje dándole los nombres de Vinagrè o Limón. "—No estés triste", añadió.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 27-I-1954 — N.º 230

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas."

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 240.—
Semestral: \$ 120.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15.60. Semestral: \$ 7.80.
Extranjero:
Suscr. Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

El jorobado



CAPITULO XIV.—Traición gitana.

La pequeña Aurora suplicó a Enrique de Lagardere que llevara con ellos a la gitanilla Flor. La niña pertenecía a una tribu que se dispersó porque era perseguida por la Santa Inquisición. Tal vez algunas gitanas habían sido acusadas de hechicería. Flor no recibió explicaciones muy claras:

—Cuando desapareció el peligro, quise reunirlos con mis hermanos, pero no pude hallarlos. Mi última esperanza es

—Cuando desapareció el peligro, quise reunirlos con mis hermanos.



llegar al monte Balandrón antes de que emprendan viaje hacia otro país. Allí esperarán a los compañeros extraviados.

Flor era tan alegre como Aurora, pero más avispada. Bailaba y sabía cantar muy bien.

Cuando avistaron el monte Balandrón, Aurora se entristeció. Durante ocho días había viajado con Flor sobre la misma mula, hablando y riendo a lo largo del camino.

El día se nubló y de pronto empezó a llover. Enrique ofreció a las niñas su capa, y, después de hostigar a la cabalgadura, continuaron trepando bajo un verdadero diluvio. Las ráfagas de

lluvia eran tan violentas, que los viajeros debían inclinarse para soportarlas. El sol se filtraba a veces a través de las nubes, y entonces las altas rocas, los senderos y el valle se inundaban de luz roja.

—Bajo este extraño sol se ven visiones —rió Aurora—. Allá en esa cumbre creí ver a dos hombres agazapados.

Enrique lanzó una rápida mirada y repuso:

—No los veo.

—Ya no están —dijo Flor en voz baja.

—¿Había realmente dos hombres? —preguntó él.

Una honda inquietud se apoderó de la niña rubia, que esperó ansiosa la respuesta de Flor.

—No eran dos hombres, sino diez por lo menos.

—¿Llevaban armas?



Recorrian el camino alegremente.

—Sí.

—¿No son tus hermanos?

—No.

—¿Y has visto que nos acecharan desde hace tiempo?

—Los he visto ayer por la mañana, muy cerca nuestro.

Lagardere miró a Flor con desconfianza. Aurora no pudo evitar que una sospecha cruzara por su mente. ¿Por qué no les había prevenido?

—Al principio creí que eran viajeros como nosotros —añadió la gitanilla—. Pero desde que estamos en la montaña, su actitud me causó recelos. Después les vi seguir un camino que les alejó de nosotros.

Al anoecer llegaron a una hondonada muy profunda, llamada la Taza del Diablo. Allí, junto a una gran hoguera, estaban los gitanos.

—Sed bien venidos —pronunció un vagabundo de rostro cetrino—. Os daremos el pan y la sal, porque nuestra hermana os trae.

Los viajeros se aproximaron sin desconfianza. La hospitalidad de los gitanos es reconocida en todos los lugares. El bandido más sanguinario respeta a su huésped. Una vez prometidos la sal y el pan, nada hay que temer.

Flor besó las rodillas del jefe, quien, para levantarla, le ofreció las manos con gran solemnidad. Luego brindó a Enrique una

copa de madera en la cual había escanciado aguardiente. El joven bebió, mientras los cingaros se instalaban de nuevo junto a la hoguera. Una gitana danzó junto al fuego. Repentinamente la voz de Lagardere se elevó, ronca y alterada:

—¡Canallas! ¿Qué me habéis dado en este brebaje?

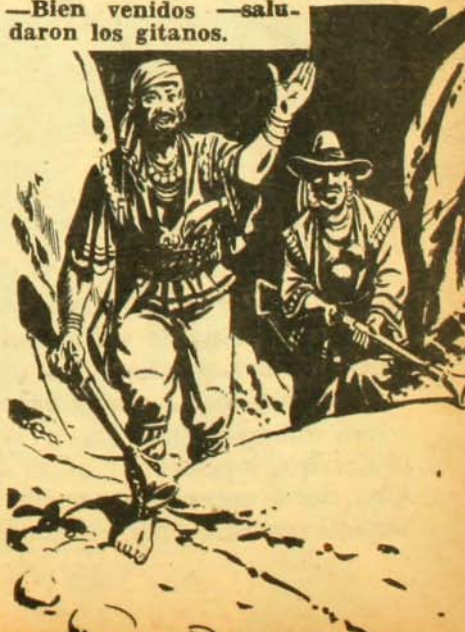
Quiso levantarse, pero sus piernas se doblaron y cayó pesadamente al suelo. Aurora sintió que su corazón cesaba de latir. Enrique yacía en tierra, luchando contra un sopor que lo inmovilizaba. Al fin sus párpados se cerraron.



—Creí que eran viajeros como nosotros —declaró Flor.

los lugares. El bandido más sanguinario respeta a su huésped. Una vez prometidos la sal

—Bien venidos —saludaron los gitanos.



Los gitanos reían en silencio alrededor de la fogata. Detrás de ellos surgieron varias siluetas oscuras. Eran cinco o seis hombres embozados en sus capas y con el rostro oculto bajo las anchas alas de sus sombreros de fieltro.

Era evidente que no pertenecían a la tribu.

Uno de los desconocidos, luego de lanzar entre los cingaros una bolsa repleta de doblones y escudos de oro, exclamó:



Enrique bebió sin desconfianza.

—¡Concluíd y tendréis el doble!
El jefe de los gitanos replicó:

—Hacen falta tiempo y distancia: doce horas y doce millas. No puede matarse en el mismo sitio ni en el mismo día en que se ha ofrecido hospitalidad.

—¡Esas son mojigangas! Dejados proceder a nosotros.

Avanzó hacia Lagardere; pero el gitano se interpuso y declaró:

—¡Mientras no hayan pasado las doce horas y no estén recorridas las doce millas, defenderemos a nuestro huésped, aunque sea contra el rey!

Los hombres de la tribu se situaron alrededor del inerte Lagardere. Aurora, que observaba aquella escena con los ojos dilatados de angustia y horror, sintió que la gitanilla se acercaba a ella murmurando a su oído:

—¡Os salvaré a los dos o moriré yo también!

Aurora oyó aquella voz como en sueños. Toda su alma estaba con Enrique de Lagardere. Sus enemigos habían logrado, por fin, abatirlo a traición. Le persiguieron durante años, con odio implacable o con miedo cerval.

—Enrique —gimió.

Una débil esperanza tembló en su corazón. Durante doce horas estaría protegido por los gitanos, por los mismos gitanos que le ha-

traicionado. Los puñales que hombres llevaban al cinto, y mujeres entre los pliegues de amplias faldas, formarían un escudo de defensa contra las espaldas de los asesinos.

Quien la cogió con rudeza, llevándola a la tienda principal. A medianoche, la niña aún permanecía despierta y angustiada. El jefe dormía, manteniendo junto a sí el arcabuz y la cimitarra. A sus pies roncaba un gitano.

La vieja encargada de vigilar a la prisionera dormía con su cabeza apoyada en uno de los frágiles hom-

bracos de la prisionera, y, como medida de precaución, le retenía a mano, oprimiéndola en su garra de uñas crecidas y sucias. En la entrada vigilaban dos centinelas.

El reloj de arena indicaba la una de la madrugada, cuando Aurora creyó percibir un rumor. Volvió la cabeza para mirar, y ese leve movimiento despertó a su

vecina. El rumor no volvió a oírse. Media hora más tarde la lona que servía de puerta se alzó con un ruido sordo, apareciendo un rostro sonreído y penetró en la tienda, arrastrándose. Cuando estuvo cerca de Aurora, susurró:

Lo más importante ya está hecho.

Al oír el nombre de Enrique acudió a los labios de Aurora. El era lo más importante. ¿Estaba, acaso, a salvo? Miró a Flor con ansiedad, y la gitanilla le sonrió.

(CONTINUARA)



—Hace falta tiempo y distancia —expresó el jefe de la tribu.



—¡Os salvaré a los dos, o moriré yo también! —prometió la gitanilla.



El tesoro del Valle perdido



CAPITULO ESCATE AEREO.



1. El piloto Luis Gares, enviado por el teniente Alan al Valle Perdido, aterrizó en campo enemigo. Los hombres de Beni Hasan intentaron detener el helicóptero, pero éste, sacudiéndose aquellos parásitos, alzó el vuelo. "Me libré —suspiró Gares— Ahora a buscar al profesor Dick."

3. Al reconocer las siluetas de Dick y Daniel, respiró aliviado. Reuniéndose con ellos, dijo: "—Amigos, acabo de huir de unos energúmenos. Vengo a buscar órdenes". Dick declaró: "—Viene a buscarnos a nosotros. Saldremos de este valle, para rescatar por el aire a nuestro alumno, Mario Aissa, que está secuestrado".



2. Continuó surcando el espacio, hasta avistar una ciudad amurallada. "¡Diablos!, ¿qué es eso? Nunca sospeché que estas montañas ocultaran una fortaleza —murmuró el piloto—. Allí divisé tres hogueras. Esta vez no hay error." Descendió cautelosamente manteniéndose alerta.

4. Planearon sobre el valle, observando que era fértil. Grandes represas guardaban el agua de los manantiales, impidiendo que se desbordara hacia el desierto. "—Miren, un edificio en ruinas. Tal vez allí esté Mario prisionero —sugirió Dick—. Vamos a explorar. Empecemos por la terraza."



El tesoro del Valle perdido



5. Cuando se posaron en la desierta terraza, Daniel Derry abandonó la cabina, diciendo: "—Iré yo solo. Estén listos para volar. No había caminado diez pasos, cuando el suelo faltó bajo sus pies. Abriendo los brazos, se sostuvo, gritando a sus amigos: "—No abandonen el helicóptero. Volveré pronto".

7. Daniel la abrió y el dormido guardián cayó de espaldas. El joven se precipitó sobre él, sin darle tiempo a reaccionar, y le amordazó y ató con su propio albornoz. Mario Aissa, que en realidad estaba cautivo en aquella celda, gritó: "—¡Señor Derry! ¡Yo sabía que vendría a salvarme! Corramos".



6. Con sus pies trató de ubicar una escalera, pero comprobó que estaba suspendido sobre el vacío. Escrutó con su mirada la tenebrosa bóveda, y luego sin vacilar se dejó caer. Atravesando una galería en declive, llegó hasta un lugar donde dormía un centinela, junto a la puerta que debía vigilar.

8. Se detuvieron al ver a un grupo de árabes que se acercaba a ellos, vociferando. "—Chacales de la tribu de la espada —masculló Daniel—. Entremos, Mario. Cerrémosles la puerta en las narices." Así lo hicieron, aunque el niño no comprendía cómo lograrían evadirse. Pero Derry tenía un plan.

(CONTINUARA)

Rosanieves



Erase que se era una reina que habitaba en un país muy lejano, hacia la región donde empiezan los hielos eternos. Cierta invierno viajaba en su trineo sobre la nieve recién caída, cuando los caballos hicieron un movimiento brusco, espantados por un lobo, y la reina se hirió la mano con un anillo de diamantes. La sangre empezó a caer gota a gota sobre la blancura de la nieve, y la reina, mientras la contemplaba con tristeza, reflexionó que había tenido doce hijos, pero ninguna hija, y murmuró: "Si yo tuviera una hija blanca como la nieve y roja como la sangre, nada me importaría lo que sucediera a mis doce hijos".

Apenas había pronunciado estas palabras cuando apareció a su lado una hechicera.

—Tendrás una hija —dijo a la reina— y será blanca como la nieve y roja como la sangre, pero tus hijos me pertenecerán.

Andando el tiempo, la reina tuvo una hija. Le dieron el nombre de Rosanieves, y hubo grandes fiestas en todo el país. La reina sentíase feliz, pero, recordando lo que había prometido a la hechicera, mandó a un orfebre que fabricara para sus hijos doce cucharas de plata, doce platos de oro y doce vasos de estaño, y un objeto más de cada clase para su adorada Rosanieves.

Y todo sucedió como la hechicera pronosticó: los príncipes se transformaron en doce palomos que se alejaron volando y nadie volvió a saber más de ellos.

La princesa fué creciendo, blanca y sonrosa-

la, pero se la veía con frecuencia triste y abstraída. Una noche en que la reina estaba también muy triste, atormentada, sin duda, por el recuerdo de los doce hijos perdidos, preguntó a Rosalind:

—¿Por qué estás tan triste, hija mía?

—Oh, madre, es que me encuentro muy sola aquí —se lamentó la princesa—. Todos tienen hermanos y hermanas con quienes jugar y yo no tengo a nadie.

La soberana refirió entonces a su hija la historia de su nacimiento, y a partir de aquel día la princesa no tuvo ya un instante de paz. Pensaba en sus hermanos, y no tenía otra idea que marchar en su busca. La reina intentó disuadirla con súplicas y lágrimas, pero todo fué inútil, porque la princesita se creía culpable de la desaparición de los príncipes.

Una mañana muy temprano, antes de que se despertara nadie en el palacio, salió al campo y se lanzó a recorrer el ancho mundo. Un día, cuando llevaba ya muchas horas caminando por un espeso bosque, llegó a una choza. Entró en ella y no encontró a nadie, pero había doce camas, doce sillas y doce cucharas y doce de todo lo demás sobre la mesa. Comprendió en seguida que sus hermanos vivían allí. Se puso entonces a encender el fuego, a barrer las habitaciones y hacer la comida, para que cuando lo encontrasen todo en orden a su regreso.

Cuando terminó de hacer la comida, la princesa sintió hambre

—¿Quién eres y para qué recoges ese algo-
ción?



y se sirvió un plato. Luego olvidó quitar la cuchara de la mesa y cuando se dió cuenta oyó un ruido.

Apenas acababa de esconderse cuando fué aproximándose el rumor que era como un batir de alas en el aire, y entraron volando los doce palomos, pero en cuanto traspusieron el umbral, los príncipes volvieron a tomar su forma humana.

—¡Oh, qué agradable se está aquí —dijeron, sacudiéndose la nieve de las ropas—. ¡Dios bendiga al que encendió nuestro fuego y nos preparó comida tan exquisita!

Dicho esto, cogió cada uno su cuchara de plata, su plato de oro y su vaso de estaño y se sentaron a comer. Pero cuando levantaron sus cubiertos para llevarlos a fregar, observaron que aun quedaba uno sobre la mesa y que era tan parecido a los suyos que apenas se notaba la diferencia. Entonces los príncipes se miraron unos a otros, asombrados.

—Es la cuchara de nuestra hermana —se dijeron—, y si la cuchara está aquí, nuestra hermana no puede estar muy lejos.

Todos los príncipes se pusieron a registrar la choza de arriba abajo y al fin se les ocurrió mirar debajo de las camas, y cuando llegaron a la del más joven encontraron allí a la princesa.

—Hermanos míos, ¿cómo podré salvaros? —dijo con lágrimas en los ojos.

—Tienes que coger algodón y cardarlo, hilarlo y tejerlo —dijeron los príncipes—, y cuando lo tengas cardado, hilado y tejido harás con el paño doce gorros, doce camisas y doce pañuelos uno para cada uno de nosotros; y mientras dure tu labor no podrás hablar ni reír ni llorar.

—¿Pero dónde encontraré el algodón para tantos gorros, camisas y pañuelos? —preguntó la princesa.

—Ven con nosotros y te lo enseñaremos.

La princesa acompañó a los príncipes a una inmensa llanura toda cubierta de algodón, que ondulaba al viento y brillaba bajo el sol como nieve recién caída. La princesa recogió el mejor algodón que encontró, y por la noche, cuando regresó a casa, empezó a cardar e hilar sin tregua ni descanso.

Un día que la princesa se encontraba en la llanura recogiendo el algodón, pasó por allí, cazando, el rey de aquel país, que refrenó su caballo, asombrado de encontrar en aquellas soledades tan hermosa doncella.

—¿Quién eres y para qué recoges ese algodón? —le preguntó.

La princesa, imposibilitada de contestar, se limitó a bajar los ojos, y el rey se sintió aún más prendado de su humildad y belleza.

—Sin duda se trata de una extranjera que no entiende nuestro idioma —dijo, dirigiéndose a sus criados—; ponedla sobre la grupa de mi caballo y la llevaré a palacio, donde será tratada como corresponde.

La princesa dió entonces mil muestras de angustia, señalando los cestos de algodón, por lo que el rey dió orden de llevarlos también.

Llegados a palacio, la vieja reina, madrastra del rey, quiso ver a Rosanieves y en cuanto contempló su juventud y belleza se puso furiosa de celos y corrió a hablar con su hijastro.

—¿No ves —le dijo— que esa mujer que has traído y con la que quieres casarte es una hechicera? No habla ni ríe ni llora, como los seres humanos.

El rey, no obstante, no dió oídos a sus palabras, y a los pocos días se casó con Rosanieves, y durante algún tiempo vivieron felices, rodeados de alegría y esplendor. Pero no por eso olvidaba Rosanieves los gorros, las camisas y los pañuelos para sus her-

Cumpliendo la última voluntad de la reina, le llevaron el cofre con la ropa de los doce príncipes.



manos, a los que dedicaba todo el tiempo que tenía disponible. Antes de cumplirse el año la joven reina tuvo un niño, y esto enfureció aún más a la vieja madrastra, que desde la llegada de Rosanieves vió disminuir su autoridad hasta el punto de que empezaban a desobedecerla los criados. Así, pues, penetró una noche en la habitación de la reina, mientras ésta dormía, y, cogiendo al recién nacido, lo llevó a la cueva de los osos para que éstos lo devoraran. Acto seguido corrió a ver al rey y le dijo.

—La reina lanzó a tu hijo a las fieras.

Pero el rey la quería tanto, que la perdonó.

Antes de cumplirse el año la reina tuvo otro hijo y sucedió todo como la vez anterior.

Un año después Rosanieves tuvo una niña, a quien la vieja reina arrojó también a la cueva de los osos, como a sus hermanos.

El rey se echó a llorar de pena y horror, pero esta vez el pueblo reclamó la muerte de la joven reina y no la pudo perdonar. Así, pues, se vió obligado a dar las órdenes para que se la quemara viva, conforme se hacía en aquellos tiempos con los acusados de hechicería.

Cuando se prendió fuego a la hoguera, la reina hizo seña a los verdugos para que le llevaran los doce gorros, los doce pañuelos y las doce camisas para sus hermanos.

De pronto se vió aparecer por encima del bosque una bandada de doce palomos blancos, y cada uno descendió sobre el cofre y se llevó en el pico un gorro, un pañuelo y una camisa.

No tardó en surgir del bosque una vistosa procesión formada por los doce príncipes montados en doce briosos caballos todos del mismo color.

—¿Qué significa esto? —preguntó el mayor de los hermanos.

—Mi esposa va a ser quemada viva porque es una hechicera

—contestó el rey.

—¡Eso no es posible! —protestó el príncipe—. ¡Habla, hermana! ¡Sálvate tú, ahora que nos has salvado a nosotros!

Rosanieves rompió entonces su mutismo y refirió todo lo sucedido. El pueblo se lanzó a buscar a los principitos desaparecidos, hasta que a un leñador se le ocurrió entrar en la cueva de los osos; allí estaban las tres criaturas jugando con las fieras, que los habían mimado y criado como si se tratara de sus propios oseznos.

El rey recogió a sus hijitos y castigó a la malvada madrastra.

AS AVENTURAS DE TROMPITA

1

DE LAS FIERAS TIENES MIEDO.
A MI ME IMPORTAN UN BLEDO.



! ESA ARDILLA SINTINO
DIÓ UN SUSTO PATAGÜINO



BUENOS PARA MANDUCAR
ME PARECEN ESE PAR

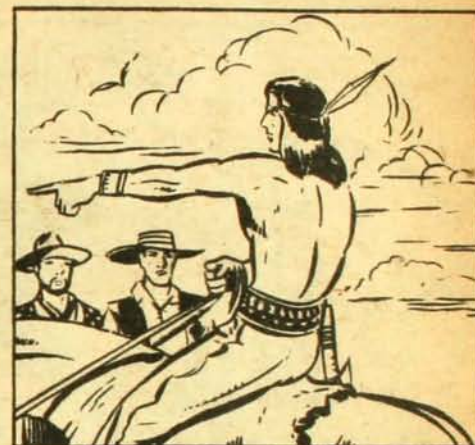
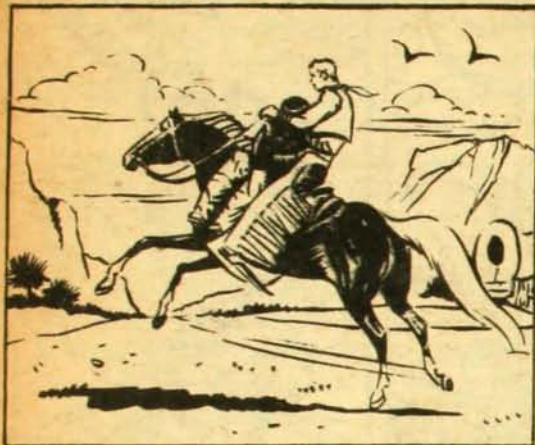


CONTINUARÁ



SOLITARIO BILL

CAPITULO XVI. — EN LLAMAS.



1. Solitario Bill rescató a Sam Rogers, jefe de la caravana de colonos, quien estaba en peligro de ser asesinado por Pete Grant. Por cierto que los bandidos le persiguieron. Pero el indio Pluma Blanca tenía instrucciones de Solitario Bill y vigilaba el puente sobre el río inflamable.

3. No tardó en aparecer Clem, quien les explicó: "—La banda de Pete Grant ha sido derrotada gracias a Solitario Bill y a este valiente guerrero, Pluma Blanca". Al ver a Anita a salvo, los colonos prorrumpieron en gritos de alegría. El joven piel roja explicó: "—Vuestro jefe también vive. Pero Connor murió".



2. En el momento oportuno lanzó una bomba. Se oyó una detonación formidable, que conmovió los ecos del desfiladero. El río se cubrió de fuego y un alud de piedras rodó por las laderas. Los colonos honrados que buscaban a Anita Cantrel y al desaparecido Connor se detuvieron, asombrados.

4. "—Antes de expirar, denunció a Pete, quien lo hirió a traición —añadió Anita—. El infame ya recibió su castigo." Pluma Blanca declaró: "—Mis hermanos, los navajos, cuidaron al rostro pávido, pero no pudieron salvar su vida". Solitario Bill dijo: "—Annie, hay un piel roja herido, muy grave".



SOLITARIO BILL



5. "—Es Gran Búfalo, el jefe de la tribu seminola. Tú puedes curarlo; ¿vienes conmigo?" La niña asintió. Entonces Solitario Bill se despidió de los exploradores y, acompañado de Pluma Blanca y de Anita, se dirigió al campamento indio y ordenó su traslado a Carveston.

7. "—Una tribu enemiga persigue a Gran Búfalo y a su gente — agregó—. Mientras el jefe recobra sus fuerzas, es necesario contener a sus perseguidores." Tex Montaña preguntó: "—¿Y por qué le persiguen?" El jinete solitario replicó: "—Pretenden arrebatarme un secreto: el camino hacia Quimera, la ciudad del oro".

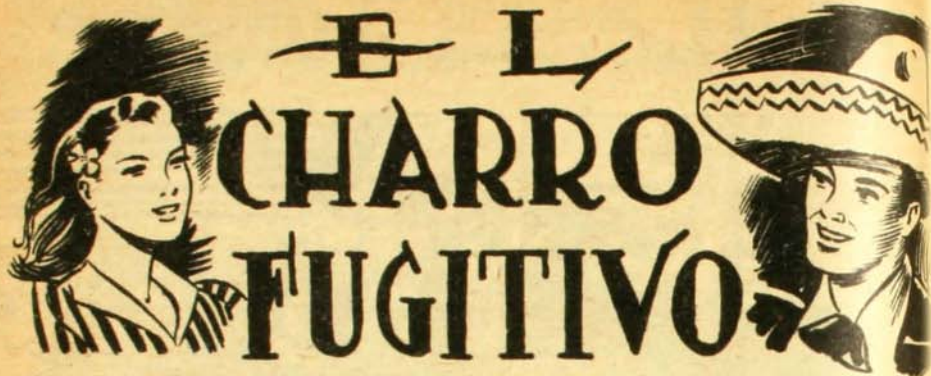


6. Al llegar al pueblo, dispuso que los seminolas se hospedaran en las casas deshabitadas. El jefe indio fué transportado en camilla. "—¡Mil truenos! —rugió un pintoresco personaje, de enmarañada barba y enhiestos bigotes—. Mis respetos a Solitario Bill, rey de Texas." El joven sonrió: "—¡Hola, Tex Montaña!"



8. Mientras tanto, Anita curaba la herida de Gran Búfalo. La indiecita Estrella Errante murmuró: "—Hermana blanca, ¿salvarás a mi padre?" Solitario Bill, que se había reunido con ellas, declaró: "—No temas, Estrella Errante; el bravo jefe de los seminolas vivirá. Yo mantendré alejados a sus enemigos".

(CONTINUARA)



EL CHARRO FUGITIVO

RESUMEN: Cecilia Valle, joven profesora de Mariquita García, hija del potentado mexicano don Pedro García de los Ríos, conoce al charro Jorge Alvarez, prófugo de la justicia. El la defiende contra una banda de salteadores. Dos días más tarde le envía un mensaje. La niña acude a la cita y encuentra a Alfonso Trevor, secretario privado de don Pedro.

CAPITULO II.—El sobre lacrado.

Cecilia Valle había seguido al perro Moro, luego de recibir un mensaje del charro Jorge Alvarez. En una cabaña desierta halló a Alfonso Trevor, secretario de don Pedro García de los Ríos.

—¿Así es que la joven profesora de Mariquita García se ha convertido en protectora de forajidos? —inquirió Trevor, alzando sus cejas en un gesto burlón—. Mi señor se disgustará si sabe que es tan caritativa con el charro Jorge. ¿Ignora que se odian a muerte? —¿Por qué?

—Porque su romántico héroe es un ladrón. Don Pedro lo sorprendió robando y lo echó a latigazos de su hacienda.

Sonrió, desprendiendo de sus labios el cigarrillo apagado.

—¿Quiere que le dé más detalles de la historia?

—No —respondió Cecilia—. Sospecho que no es sincero y que odia a...

—Exacto, señorita. Soy un empleado fiel y comparto los sentimientos de mi jefe.

Observando a Moro, añadió:

—¿Este es el perro de Alvarez? No sería mala idea matarlo.

—Jamás consentiré esa crueldad —dijo ella, con vehemencia. Sostuvo la maligna mirada de Alfonso y luego, palideciendo, preguntó:

—¿Dónde está su enemigo... y quién lo hirió?

—Yo. Nada sé de armas de fuego, pero soy diestro para lanzar cuchillos. Vi que llegaba a la hacienda este perro y luego oí las exclamaciones de Mariquita. Salí en busca del bandido, mientras ustedes deliberaban, y siguiendo en dirección opuesta las huellas del perro, descubrí esta cabaña. Alvarez presintió mi presencia y saltó a su caballo. Alcancé a herirlo y me parece que ya antes alguien le había hecho otra caricia, porque vi su camisa ensangrentada, cuando se curvó para saltar a la montura. Mi cuchillo se clavó en su espalda.

—Es usted un cobarde.

—Tal vez, pero cumplía mi deber de ciudadano honrado. Además, actué solo, sin llamar a la milicia.

Quebró el cigarrillo entre sus huesudos dedos y el tabaco se esparció, exhalando un olor intenso.

—Ahora soy yo quien debe hacer preguntas, señorita. ¿Por qué acudió al llamado de un hombre perseguido por la justicia?

—Porque me inspira confianza. Tal vez sea inocente.

La expresión sarcástica de Trevor cambió súbitamente.

—Cecilia —pronunció con voz grave—, deseo protegerla contra las intrigas de ese proscrito. Admito que tiene una gallarda figu-

Divisaron una humareda en las casas de la hacienda.



ra y que su voz rascina a las ingenuas indias. Pero usted es diferente, es demasiado bella y posee inteligencia. No se deje subyugar por un . . . , un aborigen ignorante y fanfarrón.

La joven respondió con frialdad:

—Sé juzgar a las personas y nunca discuto mis preferencias. ¿Vamos a la hacienda?

Conteniendo su cólera, Trevor le cedió el paso. Moro, indeciso permaneció en el umbral. Cecilia acarició la cabeza de suave pelaje y luego susurró:

—Vamos.

Alfonso crispó sus puños, pero guardó silencio.

En el camino principal, Mariquita se reunió con ellos, fingiendo un encuentro casual.

—¿Dónde andaban paseando? —indagó con inocencia.

—Descubrimos en el bosque una cabaña solitaria —dijo Trevor— Sería conveniente quemarla, para que no sirva de guarida a ladrones y asesinos.

—No sea trágico, Alfonso —insinuó Mariquita—. ¿Por qué se imagina sólo calamidades? Tal vez un viajero cansado se refugie en ella, o un santo ermitaño la elija para vivir y rezar.

Los negros ojos de la joven mexicana relucían burlonamente y su boca reprimía la risa.

Furioso, Trevor alargó el paso.

En los días siguientes, Cecilia no tuvo noticias del misterioso charro. El temor de que su herida hubiera sido mortal atormentaba a la niña. Pero no podía confiar a nadie su inquietud.

Una tarde que ella y su alumna regresaban de un paseo, divisaron una humareda en las casas de la hacienda.

—Ahí vienen. ¡Huya!

—murmuró Cecilia.



—¡Incendio! —gritó Mariquita.

Corrieron desaladas a través del campo. En el rancho, don Pedro, con el rostro encendido de furia, dirigía a los peones que apagaban el fuego. Trevor le secundaba, sin perder su apática actitud. Ramón corría de un lado a otro con los cubos de agua.

—¿Qué ha sucedido, papá? —interrogó Mariquita.

—¡Ese maldito Alvarez! —rugió el mexicano.

Cecilia sintió que su corazón cesaba de latir.

Se retiró a la casa principal, y había atravesado el extenso y desierto salón cuando una mano cubrió su boca para impedir que gritara. Se debatió, aterrorizada, y vislumbró el semblante moreno y grave de Jorge.

—¡Usted! —balbució, cuando él la dejó libre.

—Perdóneme, señorita. Temí que al presentarme de improviso, anzara un grito, delatándome.

—¿Usted provocó el incendio?

—No, pero seré acusado del siniestro. Observé que no es de grandes proporciones y, mientras todos están ocupados, buscaré un documento que me interesa.

—No puedo permitirlo —protestó Cecilia—. Pertenezco a esta casa y no seré cómplice de...

Al verla vacilar, el joven finalizó:

—¿Robo? Le juro, señorita, que no soy ladrón. Los papeles que me interesan demuestran mi inocencia y no se encuentran en poder de don Pedro, sino de Alfonso Trevor. Recuerdo que están en un sobre lacrado. Quisiera que no desconfiara de mí. Yo...

Se detuvo, con el ceño contraído. En un impulso incontenible, Cecilia declaró:

—No creo que sea usted un delincuente.

—Gracias, señorita.

En ese instante se oyeron pasos. La niña susurró:

—Ahí vienen. ¡Huya!

Miraba a través de la puerta y no oyó rumor alguno tras ella, pero supo instintivamente que Jorge Alvarez había desaparecido. El orgulloso don Pedro García de los Ríos dijo:

—La veo muy pálida, señorita Cecilia. Tranquilícese, no hay peligro. El incendio fué dominado.

Pocas veces dirigía la palabra a la profesora de su hija. La idea de que era el amo absoluto no se apartaba de su mente y jamás descendía hasta sus subordinados.



—Este es —dijo el joven, recibiendo el sobre lacrado.

—Aquí está la prueba que denuncia al culpable —añadió, exhibiendo un sombrero de charro de extraordinario lujo. Fulgían los adornos de plata y seda. Cecilia evocó al fugitivo. Llevaba sombrero cuando habló con ella. Era inconcebible que alguien anduviera con dos sombreros, o que un incendiario dejara en el lugar de su delito una prueba tan evidente. Estas reflexiones convencieron a Cecilia de que Jorge Alvarez era víctima de una intriga. Y decidió ayudarlo a reivindicar su honor.

Desde aquel día vigiló a Trevor, sin descubrir indicios sospechosos. Meditaba en la extraña vida del proscrito, cuando sintió que alguien colocaba suavemente en su mano un objeto. Contempló asombrada un sobre lacrado y luego alzó la mirada, descubriendo el sonriente rostro de su pupila.

—¡Mariquita! ¿Qué significa esto?

—Es el sobre lacrado que busca el romántico charro.

—¿Cómo sabes?

—Te oí hablar en sueños y como he estado espionando a Trevor, lo sorprendí guardando ese sobre en la caja de fondos. Lo saqué y, además, envié un mensaje al hermoso bandido, que te espera junto al río Yaqui.

—¡Qué insensata eres, Mariquita! ¿Y si estos documentos pertenecen a tu padre?

—No, porque en el sobre está escrito el nombre de Antonio Alvarez, que me imagino es el padre del charro. Así es que no dudes más.

Minutos más tarde Cecilia se reunía con el joven mexicano y le entregaba el sobre.

—Este es —dijo él con voz ahogada—. Gracias, señorita.

La contempló pensativamente y luego inquirió:

—¿Cómo pudo apoderarse de él?

Cecilia enrojeció. Tratando de ocultar su turbación tras una sonrisa temblorosa, confesó:

—Parece que hablo en sueños. Mencioné el sobre lacrado y Mariquita oyó mis palabras.

Evocó los ojos chispeantes de su ama y sus bellos labios contrahidos en un gesto burlón y caprichoso. Había susurrado a su oído, antes de separarse de ella: "Por dar una molestia al desabrido Alfonso, soy capaz de descerrajar puertas".

Jorge interrumpió sus meditaciones:

—¿Y fué ella, Mariquita, quien consiguió estos documentos?

—Sí.

—El destino es extraño —murmuró él.

—¿Qué quiere decir?

—Ahora no puedo decirlo, señorita. Pero un día le confiaré mis secretos.

(CONTINUARA)

Correspondencia

Alberto Riquelme (Los Angeles). Desea que "Simbad" siga siendo pequeño, como un enanito imaginativo y alegre, y no como un gigante que tiene la gran cabeza vacía y que no sabe escribir hermosos cuentos y emocionantes aventuras.

Hilda Bravo (Santiago), Juana Osses (Talca), Georgina Gálvez (Maipú), Walter Hernández (Chiguayante), Norma Albanez (Coquimbo).—Agradecemos sus entusiastas elogios.

Lisette Kunstmann (Santiago), Fernando Nicraad (Talca), Fermi-na Guzmán (Santiago).—Elena Poirier y Nato están orgullosos con sus felicitaciones.

Elsa Díaz (Los Andes).—"El Lobo del Castillo Rojo" fué una gran favorita de los lectores. Espero que "El Charro Fugitivo" también les agrade.

Marcela Rojas (Talca), Berta Richart (Valparaíso).—La nueva serial de ambiente mexicano presenta un héroe típico y una red de intrigas y emociones que las mantendrá "prisioneras" por semanas y semanas.

Ana Morales (Rengo), Eliana Cotal (Santiago).—Las aventuras de "Solitario Bill" son muchas. No teman que el jinete desaparezca. Para él, no hay praderas más estupendas que las páginas de "Simbad".

Ponchito

por nato



CAPITULO VI.—
La sentencia.



LA REINA DE LAS SERPIENTES

impasible actitud de Gerar desapareció. Aterrorizado, gritó:
—¡Retrocede! Los reptiles te atacarán. Su mordedura es mortal. Ella no se detuvo. Mauricio vió el ritmo tranquilo de sus piernas bajo la túnica plateada. Percibió como en un sueño el ondular de su largo velo, y en un impulso ciego se abalanzó contra las

Naya, la reina de las serpientes, observaba fijamente a Mauricio Gerar, y él se sintió dominado por aquella mirada hipnotizadora.

—¿No quieres decirme el nombre de quien te indicó el sendero que conduce a mi templo?
—insistió con voz pausada.

—No, soberana. Piensa que te vi en sueños, y que vine a ti atraído por el poder de tu belleza y la magia del misterio que te rodea.

Instantáneamente había recobrado la calma, y habló con un leve matiz de ironía, aunque sus ojos tenían una expresión grave y una emoción intensa aprisionaba su corazón.

—Me desafías —advirtió Naya, sin perder su frialdad.

Entre ellos se extendía una línea de cobras. Avanzó, y entonces la

rpientes. No tenía ar-
as y trató de triturar
n sus botas las repug-
antes cabezas.

na leve sonrisa curvó
s hermosos labios de
aya.

no de los sacerdotes
lló:

¡Sacrilégio! ¡Muerte
miserable! ¡Castigo
profano!

auricio se defendió
estando violentos gol-

s a los hindúes. Pero el número de sus enemigos era superior
fué derrotado. Aun se debatió entre los brazos de sus captores,
ientras la contorsionada luz de las antorchas iluminaba el an-
o. Y de pronto, bajo el rojizo y movible fulgor, Mauricio con-
mpló una escena que lo inmovilizó. ¡Naya acariciaba a las
ribles serpientes! Ellas se balanceaban complacidas, mientras
s blancas manos, de uñas doradas, recorrían los cuerpos esca-
posos.

os sacerdotes no debieron ya luchar frenéticamente para con-
ner al prisionero. Con mirada de autómatas contemplaba a la
sconcertante doncella a quien pretendió defender.

bedeciendo a una muda orden, las víboras se deslizaron hasta
suelo y desaparecieron, introduciéndose en las grietas y cuevas

na sonrisa curvó los
mosos labios de Na-



—¡Retrocede! —gritó
Mauricio Gerar.





El joven se defendió con violencia.

abiertas en los muros. Cuando quedó sola Naya dijo a Mauricio —Has ofendido a mis fieles servidoras. No puedo impedir que seas castigado. Ninguna emoción se reflejaba en su rostro. Sus ojos verdes podían compararse a los de las najas, y Gerar pensó que esas pupilas mara-

villosas contenían veneno.

—¿Has decidido sentenciarme a muerte? —inquirió.

—Mis sacerdotes saben cuál es el castigo que deben imponerte.

—¿Por qué despediste a tus hermanas? Opino que si sufrieron la ofensa, son ellas quienes deben vengarla.

—Esa es exactamente mi idea —repuso Naya, y sonrió con crueldad.

Un hálito frío recorrió los nervios del joven, que, sin embargo aparentó indiferencia. Fué conducido ante un ídolo gigantesco. En un esfuerzo por serenarse, trató de identificar al dios. Era quizás, Visnú en una de sus nueve encarnaciones. O Kali, la divinidad vengadora, o Siva, el dios de la muerte. ¿Qué importaba?

¡Naya acariciaba a las temibles serpientes!



Sería sacrificado por aquellos fanáticos y Naya asistiría impasible a su martirio.

Su mirada se cruzó con la de ella. Descubrió en las verdes pupilas una expresión que lo turbó. ¿Era una sombra de piedad, un reflejo humano en esos ojos fríos e implacables?



Las víboras se retiraron.

—Naya —murmuró.

La reina de las serpientes recobró su expresión burlona.

—¿Qué quieres, forastero? ¿Implorar clemencia?

Una oleada de orgullo y rebeldía estremeció a Mauricio Gerar. Se irguió, y nadie hubiera podido decir cuál de esos rostros veía-se más endurecido: el del prisionero o el de su capturadora. Los sacerdotes formaban un círculo silencioso, aguardando la orden fatal.

(CONTINUARA)



El prisionero fué conducido ante un ídolo gigantesco.

¿A QUIEN PERTENECE?



Una zapatilla de cristal perdida a medianoche en un palacio. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 34-D., Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 228.— 1, China; 2, India; 3, Arabia.

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.**— Raúl Orlando Pardo, San Fernando; Gabriel Socías, Santiago; Teresa Plana, Melipilla; Juan González, San Bernardo; Alejandro Abasolo, Talca; Lucrecia Muñoz, Temuco.

UN PREMIO DE \$ 20.— María Angélica Soto, Santiago; Oscar Aráñeda, Lota; Fernando Moya, Buin; Sergio Andrade, Temuco; Enrique Pizarro, Santiago; Sara Pichora, Cabildo; Juan Muñoz, Santiago; Patricia Poch, Nueva Imperial; Alfonso Muga, Rancagua; María Luisa Cortés, Santiago. **UN LIBRO.**— Adelqui Díaz, Curicó; Carlos Agostini, Quillota; Lidia Godoy, Santiago; Julio Cabello, Santiago; María Ruz, Santiago; Raúl Baeza, Santiago; Eliana Rudloff, Loncoche; Alfonso Baeza, Santiago; Regina Rodríguez,

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 230

Santiago; Gladys Rubio, Valparaíso. **UNA CARPETA DE ESQUELAS.**— Carlos Muñoz, San Bernardo; Cecilia Palacios, Valparaíso; Hipólito Ortúzar, Temuco; Carlos Manríquez, Rancagua; Rocio Jara, Santiago; Víctor Orrego, San Fco., Limache; Gladys Morales, Molina; Chochito Díaz, Linares; María Gambín, Santiago; Pepito Pérez, Constitución.

Juan y Juanita



3. En las tardes, desde la ventana, observaban el gris muro que les separaba del edificio de las niñas. "—Allí está Juanita", suspiraba Juan. El guardia, entrando en el dormitorio, le anunció: "—El señor director quiere verte. Anda, hijo, y trata de ser humilde".



4. Baltasar le recibió con una sonrisa malévola. "—¿Y bien? — hijo—. ¿Estás menos arisco? ¿Tienes la cabeza menos dura que antes?" Juan respondió: "—Si se refiere a mi protesta porque me separó de mi hermana, aun sigo protestando". Lamón quiso golpearlo, pero el niño esquivó el castigo.

(CONTINUARA)



EL POLLITO DE MADERA

SIMBAD

N.º 231

ELENA ROIBER

6.-



Juan y Juanita

CAPITULO IX.—PRISIONERO EN EL SOTANO



1. Juan esquivó el golpe que la huesuda mano de Baltasar Lamón intentó asestarle y después rehuyó también un puntapié. “—Es usted un cobarde”, exclamó. El enjuto rostro de Lamón palideció de furia. “—¿Te atreves a insultarme? —aulló—. ¡Vagabundo, basura, ladrón! Debes respetarme, exijo que...”



2. “—No tiene derecho a exigir, no merece respeto”, contestó Juan. Temblando de cólera, el director llamó al guardia y le ordenó: “—Llévate a este rebelde y enciérralo en el calabozo del subterráneo. Allí aprenderá a ser dócil. Y no le des más que pan y agua. Te prohíbo que tengas compasión de él”.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

NO V — 3-II-1954 — N.º 231

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

El jorobado



CAPITULO XV.—Encantamientos.

Una tribu de gitanos dió de beber a Enrique de Lagardere un aguardiente narcotizado. Habían recibido por su traición una bolsa de escudos y doblones de oro, pero se negaron a darle muerte, mientras no se distanciaran doce millas y transcurrieran doce horas. En este plazo y alejados del lugar en que le prometieron la al y el pan de la hospitalidad, se consideraban libres de su promesa y matarían sin remordimientos a aquel a quien ofrecieron el refugio.

Los asesinos que perseguían a Lagardere se enfurecieron, pero ninguno se atrevió a desafiar a los nómadas.

Aurora, custodiada por una gitana vieja, estaba prisionera en la tienda del jefe. De pronto vió aparecer a la gitanilla Flor, que se deslizaba silenciosamente hacia ella.

La niña rubia miró con desesperación a su dormida guardiana, que la retenía cogida de la mano.

"¡Si viniera un hada a desligarme de esta mujer!", pensó con ansiedad.

Su deseo se realizó. Flor fué el hada invocada. Avanzó en dirección a la estera donde dormía el jefe entre su cimitarra y su arcabuz, se detuvo delante de él y lo miró fijamente. La respiración



Ambas niñas abandonaron el campamento gitano.

del gitano se tornó más tranquila. Flor, inclinándose, presionó suavemente con el índice y el pulgar las sienes de aquel hombre, cuyos ojos se cerraron por completo.

Flor miró a Aurora y sus pupilas brillaron como haces luminosos.

—¡Ya hay uno! —dijo.

El otro gitano, con la cabeza entre las rodillas, seguía roncando. Flor colocó sus manos sobre la frente y le lanzó una mirada imperiosa. Poco a poco se extendieron las piernas del gitano y, bajando la cabeza, cayó al suelo como un muerto.

—¡Dos! —exclamó la niña morena.

Faltaba aún la carcelera. Flor adoptó mayores precauciones. Se

aproximó con lentitud, envolviéndola con la mirada como la serpiente cuando quiere fascinar a un pajarillo.

Extendió una sola mano y la sostuvo a la altura de los ojos de la vieja. Aurora advirtió que la gitana, temblando, intentaba incorporarse, pero la voz de la joven hechicera ordenó:

—¡Quieta!

La cingara exhaló un gran suspiro.

La mano de Flor descendió lentamente desde la arrugada frente hasta el corazón. Sus dedos parecían emitir un misterioso flúido a través del cuerpo de la gitana. Aurora percibió el extraño poder. Sus párpados se cerraban involuntariamente.

—No te duermas —exigió la gitanilla.

Las sombras que invadían el cerebro de la rubia niña desaparecieron. En cambio la vieja guardiana se sumía en un profundo letargo.

—¿Duermes, Mabel? —preguntó Flor en un susurro.

—Sí, duermo —fué la respuesta.

Antes de llegar al campamento, Flor había cortado una guedeja de cabellos de Enrique y otro de Aurora, para guardarlos en un relicario. Colocando los del joven en la mano inerte, interrogó:

—¿Dónde está Enrique?

La vieja se agitó, profiriendo una débil queja. Aurora temió que despertara, pero su amiga aplicó un puntapié a la durmiente, para probar que su sueño era profundo.

—¿Has oído, Mabel? Quiero saber dónde está Enrique.

—Ya oigo —repuso la gitana—, estoy buscándolo. ¿Qué es eso?, ¿una gruta?, ¿un subterráneo? Le han quitado la capa y la cacaca. ¡Ah! —exclamó estremeciéndose—, ya veo, ¡es una tumba! Al oír esas siniestras palabras, Aurora se sintió desfallecer.

—¿Vive aún? —interrogó Flor.



—Vamos —insinuó la gitana.

—Sí, vive. Ahora duerme.

—Y esa tumba, ¿dónde está?

—Al norte del campo. Una vez encontrada la primera fisura entre las rocas, hay que levantar una piedra y descender tres escalones.

—¿Y cómo despertarle?

—Llévate tu puñal.

—Ven —indicó Flor a Aurora, y sin precaución alguna dejó que la cabeza de Mabel cayera pesadamente sobre el saco de musgo. La vieja gitana seguía inmóvil y sus ojos estaban abiertos.



Flor les guió.

La gitanilla cogió la lámpara y, ocultando su luz con el chal, salió al campamento. Varios hombres dormían en torno a la hoguera. Ambas niñas se dirigieron al sitio señalado por la sonámbula. De paso, Flor desató a tres caballos.

Cuando llegaron al ocultosepulcro, vieron a Lagardere que yacía aparentemente sin vida. Aurora se abalanzó sobre él, murmurando su nombre. El no se movió.

—Le quieres mucho —observó la gitanilla—, pero aún le querrás más.

—¡Despiértale! —suplicó Aurora—. ¡Despiértale!

Ella, depositando la lámpara en la tierra, cogió las dos manos de Lagardere, murmurando:

—Mi encantamiento no tiene poder aquí. Ha bebido el filtro de los hechiceros de Escocia y estará durmiendo hasta que el hierro candente penetre en las palmas de sus manos y en las plantas de sus pies. Apresurémonos porque ahora arriesgo mi vida tanto como vosotros. Descálzale.

Aurora obedeció maquinalmente, mientras Flor mantenía la punta del puñal sobre la llama de la lámpara. Se oyó después un breve chasquido: era el puñal al introducirse en la diestra de Enrique. El acero hirió igualmente la otra mano, pero Lagardere no hizo el menor movimiento. Sólo cuando el arma penetró levemente en sus pies, sus labios se crisparon. Abrió los ojos y sonrió al observar el lóbrego lugar.

—Vamos —sugirió el hada gitana.

Llegaron hasta donde les esperaban los caballos. Flor les guió y a la noche siguiente llegaron a Madrid. Lagardere decidió que la gitanilla continuara con ellos, pues era imposible que volviera con la tribu después de lo sucedido.

urante un mes vi-
eron felices.



—Así tendrás una hermanita —dijo a Aurora.

urante un mes vivieron felices. La pequeña cingara deseó ser
instruída en la religión
ristiana y recibió su bau-
smo. Era piadosa y de-
mostraba su bondad natural.
ero la nostalgia empezó a
ominarla. Ya no cantaba, ni
eía. Una expresión de tris-
teza borró su relampaguean-
te sonrisa y apagaba el fulgor
de sus ojos. Y un día vistió
sus antiguas ropas de gitana.
agardere, sonriendo, le pre-
untó:

—¿Piensas separarte de nos-
tros?

Aurora, que la quería como a
una hermana, prorrumpió en
lanto.

(CONTINUARA)



La tristeza y la nos-
talgia dominaban a
Flor.



SOLITARIO BILL

CAPITULO XV

BILL

BANDA SIN JEFE.



1. Gran Búfalo, que yacía herido, murmuró: "—Quiero seguir viaje, para llegar a Quimera, la ciudad con murallas de oro." Solitario Bill asintió: "—Sí, pero debes reposar algunos días, mientras tu herida cicatriza." La indiecita Estrella Errante añadió: "—No te inquietes, padre. Descansa."



2. En ese instante se oyó un clamor de voces y varios disparos atronaron el aire. Solitario Bill salió para preguntar: "—¿Qué sucede?" Tex Montaña repuso: "—Se acerca la horda de indios que anunciaste..." El héroe texano inquirió: "—¿Hay bastantes hombres para la defensa? El pueblo parece desierto."



3. "—Está desierto", confirmó Tex, pero no tuvo tiempo de dar explicaciones, porque en ese momento un piel roja a caballo irrumpió en la solitaria calle. "—¡Tulsaa!", exclamó Bill, reconociendo al seminola traidor que pretendió envenenar a Gran Búfalo. El guerrero vaciló y luego rodó de la montura.



4. Estaba herido. "—¡Vienen los rostros pálidos —balbuceó—. Los secuaces de Dick Rojo!" Al oír ese nombre, las pupilas de Solitario Bill destellaron de ira. "—¿Dick Rojo? —repitió—. Me prometió no hacer más fechorías." Tulsaa murmuró: "—El no les dirige. Pero la ferocidad de sus hombres no se ha aplacado."



SOLITARIO BILL



5. Tulsa suplicó: "—Protege a mis hermanos de raza. La ambición quemaba mi sangre y traicioné a Gran Búfalo. Cuando me venciste, juré que me vengaría. Pero al ver en peligro a mi tribu he cambiado. Ya no soy un proscrito y entraré con la frente alta a los eternos campos de caza del Gran Manitú."



6. Dejando a Tulsa con los ancianos y las mujeres que honrarían su muerte, Solitario Bill, su amigo Tex Montaña y los guerreros seminolas cabalgaron al encuentro del enemigo. Al avistar las filas de bandoleros, Tex gruñó: "—¿De dónde han surgido tantos bellacos? No parecen muy tristes por no tener jefe."



7. "Parlamentaré con ellos —decidió el joven, y Tex le siguió sin vacilar—. ¿Qué buscan en Texas, señores?", preguntó Bill, a los forajidos. Uno de ellos dijo burlonamente: "—¡Qué arrogancia! ¿Eres el rey del desierto?" Tex Montaña rugió: "—Sí, el rey del desierto y de la pradera. Es SOLITARIO BILL."



8. Y añadió: "—El amigo de Tex Montaña." El bandido repuso con displicencia: "—Nunca los he oído nombrar." Cada vez más enfurecido, Tex gritó: "¡Eres un microbio ignorante! ¿A qué escuela fuiste?" Solitario Bill intervino: "—No te sulfures, Tex. En cuanto a ustedes, dejen tranquilos a los seminolas".

(CONTINUARA)

El pollito de madera

En un caluroso día de verano, la gallina Francolina empollaba doce huevos. Estaba aburrída de permanecer inmóvil, mientras sus amigas picoteaban felices en el patio de la granja.

La señora Pata nadaba con sus hijos, y el señor Pavo cloqueaba con tono doctoral

—Esos patitos se ven muy pálidos. ¿Tendrán ictericia o fiebre amarilla?

El señor Pavo era muy aprensivo. Siempre temía caer enfermo. Un airecillo lo resfriaba. Una emoción cualquiera afectaba su corazón. En los gallineros y en los corrales huían de él, porque sólo anunciaba calamidades.

Francolina sentía calambres, pero no se levantó

—¿Cómo está, señora? —la saludó el pavo.

—Muy bien, gracias. Creo que...

Oyó crujir las cáscaras y presurosamente abandonó el nido. Uno por uno, se quebraron los huevos y aparecieron los pollitos.

El Gallo, que se paseaba nervioso junto a la cerca, acudió corriendo y observó a su nueva familia. Recobrando su actitud majestuosa, dijo:

—Hermosos hijos, muy hermosos, viejita.

Francolina, sintiéndose orgullosa, esponjó sus plumas. De pronto, el gallo exclamó:

—¡Franqui! Falta uno.

En efecto, aun quedaba un huevo sin abrir. La Pata insinuó:

—Quizás no es un huevo normal. Tiene un aspecto raro.

La Gallina cacareó:

—¿Qué dices?

—Sospecho que este huevo no es calcáreo, sino... de palo.

La noticia corrió por todas partes y vinieron en romería los animales y las aves, para mirar el huevo de madera y dar su opinión.

Francolina estaba consternada. Un huevo de PALO... Este material no le agradaba. Siempre lo oyó nombrar en relación con

personajes o sucesos desagradables. Oía que el ama amenazaba a sus hijos:

—Si no obedeces, te daré un buen palo...

Los piratas más villanos tenían una pierna de palo. Muchos buenos animales de la granja terminaron sus vidas convertidos en un asado al palo. Y, además, lo más terrible...

No quiso seguir pensando.

—¿Qué puedo hacer? —gimió.

El señor Pavo, que había picado con mucha cautela el huevo para prevenirse de un posible contagio, declaró:

—¿Por qué afligirse? Tal vez se trate de un huevo que ha contraído la elefantiasis, enfermedad que pone la piel dura.

—Tú tienes elefantiasis en el cerebro —clarineó el gallo, furioso. Francolina, derramando abundantes lágrimas, decidió:

—Empollaré el huevo, de todas maneras. Es mi hijo y debo cuidarlo. No renegaré de él, aunque nazca un pollito de madera.

Su voz fué tan dulce al decir "pollito de madera", que todos se sintieron arrebatados de ternura.

—Lo cuidaremos como a un hijo preferido —prometieron enternecidos.

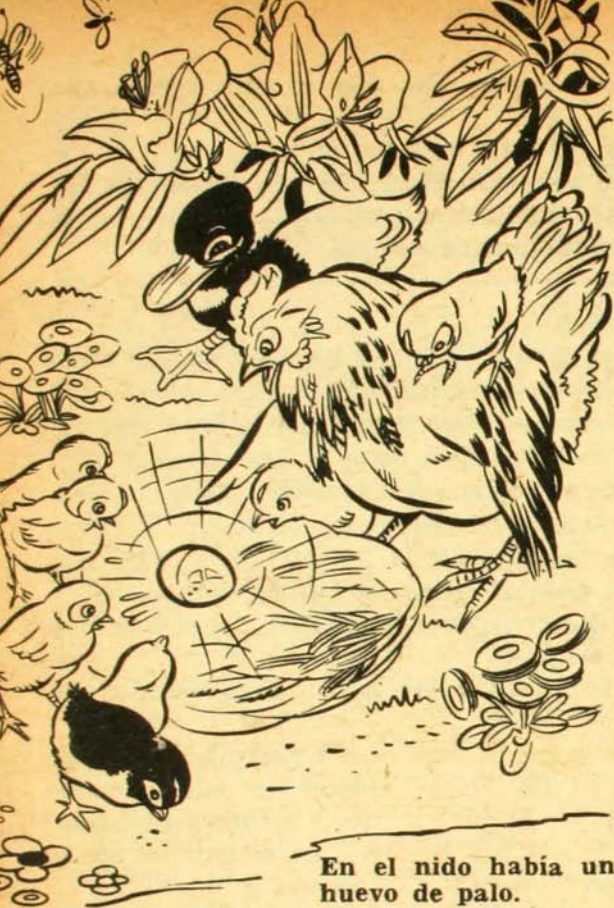
—Hermosos hijos —
cantó el gallo, complacido.



La pata, que hasta ese momento había mostrado una expresión burlesca, se arrepintió de su maldad y ofreció:

—Le enseñaré a nadar. Será fácil, porque la madera flota en el agua...

Francolina volvió a su nido, mientras una vecina caritativa cuidaba a los demás pollitos. Abandonaba su lugar muy pocas veces y luego de lanzar una mirada desolada al huevo que seguía cerrado, bebía largos sorbos de



En el nido había un
huevo de palo.

deñaba, hacía quesos, esquilaba a las ovejas, batía mantequilla. La pobre corría, volaba y se multiplicaba. No es de extrañar que en uno de estos remolinos, en una vuelta o una carrera de la afanada Aída, el huevo que le servía para zurcir, rodara al patio y cayera en el nido de Francolina.

Y la desventurada gallina seguía empollándolo, sin esperanzas.

—¿Cómo va eso? —le preguntaba el gallo.

Ruborizándose hasta la cresta, ella contestaba:

—Aún no nace.

Todos se sentían nerviosos. El pavo auguraba:

—Esto anuncia el fin del mundo.

Y los cerdos, las gallinas, los gansos, los corderos, los patos, veían

agua, engullía su ración de maíz, y, dando algunos consejos a sus pollos para que fueran obedientes con su cuidador, regresaba a su sitio.

¿Cómo cayó aquel huevo de palo en el nido de Francolina? Ninguno de los animales del corral barruntó la verdad, porque ninguno era capaz de hacer conjeturas o de seguir una pista. Ni siquiera el perro Guardián, que presumía de detective.

La granjera Aída, era una mujer muy activa. Ella sólo cuidaba toda la inmensa propiedad. Barría, fregaba, sembraba, daba de comer a los animales, hilaba, cosía, zurcía, vigilaba a sus revoltosos hijos, orde-

acercarse la muerte en la forma de una olla enorme, negra, espantable.

La granjera advirtió que algo malo sucedía a su ganado y a sus aves. Los veía decaídos o sobresaltados. Pensó que tal vez se trataba de alguna epidemia y llamó al veterinario.

—Están sanos, aunque extrañamente nerviosos —dictaminó el doctor—. Me sorprenden los síntomas. Es la primera vez que veo a una oveja histérica, a un pato preocupado y a un cerdo pensativo.

—Aconséjeme, señor Sabepoco, no quiero que mis animalitos se mueran.

—Nada puedo hacer, señora Aída. Este caso me tiene perplejo. Sí, el señor Sabepoco estaba intrigado. Por más que discurría, ninguna idea iluminaba su mente.

La granjera trabajaba sin descanso.



La granjera, alarmada, insistió:

—Sálvelos, doctor.

No quería seguir viendo a sus aves alicaídas, ni a sus animales con melancolía aguda. Pero el veterinario repitió:

—Nada puedo hacer, señora.

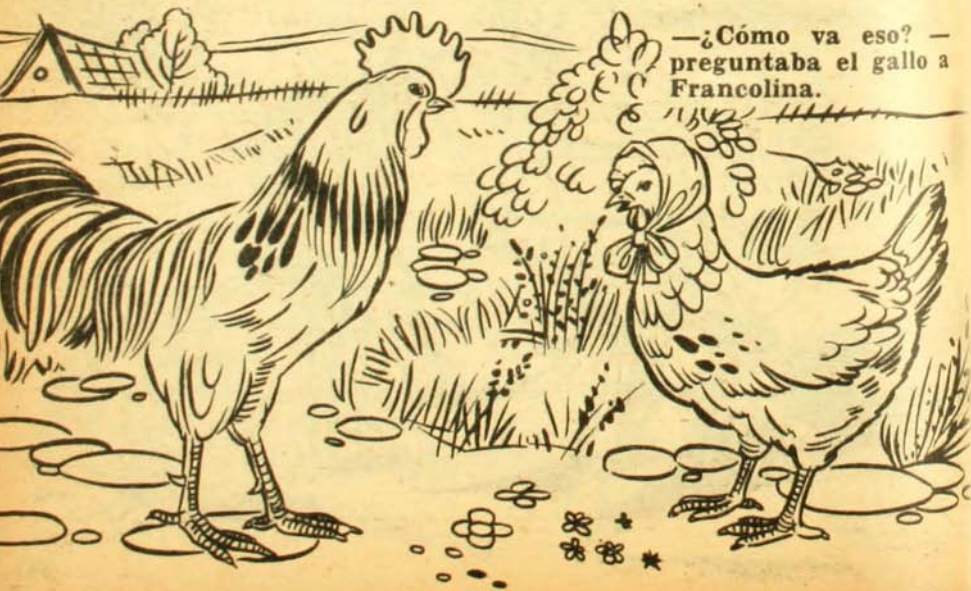
Y calándose los anteojos, se alejó, seguido por las tristes miradas de sus "clientes".

Tal vez pudo haber una mortandad general en los corrales, pero ocurrió un prodigio casual. Ese huevo de madera, era en realidad un juguete y un buen día se abrió solo. En el interior había un pollito de madera que, por un mecanismo especial decía "pío, pío", en dos tonos. Uno alegre y otro triste. El primero, casualmente, fué alegre, celebrando su nacimiento, y toda la población se sintió transportada de entusiasmo. El alboroto fué tan grande, que se oyó a diez leguas a la redonda. Por cierto que los granjeros se asustaron, pero después comprobaron satisfechos que sus animales volvían a ser como antes y que ya no languidecían, ruidos por el extraño mal que el veterinario Sabepoco no supo descubrir.

El pollito de madera vivió siempre en el oculto nido de Francolino y era consultado en todos los casos. Su piar alegre quería decir "sí" y su piar triste era una negativa. Y nunca se equivocó. Le cuidaban como a un príncipe, resguardándole del frío, del calor, y, especialmente, de la polilla.

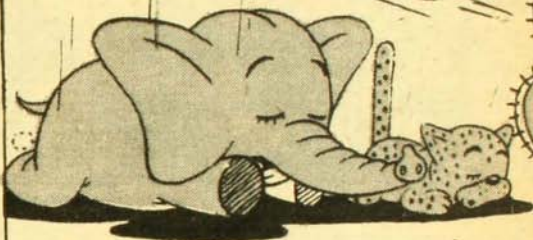
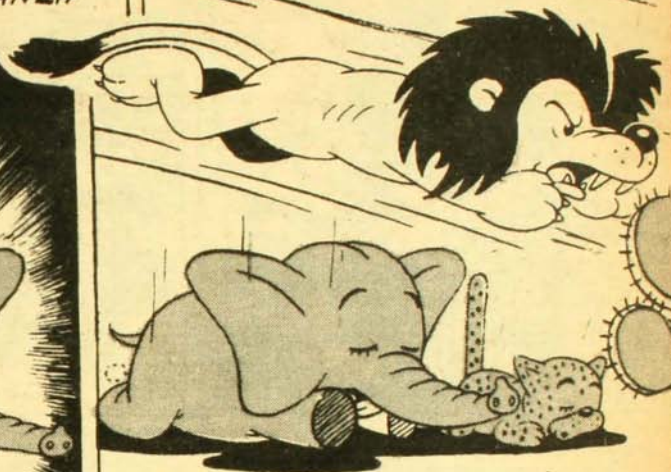
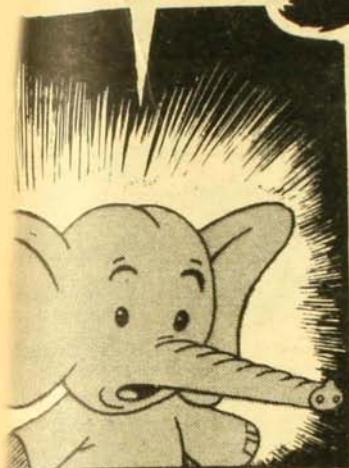
KETMIS.

—¿Cómo va eso? —
preguntaba el gallo a
Francolina.





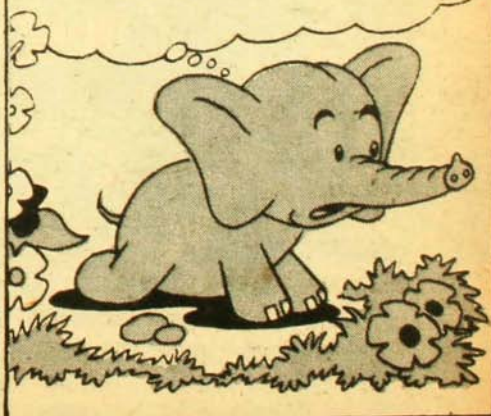
1
¡UN LEÓN NOS ALCANZA
RA LLENARSE LA PANZA



SE DESMAYAN EN EL ACTO
Y EL LEÓN CAE EN EL CACTO



NO RECUERDO COMO FUE
PERO AL LEÓN DERROTÉ



CONTINUARA!



El tesoro del Valle perdido



CAPITULO XI ÚTIL PERSECUCION.



1. El profesor Dick estaba inquieto por la demora de Daniel Derry, quien había descendido a un foso, para buscar a Mario Aissa. El piloto del helicóptero sugirió: "—Quizás ha caído prisionero de los árabes." En ese instante se oyó un gran vocerío. Inclinado sobre el parapeto, Dick gritó: "¡Déle a la hélice, amigo!"



3. El niño, izándose con agilidad, alcanzó el borde de la trampa, y desde allí gritó a Dick: "—Señor, venga pronto. El profesor Derry está en peligro." Por cierto que Dick acudió al llamado y vió que Derry batallaba con una turba de musulmanes. Estos habían descerrajado la puerta y atacaban al joven.



2. Mientras tanto, Mario y Daniel cerraban la puerta de la celda para impedir que entraran sus perseguidores y luego corrieron velozmente por la galería de piedra. Se detuvieron bajo la abertura del foso y Daniel suspendió a su alumno, diciendo: "—Salta, Mario. En la terraza nos espera Dick."



4. Dick lanzó una soga a su compañero y esperó con la calma y paciencia de un pescador que ha tirado el anzuelo y aguarda que el pez le anuncie que es hora de izarlo. En el momento oportuno recogió la soga. Instantáneamente, los fugitivos ocuparon la cabina del helicóptero y emprendieron el vuelo.

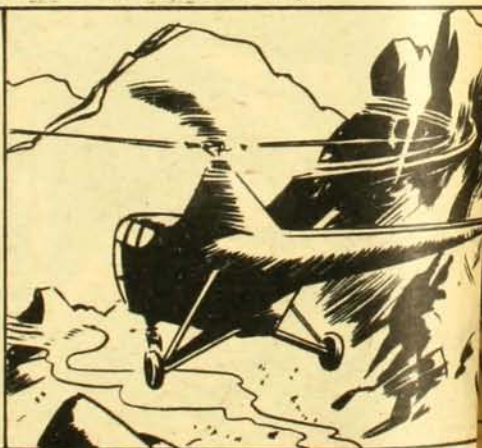


El tesoro del

Valle perdido



5. El decollaje fué rápido y los árabes no tuvieron tiempo de llegar a la terraza para impedirlo. La hélice cortaba el aire con un zumbido profundo. Un musulmán rugió: "—¡Malditos rúmies! Mi fusil los enviará al puente de Sirat" (puente que han de atravesar los muertos para llegar al juicio final).



6. La bala hirió al piloto, que, ahogando un gemido, se curvó en su asiento. Mario, exclamó: "—Hemos quedado sin control. Caeremos al vacío." Daniel, de un salto, cogió los comandos y enderezó la nave aérea, que se precipitaba a un desfiladero. Luego enfiló rumbo hacia el campamento de Alan.



7. El ruido del motor y el restallar de las armas de fuego alertaron a la tribu de la espada, que acampaba a la entrada del Valle Perdido. Un árabe llamado Ibrahim se dirigió al bordj o castillo en ruinas, donde estuvo secuestrado Mario Aissa. "—¿Dejaron escapar al prisionero?", aulló enfurecido.



8. "—Beni Hassan les azotará hasta que mueran, puercos inmundos —continuó—. Sólo teniendo al muchacho como rehén hubiéramos logrado apoderarnos del tesoro. Y ahora..." Los guardianes de Mario temblaban aterrorizados. En ese instante un jinete apareció en la lejanía. "—¡El tesoro es nuestro!", gritaba.

(CONTINUARA)



EL CHARRO FUGITIVO

RESUMEN: Cecilia Valle, joven profesora de Mariquita García, hija del potentado mexicano don Pedro García de los Ríos, conoce al charro Jorge Alvarez, prófugo de la justicia. El la defiende contra una banda de salteadores. Dos días más tarde le envía un mensaje. La niña acude a la cita y encuentra a Alfonso Trevor, secretario privado de don Pedro. Más tarde Cecilia lleva a Jorge un sobre lacrado, que le interesa.

CAPITULO III.—El medallón.

—Ha caminado mucho, señorita —dijo el charro Jorge Alvarez a Cecilia Valle—. ¿Por qué no descansa en mi cabaña? No está lejos.

—No —rehusó la niña, y luego agregó, ansiosa—: ¿Continúa yendo a ese refugio? No olvide que Alfonso Trevor lo descubrió y puede ordenar a la milicia que lo allane.

—Trevor habla mucho de llamar a la milicia, pero no creo que cumpla sus amenazas —dijo él, y un destello de ironía cruzó por sus ojos.

Cecilia alzó la mirada con asombro.

—Nada sugiero —declaró el joven—. Me imagino que se trata de un temor instintivo, aunque tenga la conciencia tranquila.

En seguida propuso:

—Es tiempo de que regrese a la hacienda, señorita. Comprobaré si éste es verdaderamente el sobre que buscaba.

—¿En qué forma?

—Sometiéndolo al calor de una lámpara. Debe estar escrito con una tinta especial que se acentúa con el calor.

—¿Y si no es ése el sobre que le interesa?

—Se lo devolveré, señorita.

—No es conveniente que se arriesgue tanto. Cada vez que se acerca a la hacienda está en peligro de caer prisionero o herido. Si quiere, esperaré a que haga la prueba.

Se dirigieron hacia la choza y Jorge Alvarez encendió una antigua lámpara. Al acercar el sobre al calor, los rasgos del nombre escrito en él se oscurecieron.

Al trasluz, Cecilia vislumbró un objeto circular, quizás una moneda o un sello.

—Este es —asintió el joven—. Gracias, señorita. La acompañaré al camino.

—Por favor, no. Sea prudente y . . . buena suerte.

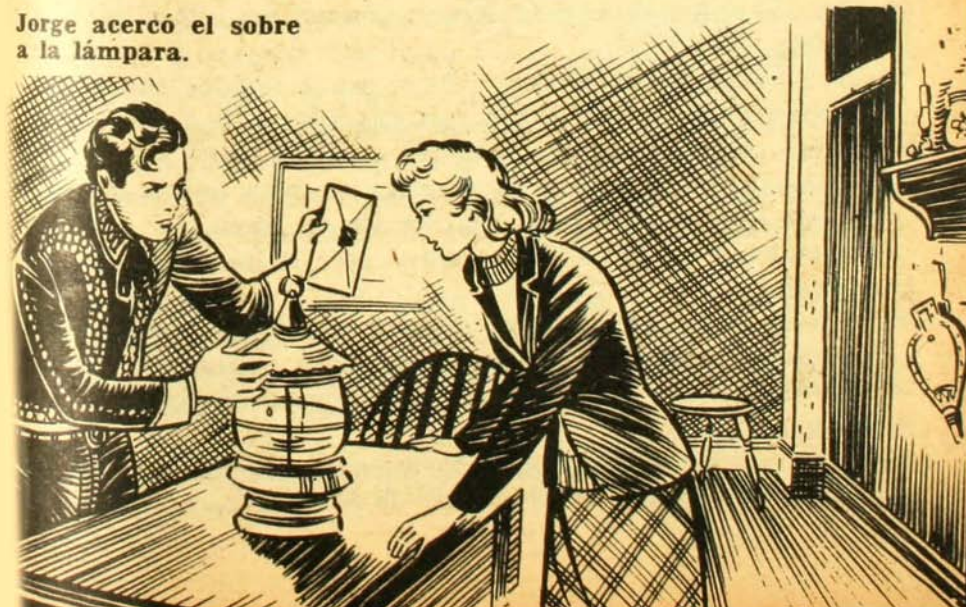
Abandonó apresuradamente la cabaña. Sentíase turbada. ¿Por qué ayudaba al gallardo mexicano, perseguido por el odio implacable del poderoso don Pedro García de los Ríos y por las intrigas de Alfonso Trevor? Por intuición sabía que él no era un delincuente. Además, en sus discretas indagaciones sobre el famoso charro no descubrió asaltos ni villanías. Los malhechores le temían más que a la milicia. El botín que les arrebatava lo repartía entre los pobres.

Iba abstraída en estos pensamientos, cuando oyó la alegre voz de Mariquita García:

—¡Ven, Cecilia! Ha llegado una compañera de colegio.

Don Pedro estaba en la escalinata departiendo amablemente con

Jorge acercó el sobre
a la lámpara.



una muchacha rubia, de ojos grises. El las presentó:

—La señorita Cecilia Valle, profesora de mi hija. La señorita Violeta Fleming, que hizo estudios junto con Mariquita en Ciudad de México.

Se saludaron y Cecilia advirtió la mirada hostil y envidiosa de la visitante.

—Se quedará con nosotros por un tiempo largo —añadió el hacendado—. Mi amigo el ingeniero Fleming me la envía para que alegre nuestra soledad.

Sonrió con meliflua cortesía, mientras Cecilia observaba en el rostro de Mariquita una expresión burlona.

“Pobre Violeta Fleming”, pensó involuntariamente al comprender que su discola alumna no profesaba simpatía a la recién llegada.

Cuando estuvieron solas en sus habitaciones, Mariquita inquirió: —¿Qué te parece la hija del ingeniero?

—Mariquita, no debes hostilizar a Violeta.

—¿Hostilizarla? ¿Yo? ¡Pero qué idea tan absurda! ¿Por qué supones que le haré la guerra? Me limité a preguntarte si te agradaba.

—Con una expresión que significa: “Es imposible que te agrade, ni a ti ni a nadie”.

Mariquita prorrumpió en ruidosas carcajadas. Luego expresó:

—Contigo no puedo disimular. Bien, es verdad, “Violy” es una antipática, pedante y tonta. Desde que apareció no habla más que de vestidos, de bailes, de galanes que se mueren por ella y de mil estupideces.

Hizo un mohín de aburrimiento. Pero, con la rapidez de un relámpago, su expresión cambió. Los ojos negríssimos lanzaban rayos y sus labios sonreían cuando preguntó a media voz:

—¿Viste al romántico charro? ¿Era ése el sobre que buscaba?

—Sí, pero no seas indiscreta. Alguien puede oírnos.

—¿Inventemos entonces alguna clave para hablar de él y de sus misterios?

Frunció las cejas, reflexionando algunos minutos, y luego confesó:

—No puedo pensar tan rápido. Esta noche, antes de dormirme, estudiaré una clave. Mañana te la diré y podremos perfeccionarla entre las dos.

Feliz con su idea, se alejó saltando, mientras cantaba a gritos. Nadie se extrañó, porque los arrebatos de Mariquita no asombraban



Don Pedro acogió amablemente a Violeta Fleming.

ni a Ramón, que era el que más aspavientos hacía con cualquier suceso.

Con una sonrisa, Cecilia la siguió. Ignacia, la cocinera, se acercó para pedirle consejo. Quería ofrecer algún plato especial a la señorita Fleming.

—Dicen que es gringa —murmuró—. Y a ella no le agradarán los ta-

males, ni las tortillas de maíz, ni los guisos con chile (ají).

—No se preocupe, Ignacia. Usted es una espléndida cocinera.

—Sí —contestó ella, muy ufana.

Y se alejó, pensando en preparar un “guajalote” (pavo) muy sabroso. En su morena cabeza, bajo las trenzas renegridas, se produjo un torbellino de ideas relacionadas con verduras, harina, condimentos, aves y ollas. Tan distraída iba, que al pasar pisó un pie de Ramón, que descansaba con las piernas estiradas. El hizo una mueca de dolor y en un gesto involuntario se acarició la destrozada “guarache” o sandalia. Luego sonrió. Sus amigos, que le observaban, rieron a gritos.

—¿Se acuerdan de un cuate llamado Atila? —exclamó Felipe, un muchachón muy aficionado a la lectura—. Dicen que donde pisaba no volvía a salir el pasto. Pero la Ignacita es tan linda, que donde ella pisa, debe salir una flor. Así es que te saldrá una flor, Ramón.

Ignacia siguió muy erguida hacia su cocina, sin conceder atención al coro de carcajadas.

Ramón no sabía si seguirla, si reírse o protestar. Su expresión contrita aumentó el regocijo de sus amigos.

No sólo a Ignacia se le crearon problemas con la huésped. Mariquita decidió vestirse con elegancia para la comida, a fin de deslumbrar a la “Violy”.

Cuando Cecilia entró a buscarla, vió que lucía un traje de organza con una rosa en el talle. Una cadena de oro con un medallón completaban el atavío.

Ante la mirada sonriente de Cecilia, Mariquita enrojeció.

—Tienes razón, soy una vanidosa —reconoció con voz débil—. Me contagié con la estupidez de Violeta. ¡Afuera estos brillantes harapos!

Se disponía a hacer volar sus vestidos y sus adornos, cuando Cecilia preguntó:



Al ver los retratos del medallón, Cecilia lanzó un grito de asombro.

—¿De dónde sacaste ese medallón? Esta es la primera vez que lo veo.

—Y yo también —declaró Mariquita—. Deseaba ostentar una joya nueva y me puse a registrar. En un mueble antiguo descubrí un cajón secreto y allí estaba esto. Es lindo, ¿verdad? Creo que se abre.

Cecilia presionó el broche y, al ver los retratos que había en el interior del medallón, lanzó un grito de asombro.

—¿Qué ocurre, Cecilia? —dijo la niña mexicana, y, cogiendo el

medallón, lo contempló. También de sus labios brotó un grito: —¡Pero... si soy yo misma! Y éste... éste es el charro Jorge Alvarez. ¿Qué significa esto, Cecilia? No comprendo. Ambas niñas miraban estupefactas las imágenes. Vagamente recordó Cecilia el objeto circular que había dentro del sobre lacrado. Tal vez era otro medallón, idéntico al que Mariquita encontrara.

—¿Quién sería capaz de descifrar este misterio? —balbució, desconcertada, y su amiga replicó:

—El charro Jorge. Sólo él. Tenemos que verlo, Cecilia, ahora mismo. Estoy ardiendo de curiosidad. Mandaré ensillar los caballos.

(CONTINUARA)

Correspondencia

Jorge Contreras (Santiago), **Modesta Salinas** (San Bernardo), **María Galdames** (Temuco), **Juan Flass** (Santiago).—Se declaran encantados con las series "Juan y Juanita" y "El Jorobado".

María Teresa Aldunate (Maipú).—El de "Simbad" no tendría que ser un banderín, sino una gran bandera conquistadora, que pudiera ser mirada por todos los niños. Es usted muy gentil, María Teresa, y me complace que sea tan fiel lectora. Si visita la Empresa Zig-Zag, tal vez nos encontremos.

Oriando Angulo (Santiago).—No disponemos de espacio para colaboraciones. Tal vez más tarde aumenten las páginas de la revista, para acoger cuentos y dibujos de artistas infantiles.

Marina Vargas (San Fernando).—Agradezco sus carifosas palabras, mi querida amiguita.

Ricardo Y. (no pudimos descifrar su nombre completo).—Eres todavía muy pequeñito para escribir, pero tu carta resultó bastante bien. Cuando pases unos dos cursos más

en la escuela, serás un gran escritor. Gracias por tus elogios.

Augusto Raggio (Los Andes).—El "Simbad" no decaerá, porque su personal es siempre el mismo y no hay altibajos ni en las lecturas ni en los dibujos. Continuará siendo la pequeña gran revista, favorita de todos los niños.

Teresa Uribe (Concepción).—Elena Poirier y Nato agradecen sus entusiastas felicitaciones.

Ida Brandes (San José de Maipo).—Buscaremos algún episodio de Tarzán, para complacerla.

Santiago Rodríguez (Chillán).—En realidad, "Solitario Bill" es el vaquero más estupendo de Texas, porque tiene atrapados en su lazo a todos los lectorcitos.

María Luisa Cortés (Santiago).—Trataremos de seguir su insinuación: dar dos páginas de "Las Aventuras de Trompita".

Sonia Lobos Cortés (Malloco).—Agradecemos su gentil carta.

ROXANE.

Ponchito

por nato



NATO



LA REINA DE LAS SERPIENTES

maron al borde y sus antorchas iluminaron el foso. Gerar contuvo un estremecimiento de terror. ¡Allí se retorcían centenares de cobras!

—Baja, extranjero,

Un anciano guardián del templo había pronunciado aquella orden. El joven lo miró, indeciso.

CAPITULO VII.—El foso de las serpientes.

Mauricio Gèrar sostenía con frialdad la mirada de Naya. La extraña sacerdotisa de las serpientes lo fascinaba, pero estaba decidido a ocultar esa impresión.

Sospechaba que iba a morir, sacrificado a los monstruosos ídolos de piedra que llenaban el templo. Alzando los brazos, Naya dijo una sola palabra:

—¡Kali!

Era la diosa de la venganza y la destrucción. Mauricio comprendió que su sentencia estaba dictada. Hubiera deseado cruzar por última vez su mirada con la de los ojos verdes y alucinantes. Pero Naya se retiró a la sombra. En ese instante, el prisionero oyó un crujir de piedras y casi a sus pies se abrió un foso. En la penumbra se vislumbraban los escalones que conducían a la hondura de aquel antro.

Los sacerdotes se aproxi-

—Repite la orden, Biram. No te ha oído.

Naya habló desde las tinieblas y sólo su mano fina, de uñas doradas, pudo verse, porque extendió el brazo hacia la zona iluminada.

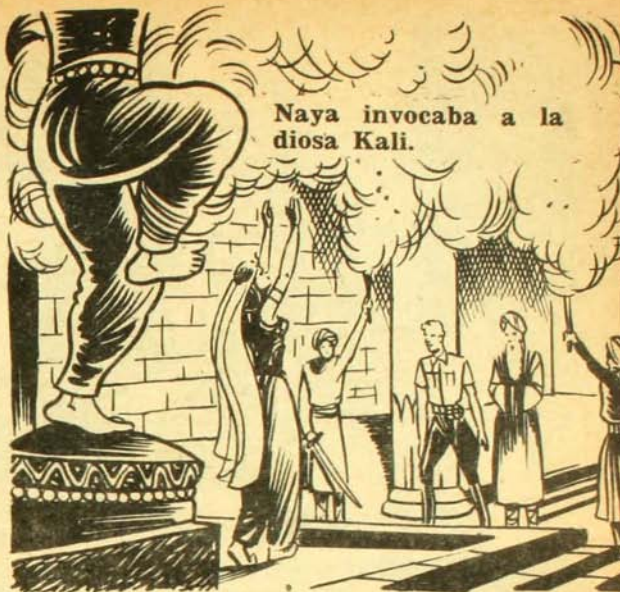
Biram prosiguió:

—Forastero, la curiosidad guió tus pasos hasta el templo prohibido. Esta profanación debe ser castigada. Reconozco, sin embargo, que eres un hombre valeroso. Defendiste a nuestra reina, creyéndola en peligro cuando la rodearon los ofidios. Arriesgaste la vida, pero tu sacrificio era inútil. Naya es obedecida por las serpientes y el veneno que ellas tienen en sus colmillos jamás se verterá en la sangre de su soberana.

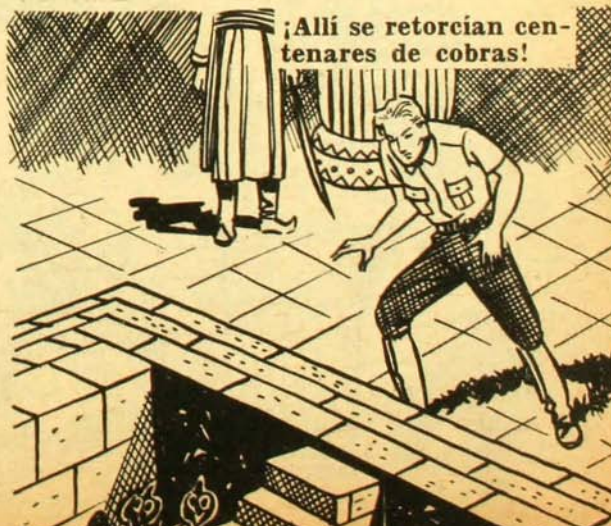
Mauricio se estremeció. No, la ponzoña de las cobras jamás penetraría en el esbelto cuerpo de Naya. Sus manos de perfecta belleza acariciaban sin temor la piel escamosa.

—Te lanzaré al foso de las serpientes —prosiguió el sacerdote—. Es la ley de Kali. Pero, en recompensa de tu valor, bajarás libremente, sin que atemos tus manos. Si vences a los reptiles, respetaremos tu vida y podrás marcharte. Baja, extranjero.


El obedeció con lentitud. Cuando pisó la tercera grada, llevó rápidamente su mano al bolsillo y extrajo las granadas. Un segundo después, un potente res-




Naya invocaba a la diosa Kali.




¡Allí se retorcían centenares de cobras!



—Baja, extranjero —
dijo el sacerdote Bir-
ma.

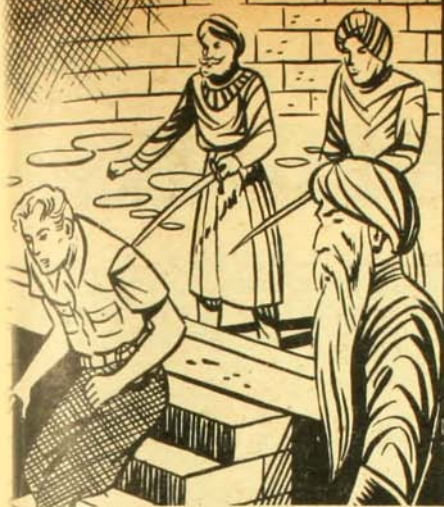


—Arriesgaste la vida,
pero tu sacrificio era
inútil.



—Si vences a los rep-
tiles, podrás mar-
charte.

plandor ahuyentó las sombras y los ecos del templo resonaron con la explosión. Por un instante se convulsionaron en el aire los cuerpos negros y retorcidos de las najas. Mauricio se había recostado contra los peldaños y eludió la violencia del estallido. Una humareda negra y sofocante surgió del foso. Algunos guardianes yacían inertes y otros miraban consternados la destrucción de los reptiles sagrados. Naya permaneció en su sitio. Un fugaz pensamiento cruzó por la mente del capitán Gerar: "¿Qué siente ella en



Mauricio descendió con lentitud.

este instante? ¿Cómo ha reaccionado? ¿Qué tortura me reserva porque he matado a sus malditas hermanas?"

Hubiera deseado ver en ese instante el semblante inmovible, los ojos fríos y la bella boca inmóvil. Tal vez había perdido su indiferencia y el odio y el furor contraían sus facciones.

Los ecos de la explosión se habían apagado y entonces se elevó un furioso clamor.

Los sacerdotes del templo exigían la muerte del sacrílego. Las maldiciones poblaban el aire y parecían surgir de las bocas de los ídolos. Entre aquellos rugidos no resonaba la voz melodiosa y sin embargo implacable de Naya, esa voz que podía ser la de la propia diosa Kali. La sacerdotisa permanecía invisible, pero era su voluntad la que prevalecería en aquella tempestad de odio. Naya pronunciaría la última palabra, de clemencia o de muerte.

(CONTINUARA)

Resonó una terrible explosión.



¿A QUIEN PERTENECE?



¿A quién perteneció el caballo Bucéfalo? Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 229.— Corazón sin ternura, flor sin fragancia. Premiadados con: **UNA SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL A "SIMBAD"**.— Victor Vallejos, Santiago; Julia Bousquet, Santa Cruz; Isabel López, Villa Alemana; Carmen Hernández, Temuco; Romualdo Sierra, Talcahuano; Luis Ulloa, Talcahuano. **UN PREMIO DE \$ 20.**— Isabel Julián, Santiago; Pato Marabolí, Constitución; Raquel Zamorano, La Calera;

Marta Zamorano, Rengo; Matilde Yáñez, Santiago; María Antonieta San Martín, San Antonio; Gabriela Vidal, Los Angeles; Luis Lagarde, Concepción; Sergio Andaur, Lota; Guillermo Hoder, San Fernando. **UN LIBRO.** María Angélica Letelier, Bulnes; Hugo Rodríguez, Santiago; Ricardo León Delpin, Talcahuano; Berta Reichard, Valparaíso; Jaime Salinas, Quillota; Virginia Navarro, Lon-tué; América Mondaca, Santiago; Darío Contreras, Los Angeles; Francisco Dendarién, Traiguén; Ramón Camaño, Bulnes.

CARNET DEL SEÑOR LEON

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 231

Nombre: Félix Leo, familia de los félicos.
Domicilio: Africa y Asia.
Título: Rey de los animales.
Señas particulares: simboliza el poder y la fuerza.

Firma (¡cuidado con el zarpazo!)



Juan y Juanita



3. El guardia le condujo por los sombríos pasillos y cuando estuvieron lejos del iracundo Lamon, dijo con tristeza: “—Niño, ¿no te aconsejé que tuvieras paciencia? Ahora tienes que sufrir un castigo injusto”. Le dejó en un calabozo húmedo e infecto. “—No tengas miedo. Yo velaré por ti”, prometió.



4. Una hora más tarde, el carcelero apareció con una olla de comida. “—Te la manda Miguel —anunció—. Si el director sabe esto lo despedirá.” Juan dió las gracias y entre lágrimas se sirvió el alimento. De pronto lanzó un grito de horror. ¡Una rata enorme surgió del tubo del cañón de desagüe!

(CONTINUARA)



N.º 232

Simbad

JOROBADO



\$6.-

Juan y Juanita

CAPITULO X.—UN MENSAJE Y UN PLAN DE FUGA

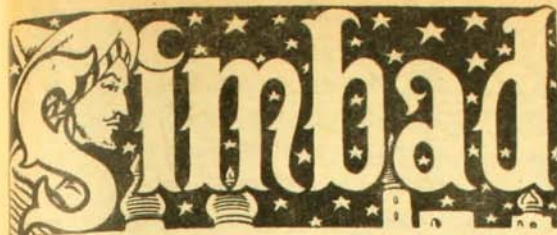


1. El desventurado Juan se hallaba prisionero en el sótano, por orden del cruel director Baltasar Lamon. Una rata enorme surgió de la alcantarilla; y Juan, reuniendo todo su valor, la mató. Lanzó su cuerpo al cañón de desagüe y luego cubrió éste con el jarro de greda, para evitar que otros roedores aparecieran.



2. Estremecido de repugnancia y temor, se sintió desfallecer. En ese instante se abrió la puerta y apareció el bondadoso Miguel, quien le entregó una carta. "—Es de tu amiguito", sonrió antes de retirarse apresuradamente. El mensaje estaba firmado por una campanita. "—Es de Tilín", murmuró Juan.

(Continúa en la penúltima página.)




AÑO V — 10-II-1954 — N.º 232

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

“El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas”.

El jorobado



CAPITULO XVI.—*El marquesito.*

Aurora estaba triste porque la gitana Flor se había separado de ella. Pefirió la vida bohemia de su raza, bailaba en las plazas al son de su pandereta y decía la buenaventura. Se presentaba en las mañanas ante Aurora para hablar con ella. Un día Enrique de Lagardere dijo:

—Aurora, esa joven no es la amiga que te conviene.

Flor se distanció hasta desaparecer. Este alejamiento hubiera causado a Aurora una profunda tristeza, pero en ese mismo tiempo sufrió un dolor mucho más intenso: la separación de Enrique de Lagardere. El debía emprender un viaje a Alemania e Italia y estuvo ausente dos años.

En una ocasión en que Aurora ordenaba la habitación de Lagardere, descubrió un legajo de papeles envueltos en un pergamino amarillento del cual pendían dos sellos con un escudo de armas y una palabra en latín: *Adsum*, que quiere decir: ¡Aquí estoy! Aurora ignoraba que ésa era la divisa de su padre, el duque de Nevers. Vió también otro sello, de una iglesia o una capilla. Una lista escrita a mano se desprendió del legajo. La niña leyó nombres y ciudades desconocidos:

“1, el capitán Lorrain. —Nápoles.



Enrique debía emprender un viaje a Alemania e Italia.

- 2, Stau —Nuremberg.
- 3, Pinto —Turin.
- 4, El Matador —Glasgow.
- 5, Joel de Jugan —Morlaix.
- 6, Faenza —París.
- 7, Saldaña —París”.

Al final había dos números más, sin nombres ni señas, el 8 y el 9. Dos años más tarde, cuando regresó Lagardere de su viaje, Aurora vió de nuevo la lista. Muchos nombres estaban borrados, pero en los números 8 y 9 aparecían Pairoles y Gonzaga, ambos de París.

Durante la ausencia de Lagardere, Aurora permaneció en el convento de la Encarnación. Al encontrarse, luego de besarla, él la miró fijamente y murmuró:

—Has crecido, Aurora, y eres muy bella.

El dulce rostro se iluminó de alegría.

En el hogar que había abandonado, para internarse en el convento, encontró algunos cambios. Francisca Berrichon y su nieto Juan María vivirían con ellos. Francisca, al verla, exclamó:

—¡Cuánto se le parece!

¿A quién? Aurora no lo sabía. El misterio que rodeaba su vida era impenetrable.

Enrique ya no era el mismo. Su pupila hallábale frío, indiferente y a veces muy triste. Una barrera se había alzado entre los dos y Aurora languidecía de nostalgia por los pasados tiempos, en que no eran ricos, pero vivían felices en su pobreza y en la persecución.

Lagardere, bajo un nombre supuesto, era famoso como cincelador. Los armeros de Madrid se disputaban su trabajo.

Medina Sidonia, el favorito de Felipe V, había dicho: “Tengo tres espadas. La primera es de oro y la daré a un amigo; la segunda está guarnecida de diamantes y la recibirá mi amada; la tercera es de acero bruñido, pero está trabajada por el mejor cincelador y no se la ofreceré más que al rey”.

Dominada por una intensa tristeza, Aurora se recluía en sus habitaciones. Su ventana se abría hacia los jardines de un antiguo palacio, que permanecía desierto. Un día la mansión se animó de súbito. Un huésped venía a habitar el palacio de Osuna. Se llamaba Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga.

—Es uno de los hombres más ricos de Francia —declaró el paje Juan María—. Es amigo del Regente. Viene a Madrid para una misión secreta.

Al saberlo, Enrique ordenó poner celosías en la ventana. Pero la solitaria niña observaba a través de las hendidias y vió muchas veces a un gentilhombre que pasaba largas horas en el jardín, leyendo. Era blanco y rubio, como una figura de porcelana y oro. Sus modales eran lánguidos y pensativos. Una vez se abrió casualmente la celosía y el marquesito vió a Aurora. Desde entonces no abandonó el parque, miraba sin cesar a la ventana cerrada y lanzaba una flor hacia la invisible doncella.

Por fin, valiéndose de una cerbatana, envió a través de una abertura de la celosía un mensaje, que decía:

“Aceptad ser mi esposa y salvaréis un alma del infierno”.

El marquesito esperó mucho tiempo, con la mirada fija en la ventana, y por último, viendo que la hermosa prisionera no respondía, se enjugó los ojos inundados de lágrimas.

El viajero estaría ausente dos años.





Aquella separación significó para Aurora un gran dolor.

Esa noche, Aurora, desde su balcón que daba a la calle Real, oyó voces ahogadas y distinguió dos sombras: eran el marquesito y Lagardere.

—¿Sabéis con quién habláis? ¡Soy el marqués de Chaverny, primo del príncipe de Gonzaga!

Al oír ese nombre, Lagardere desenvainó su acero. Aurora gritó entonces:

—¡Enrique! ¡Enrique, mirad que es un niño!

El bajó la espada. El marqués saludó a Aurora y, antes de alejarse, dijo a su adversario:

—Volveremos a vernos.

Cuando el joven penetró en la casa, tenía el rostro alterado. Empezó a pasearse por la habitación y

de pronto dijo:

—Aurora, yo no soy tu padre.

Ella no lo ignoraba y esperó que él continuara hablando. Advirtiendo en el hermoso y varonil semblante una expresión de sufrimiento, preguntó con dulzura:

—¿Qué os sucede, Enrique?

El interrogó a su vez:

—¿Conoces a ese gentilhomme?

Aurora enrojeció al contestar:

—No, no le conozco.

—Te había rogado que tuvieras siempre cerradas las celosías

—añadió con amargura—. No era por mí, sino por ti.

Aurora, ofendida, repuso:

—¿He cometido algún crimen para estar obligada a ocultarme eternamente?

—¡Ah! —exclamó él, cubriéndose el rostro con las manos—, esto tenía que ocurrir. ¡Que Dios me tenga piedad!

Al comprender que lo había herido, las lágrimas se deslizaron por las mejillas de la niña.

—Perdonadme —susurró con voz temblorosa—. Estáis triste por culpa mía.

—Aurora, ¿lamentaríais irte de Madrid?

—¿Con vos?

—Sí, conmigo.

—Con vos —repuso lentamente y mirándole con intensidad— iría a cualquier parte. Me agrada Madrid porque vos vivís en ella. Lagardere le besó la mano.

—Pero —balbuceó turbado—, ¿y ese joven?

Aurora le puso una mano sobre la boca y dijo riendo:

—Si lo deseáis, partamos en seguida.

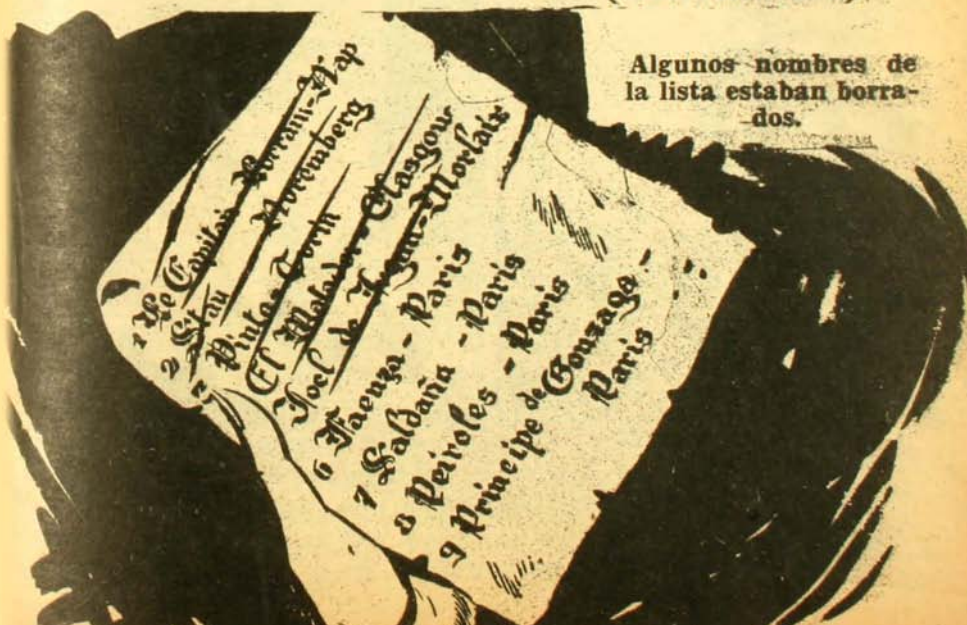
Observó que sus ojos se humedecían y que hizo un gran esfuerzo para no abrir los brazos y abrazarla.

—Marcharemos esta misma noche —expresó luego, dominándose.

(CONTINUARA)



Francisca y su nieto servían a Aurora.



Algunos nombres de la lista estaban borrados.

1 ~~De Capitan~~ ~~Berain-Dap~~
2 ~~Sau~~ ~~Horriberg~~
3 ~~El Malabar~~ ~~Clasgow~~
4 ~~Joel de~~ ~~San-Morlats~~
5 ~~Maenza~~ - Paris
6 ~~Saldania~~ - Paris
7 ~~Peiroles~~ - Paris
8 ~~Principe de Gonzaga~~ - Paris



El tesoro del

CAPITULO XIII.

Valle perdido

EL ROBO DEL COFRE



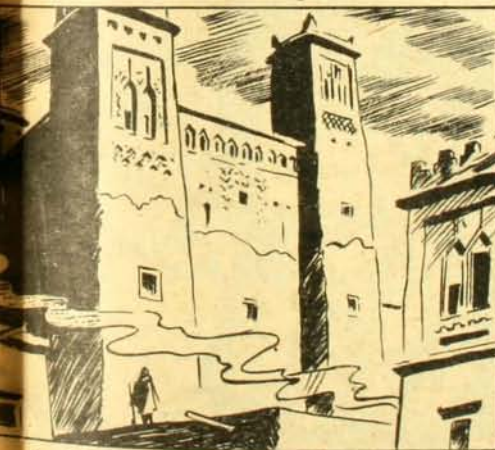
1. Cuando los hombres de la tribu de la espada se consideraban derrotados, apareció un árabe gritando: "—¡Conozco el secreto del jeque Saud! El tesoro de Valle Perdido nos pertenece. Yo lo he descubierto". Ibrahim, hijo de Beni Hassan, exigió: "—Cálmate, Yaza, y explícanos cómo has logrado ese triunfo".



3. Silenciosos como serpientes se deslizaron por las rocas. Yaza les guiaba. Luego de eludir la mirada avizora de los centinelas, llegaron a la gruta. El guardia fué derribado. Por fin se apoderaron del codiciado cofre. "—Sallah en nabi (Alabad al Profeta)", murmuró el espía.



2. El espía relató su aventura. "—Nos apoderaremos no sólo del tesoro, sino también del valle, que es fértil y resguardado. La "baraka" (virtud mágica) del cofre nos protegerá. No batallaremos, porque los guerreros de Saud son más numerosos que los nuestros. Procederemos con astucia." Y se pusieron en marcha.



4. Mientras los ladrones se llevaban el arca valiosa, en el palacio del jeque reinaba la alegría. "—Gracias a ustedes he recuperado a mi nieto", decía el venerable anciano, agasajando a sus huéspedes. El piloto, herido en el rescate aéreo, descansaba plácidamente en un diván.



El tesoro del

Valle perdido



5. Saud quiso ver la marca de nacimiento de Mario Aissa y luego pronunció: "—Es, sin duda, el hijo de mi hijo, y reinará sobre los clanes de Arabia, Africa y Egipto". Mario dijo: "—Por esta señal me reconocieron Abu y Hadchi". El anciano asintió: "—Sí, pretendieron destruir nuestra dinastía".



6. "—Me negué a entregar el tesoro, porque hubiera sido renegar de mi casta —prosiguió Saud—. Si te hubiera perdido, hijo mío, habría muerto de tristeza, pero no habría dado a esos chales un arma para que esclavizaran a mi pueblo." Mario aprobó: "—Hiciste muy bien, abuelito. Eres valiente".



7. Después de un instante de silencio, el descendiente de príncipes inquirió: "—¿Qué contiene ese cofre? ¿Un tesoro fabuloso?" Saud contestó: "—Mañana lo abriremos". Pero la noticia del robo llegó al palacio y el jeque ordenó: "—¡Persigan a los ladrones y recuperen el cofre!"



8. "—No podrán huir", afirmó con absoluta confianza. Dick, Daniel y el piloto propusieron llamar al teniente Alan. Saud repitió: "—No irán lejos, porque la virtud del cofre se volverá contra ellos. Nada teman, amigos, y vayan a descansar. Que Alá vele vuestro sueño".

(CONTINUARA)



L A F I E L B I R M A

Erase una vez un rajá llamado Ranti, poseedor de miles y miles de rupias, soldados, caballos y elefantes. Tenía un hijo llamado Yanan, que era un príncipe muy bello.

A Yanan le agradaba jugar con Husain, el hijo del visir, y se pasaban los dos las tardes en los jardines del palacio, que estaban llenos de árboles y flores. Con sus cuchillos de oro, los dos niños mondaban los frutos y se los comían. También iban los dos a estudiar a las órdenes del profesor que el rajá había tomado para su hijo.

Un día, cuando ambos se hubieron convertido en hombres, el príncipe dijo a su padre:

—Husain y yo quisiéramos ir de caza.

El soberano accedió, y los dos jóvenes mandaron preparar sus caballos y arreos de caza. El lugar que escogieron para cazar fué la región de Falana. El rajá de la región de Falana, se llamaba Munsuk, y tenía una hija de peregrina belleza, la princesa Birma. Esta princesa recibió una noche la visita de un genio que le envió Krisna, con la orden de que debía casarse con el príncipe Yanan. Desde aquella noche, Birma no dejaba de pronunciar el nombre del esposo que el dios le destinaba.

—Yanan, Yanan; quiero casarme con Yanan.

Hasta durante las comidas pronunciaba el nombre del príncipe. Y a tal extremo llegó, que su padre, irritado, le preguntó un día:

—Pero, ¿quién es ese Yanan? ¿Quién ha oído hablar de él?

—Es el hombre con quien Krisna me ha ordenado que me case.

Pasaron los días, y Yanan y Husain llegaron a la región de Falana. La hermosa Birma, que había salido a respirar el puro aire del campo, iba murmurando como de costumbre:

—Quiero casarme con Yanan, Yanan, Yanan.

El príncipe oyó su nombre, y preguntó:

—¿Quién me llama?

Birma le miró y al momento quedó fascinada.

—Estoy segura de que ése es el príncipe Yanan, con quien tengo que casarme.

Sin esperar más, corrió a palacio y le dijo a su padre que deseaba casarse con el príncipe Yanan, que había llegado al país.

—Muy bien —replicó el padre—, te casarás con él. Mañana le pediremos que acceda a ser tu esposo.

La princesa consintió en esperar, aunque estaba muy impaciente. Pero ocurrió que el príncipe y su amigo abandonaron aquella misma noche el reino de Falana, y cuando se enteró de ello la princesa, creyó enloquecer de dolor. Sin oír a sus padres ni a sus servidores, corrió a la selva, murmurando mientras caminaba:

—Yanan, Yanan, ¿dónde estás?

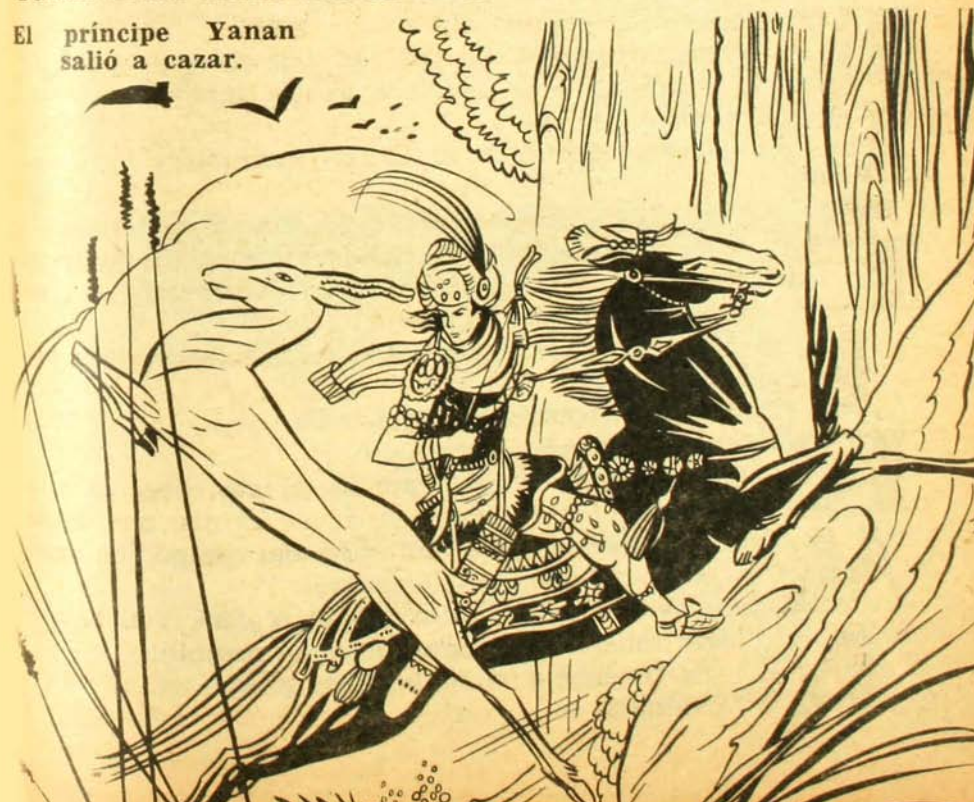
Y así caminó durante doce años.

Al cabo de este tiempo encontró un faquir, que le preguntó:

—¿Por qué vas diciendo “Yanan, Yanan; quiero casarme con Yanan”?

—Soy la hija del rajá de Falana, y quiero encontrar al príncipe Yanan. Dime dónde está su reino.

El príncipe Yanan
salió a cazar.



—No creo que jamás consigas llegar allí —replicó el faquir—. Ese reino está muy lejos y tendrás que cruzar infinidad de ríos. Birma declaró que no le importaba, que su único deseo era llegar junto al príncipe.

—Está bien —replicó el faquir—. Cuando llegues al río Bagirati encontrarás un enorme pez que se llama Roú. Pídele que te lleve al país de Yanan.

La princesa llegó al río Bagirati y vió, en efecto, un enorme pez que se llamaba Roú. En aquel momento estaba bostezando y sin vacilar un momento, Birma se lanzó dentro del cuerpo del pez. Mientras hacía esto iba murmurando:

—Yanan, Yanan; quiero casarme con Yanan.

Al oír dentro de sí estas palabras, Roú llevóse un susto enorme, y queriendo huir del extraño sortilegio, metióse dentro del río y nadó, nadó, durante doce años, hasta que ya no pudo más.

Un chacal que tomaba el sol junto al río quedó muy asombrado al oír al pez gritar:

—Yanan, Yanan; quiero casarme con Yanan.

—¿Qué te ocurre, Roú? —preguntó.

—No lo sé —replicó con lágrimas en los ojos el pez—. Tengo algo dentro de mi cuerpo que me hace hablar como los humanos. ¿Quieres decirme qué es?

—Tendré que meterme dentro de tu cuerpo, pues desde fuera no puedo verlo.

El pez abrió la boca todo lo que pudo, y el chacal se introdujo dentro de él. A los pocos minutos salió asustado, diciendo:

—Roú, tienes una bruja dentro del cuerpo. Me marché porque tengo miedo de que me devore.

Tras el chacal llegó una enorme serpiente, que se detuvo ante el pez, al oírle decir:

—Yanan, Yanan; quiero casarme con Yanan.

—¿Qué significan esas voces? —preguntó.

—Por favor —suplicó Roú—, dime qué es lo que tengo dentro de mí.

—Abre la boca y penetraré hasta tu estómago, para descubrir este misterio.

El pez abrió de nuevo la boca, y la serpiente se deslizó hasta su estómago, de donde salió al momento, diciendo asustada:

—Tienes una bruja terrible, y si no la sacas pronto de tu cuerpo, acabará devorándote.

—Pero, ¿cómo me desharé de ella? —contestó muy triste el pez.
—Hay un medio. Si quieres te abriré el vientre con un cuchillo y te sacaré a la bruja.
—Pero si haces eso me matarás.
—No lo creas, porque luego te daré una medicina y quedarás igual que antes.

Convencido por estas palabras, Roué consintió en que le abriesen el vientre, y la serpiente, armada de un cuchillo muy afilado, hizo un largo corte, por el cual salió Birma.

La princesa era ya muy vieja. Doce años había pasado en la selva virgen, y otros doce en el estómago de Roué; no era ya una belleza, y le faltaban todos los dientes.

La serpiente entregó al pez una botella llena de un líquido mágico, y tomando sobre sus lomos a la princesa, la condujo al palacio del rajá Yanan.

Unos soldados que le oyeron decir: “Yanan; ¿dónde estás?”, le preguntaron qué buscaba.

—Quiero ver al rajá —contestó la princesa.

Los soldados condujeron a Birma a presencia del rajá, a quien dijo:

—He venido a casarme contigo. Hace veinticuatro años fuiste a cazar a las tierras de mi padre, el rajá de Falana. Entonces quise casarme contigo, pero te marchaste antes de que pudiera decírtelo y desde entonces te he buscado por toda la India.



Birma se lanzó en las fauces del enorme pez.

—Perfectamente —replicó el rajá—. Nos casaremos cuando tú quieras.

—Antes es necesario que pidas a Krisna que nos vuelva otra vez jóvenes.

El soberano rogó a Krisna que devolviese la juventud que él y la princesa habían perdido, y Krisna le susurró al oído:

—Toca las ropas de Birma y arderán. Cuando se apaguen las llamas, ella y tú seréis de nuevo jóvenes.

Así ocurrió, y durante varias semanas el reino celebró grandes festejos en señal de alegría por las bodas de su rey con la hermosa princesa Birma.

Y cuentan las crónicas del país, que los dos soberanos reinaron más de cien años, sin que ninguno de ellos envejeciera nunca.

El día en que cumplían el siglo de su reinado, Yanan y Birma salieron al mirador de su palacio, y en aquel momento sonó un trueno lejano y el cielo se oscureció. Cuando volvió a resplandecer la luz, los esposos habían desaparecido. Los cortesanos salieron al mirador en su busca y vieron sorprendidos que de las losas de mármol habían brotado toda clase de rosas.

Y aunque jamás se regaron, aquellos rosales siguieron viviendo en el mármol, y fuera verano o invierno, siempre tenían rosas.

Cuentan los palaciegos que cada vez que se cumple un nuevo centenario de la desaparición de los soberanos, las rosas se agitan aunque no haga viento, y en el mirador se oye una dulce voz que dice:

—Yanan, Yanan.

Y una voz varonil replica:

—Birma, Birma.



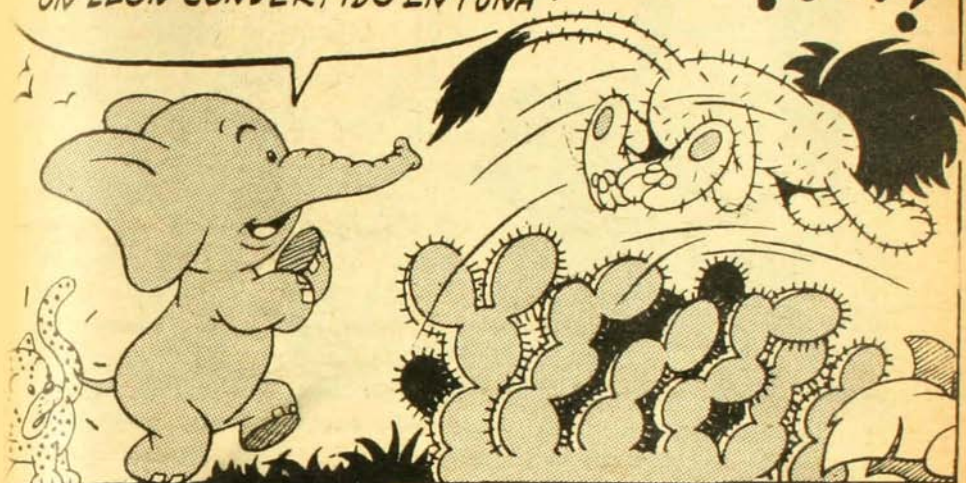
Del fuego surgió Birma, joven y bella.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA

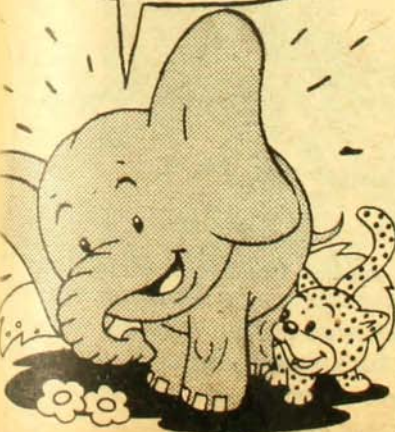


NO TIENE GRACIA NINGUNA
UN LEÓN CONVERTIDO EN TUNA

¡OH! ¡AY!



YA VES QUE EN UN DOS POR
ESA FIERA DERROTÉ TRES



MIRA, TROMPITA,
UNA CAMPANITA

PARA OLVIDAR AL
JUGUEMOS AL TILIN

LEÓN,
TILÓN

CONTINUARA'



SOLITARIO BILL

CAPITULO XVII. DANZA GUERRERA



1. Luego de ordenar a una banda de forajidos que abandonara las cercanías de Carveston, Solitario Bill dijo a Anita Cantrel: "Seguirás viaje en el carromato con Estrella Errante y su padre. Yo detendré a los bandidos. Sospecho que volverán pronto". En ese instante Tex Montaña rugió: "Ya están aquí".

3. Cesó el fuego, mientras Solitario Bill cabalgaba con la velocidad de un huracán. "—¿Otra vez el jovencito de Texas? —se burló un hombre de hirsuta barba—. ¿Vienes a dar más órdenes, rey de la pradera? Esta vez mi revólver contestará a tus bravatas." Levantó su arma.



2. El apuesto jinete saltó a su caballo y antes de alejarse, ordenó a Tex: "—No te separes de ellas". Como si su caballo tuviera alas, cruzó la barricada, gritando a los pieles rojas: "—No disparen, hermanos rojos. Trataré de parlamentar con esa banda sin jefe ni ley". Los semínolas obedecieron.

4. Pero no alcanzó a disparar. Una bala lo desarmó. Profiriendo una maldición, miró con furia a su atacante. No era un hombre, sino una doncella piel roja. El jinete la vió también. Junto a ella se erguía la frágil silueta de Anita Cantrel. Palideciendo, indicó: "—¡Huyan! Protegeré la fuga".



SOLITARIO BILL



5. Los caballos volvieron grupas. Solitario Bill siguió a ambas niñas. Pero, torciendo bridas súbitamente, lanzó fuera de la montura a los primeros perseguidores. En seguida reanudó el galope. Detrás de él dejó un coro de maldiciones. Luego rugieron las armas de fuego y se esparció el acre olor de la pólvora.



7. "—¡Annie!", susurró. Ella abrió los ojos y una pálida sonrisa entreabrió sus labios. "—¡Solitario Bill! —contestó—. Sufro mucho, pero estoy feliz porque esos malvados no te hirieron." Pronunciadas estas palabras, se desmayó. El joven la alzó en sus brazos y dijo a Estrella Errante: "—Cuidala, princesa semínola."



6. Una de aquellas balas hirió a Anita. Solitario Bill la recogió, sin detenerse en su precipitada carrera, y penetró en la aldea. Estrella Errante gimió: "—¡Hermanita blanca! ¡Oh rostro pálido, protector de mi tribu, sálvala!" Confiaba en Solitario Bill, pero él también estaba desolado.



8. Regresó junto a los combatientes. Su amigo Tex Montaña le anunció: "—Esos cobardes se han refugiado en la hononada, como pulgas en una camisa sucia". Pluma Blanca añadió: "—Los seminolas temen caer derrotados porque no ejecutaron la danza guerrera antes de la batalla. No sé cómo darles coraje".

(CONTINUARA)



EL CHARRO FUGITIVO



CAPITULO IV.—Misterio indescifrable.

Mariquita García, dominada por una intensa agitación, decía:

—No perdamos más tiempo, Cecilia. Salgamos en busca del charro Jorge, para que nos explique este misterio.

Con gesto nervioso cerró el medallón de oro que contenía los dos retratos, el de ella y el de Jorge Alvarez, y hubiera salido corriendo, pero Cecilia la detuvo:

—Mariquita, es muy tarde, casi las diez de la noche.

—¿Qué importa? —replicó la impulsiva mexicanita.

—Sería una imprudencia aventurarse por los caminos.

—Yo puedo jurar que el charro Jorge no es un bandolero —dijo Mariquita, ofendida.

—Yo también —convino la joven profesora—. Pero no me refería a él cuando mencioné el peligro de los caminos solitarios, sino a las bandas de forajidos. Recuerda que él nos defendió una vez contra unos malhechores.

—¡Ah!, sí —exclamó la hija de don Pedro García de los Ríos, con los ojos resplandecientes de admiración—. Es valiente, ¿verdad? Y más hermoso que los héroes del cine. El traje charro, bordado

RESUMEN: Cecilia Valle, joven profesora de Mariquita García, hija del potentado mexicano don Pedro García de los Ríos, conoce al charro Jorge Alvarez, prófugo de la justicia. El la defiende contra una banda de salteadores. Dos días más tarde le envía un mensaje. La niña acude a la cita y encuentra a Alfonso Trevor, secretario privado de don Pedro. Más tarde Cecilia lleva a Jorge un sobre lacrado, que le interesa. Mariquita y Cecilia encuentran un medallón de oro. Atónitas, comprueban que contiene el retrato de la niña mexicana y el del charro Jorge.

con trencillas de plata, el sombrero alón, constelado de oro y seda, ¿no son maravillosos?

Hablaba con vehemencia. Sus morenas mejillas habían enrojecido de emoción. Cecilia, alarmada, balbuceó:

—Mariquita, ¿no me dirás que el charro te ha conquistado?

La niña prorrumpió en una alegre risa.

—¿A mí? No, Cecilia querida. Eres tú la única en esta casa que ha caído bajo el hechizo del charro. Yo le admiro desde lejos, como a una figura de leyenda. Y, además, me siento obligada a quererlo, porque estamos juntos en este misterioso medallón. Por cierto que no recuerdo cuándo posé para ese retrato. No es una fotografía, sino una miniatura pintada. El que la hizo era sin duda un artista notable.

En ese momento un sirviente llamó a la puerta, diciendo:

—El señor don Pedro espera a las señoritas.

Como un verdadero torbellino, Mariquita se cambió ropa.

—Conservaré el medallón —susurró.

Cecilia vaciló un instante, pero luego propuso:

—Es preferible que lo ocultes, hasta que sepamos su procedencia y por qué guarda esos retratos. No olvides que tu padre odia a Jorge.

Pancho Romero protestó: “—¿Por qué me insulta, señorita?”



Se reunieron con el orgulloso mexicano y con su huésped, Violeta Fleming. Esta lucía un suntuoso vestido de noche, con bandas de tisú en el ruedo y en el escote. Ostentaba un collar de oro que, según declaró, provenía de un tesoro egipcio.

—Mi padre estuvo en ese país dirigiendo unos trabajos de ingeniería —explicó.

—Y una momia le regaló ese collar —observó la incorregible Mariquita.

Don Pedro le dirigió una mirada severa.

Durante la cena sólo conversaron el hacendado y su invitada. Cecilia y Alfonso Trevor estuvieron silenciosos y Mariquita sólo intervenía para decir alguna palabra irónica.

De pronto el nombre de Jorge Alvarez fué pronunciado por el abstraído Alfonso Trevor, aparentemente en forma casual. Una expresión de ira desfiguró el semblante de don Pedro. Dominándose, declaró:

—Ese miserable caerá pronto en poder de la justicia.

Mariquita se contuvo con gran esfuerzo. Violeta indagó:

—¿Quién es? He oído algunos comentarios. Dicen que tiene una espléndida figura. Pero no usa antifaz. Es una lástima, porque así resultaría más enigmático.

—Son otros los que debieran usar antifaz, para esconder sus caras de ratón —dijo Mariquita, mirando fijamente a Alfonso.

—Desearía conocer algún episodio emocionante sobre el bandido romántico —insistió Violeta.

—No apruebo su interés —contestó el hacendado—. Esa clase de individuos no debieran inspirar más que desprecio e indiferencia.

—Papá, eres muy rígido.

—Así debieran ser todos, hija. No cundirían los ladrones y asesinos.

—Pero el charro nunca ha asaltado ni viajeros ni haciendas. Los malhechores le temen y . . .

—¡Basta! —rugió don Pedro—. Es un ladrón, lo digo porque lo sé. No mencionemos más este desagradable asunto.

La comida terminó en un completo silencio.

Al día siguiente, Cecilia y su alumna se dirigieron al pueblo. En un salón de té se sirvieron bebidas refrescantes. Meditaban sobre la manera de ubicar al charro Jorge. El dueño del salón se acercó a hablar con ellas. Había reconocido a Mariquita García, hija del poderoso don Pedro, y deseaba halagarla.

—¿En qué puedo servirlos? —preguntó con acento melifluo—. ¿Desean otros refrescos? He convertido este lugar en un refugio elegante, digno de acoger a tan distinguidas clientes. Antes era una choza insalubre donde se servían tequila y mezcal, esas horribles bebidas. Sólo podían venir pelados y salteadores. Tipos tan repulsivos como el charro Jorge, por ejemplo.

Mariquita estalló:

—¿Cómo se atreve a hablar así de él, gordo seboso?

Pancho Romero encogió instintivamente su abultado vientre y manteniéndose erguido y lo más esbelto posible, dijo plañideramente:

—¿Por qué me insulta, señorita? He dicho la verdad.

—Usted es demasiado estúpido para distinguir la verdad de la mentira.

Los demás clientes observaban la escena. Cecilia, confusa, murmuró:

—Cálmate, Mariquita.

Pero la niña mexicana se desahogaba, porque la noche anterior se vió obligada a callar ante su padre.

El charro Jorge acudió a la cita.



—Oyeme, Pancho Romero, cuídate de difamar al charro Jorge o te encontrarás conmigo. Un "encuentro" con la explosiva mexicana no era una perspectiva que pudiera seducir a nadie. El turbado hostelero gimió:

—Está bien, señorita. Si el valiente charro Jorge aparece por aquí, será bien venido.

Regresaron a la hacienda, sin pronunciar palabra.

—¿Estás disgustada, Cecilia?

—No, Mariquita, pero

te ruego que seas más prudente. Si en realidad quieres proteger a Jorge, no debes anunciarlo a los cuatro vientos.

—Tienes razón. Me morderé la lengua y me amarraré las manos. Entraban ya a la finca y el perro Moro acudió saltando a saludarlas. Una expresión pensativa pasó por los ojos de Mariquita.

—¿Y si le enviara un mensaje con Moro?

Cecilia asintió:

—Moro sabrá hallarlo.

Mariquita entró como un huracán en sus habitaciones y escribió apresurada:

Necesito verlo, charro. Es urgente. Mariquita García.

Ocultaron el papel en el collar y luego Cecilia susurró al inteligente animal.

—Busca a tu amo Jorge.

Moro partió como una exhalación.

—Espero que Alfonso no lo vea salir —dijo Cecilia.

Casi al anochecer volvió el mensajero. En el collar traía la contestación:

La esperaré cerca de la casa de Ignacia.

Cecilia observó:

—Conoce perfectamente la hacienda. Cuando estuvo aquí la otra vez...

Se ruborizó ante la mirada de su alumna.

—¿Cuándo, Cecilia?

—El día que incendiaron unas casas. Pero...

—No fué él quien provocó el fuego —terminó la niña mexicana, riendo—. Ya lo sé, amiga. ¿Fué entonces cuando te pidió el famoso sobre sellado?

—Sí.

Las horas transcurrieron lentamente.

Antes de abandonar la hacienda, Mariquita dijo a Cecilia:

—Tú vigilarás, para avisarnos si aparece alguien. Quiebra una ramita dos veces. Esa será la señal.

La tranquila y ensoñadora luz de la luna iluminaba las casas. De pronto se vió avanzar una sombra por el bosque. Era alta y ágil. Se detuvo junto a un árbol y la quietud volvió a reinar.

Mariquita se deslizó veloz y ansiosa.

—¿Jorge?

—Sí —respondió una voz varonil.

Al encontrarse, sonrieron. Se conocían, pero en ese momento sintieron como si se vieran por primera vez.

—Eres temerario. Viniste sin vacilar, aunque soy hija de tu enemigo.

—Pero tú no eres mi enemiga. Lo presiento.

Echó hacia atrás el amplio sombrero y su rostro quedó iluminado por la luna.

Vibró la risa contenida de Mariquita.

—Eres perfectamente visible para cualquiera que te observe desde aquellos árboles, misterioso y enigmático charro.

Aquella podía ser una advertencia o una amenaza. Pero él comprendió instintivamente que la niña se refería a Cecilia. Una fugaz emoción se reflejó en sus facciones.

La niña continuó:

—He hallado un medallón que me tiene intrigada. Tal vez tú puedas explicarme este enigma.

Le entregó la joya. El la abrió y, al ver los dos retratos, enmudeció.

—¿Puedes decirme qué significa esto? —insistió Mariquita, impaciente.

El joven la miró, atónito.

—No, Mariquita.

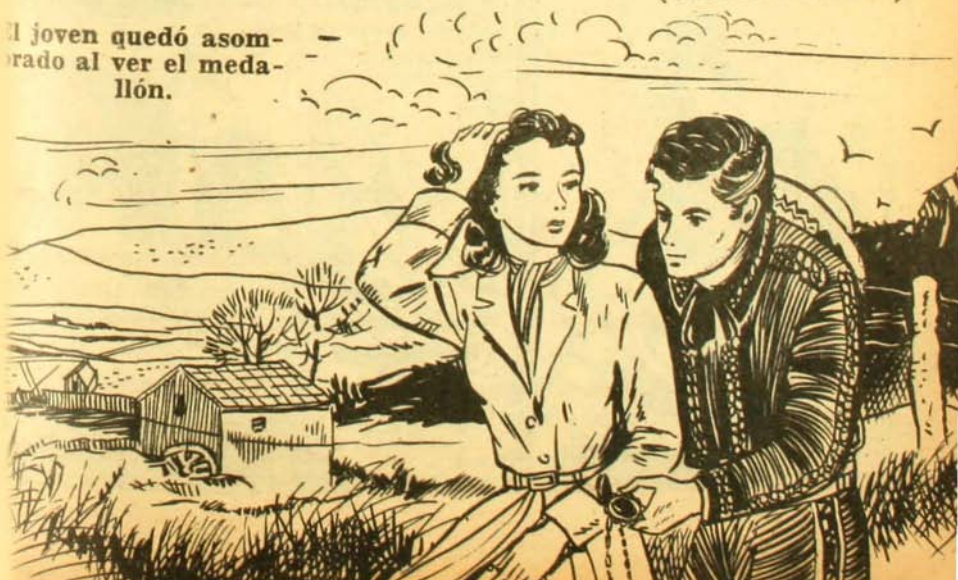
Se oyó, suavemente, el rumor de dos chasquidos. La hija de don Pedro García susurró:

—Es la señal de Cecilia. Alguien viene. ¿Cuándo puedo verte?

—Pronto. Yo les avisaré. Adiós.

(CONTINUARA)

El joven quedó asombrado al ver el medallón.



Ponchito



por nato





LA REINA DE LAS SERPIENTES

tesca estatua de Kali vaciló sobre su pedestal, mientras los hindúes caían.

Naya, la reina de las serpientes, continuó en la penumbra. Mauricio empuñó su cuchillo de caza. Avanzó hacia el lugar en que debía estar Naya, pero no la encontró. Desprendió entonces

CAPITULO VIII.— *La reina y el sahíb.*

Mauricio Gerar lanzó una granada al foso de las cobras y destruyó a los repugnantes ofidios. El sacerdote guardián del templo aullaba enfurecido: —¡Maten sin piedad al sacrilego!

Sus secuaces se dispusieron a obedecer, desvainando los puñales curvos. Mauricio continuó:

—Recuerda tu promesa, Biram. Dijiste que si vencía a las serpientes, podía marcharme libre.

Trémulo de cólera, el sacerdote repitió:

—¡Mátenlo!

El prisionero tenía otra bomba explosiva en su mano y advirtió:

—¡No den un solo paso, o morirán!

No deseaba lanzar el proyectil, pero debió hacerlo, porque el amenazador cerco se estrechaba contra él. De nuevo los vetustos muros del santuario se estremecieron con una terrible detonación. La gigan-

una antorcha del muro y buscó la salida de aquel antro. Deambuló por el laberinto de túneles, temiendo a cada instante que aparecieran las repulsivas najas.

Sentíase fatigado.

—¿Nunca saldré de aquí?

—murmuró—. Quizás este endemoniado templo sea mi tumba.

La antorcha se consumía en



Mauricio destruyó a los reptiles del foso.



—¡Maten sin piedad al sacrilego!

su diestra. Se estremeció al pensar que tal vez quedaría a oscuras.

Ante él se erguía, silenciosa y enigmática, la reina de las serpientes.

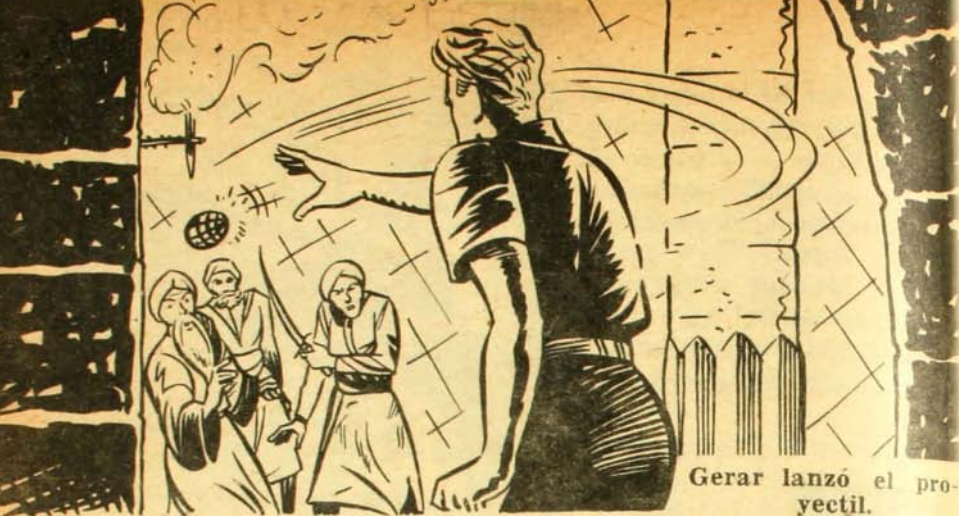
—¡Usted! Pensé que no la vería más.

Su voz resonó fría. Por las verdes pupilas cruzó un destello burlesco.

—Sahib, ¿no deseabas verme



—¡No den un solo paso, o morirán!



Gerar lanzó el proyectil.

por última vez? Este es nuestro adiós.

—¿Qué quieres decir, Naya? —repuso él—. ¿Que puedo abandonar este sitio, o que estoy sentenciado a muerte?

—Eres muy fatalista. Vuelve a Kimur. Te dejo ir.

—¿Puedes detenerme, acaso, ahora que tus sicarios no existen y que tus “hermanas” yacen sin vida?

El rostro de estatua se crispó en una expresión sarcástica:

—Sí, puedo.

Los ojos alucinantes refulgieron con un destello extraño y poderoso. Gerar palideció. Una sonrisa relampagueó entre los labios coralinos.



Se oyó una terrible detonación.



—¿Ves, sahib? Podría subyugarte, como subyugo a las cobras, pero no es ésa mi voluntad ni mi destino.

Guardó silencio. El joven la observaba con mirada intensa, como si deseara grabar para siempre en su recuerdo la imagen de la sacerdotisa.

Si lograba salir con vida del templo prohibido, evocaría la silueta altiva y majestuosa, la cabellera negra con reflejos azules, el rostro impassible y bello, la diadema de oro, con la figura de una cobra en actitud de atacar, las manos finas de uñas doradas.

—No la olvidaré, Naya.

—Lo sé, extranjero. Quizás yo... Vaciló, desorientada. ¿Qué iba a decir? Era la primera vez que un sentimiento desconocido infiltraba dudas en su corazón, que jamás latiera con emoción.

Aquel capitán francés que, según ella misma dijo, había "venido a la India a bostezar", era un ser insignificante a quien debía olvidar. Esta idea le devolvió la calma.

—Vuelve a Kimur — repitió.

(CONCLUIRA)



Desprendió una antorcha del muro.



—¿Nunca saldré de este endemoniado templo?



Ante él se erguía la reina de las serpientes.

¿A QUIEN PERTENECIO?



Un espejo mágico que al ser consultado por su dueña respondía: "Tú eres la más bella del reino".

SOLUCION AL CONCURSO N.º 230.— Cenicienta.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Sonia Werth, Temuco; Ana Valdovinos, Santiago; Rebeca Riveros, Coronel; Leonardo Ibáñez, Los Andes; Dolly Palacios, Valparaíso; Mercedes

Meza, Valparaíso. UN PREMIO DE \$ 20.—: Teresa Medina, Santiago; María Angélica Soto, Santiago; Santiago Guerra, Santiago; Carlos Hernán Muñoz, Santiago; Isabel Sánchez, Quilpué; Héctor Zapata, Linares; Alicia Villalobos, Valparaíso; Augusto Contreras, Parral; Ricardo Retamal, Santiago; Enrique Celedón, Quillota. UN LIBRO: H. Paiva, Valparaíso; Luis Abruiz, Talca; Mónica Pinochet, Santiago; Pepito Pérez, Constitución; Phillips Calvert, Santiago; Margarita Vergara, Santiago; Augusto Contreras, Parral; Matilde de Mena, Santiago; Adelita Moya, Rancagua; Berta Tapia, Temuco; Carlos Escobar, Lautaro.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 232

CHISTE

La señora que ha llegado de visita da a Tomasito una naranja y le pregunta:

—¿Qué dice un niño bien educado cuando le dan una naranja?

Y Tomasito responde:

—Pélemela, por favor.

Juan y Juanita



3. Esa carta devolvió al niño su alegría. Mientras tanto Juanita pensaba en él. Sentíase desesperada, pero aceptaba con resignación su destino. Una tarde divisó a un muchachito que le hacía señas y modulaba una palabra que adivinó: "JUAN". Entonces su tristeza desapareció.



4. A la mañana siguiente, guiada por un secreto instinto, salió del comedor, encaminándose hacia el jardín. No tardó en ver al muchachito que se deslizaba por el muro. "—Juan sale hoy de su encierro —informó—. El director Vinagre lo tenía castigado. Planearemos la fuga. Esperáanos aquí mismo, esta noche."

(CONTINUARA)

¡CARAMBA! OLVIDÉ TRAER MI BALDE PARA JUGAR CON ARENA



¡AAAHH, YA SE CON QUE LO PUEDO REEMPLAZAR!



¡PELUSITA! ¿QUE HACES CON MI SOMBRERO?



¡NO IMPORTA, PAPA!



¡SI NO ES EL TUYO!...



...ESTE SE LO SAQUÉ A AQUEL SEÑOR QUE ESTÁ ALLÁ!



SIMBAD

N.º 233

AVENTURAS
DE CABRIN



ELENA POINIER

\$ 6.-

Juan y Juanita

CAPITULO XI.—LA SOÑADA LIBERTAD



1. El travieso Tilín, trepando el muro, logró ver a Juanita, comunicándole sus planes de fuga. Cuando Juan abandonó el sótano donde había permanecido prisionero, el director del reformatorio le preguntó: “—¿Aún sigues insolente y estúpido? ¿Necesitas quizás otros días de vacaciones bajo tierra?”



2. Juan, apretando los dientes, no respondió. El mensaje de su amigo Tilín le había dado esperanzas de huir. No malograría la fuga con un gesto de rebelión. Lamon, orgulloso de su triunfo, añadió: “—Bien, anda a reunirte con tus compañeros, que están plantando árboles”.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 17-II-1954 — N.º 233

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: anual \$ 15.60. Semestral: \$ 7.80.
Egranjero
Anual: U.S. \$ 2.10
Semestral: U.S. \$ 1.05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S. \$ 0.20
Semestral: U.S. \$ 0.10

“El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas”.

El jorobado



CAPITULO XVII.—La casa de dos puertas.

De España a Francia, Aurora viajó en silla de postas, con Francisca Berrichon y Juan María. Enrique de Lagardere les escoltaba, acompañado de cuatro hombres de espada.

Visitaron de paso el antiguo castillo de Caylus, y la impresión que ese lugar causó a Aurora fué intensa e inolvidable. Una vez cruzada la frontera, dejaron a Francisca y a su nieto en un pequeño pueblo, al pie del Clarabide. Los cuatro espadachines se quedaron al otro lado de los Pirineos.

Era una triste y fría tarde de febrero. En la distancia apareció la negra mole del castillo. Estaba deshabitado, porque su actual dueño, el príncipe de Gonzaga, no había regresado a él desde que lo heredó.

Enrique deseaba hablar con un anciano sacerdote llamado don Bernardo, que fuera capellán del castillo, en tiempos del último señor de Caylus. Pero supo que había muerto. Se dirigió a la posada de Tarrides, y, cuando una mujer se acercó a servirlos, el joven, examinándola atentamente, dijo:

—¿Estabais ya aquí la noche del crimen?

A la posadera se le cayó el jarro de vino que traía en la mano y, lanzando a Enrique una mirada de desconfianza, exclamó:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Es que estabais vos también?



Los vecinos, intrigados, se reunían a comentar.

Aurora sintió frío en las venas.

—Quizás —replicó Lagardere—, pero eso no os importa, buena mujer. Quiero que me deis algunas noticias. Os pagaré bien.

La posadera recogió el jarro, mientras decía:

—Aquí se cerraron las puertas y las ventanas. Lo mejor era no ver nada de cuanto sucedía afuera.

—¿Cuántos muertos

se encontraron a la mañana siguiente en el foso?

—Siete, contando al joven duque. ¡Ah!, esa noche fué como si todos los demonios anduvieran sueltos. Oímos ruido de espadas, gritos, blasfemias y dos voces varoniles, que de vez en cuando gritaban: ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!

Aurora se estremeció. Esa era la divisa que había leído en un legajo de papeles que Enrique guardaba. También la había oído pronunciar al joven, cuando enfrentaba a sus enemigos.

A la mañana siguiente, a bordo de la nave en la cual cruzaban el Canal de la Mancha, hacia las costas de Flandes, Lagardere prometió a Aurora:

—Pronto lo sabrás todo, y quiera Dios que seas entonces más dichosa.

Desembarcaron en Ostende. En Bruselas, el joven recibió una carta sellada con las armas de Francia. Entonces continuaron viaje hacia París.

Alquilaron una casa situada cerca del palacio real. Aurora contemplaba las ventanas brillantemente iluminadas, y veía llegar a los invitados a las fiestas que daba el Regente. Las damas de la corte pasaban dentro de sus carrozas, con gallardos jinetes a la portezuela.

Aquella casa estaba en el ángulo de las calles del Chantre y la de

Saint Honoré. Los vecinos comentaban intrigados las costumbres de sus habitantes. Uno de ellos era un joven de varonil belleza, mirada penetrante y cabellera rubia como oro bruñido. Se llamaba maese Luis, y era cincelador de guardas de espadas. Moraba con él una doncella hermosa y dulce, cuyo nombre nadie conocía. Tenían a su servicio a una mujer poco comunicativa y a un mancebo de diecisiete años, que hacía todo lo posible por ser discreto.

Desde que habitaban allí, nadie había ido a visitarlos, excepto un jorobadillo de expresión afable, que entraba y se marchaba sin despegar los labios, siempre por la puerta reservada; nunca por la principal, pues la casa tenía dos puertas.

Nadie recordaba haber visto antes a ese gibado y su personalidad intrigaba a la vecindad, tanto como la del apuesto y taciturno cincelador.

Por las noches, cuando los pequeños burgueses y menestrales charlaban en el umbral de sus viviendas, el tema de sus conversaciones era casi siempre el jorobado y los nuevos vecinos. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿A qué hora misteriosa cincelaba los puños de espada aquel maese Luis, que tenía unas manos blancas y cuidadas como un marqués? Y la doncella, ¿estaba prisionera y era vigilada por la criada y el paje? No, porque la habían oído cantar, y una triste cautiva no canta...

Y había, además, en el piso superior, una habitación que siempre estaba cerrada con llave. Ni Francisca, ni Juan María, ni siquiera la jovencita habían logrado permiso para entrar allí. Sólo una persona tenía ese privilegio: el jorobado. Pero como todo lo referente al misterioso aposento debía ser

El apuesto y taciturno cincelador era tan misterioso como el jorobado a quien nadie conocía.



inexplicable y raro, cada vez que entraba el jorobado veíase salir casi en seguida a maese Luis, o al contrario, cuando entraba el hombrecillo, salía el joven. De modo que aquellos dos amigos tan íntimos nunca estaban juntos.

Por esos días, los espadachines Cocardase y Pasepoil habían llegado al palacio de Gonzaga, para pedir protección.

Allí vivía ahora una joven, aparentemente española, muy hermosa, que se llamaba doña Cruz. Vivía recluida en un pabellón, y la custodiaban dos hombres de confianza del príncipe: Faenza y Saldaña.

—Los odio —decía doña Cruz al impassible Peiroles—; quisiera no verlos más. ¿Es que soy una prisionera o una esclava?

Un lacayo solicitó hablar con Peiroles, y susurró a su oído unas palabras. Con el rostro pálido, el intendente de palacio dijo a doña Cruz:

—Señora, esos hombres que os desagradan no volverán más. Siguió al criado hasta un extremo del jardín. En una sombría avenida, sobre un haz de hojas secas, veíanse extendidas dos capas. Peiroles las levantó. Debajo de la primera yacía Faenza; bajo la otra vió a Saldaña. Los dos tenían en la frente, entre los ojos, la misma herida. Los dientes de Peiroles chocaron con ruido, y su mano trémula dejó caer las capas.



Peiroles quedó pálido de espanto.

Mientras tanto, doña Cruz era conducida a presencia de Gonzaga. El la había traído de Madrid, y por fin se dignaba explicarle sus proyectos: —Os llevaré al baile del regente. Ya es hora de que os déis a conocer. Sabed que tenéis un nombre ilustre entre los más ilustres de Francia. —¿Qué decís? —exclamó ella, deslumbrada.

—Tenéis también

una familia poderosa, emparentada con la casa real. Vuestro padre era duque.

—¡Mi padre! —repitió Doña Cruz—. ¿Decís que era duque? ¿Está muerto, entonces?

Gonzaga inclinó la cabeza.

—¿Y mi madre?

La voz de la joven temblaba.

—Vuestra madre es princesa. Os explicaré: vuestro verdadero nombre no era

Flor, ni tampoco es María de la Santa Cruz, que es el nombre que adoptasteis cuando, convertida a la religión cristiana, recibisteis el bautismo.

Los ojos oscuros relampaguearon de emoción; esos ojos que Aurora de Nevers había visto una vez saturados de magia. Porque la misteriosa prisionera de Gonzaga era la gitanilla Flor, convertida en una doncella altiva y a quien el príncipe retenía para que participara en una conspiración.

(CONTINUARA)



—Os llevaré al baile del Regente.

—¿Y mi madre? —preguntó doña Cruz, temblorosa de ansiedad.





El tesoro del

CAPITULO XIV.—LA PRIMERA

Valle perdido



VOLUNTAD DEL PRINCIPE



1. El jeque Saud refería a su nieto la historia de su pueblo. “—Antes de la hégira, era de los mahometanos, que se cuenta desde la huída de Mahoma de la Meca a Medina (año 622), el pueblo de Saud vivió perseguido por enemigos poderosos y crueles. “—Fué una época dolorosa”, murmuró el anciano.



2. Los fugitivos traspusieron las montañas del Atlas, y entonces nació el primer príncipe que tenía grabada en el hombro la media luna sarracena. Dispuso que su pueblo se estableciera en el valle, y años más tarde se erigió la ciudad que siempre se conservó inexpugnable.



3. Los descendientes de Aissa dieron reyes a Egipto y a las tribus nómades del Africa, y nuestra familia es reconocida como soberana”, concluyó Saud. Solamente la tribu de la espada se niega a reconocernos. Ambicionan el signo del poder. Mario exclamó: “—La dominaremos, abuelito”.



4. La grave mirada del anciano se detuvo en el niño. Mario, confuso, balbució: “—No creas que soy soberbio. No sé si merezco el poder que tendré. Y a veces me siento aterrorizado”. Saud murmuró: “—No temas, hijo mío. Serás un rey justo y amado por su pueblo. Estaré junto a ti para guiarte”.

El tesoro del



5. En ese instante oyeron un gran clamor de voces. “—¿Qué sucede?”, exclamó el niño, y corrió hacia la terraza. El anciano lo siguió. Vieron entonces a una multitud que rodeaba a varios prisioneros. Llegaban custodiados por los guerreros del jeque. “—Son de la tribu de la espada”, señaló Saud.



6. Minutos después, el jeque se enfrentaba con su ambicioso enemigo. “—Has cometido una profanación y morirás”, pronunció con acento implacable. La multitud aullaba: “—¡Que los demonios del Gehena te destruyan!” De todas partes surgían maldiciones y gritos de odio. Mario hizo un gesto, imponiendo silencio.

Valle perdido



7. Por cierto que el niño aún no vestía el traje árabe, pero todos reconocieron a su príncipe. El vocerío se acalló instantáneamente. Saud, depositando en la mano de su nieto una llave de oro, pronunció: “—Abre el cofre y luego castiga al traidor”. Los presentes contuvieron la respiración.



8. Antes de obedecer, Mario Aissa declaró: “—No seré severo con los hombres de la tribu enemiga. Procuraré que se conviertan en aliados nuestros”. En seguida, abrió el cofre y extrajo un pergamino, donde aparecían las firmas de sus antecesores. Había también un cetro y joyas reales.

(CONTINUARA)

A black and white illustration of a small, goat-like creature with large ears and a small horn, wearing a dark vest and boots. It is standing on a patch of grass and playing a long flute. A butterfly is flying nearby. The creature has a mischievous expression.

MAS AVENTURAS de CABRÍN

¿Recuerdan a Cabrín, el cachorro de rumiante que quiso asistir al baile de las ranas, en el fondo de la laguna? De aquella aventura salió todo manchado de barro y mojado de cacho a pezuña.

Ahora les contaremos otro episodio de su vida de cabrito aventurero.

Cierta vez se internó por los misteriosos senderos de la floresta. Iba tocando la flauta. Los pájaros, que saben mucho de música, se morían de risa ante cada soplido de Cabrín.

El flautista seguía su camino, sin advertir que se alejaba de su casa.

¿Y saben ustedes quién lo acechaba detrás de un árbol? El lobo malo. Oyendo los sonos de la flauta, suspiraba extasiado, pero no por la música, sino por el flautista, que se veía tierno y sabroso.

Cada vez más deslumbrado, afilaba sus garras en la corteza del árbol. Sus ojos refulgían, y sus terribles colmillos brillaban en las abiertas fauces.

—¡Bravo! —gritó de pronto, saltando sobre los arbustos.

Cabrín casi se desmayó de susto ante aquel inesperado admirador de su arte.

—¿Le... le... le agrada mi rap...rap... rapsodia? —murmuró.

El ignorante lobo no sabía qué era una rapsodia, pero observando la rolliza figura de Cabrín, respondió:

—Mucho, tienes una rapsodia muy apetitosa.

Por cierto que el elogio era bastante raro, pero el cabrito nunca se hubiera atrevido a discutir.

La flauta había caído al suelo y yacía sin notas, sin armonías. Cabrín, manteniendo la distancia entre él y su admirador, comprendió que debía distraerlo, mientras recobraba el aliento. En

cuanto pudiera correr, emprendería la fuga. Pero mientras reunía fuerzas y valor, intentaría engañar al obo.

—Sé una canción pastoril muy bonita. Se trata de una niña que salió a recoger fresas al bosque. Se llamaba Caperucita Roja, y tenía una abuelita que...

—...que tenía los ojos muy grandes, para mirar mejor —completó el lobo malo, sin pizca de remordimientos—; las orejas muy grandes, para oír mejor, y los dientes muy largos, para...

—¡Ah! ¿Usted conoció a la buena abuelita? —interrumpió Cabrín, comprendiendo que llegaban a la parte más peligrosa de la conversación. Si el lobo malo decía: "Para devorarte mejor", estaba perdido, igual que Caperucita Roja.

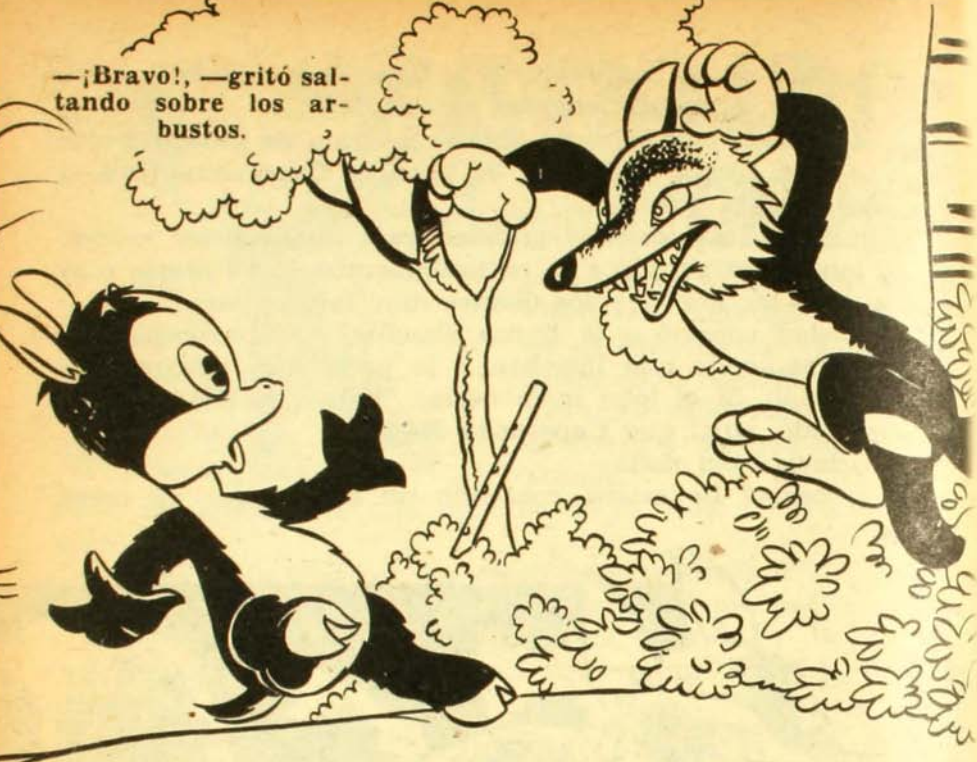
Nervioso, lanzó una risita:

—¡Beeee, beeee! Le estaba contando un cuento que ya usted conoce.



El lobo malo acechaba a Cabrin.

—¡Bravo!, —gritó saltando sobre los arbustos.



—Así es. En vez de perder el tiempo hablando...
Extendió su zarpa, y Cabrín emprendió la huída. ¡Cómo corrían los dos! El cabrito, adelante, perdiendo terreno. El lobo, atrás, perdiendo la paciencia.

—¡Deténte! ¿Por qué huyes? Quiero hablar contigo de música. Cada vez más asustado, nuestro amigo ya sentía que el lobo tocaba el arpa en sus costillas, y el tambor en su piel. Ningún músico ha sufrido tanto como este flautista perseguido. Y de pronto, cuando ya dudaba de salvarse, una grán silueta se interpuso entre él y su enemigo. El papá de su amigo el osito Peluche.

El oso preguntó:

—¿A dónde va tan apurado, señor lobo malo?

La fiera patinó sobre sus patas, mientras Cabrín se detenía a respirar.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó el lobo, tratando de que sus ojos no relucieran de hambre, y de que sus dientes parecieran inofensivos.

—Sí, usted, coludo insoportable. ¿Por qué persigue a Cabrín?
—¿Perseguirlo?; se equivoca, señor Oso. Estábamos jugando al pillarse.

—Sospecho que al pillarse y al comerse, porque usted es un bribón —gruñó el plantígrado—. Veamos qué dice el pequeño.

Cabrín no es rencoroso, pero recordó que el perverso animal había devorado a Caperucita Roja, y declaró:

—Quería darme un feroz mordisco, papá Oso.

—¿Ah, sí? —rugió el papá de Peluche—. Le daré una lección. Observó al lobo malo, que temblaba de miedo.

—Una vez un cazador te rasgó la barriga con su cuchillo, para salvar a Caperucita Roja y a la abuelita —reflexionó—. Tú no mueres tan fácilmente, pero creo que hay otra manera de castigarte.

Y aplicó al lobo una patada tan violenta, que lo elevó en el aire. Al aterrizar, se quebró todos los dientes.

Cabrín emprendió la huida.



—¿Ya nunca más volverá a molestar a Caperucita Roja? —preguntó Cabrín, encantado.

—Nunca más —repuso el señor Oso.

Peluche, que se había reunido con ellos, añadió:


—Iré corriendo a decir a la abuelita que el lobo tiene menos dientes que ella.

Y cuentan las criaturas del bosque las más extrañas historias del lobo sin dientes. Dicen que cojea de la pata derecha, de la izquierda, de la de adelante y de la de atrás. Otros aseguran que tiene la cola torcida. Los de más allá afirman que el lobo sólo come sémola y papitas molidas.

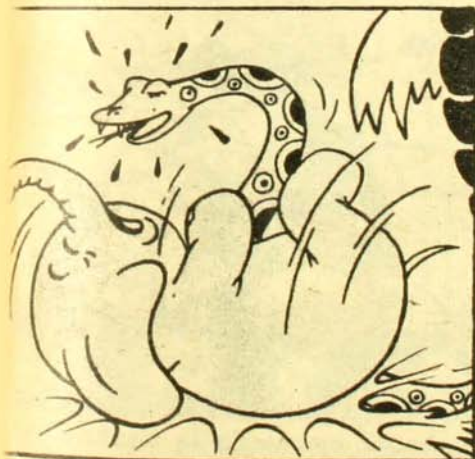
Lo cierto es que el lobo no ha vuelto a molestar a los viajeros y ya no es el terror del bosque.

En cuanto a Cabrín, aunque no sabe distinguir una nota de otra, y cuando toca la flauta hasta las lechuzas se ríen, ha sido nombrado músico principal. Pues, al fin y al cabo, fué él quien libró a los buenos animales del terrible lobo.

Y si en alguna época las bestias huyeron del fusil de un cazador, ahora escapan a perderse en cuanto divisan la flauta de Cabrín.



—¿El lobo malo ya nunca más molestará a Caperucita Roja? —preguntó Cabrín al señor oso.



TROMPITA PIERDE EL EQUILIBRIO
Y DEJA ATURDIDO AL OFIDIO

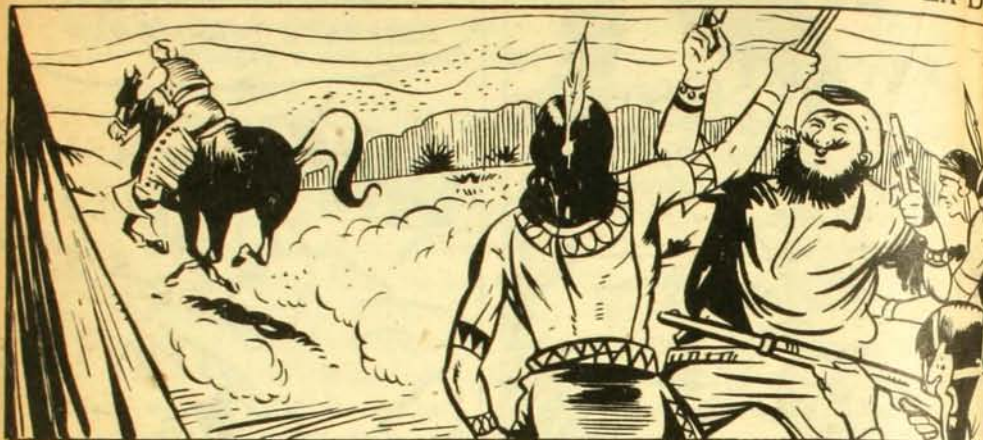


CONTINUARÁ



SOLITARIO BILL

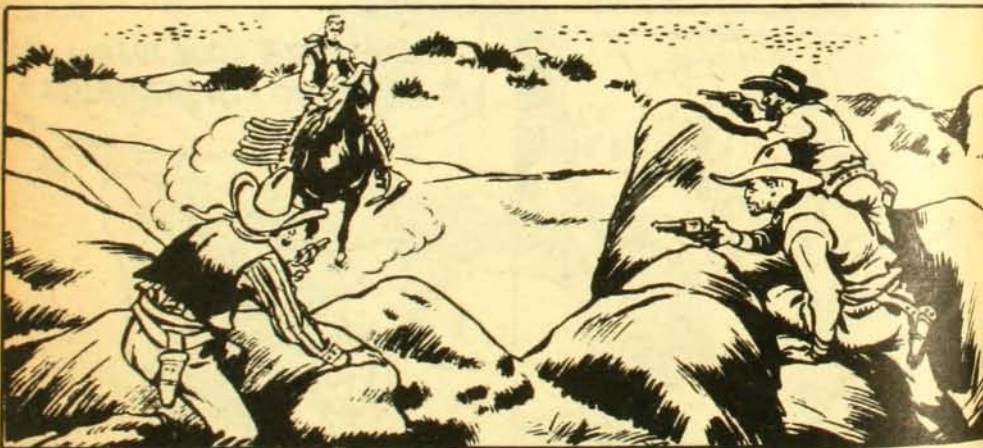
CAPITULO XVIII.—LA DROTA DE LOS BANDIDOS



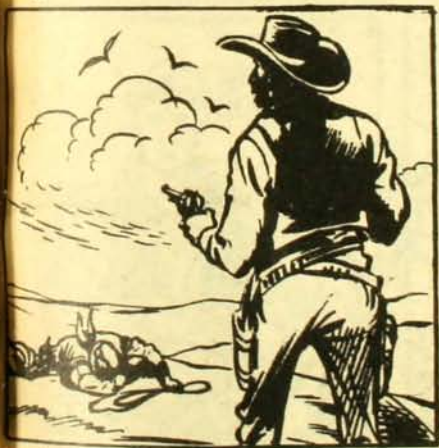
1. Anita Cantrel cayó herida bajo el fuego de unos bandoleros texanos. Solitario Bill decidió castigar a los rufianes. Sus amigos, el pomposo Tex Montaña y el indio Pluma Blanca, se quedaron en el pueblo para organizar la defensa. Los seminolas murmuraban atemorizados: “—El Gran Manitú nos ha abandonado”.



3. Los forajidos pensaban que Solitario Bill cabalgaba sin presentir el peligro. Permanecían ocultos al abrigo de las rocas, y sólo en el último instante surgieron, amenazantes. El jinete, inclinándose, susurró al oído de su caballo: “—Déjate caer, Tempestad”. El inteligente animal obedeció.



2. Los indios creían que, por no haber ejecutado la danza guerrera, serían derrotados. Pero Solitario Bill no era supersticioso y cabalgó, con fría decisión, al encuentro de los bandidos. “—Ahí viene el héroe con cabeza de oro y sesos de agua —dijo uno de los bandoleros—. Démosle una calurosa bienvenida.”



4. Con una sardónica sonrisa, un hombre barbudo indicó: “—Ya podemos atacar a los seminolas. Monten a caballo, mientras yo veo si el solitario y su cabalgadura han muerto”. La banda se dispersó, abandonando sus refugios. El barbudo se acercó, paso a paso, y, de pronto, un lazo silbó en el aire, aprisionándolo.

SOLITARIO BILL



5. Instantáneamente, Solitario Bill se levantó, atrayendo hacia sí al forajido. Este rugió: "—De nada te valdrá este ardid. Estás solo contra mis hombres". El joven sonrió: "—Así que eres el jefe. ¿Cuál es tu nombre?" El bandido respondió: "—Curry, y te juro que te arrepentirás de haberme engañado".



6. Solitario Bill advirtió a la banda: "—Si se acercan o disparan, Curry morirá". El propio jefe confirmó la orden de su vencedor. Minutos después la banda entraba en el pueblo y entregaba sus armas. Los arneses y las monturas también fueron recogidos. "—Ahora continuaremos viaje", decidió el joven.



7. Anita deliraba: "—La orquídea blanca de Solitario Bill... está marchitándose... Agua, agua del río..." El jinete de las praderas, intensamente pálido, murmuró: "—La bala que te hirió, Annie, estaba destinada a mí. ¿Por qué no la recibí en el corazón, para evitarte este sufrimiento?"



8. "—Tenemos que buscar a un médico, Tex Montaña", dijo a su voluminoso amigo. "—Dispone la marcha de la caravana. Iremos a Arkansas". El jefe Gran Búfalo, que también estaba herido, asintió: "—Sí, allá en la fuente de la vida hallaremos nuestra salvación la niña rostro pálido y yo.

(CONTINUARA)



EL CHARRO FUGITIVO

CAPITULO V.—El falso charro.

Mariquita García había citado al charro Jorge Alvarez para descifrar un profundo misterio. En un medallón de oro había encontrado su imagen y la del joven.

—¿Quién puede haber guardado juntos nuestros retratos? —preguntaba, intrigada.

Luego, con una risa contenida, añadió:

—Mi padre, seguramente no, porque te odia a muerte. En ese instante percibió crujido de ramas quebradas. Era la señal convenida con Cecilia Valle.

—Alguien viene —susurró.

Cecilia se reunió rápidamente con ellos.

—Pronto —dijo a media voz—. Es hora de separarnos.

—Demasiado tarde —pronunció una voz cantarina—. Los he descubierto.

En la penumbra se distinguía una silueta vaga. Sólo cuando se aproximó con andar lánguido y estudiado, Cecilia y Mariquita reconocieron a Violeta Fleming.

—¡Tú! —estalló Mariquita—. Espía, entrometida.

Violeta se había detenido, y sus ojos no se apartaban de Jorge Alvarez. Sin duda estaba asombrada ante la gallardía del joven. Nunca había visto unas pupilas de mirada tan profunda y som-

RESUMEN: Cecilia Valle es profesora de Mariquita García, niña mexicana, hija del orgulloso don Pedro García de los Ríos. Conoce al charro Jorge Alvarez, a quien el hacendado mexicano profesa un odio mortal. Cecilia sospecha que el joven charro es víctima de una intriga y decide ayudarlo a reivindicar su nombre. Ella y Mariquita descubren un medallón de oro, que contiene los retratos de Mariquita y Jorge. Incapaces de descifrar este misterio, citan al apuesto charro...

ría, ni una boca tan varonil, tan bien delineada, ni una figura que reuniera en forma tan extraña la soberbia y la sencillez.

—¿Usted es el charro Jorge, el romántico salteador de caminos?

—No seas estúpida —intervino la impulsiva mexicanita.

—¿Guarda como recuerdo las joyas de las viajeras hermosas?

—continuó Violeta, que se esforzaba por aparecer burlesca y dominar la fascinación que ejercía sobre ella aquel desconocido.

El se limitó a sonreír. Sus blancos dientes relampaguearon, y el oración de Violeta desfalleció.

—Esto es idiota —dijo, sintiéndose débil y subyugada.



Los he descubierto
—dijo una voz.

—Todo lo que tú haces es idiota —corroboró la hija de don Pedro García—. ¿Hasta cuándo prolongaremos esta escena?

—Mariquita, no me irrites. Puedo acusarte a tu padre —amenazó Violeta.

—Cuando quieras. No me importa. Yo misma puedo llamarlo a gritos en este momento.

Cecilia, palideció y suplicó:

—Silencio, Mariquita. Había colocado su mano sobre la boca de la niña, e impidió que gritara. Ella, en su vehe-

mencia, había olvidado a Jorge. Comprendiéndolo, murmuró:

—Ah, perdón.

Sin perder su calma, él se inclinó ante las tres jóvenes, describiendo un amplio saludo con su sombrero. Los ojos oscuros cambiaron de expresión, reflejando una sonrisa afectuosa y fraternal ante las pupilas retintas de Mariquita, un burlón destello cuando advirtió la singular expresión de desafío y desfallecimiento de Violeta, y una fugaz emoción ante el rostro ansioso y dulce de Cecilia.



Mariquita no ocultaba su aburrimiento en la fiesta de los Montenegro.

—Buenas noches, señoritas.

Al resonar el galope de su caballo, despertando como un eco a su paso el ladrido de los perros, las tres emprendieron el regreso. En la puerta principal, Pedro García de los Ríos las acogió con severo gesto.

—¿Qué significa esto?

—Salimos a pasear, don Pedro —contestó Violeta, con acento meloso.

El ceño del poderoso señor se desarrugó.

—Es tarde —señaló—. Buenas noches.

Días más tarde se organizó en la hacienda de los Montenegro una gran fiesta típica, en la cual los varones vestían el traje nacional y las mujeres lucían valiosas mantillas.

Concurrió también don Pedro García, que sostuvo animadas conversaciones con otros orgullosos señores, dueños todos de vastas posesiones y cuantiosas fortunas.

Mariquita no ocultaba su aburrimiento. Violeta, que también lucía mantilla sobre sus claros cabellos, parecía la imagen del desaliento. Cecilia, nerviosa, inquieta, procuraba distraerlas.

—¿Qué les sucede a ustedes? —inquirió Alfonso Trevor, ocupando una silla próxima. Con gesto displicente encendió un cigarrillo, que luego dejaría apagar entre sus dedos—. Las he estado observando. Diríase que han visto un fantasma, o que están embrujadas.

—Nunca ha sido usted un personaje grato, Alfonso —contestó

Mariquita—. Quisiera que esa silla que usted ocupa estuviera a mil millas.

—Puedo enviarla por barco a la China, pero quedándome yo aquí —sonrió él, sin ofenderse.

Con la uña del dedo pulgar abrió el papel del cigarrillo y derramó el tabaco. Siempre se valía de una sola mano para realizar aquel gesto, que denotaba en él preocupación y hondas reflexiones.

—¿Usted también se siente agresiva? —preguntó a Violeta Fleming.

—Por cierto que no —repuso ella.

—¿Y usted, Cecilia?

La joven profesora sonrió vagamente.

—Necesitan tal vez oír contar alguna historia emocionante para espantar ese hastío. Conozco una que les interesará. Se refiere a un personaje muy comentado, aunque poco recomendable. El nombre de este héroe es Jorge Alvarez.

Cecilia tuvo que hacer un gran esfuerzo para conservar su semblante impassible. Mariquita enrojeció y Violeta inquirió:

—¿El charro Jorge? ¿Ese nativo detestable?

—O adorable —completó Alfonso, con sorna—. Cuestión de opiniones, Violy.

—O de franqueza —exclamó Mariquita, con el moreno rostro encendido de indignación—. Juraría que nuestra insensible y despreciativa Violy se muere por el charro Jorge.

—¿Lo ha visto, acaso?

La pregunta de Alfonso fué rápida y antes de que Cecilia la detuviera, Mariquita replicó:

—Sí, y a la luz de la luna.

—Grave, grave —dijo Alfonso—. Eso quiere decir que la señorita no tiene curación.

—No se burle, Alfonso, y veamos cuál es su historia.

—Ninguna —repuso él—. Sólo quería reanimarlas. Es muy triste ver a tres bellas jóvenes sumidas en la apatía.

En ese instante, Rodrigo Montenegro anunció:

—Distinguido público, antes de abandonar las mesas para pasar al salón de baile, quiero presentarles a un célebre amigo nuestro. No necesito pronunciar su nombre ni hacer su elogio. Todos lo reconocerán. Los mariachis esperan para brindarnos su música; por lo tanto, no nos retrasaremos más. Ven, Jorge.

Se alzó una cortina, y, ante las miradas atónitas de los concurrentes, apareció una figura inconfundible: ¡el charro Jorge Alvarez! Se oyeron gritos sofocados, y luego airadas voces de hombres. El joven Rodrigo, situándose junto a su singular invitado, anunció: —Calma, señores. No se alarmen, señoritas. No habrá que lamentar incidentes si conservamos la serenidad. Jorge, en un salón, es el más caballero de los caballeros. Y en despoblado, el más romántico de los bandidos.

—¡Esto es indigno! —gruñó don Pedro García de los Ríos—. Llamaré a la milicia.

—No, don Pedro. Jorge Alvarez es mi huésped, y no permito que se le insulte.

Se cruzaron desafiantes las miradas del joven y la del hacendado. Luego Rodrigo sonrió:

—Perdóneme, don Pedro. No pensé que tendría que simular un altercado con usted.

—¿Simular?

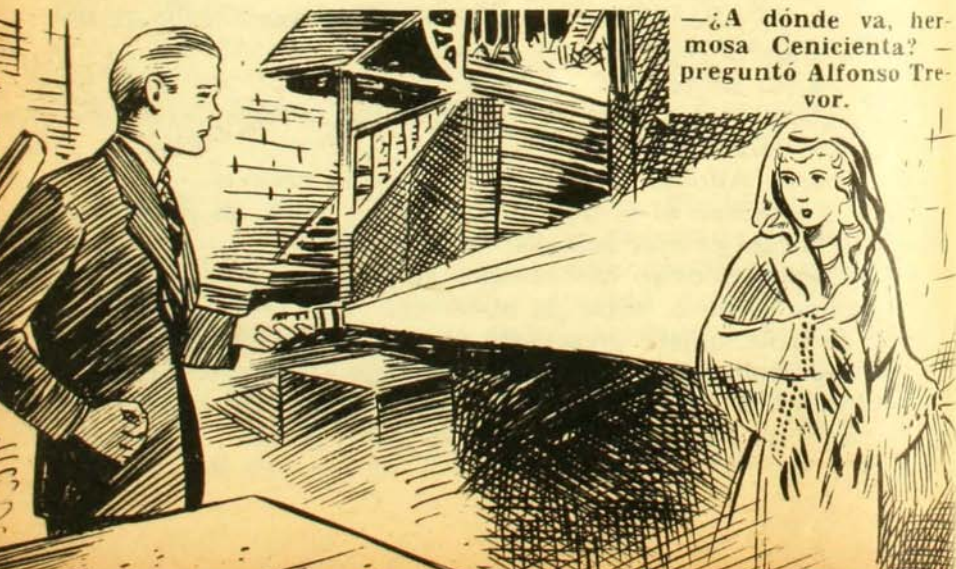
—Sí, porque este Jorge Alvarez no es el auténtico.

Un profundo asombro se traslució en todos los semblantes. Y se intensificó aún más cuando el apuesto charro se quitó el antifaz que cubría sus facciones. Aquel rostro era conocido por todos, y en ningún rasgo se diferenciaba al del charro fugitivo.

—¿Te burlas de mí, Rodrigo? —bramó don Pedro.

—No, señor. Este no es Jorge Alvarez, sino Roberto de Alba, que acaba de llegar de Europa.

El impostor avanzó, y su sonrisa conquistó a los invitados, ha-



—¿A dónde va, hermosa Cenicienta? —preguntó Alfonso Trevor.

tiéndoles olvidar la inquietud reciente. Violeta, sin aliento, procuraba descubrir alguna diferencia entre aquel joven y el verdadero Jorge Alvarez. Mariquita, por primera vez en su vida, había perdido el habla. Cecilia estaba pálida.

—Roberto de Alba —pronunció don Pedro García de los Ríos—. En efecto, recuerdo su nombre y su noble familia. ¿Vienes a posesionarte de tus dominios, hijo mío?

—Sí, señor —contestó Roberto—, siempre que usted no llame a la milicia para impedírmelo.

Don Pedro sonrió, mientras los demás invitados prorrumpían en carcajadas.

Minutos más tarde se iniciaba el baile, y Cecilia, aún sumida en una niebla de confusión, se halló en los brazos de Roberto. El inclinaba hacia ella su hermoso y bronceado semblante.

—¿Puedo hablarla ahora, señorita? —preguntó—. Parece usted perdida en un sueño, y no quiero ser inoportuno.

—Perdóneme —balbució la niña—. ¿He dejado sin respuesta alguna pregunta suya?

—No la he interrogado, Cecilia. Me dediqué a mirarla..., mejor dicho, a admirarla. Es usted muy bella.

La fiesta terminó muy tarde. Aún incrédula, sin comprender aquel prodigioso parecido, Cecilia permaneció despierta en su habitación. Tenía la ventana abierta, y de pronto una pequeña piedra cayó a sus pies. Traía un mensaje. Lo leyó ansiosamente: "*Necesito verla. J.*"

Cubriendo sus hombros con un chal, bajó al patio. El rayo de una linterna la iluminó de súbito.

—¿A dónde va, hermosa Cenicienta?

Reconoció la voz de Alfonso Trévor.

—No podía dormir —murmuró.

—Comprendo. Es demasiada emoción, para una niña tan sensitiva como usted, haber bailado durante horas y horas de ensueño con un príncipe mexicano, con el incomparable charro Jorge.

—Bailé con Roberto de Alba.

—¿Está segura, Cecilia?

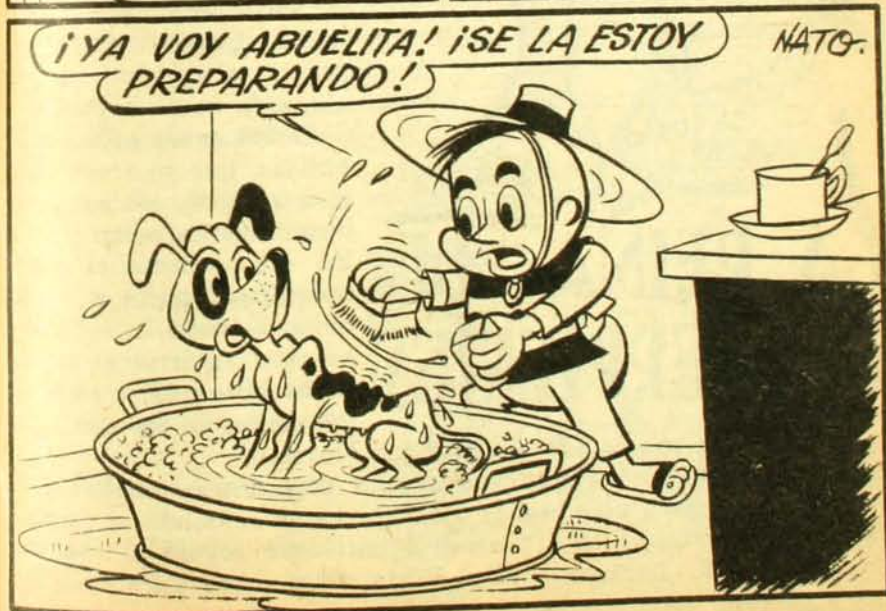
Se estremeció, y su mirada indecisa se fijó en la endurecida faz de Trevor, que repitió, con una expresión de odio salvaje:

—¿Quién era realmente? ¿Roberto o Jorge? ¿Puede contestarme, Cecilia?

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato





LA REINA DE LAS SERPIENTES

—¿Piensas en tu amigo? —interrogó Naya.

Gerar se estremeció violentamente. La sacerdotisa añadió:

—Cuando llegaste, quise saber quién te había señalado el camino del templo, minutos más tarde un paria me reveló el nombre de Magore. No necesito espías. Basta mi nombre para aterrorizar a quienes pueden servirme.

CAPITULO IV, Y FINAL.—¡Adiós, Naya!

Naya, la reina de las serpientes, ofreció la libertad a Mauricio Gerar.

—Venciste a las cobras, y a cambio de ello Biram prometió que te dejaría ir libre. Faltó a su palabra, y ha recibido su castigo. Yo te guiaré hacia la salida.

—¿Nunca más te veré, Naya?

—Nunca, sahib. Nuestros caminos son distintos.

Gerar ocultó su angustia. Naya, sin inmutarse, prosiguió:

—Regresarás a Kimur, a tu soñolienta vida de soldado. Quizás ahora no pienses que la India es tan aburrida como suponías.

—Debes tener espías muy hábiles, que te traen noticias hasta de los seres tan insignificante como yo.

En ese instante, el joven recordó al paria a quien había salvado la vida. Ese hombre advirtió al príncipe Magore que se alejaran del santuario en ruinas.

—¿Estás orgullosa de ser temida?

—No; es natural que inspire temor. Soy sacerdotisa de las najas. La antorcha se apagó en la diestra del joven. Sintió la mano de Naya y cerró sus dedos para aprisionarla.

—Te guiaré, sahib. Camino perfectamente en las tinieblas.

Avanzaron en la obscuridad, sin hablar. Por fin Mauricio distinguió un marco luminoso y vió la selva que resplandecía bajo la luz de la luna.

—Adiós, Mauricio Gerar —pronunció la reina.

En un impulso incontenible, él suplicó:

—No regreses a ese horrible antro. Ven conmigo. Te dedicaré mi vida, y olvidarás tu funesto destino.

Una sombra de tristeza pasó por el bello semblante.

—No, sahib. Al nacer fuí consagrada a Kali, y no puedo abandonar su templo. La maldición de la diosa me perseguiría.

—Naya, no seas supersticiosa. No me niegues la felicidad.

—Es inútil, sahib.

Adiós.

Comprendiendo que sus ruegos serían vanos, Gerar susurró:

—Adiós, Naya. Siempre estaré en Kimur. Vagaré por la selva, esperando que un día me llames para cogerte en mis brazos y llevarte lejos de este siniestro lugar.

Se internó en la jungla y no tardó en reunirse



—Venciste a las co-
bras —dijo Naya.

—Te guiaré hacia la
salida —prometió la
Reina.





—¿Nunca más te veré, Naya?

con el príncipe Magore. Al referirle su extraña aventura, el príncipe indio exclamó:

—Es usted afortunado, capitán Gerar. El cornac y yo temíamos no verlo más. Cuando Yami despertó, quedó desolado al descubrir que usted había desaparecido. “Ha ido al templo prohibido —genia—



Veíase la jungla, iluminada por la luz.



—Adiós, Mauricio Gerar.

Los adoradores de Kali son crueles y le matarán”. Pero ha regresado, capitán, y me siento feliz. Yami también estará contento.

En efecto, el cornac demostró intensa alegría y dió gracias a todos los dioses.

Gerar, taciturno y silencioso, regresó a Kimur.



Una sombra de tristeza pasó por el bello semblante.

Nunca más vió a Naya. Cada cierto tiempo la oía nombrar, en voz baja, con supersticioso temor. Cumpliendo su promesa, vagó por las selvas, con la esperanza de que la misteriosa reina apareciera ante él. Sólo vió la enmarañada selva y el rastro de las fieras. Incluso en las noches acampaba en la jungla.

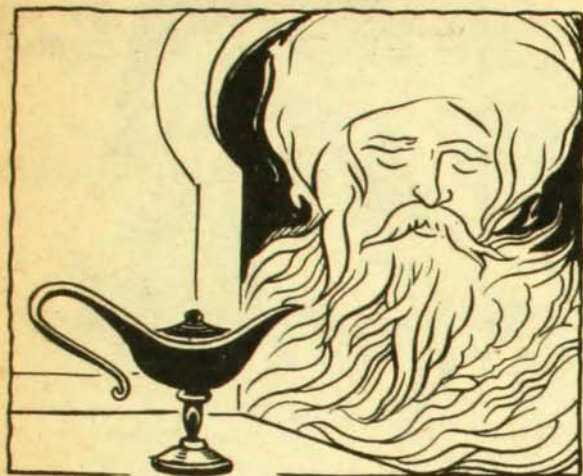
Magore adivinaba la oculta desesperación del joven y procuró distraerlo. Pero sabía que nada podría borrar el recuerdo fascinante de Naya.

Y un día, sin que se supiera de dónde provenía el rumor, se supo que el templo en ruinas donde habitaba Naya estaba desierto. Algunos audaces exploradores lo visitaron y, efectivamente, sólo hallaron los ídolos destrozados. No había sacerdotes, ni cobras, ni el menor vestigio de la enigmática Naya, la sacerdotisa de Kali.

Gerar refirió su aventura a Magore.



¿A QUIEN PERTENECIO?



¿Una lámpara maravillosa con la cual se invocaba a un poderoso genio?

Envía tu respuesta a a revista "Simbad", Casilla 84-D. Santiago. Tú solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 231.— Alejandro Magno.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIM-

BAD".— América Fariña, Cartagena; Adriana Vera, Concepción; Alfredo Lobos, Molina; Beatriz de Moras, San Felipe; Demófilo Gálvez, Los Andes; Marta Sáez, Santiago. UN PREMIO DE \$ 20.— Pedro Díaz, Santa Bárbara; Mónica Bustamante, Concepción; Humberto Hernández, San Bernardo; Rolando Acuña, Chillán; Patricia Palacios, Valparaíso; Jaime Rodrigo, Santiago; Francisco Hernández, Constitución; Ricardo Suanes, Temuco; Sergio Arancibia, Villa Alemana; Miguel Yáñez, Santiago. Un libro.— Juan Antonio Beher, Sewell; Susana Wolff, Temuco; Carlota Gaensly, Concepción; Alberto Silva, Las Condes; Emiliano Carrasco, Santiago; Patricio Gutiérrez, Curacautín; Marta Bernasconi, Lota; Omar Carrillo, Santiago; Tita Cuevas, Ovalle; Nelson Soto, Angol.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 233

HISTORIAS TRISTES

Aquel millonario se ahogó en el río porque sólo sabía nadar en la opulencia. Llegó a la cita con un ramo de violetas..., y se retiró con un ojo morado. Fué a visitar a un amigo ratero, y los anteojos ahumados se le hicieron humo.

Juan y Juanita



3. El niño aspiró con ansia el aire libre. Sus días de encierro en el sótano infecto y sombrío habían sido terribles. La luz del sol llenó su corazón de cálida alegría. Y al divisar a Tilín, su felicidad aumentó. Los niños, afanados en la poda, le saludaron sin interrumpir su trabajo.



4. Tilín, mientras cortaban las ramas de un limonero, susurró: "—Me gustaría darle también unos tijeretazos al otro "limón", al director. Pero, hablando de algo más importante, debo decirte que nuestra fuga es fácil. Sólo hay que andar con precaución. y silencio; Juanita nos espera".

(CONTINUARA)

PELUSITA

POR NATO



¡OOOH! ¡QUE LINDO GÉNERO!

¡Y QUE PRECIOSA HECHURA!



¿CUANTO VALE EL VESTIDO QUE HAY EN LA VITRINA?



¡TRES MIL PESOS!

¿PODRÍA RESERVÁRMELO?



¡CON MUCHO GUSTO! ¿CUANDO VENDRÍA POR EL?



¡EN UNOS DIEZ AÑOS MÁS!

NATO-



Simbad

N.º 234

ELENA
SOIRIER

\$ 6.-

JUANA DE ARCO

Juan y Juanita

CAPITULO XII.— UN SOPLON.



1. Tilín, amigo de Juan, tenía un plan para fugarse del reformatorio. “—Tu hermana nos estará esperando —anunció—. Me gustaría ver la cara que pondrá el director “Limón” cuando descubra que se le han ido tres angelitos.” Un guardia sorprendió esta conversación y decidió informar al director.



2. Baltasar Lamón preguntó secamente: “—¿Qué quieres, Conrado?” El guardia repuso: “—Dos niños pretenden evadirse.” Una dura sonrisa plegó los labios de Lamón y sus ojos, tras el cristal de los anteojos, brillaron malignamente. “—Encontrarán cerrada la puerta de la jaula”, dijo con sorna.

(Continúa en la perúltima página.)

Simbad

AÑO V — 24-II-1954 — N.º 234

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

CAPITULO I.—*Infancia de Juana de Arco.*

En la aldea de Domremy, lugar situado al noroeste de Francia, vivía una familia de labriegos cuyo jefe era Santiago de Arco. La casa, de traza campesina, con su huerto a la espalda, se levantaba a orillas de un riachuelo llamado de Las Tres Fuentes; las viviendas de la ribera derecha pertenecían a los borgoñeses, y las de la izquierda, que era donde se hallaba la casa de Santiago de Arco, eran de los armañacs, súbditos fieles del rey de Francia.

La esposa de Santiago, la buena y hacendosa Isabel, a la que llamaban la Romea, porque había efectuado una peregrinación a Roma, tenía ya cuatro hijos.

En la mañana del 6 de enero de 1412, día de los Reyes Magos, nació Juana de Arco, y en esa fecha ocurrió algo extraordinario en la apacible aldea de Domremy. Los gallos, como heraldos de una feliz nueva, cantaron antes del alba.

Las vecinas de Isabel acudieron a felicitar a la madre por la be-



Adaptación de Roxane



Las vecinas de Romea felicitaban a la madre por la belleza de la recién nacida.

lleza de la recién nacida, y dos días después el cura de San Remigio bautizó a la niña con el nombre de Juana.

Cuidada por Romea, la pequeña Juana creció llena de esa gracia saludable y resplandeciente de las muchachas campesinas. Muy sumisa y obediente, así como robusta y trabajadora, hilaba el lino, cosía, cardaba la lana, hacía tejidos de ganchillo

y se aplicaba a las demás faenas domésticas.

No sabía leer ni escribir, pero sabía rezar y conocía la historia de Francia por los relatos de los peregrinos que llegaban a su morada en busca de hospedaje y pan.

De esta manera Juana supo que los ingleses habían invadido su patria y que el Delfín de Francia, es decir, el heredero del trono, andaba errante por su reino.

—¿Y no tiene guerreros que combatan contra los invasores? — preguntaba Juana a los peregrinos.

—El Delfín es un joven débil de carácter y agobiado por la tiranía de su madre, que ha pretendido desheredarle del trono de Francia.

Juana escuchaba embelesada los relatos de los peregrinos, y

cuando apacentaba el rebaño comunal pensaba en el Delfín que no tenía dónde reposar su cabeza.

A los catorce años, Juana parecía una niña de diecisiete. Era alta, ágil y robusta. Sus ojos, impregnados de dulzura, eran de color esmeralda, su tez blanca y sus cabellos como la miel de las abejas. La pastorcilla se levantaba al alba, cogía su cayado y se iba a los prados del río Mosa, en compañía de otros pastores. Por el camino recogía flores y las llevaba al santuario de Nuestra Señora de Bermont.

En los días de fiesta, Juana se divertía como todas las muchachas, bailaba, reía y jugaba con sus hermanos y amiguitos.

Una tarde, en tanto que Juana vigilaba el rebaño, se acercó a ella un muchacho desconocido que le dijo:

—Ve a tu casa que tu madre te espera.

Ella corrió a su vivienda, y Romea, al verla, exclamó sorprendida:

—¿Qué sucede, Juana? ¿Por qué dejaste el rebaño?

—¿No mandó usted a buscarme?

—No, hija; es que se han burlado de ti. Anda, vuelve, que el rebaño está solo. Atraviesa el huerto y llegarás primero.

Juana se alejó pensativa. ¿Quién sería el zagal que le gastó tan mala broma? Ella estaba segura de no haberle visto nunca... Pero, ¿qué es esto?

El huerto, todo el huerto, es un glorioso resplandor. En cada hierba, en cada planta, hay una pequeña y luminosa estrella. La iglesia cercana brilla como una gran custodia resplandeciente y hay sobre su cúpula una cruz estelar.

—¿De dónde fluye esa

Juana hilaba el lino, cosía, cardaba la lana y tejía...



claridad de milagro? —se pregunta, atónita, Juana de Arco. Es una luz viviente, un resplandor que tiene voz, y la pastora oye que le dicen:

—Juana, tienes que cambiar de vida y realizar maravillosas acciones. El Rey de los Cielos te ha elegido para que ayudes al Delfín y lo corones Rey de Francia. Tendrás que vestirte de varón, llevar armas y capitanear un ejército.

Juana, confusa, se santigua y se encomienda a Dios, pero cuando la Voz repitió la orden, la pastorcita adivinó, por su lenguaje, que era la voz de un ángel.

La doncella ya no vacilaba. Aquella voz no podía emanar sino del arcángel San Miguel, el patrono de Francia, que defendía los derechos del Delfín. Ahora terminarían las desventuras de su amada Francia.

Pasó algún tiempo y llegaron las apariciones. San Miguel, rodeado de ángeles, volvió a visitarla y le anunció:

—El Rey del Cielo ha elegido para instruirte a dos santas que mañana vendrán conmigo.

Al día siguiente, San Miguel se presentó como un hermoso guerrero, luciendo deslumbradoras armas. Santa Margarita y Santa Catalina aparecieron ataviadas cual las reinas de esa época medieval.

Juana cesó de jugar con sus compañeras, no bailó más y se transformó en una niña pensativa.

Y un día San Miguel habló así:

—Francia está sufriendo, Juana. Tú puedes defenderla contra sus enemigos.

—¿Yo? —exclamó la mozuela, admirada—. No sé guerrear.

—Tú salvarás a Francia —afirmó el arcángel—. Tú llevarás a Reims al Delfín para que sea allí coronado.

La pastorcita de Domremy había perdido su viveza infantil. Ya no jugueteaba con sus compañeras ni bailaba en fiestas del pueblo. Mientras sacaba a pastorear el rebaño, iba cavilando sobre lo que le había dicho el arcángel San Miguel.

“Me ordena que cambie la saya roja de pastora por un traje de varón —pensaba Juana de Arco—, y que capitaneé los ejércitos. Mis padres nunca me permitirán abandonar la aldea de Domremy y menos aún sufrirán la deshonra de verme con la túnica de paje o con la coraza de un guerrero. ¿De qué manera comu-

nicaré a mis padres las órdenes del arcángel?" Durante dos años siguieron las apariciones. Las santas Margarita y Catalina que, como ella, habían vivido en este mundo, comprendían mejor sus vacilaciones y terrores. Así pasaron los largos meses de es-

Mientras el rebaño apacentaba, Juana pensaba en el Delfin.



pera, y cuando Juana cumplió dieciséis años, decidió obedecer las voces que le ordenaban ir a Vaucouleurs (valle de los colores) a pedir al conde de Bradricourt que la llevara a presencia del Delfin de Francia.

(CONTINUARA)



SOLITARIO BILL

CAPITULO XIX.—EL FANTASMA

EL DESFILADERO



1. Solitario Bill, su amigo Tex Montaña, el indio Pluma Blanca y la tribu de los seminolas se pusieron en marcha hacia Arkansas. La tribu, desposeída de sus tierras, iba en busca de una nueva patria. El jefe Gran Búfalo y la bella Anita Cantrel yacían heridos en un carrotrato.



3. La fatídica silueta permaneció un instante inmóvil en lo alto de la roca y luego pareció desvanecerse en el aire. Después resonó un estridente grito. Solitario Bill inició entonces una carrera endemoniada por los abruptos senderos. Tex, sin aliento, le seguía. Por fin el joven descabalgó.



2. Mientras la caravana acampaba a la entrada de un desfiladero, Solitario Bill y Tex Montaña se internaron por él, a fin de explorarlo. Ese paso tenía una siniestra fama. De pronto se desencadenó un violento huracán. La lluvia caía a torrentes. “—¡Mira, Tex!”, dijo Solitario Bill, señalando un jinete negro.



4. Inclinandose sobre el abismo, vieron una figura inmóvil. “—¡El fantasma se transformó en indio!”, exclamó Tex Montaña. “—Bajaré a verlo”, decidió Solitario Bill. En vano Tex protestó: “—Es un espectro y se convertirá en humo ante tus ojos. Vámonos antes que yo me transforme en un fantasma de grasa”.

SOLITARIO BILL



5. Solitario Bill saltó a la plataforma inferior y reconoció a un guerrero de la tribu osage. “—Hermano osage”, murmuró en el dialecto indio. Los resecos labios del guerrero pronunciaron: “—Déjame morir tranquilo, rostro pálido”. Solitario Bill insistió: “—Soy tu amigo y quiero ayudarte”.

7. Después de aquellas palabras incoherentes, Halcón Rojo cayó para no levantarse más. Solitario Bill se incorporó lentamente y observó el amuleto. Era de oro y representaba una cabeza de buey. “—El hombre de la Mano Quemante —murmuró, pensativo—. Debe estar en este desfiladero, oculto como una alimaña.”



6. El rostro desfalleciente se animó. “—Si eres mi amigo, véngame. Lleva a mis guerreros la noticia de mi muerte. Diles que Halcón Rojo murió asesinado por el hombre de la Mano Quemante... Háblales de la gruta de los totems..., el ladrón..., los diamantes... Guarda este amuleto para que te reconozcan...”



8. De un salto alcanzó la roca superior, sobre la cual pendía su lazo. “—Tex Montaña está solo”, pensó con un vago presentimiento. Por su parte, el voluminoso vaquero se inquietaba: “—Mi amigo tarda demasiado. ¿Le habrá sucedido algo?” Pero era él quien estaba en peligro. Un terrible personaje lo acechaba.

(CONTINUARA)



Por qué se rió el pez

En el momento en que una pescadora anunciaba su mercancía ante el palacio del Rajá, la Raní salió a un balcón y le ordenó que se acercara. En este momento un pescado dió un salto, mostrando su plateado vientre.

—¿Es macho o hembra? —preguntó la Raní—. Quiero comprar una hembra.

Al oír esto, el pescado soltó una ruidosa carcajada.

—Es macho —contestó la pescadora, que siguió voceando por las calles.

La Raní, muy furiosa, se encerró en su estancia. Al llegar el Rajá y verla tan enfurecida, le preguntó qué le ocurría.

—¿Estás enferma? —inquirió.

—No; pero estoy muy disgustada por la insolencia de un pescado. Una pescadora pasó delante de palacio y al preguntarle yo si el pescado que acababa de saltar era macho o hembra, el pescado soltó una carcajada.

—¿Que un pez se ha reído? —preguntó asombrado el Rajá—. ¡Eso es completamente imposible!

—¡No estoy loca! Digo lo que he visto con mis propios ojos, y oído con mis propias orejas.

—Pues es muy extraño. Haré averiguaciones.

A la mañana siguiente, el Rajá refirió a su Gran Visir la aventura de su esposa, y le ordenó que investigase hasta descubrir la verdad de todo ello. De no hacerlo así antes de seis meses, le haría cortar la cabeza.

El Visir prometió hacerlo, aunque de antemano se daba por vencido.

Cinco meses de intenso trabajo no dieron el menor resultado, y nadie pudo explicar el motivo de la risa del pescado.

Comprendiendo que nada podría salvarle de la muerte, pues ni los más sabios podían hallar solución lógica al problema, el Visir lo preparó todo para su muerte, diciendo antes a su hijo Savara que marchase a recorrer el mundo, en espera de que la cólera del Rajá se calmara.

El joven se despidió de su padre, y un mes antes de que terminase el plazo dado por el soberano, se marchó sin rumbo fijo, confiando que el Destino guiaría sus pasos.

Luego de unos días de marcha, se encontró con un campesino que también iba de viaje. Savara le preguntó si le permitía acompañarle. El campesino aceptó de buen grado, y los dos viajaron juntos en buena armonía.

De pronto, Savara dijo al viejo:

—¿No cree que si de vez en cuando nos ayudásemos, el viaje sería más distraído?

“¡Este joven está loco!” pensó el campesino.

Poco después, pasaron junto a un campo de trigo, a punto de ser segado, y el hijo del Visir preguntó a su compañero.

—¿Está comido o no ese trigo?

No sabiendo qué contestar a la extraña pregunta, el campesino se limitó a decir que no lo sabía.

Pasaron las horas y los dos amigos llegaron a un pueblo. Savara desenvainó un afilado cuchillo, y entregándoselo al campesino, le dijo:

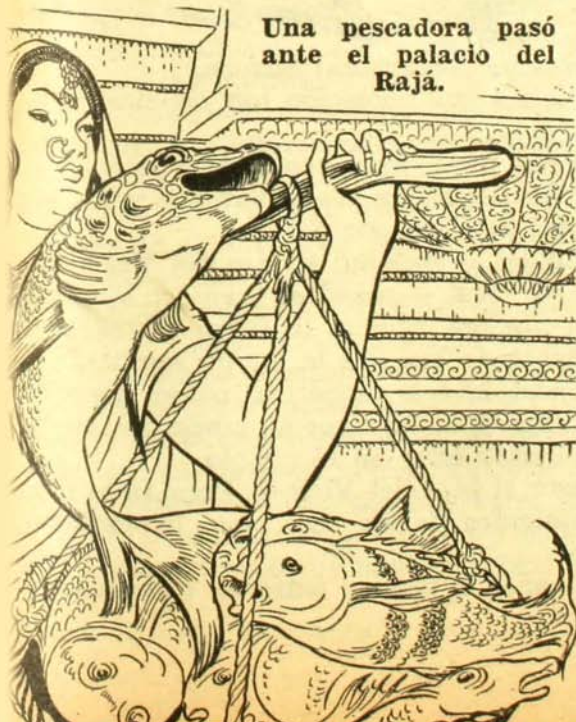
—Amigo, ve a comprar con esto dos hermosos caballos, pero no olvides de devolvérme-

lo, pues lo aprecio mucho.

Entre irritado y divertido, el viejo rechazó el cuchillo, refunfuñando que, o bien, su compañero estaba demente o trataba de parecerlo.

El hijo del Visir hizo que no oía las palabras del campesino y entró en el pueblo, pasado el cual se encontraba la casa de su compañero. Mientras cruzaban el mercado, que se hallaba muy concurrido, nadie les ofreció cosa alguna, ni les invitó a descansar:

Una pescadora pasó
ante el palacio del
Rajá.





El hijo del Visir atravesó el río sin quitarse los zapatos.

—¡Qué cementerio más enorme! —exclamó Savara.
“¿Por qué llamará cementerio a una población tan populosa?”, se preguntó el campesino.

Al salir de la ciudad, pasaron junto a un cementerio, donde varias personas rezaban por las almas de sus muertos y repartían limosnas y comida a cuantos pasaban por allí.

—¡Qué ciudad más espléndida! —exclamó el hijo del Visir.
“¡No cabe duda de que está loco! —pensó el viejo—. Veremos qué hará ahora. Sin duda llamará agua a la tierra, y tierra al agua. A la sombra la calificará de luz, y a la luz de sombra.”

Sin embargo, como el doncel le era simpático, pensó que distraería a su esposa y a su hija, y le dijo que se hospedara en su casa todo el tiempo que pensase estar en el pueblo.

—Muchas gracias —contestó el hijo del Visir—. Pero antes quisiera preguntarle si los cimientos de su casa son lo bastante fuertes.

El campesino levantó las manos al cielo y entró en su casa riendo a mandíbula batiente.

—He traído a un amigo que está loco de remate —explicó a su mujer y a su hija, que habían salido a recibirle—. Fijaos cómo estará, que antes de aceptar mi hospitalidad me preguntó si los cimientos de mi casa son lo bastante sólidos.

—Papá, ese hombre no está loco —expresó Nisa, la hija—. Si te ha preguntado eso ha sido para saber si podías hospedarle sin perjuicio. Mejor dicho, si tu fortuna te permitía tener un huésped. —¡Ya comprendo! —exclamó asombrado el campesino—. Quizá puedas ayudarme a descifrar otros enigmas. Al principio de nuestro viaje, me dijo que si nos ayudásemos mutuamente, el camino sería más divertido.

—Es muy sencillo —contestó la doncella—. Lo que tu compañero quería decir es que si ambos os hubieseis contado historias, el camino se habría hecho más fácil.

—¡Tienes razón! Bien; quizá puedas descifrar este otro enigma. Al pasar junto a un campo de trigo, me preguntó si el grano estaría ya comido o no.

—¿Y no comprendiste lo que quería decir? Pues es muy sencillo: deseaba saber si el propietario de aquel campo debía dinero a alguien, en cuyo caso el producto de la venta del trigo iría a parar a manos de sus acreedores, lo cual sería lo mismo que si ya estuviera comido.

—¡Maravilloso! Te voy a contar otro: al entrar en un pueblecito, me dió su cuchillo y me encargó que adquiriese dos buenos caballos, pero advirtiéndome que le devolviera el cuchillo.

—¿No son dos buenos palos una ayuda excelente para caminar? ¿No podría llamárseles caballos del pobre? Al darte el cuchillo te sugería que cortases dos palos, debiendo ir con cuidado.

—¡Magnífico! Pues bien, al entrar en la población nadie nos invitó a refrescarnos ni a sentarnos; en cambio, al pasar junto al cementerio los que allí oraban nos dieron refrescos y dulces. Mi compañero llamó cementerio a la ciudad y ciudad al cementerio.

—Esto también es sencillísimo, padre mío. Por ciudad se entiende el lugar donde puede adquirirse todo. En cambio, a la gente que no practica la hospitalidad se la considera peor que muerta. Aunque llena de seres vivos, la ciudad os resultó a vosotros peor que un cementerio; en cambio, en el cementerio, morada de los muertos, encontrásteis la caridad y el amor.

—Ese amigo tuyo es un hombre sabio. Me gustaría verle y hablar con él.

—Saldré inmediatamente a decirle que entre.

—Antes adviértele que los cimientos de nuestra casa son muy fuertes. En seguida le enviaré un regalo para que comprenda que somos lo bastante ricos para darle hospedaje.

Dicho esto, Nisa llamó a un criado y lo envió al visitante con un obsequio, compuesto de una taza de aceite dulce, doce pasteles, una jarra de leche y el siguiente mensaje:

“La luna es llena; doce meses hacen un año; el mar rebosa agua.”

Por el camino, el criado encontró a un hijo suyo, quien al verlo que su padre llevaba le pidió un poco, y el servidor fué lo bastante loco para dárselo. Cuando encontró al joven le dió lo que le quedaba del regalo y el mensaje. El hijo del Visir lo aceptó, diciendo:

—Vuelve junto a tu ama y dile que la luna está en cuarto menguante; el año sólo tiene once meses; y la marea es descendente. No comprendiendo el significado del mensaje, el criado volvió junto a su ama para comunicárselo. La joven se dió cuenta en seguida de lo que había ocurrido y castigó severamente al ladrón. El hijo del Visir fué recibido en la casa con todas las atenciones y cuidados, y al fin de la magnífica comida que le sirvieron, contó la historia del pescado que se había reído.

—La risa del pescado significa que en palacio hay un hombre que quiere matar al Rajá —dijo la hija del campesino.

Al día siguiente, el joven partió acompañado de la muchacha, y al llegar a su casa contaron al Visir el motivo de la risa del pescado. El pobre hombre, que estaba casi muerto de miedo, corrió en seguida a las habitaciones del Rajá, a quien repitió lo que le habían dicho.

—¡Es imposible! —exclamó el monarca.

—Es la pura verdad. Y para demostraros que no miento, haremos una prueba. Servíos llamar a todas vuestras esclavas, y haced que salten por turno el ancho de una alfombra. Pronto descubriremos si hay un hombre entre ellas.

Así se hizo, y de todas las esclavas sólo una consiguió saltar por encima de la alfombra. Esta esclava resultó ser un hombre, que al momento fué castigado.

Y así quedó satisfecha la Raní, contento el Rajá, y con vida el Gran Visir.

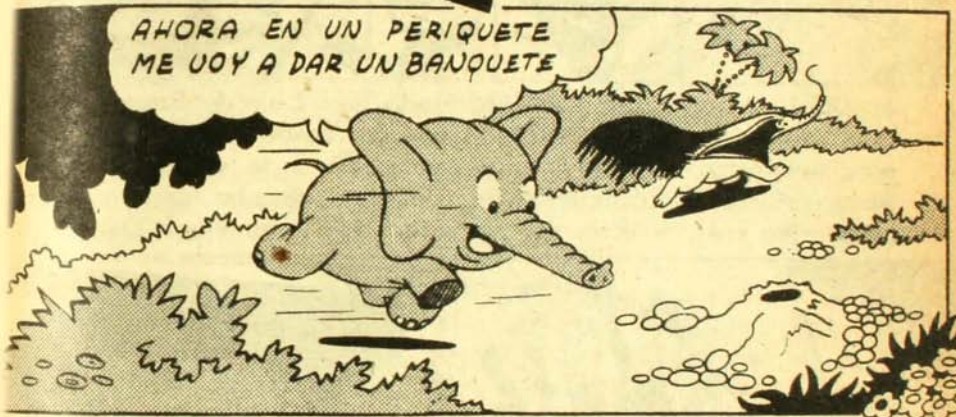
En cuanto a su hijo, al poco tiempo se casó con la hija del campesino, y dicen las crónicas que fueron el matrimonio más feliz de aquel reino.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA

¡QUÉ ANIMAL TAN MISTERIOSO!
Y PARECE MUY GOLOSO.



AHORA EN UN PERIQUETE
ME VOY A DAR UN BANQUETE



ELEFANTE, ¿NO SABÍAS
DONDE TU NARIZ METÍAS?
PARA OTRA VEZ, MUY LIGERO
HUIRÁS DEL HORMIGUERO.

CONTINUARÁ



El tesoro del

CAPITULO XV Y F

Valle perdido

LA CORONACION



1. Mario Aissa, alumno del internado San Luis de Francia, visitaba Algeria cuando fué raptado por dos árabes. Luego de múltiples aventuras, descubrió que pertenecía a la dinastía de los Aissa, príncipes musulmanes. Su nacimiento estaba inscrito en un pergamino real. “—Eres un verdadero rey”, murmuró Daniel.

3. Mario repitió: “—Ofrezco una alianza leal a la tribu de la espada”. El jeque Saud pronunció: “—Nuestro príncipe es justo. ¿Aceptas, hijo de Beni Hassan?” El árabe repuso: “—Acepto y seré un súbdito fiel. Mi padre también reconocerá su error”. Mario insistió: “—Eres mi aliado, no mi vasallo”.



2. Los profesores de Mario y el piloto le observaban, conturbados. Sabían que el niño era descendiente de reyes, pero sólo en aquel instante solemne le veían revestido de majestad. Los musulmanes guardaban respetuoso silencio. Incluso Ibrahim, el enemigo irreductible, estaba impresionado.

4. Ibrahim añadió: “—Tal vez el árido desierto secó también nuestros corazones. Carecemos de agua”. Mario decidió: “—Daremos riego a tus tierras si el jeque Saud da su aprobación”. El anciano sonrió: “—Esa idea cruzó también por mi mente”. Semanas más tarde, cuando las fuentes desbordaban agua...

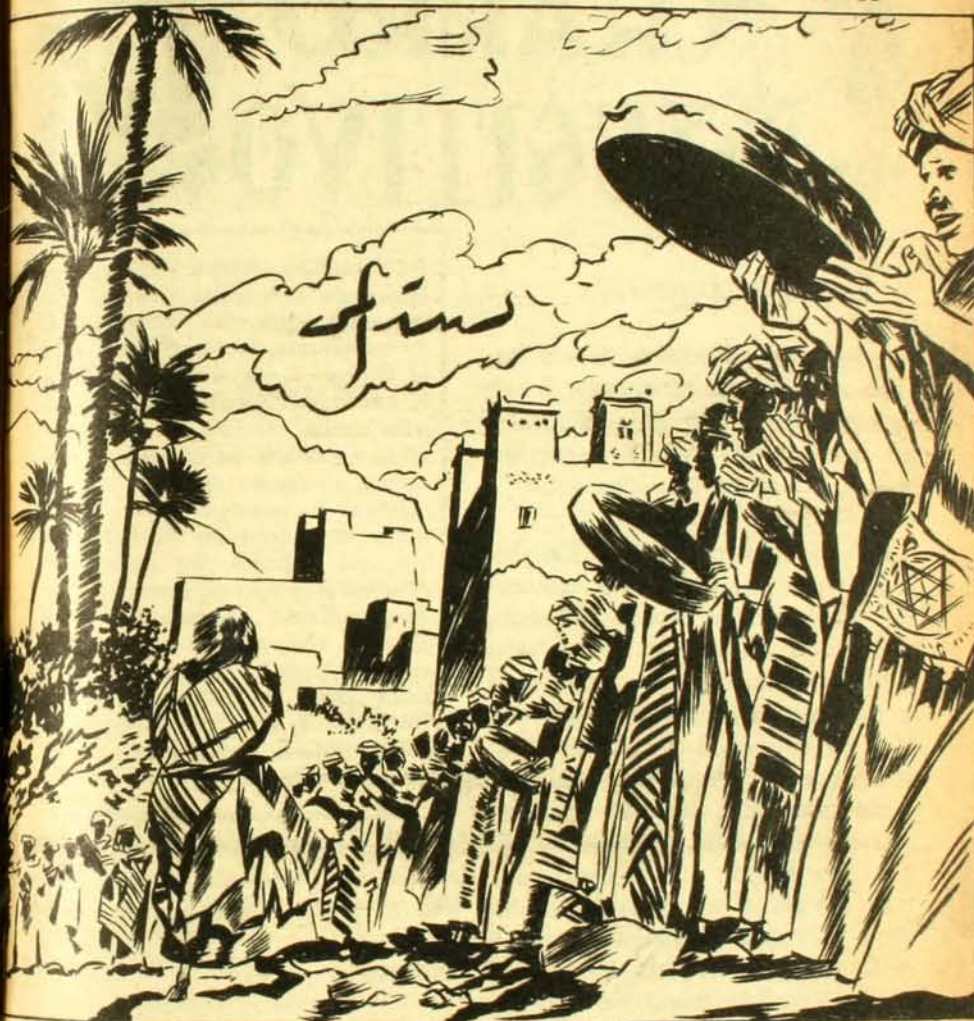
El tesoro del Valle perdido



5. El príncipe, guiado por su noble abuelo, se dirigió hacia la presa. "—Abre la puerta del agua, hijo mío, y que la bendición de Alá alcance a los habitantes del desierto." Resonó la explosión y las vertientes se derramaron sobre la tierra caldeada por soles inclementes.



6. Los ríos que desbordaban desde el Valle Perdido dieron vida al páramo y alegría a sus habitantes. Los vertederos parecían inagotables y el nombre del príncipe era bendecido por doquiera. "—¿Volverás algún día a nuestro colegio?", decían tristemente los profesores del niño.



7. "—Sí —decía él—. Debo completar mis estudios. Pero permaneceré aquí mientras la paz se afianza entre las tribus." De todos los confines acudieron representantes de los clanes gobernados por el gran jeque y su nieto, "el niño del destino". Fué proclamado príncipe y aquí termina su prodigiosa historia.

FIN



EL CHARRO FUGITIVO

CAPITULO VI.—El segundo medallón.

—¿Está usted segura de no haber bailado con el charro Jorge Alvarez, sino con el aristocrático Roberto de Alba? —repitió Alfonso Trevor, con voz vibrante de odio.

Cecilia se estremeció. Estaba demasiada confusa para contestar. Evocaba el rostro moreno, la mirada relampagueante bajo la quieta sonrisa, el cuerpo alto y ágil que vestía con gallardía el traje nacional de México. Sí, era Jorge. Aun cuando hubiera visto sólo una vez al apuesto charro, lo habría reconocido. Aquel día, cuando las defendió contra una banda de salteadores, lo observó detenidamente, mientras las balas atronaban el aire. Vió el gesto decidido de sus labios y la fría hoguera de sus ojos.

—Es Jorge —repitió inconscientemente.

—Yo sospecho también que es él.

Aquella voz de acento venenoso la llamó a la realidad. Sintió la impresión de haber traicionado al joven fugitivo. Turbada, murmuró:

—No sé. Tal vez se trate de un parecido casual.

—Tendrían que ser gemelos. Y dígame, Cecilia, ¿a dónde iba?

RESUMEN: Cecilia Valle es profesora de Mariquita García, niña mexicana, hija del orgulloso don Pedro García de los Ríos. Conoce al charro Jorge Alvarez, a quien el hacendado mexicano profesa un odio mortal. Cecilia sospecha que el joven charro es víctima de una intriga y decide ayudarlo a reivindicar su nombre. Ella y Mariquita descubren un medallón de oro, que contiene los retratos de Mariquita y Jorge. Incapaces de descifrar este misterio, citan al apuesto charro. El no puede esclarecer aquel enigma. Días más tarde llega de Europa el joven Roberto de Alba, que tiene una extraordinaria semejanza con el charro Jorge...

La niña había destruído el mensaje recibido y repuso:

—Estaba desvelada y salí a caminar.

Se miraron un instante, como dos enemigos irreconciliables. Trevor fué el primero en desviar los ojos.

—Cecilia, cometería usted un lamentable error si insistiera en defender a ese forajido. No es digno de su amistad.

—Yo no soy juez, señor Trevor.

—Ya sé —contestó él, rabiosamente—. No ve al charro Jorge como un convicto, o un inocente, sino como una figura romántica. ¡Maldición! Si lo tuviera en mis manos. . .

—O si él le diera la espalda y usted pudiera herirlo a traición —dijo Cecilia, con frialdad.

—Ah, no olvida que herí a su héroe en la cabaña del bosque. Logró salvarse. Parece tener siete vidas.

Cecilia advirtió:

—Es tarde. Buenas noches.

En su habitación la esperaba Mariquita García.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió, ansiosa.

La joven le habló del mensaje firmado con una letra "J" y de su intempestivo encuentro con Alfonso Trevor.

—Tenía que aparecer ese cargante —protestó la mexicanita, con un gesto de niña contrariada—. Sin duda Jorge se ha ido al ver que era imposible hablar contigo. ¿Y qué piensas de Roberto de Alba?

—¿Crees tú que sean dos personas distintas?

—¡Por cierto, Cecilia! ¿Cómo puedes ser tan ciega? Aunque es verdad que tú ves a tu charro en todas partes.

—Es increíble que existan dos jóvenes tan idénticos, sin ser hermanos, ni. . .

—¿Cómo sabes? No es éste el primer misterio relacionado con Jorge. Recuerda el medallón de oro.

Cecilia permaneció abstraída por un instante y luego sugirió:

—Vamos a dormir, Mariquita. Ya está amaneciendo. Mañana trataremos de aclarar estos enigmas.

—¿Recuerdas que una vez te propuse hablar en clave, sobre Jorge Alvarez? Será muy fácil. Cuando yo te diga "El cielo está nublado", significará que alguien nos espía. "Diré a Ignacia que haga guajalote asado", quiere decir que hay alguna persona furiosa. Si digo "frío", será que algo escalofriante está por suceder. Cuando pronuncie estas palabras: "Hoy vi a un indio yaqui", es



Cecilia descubrió que Trevor falsificaba mensajes.

que tienes cita en el río. Si canto "Si Adelita se fuera con otro..." es que tenemos que partir a caballo. "Paloma" se traducirá por mensaje. ¿Apruebas mi clave?

—Sí. Buenas noches, Mariquita.

Al día siguiente, los turbulentos hermanos Montenegro las invitaron a una cena. Habían sabido que era el cumpleaños de Cecilia y decidieron agasajarla.

—¿Estará Roberto de Alba? —preguntó Violeta Fleming.

—Por supuesto. Es huésped de los Montenegro mientras sus criados acondicionan la casa grande de la hacienda, abandonada por tantos años —dijo don Pedro García de los Ríos.

—¿Nadie vivió allí, mientras Roberto se educaba en Europa?

—Nadie.

Al anoecer, partieron los invitados. Ignacia suspiró:

—¡Quién pudiera ir! Dicen que don Roberto es igualito al charro Jorge.

El corazón de Cecilia latía hasta casi ahogarla cuando se enfrentó a Roberto de Alba. El ya no lucía el atavío charro, sino un correcto traje.

Los ojos oscuros y profundos la miraron con ardiente admiración. Violeta palideció de envidia. Mariquita extendió ambas manos, saludando con espontánea amistad:

—¡Hola, falso charro!

—¿Está segura de que soy falso, Mariquita? —sonrió él.

—Pasemos a beber una copa de champaña por las dieciocho primaveras de Cecilia —interrumpió Rodrigo Montenegro.
Las copas estaban servidas, y cuando Roberto ofreció la suya a la festejada, se oyó un claro tintinear.
—¿Qué es? —preguntaron varias voces.
En el dorado líquido se veía un medallón de oro. El joven huésped cogió con una tenacilla de plata la fina cadena y luego de secar la joya con una servilleta, la ofreció a Cecilia, diciendo:
—Sospecho que éste es un regalo de cumpleaños para usted.
Ella abrió el medallón y vio su propio retrato.
—Esta miniatura es obra de un artista —dijo Rodrigo, admirado.
Cuando la niña pudo hablar, murmuró:
—¿A quién debo agradecer el obsequio?
Los jóvenes se miraron unos a otros, sorprendidos.
—¿Tú, Roberto? —preguntó Rodrigo.
—No —respondió el joven.
—¡Qué misterioso! ¿No habría algún mensaje en el medallón?
—sugirió Adelita Montenegro.
—No —contestó Cecilia, en un susurro.
Se alegró de que Alfonso Trevor no estuviera presente. El charro Jorge había enviado aquel medallón. Ningún gesto era imposible para su audacia. Pero, entonces... ¿Roberto de Alba no era el charro? Desorientada miró al joven y descubrió su asombro. ¿Fingía estar sorprendido? Un agudo deseo de saber quién era él en realidad torturó a Cecilia.
—Gracias —balbuceó—, no sé a quién, pero gracias.
—Cuando un enigma no se puede solucionar, mejor es olvidarlo —insinuó Rodrigo—. ¡A la salud de Cecilia!
En el salón de baile, ella trató de ordenar el tumulto de sus ideas, mientras Roberto la llevaba en alas de la música.
“Estoy soñando”, pensó.
Pero los brazos que la sostenían eran reales. Sentía, además, el roce de la cadena de oro y el peso del medallón.
Cuando regresaron, Violeta desahogó su despecho, diciendo:
—Yo no aceptaré joyas de un desconocido.
—Los únicos desconocidos que te ofrecerían joyas a ti, serían los vendedores ambulantes —contestó Mariquita.
Don Pedro dirigió a su hija una severa mirada.
—Para mí ese obsequio no es un misterio —opinó después—. La familia Montenegro y el joven De Alba son los autores del regalo

y han fingido esa pequeña comedia para dar animación a la fiesta.

En los días siguientes, Mariquita y Cecilia no tuvieron noticias del charro Jorge.

La niña mexicana envió en distintas ocasiones al perro Moro, para que rastreara las huellas de su amo, pero el fiel animal regresaba sin mensajes, ni vestigio alguno de haber encontrado al fugitivo.

—No me explico este silencio —murmuraba Mariquita, inquieta. Alfonso Trevor también se ausentó por una semana.

—Supongo que ha ido a México a cumplir algún encargo de mi papá.

—Puede ser —asintió Cecilia.

Sentíase nerviosa.

Don Pedro le dijo una tarde:

—En el escritorio de Trevor debe haber un plano de los bosques del norte, con anotaciones del agrimensor. Vaya a buscarlo, por favor.

La joven obedeció. Al entrar en la habitación, advirtió cierto desorden. Era evidente que Trevor se había marchado precipitadamente. Cecilia buscó los documentos que necesitaba don Pedro y, de pronto, su mirada se detuvo en una página manuscrita. Eran ensayos de escritura, palabras trazadas para imitar una letra que Cecilia reconoció, estupefacta. ¡La letra del charro Jorge Alvarez!

Comprendió que Trevor le había enviado mensajes que ella atribuyó al joven fugitivo. ¿Cuáles habían sido falsificados y cuáles verdaderos?

Maquinalmente cogió el plano solicitado por don Pedro.

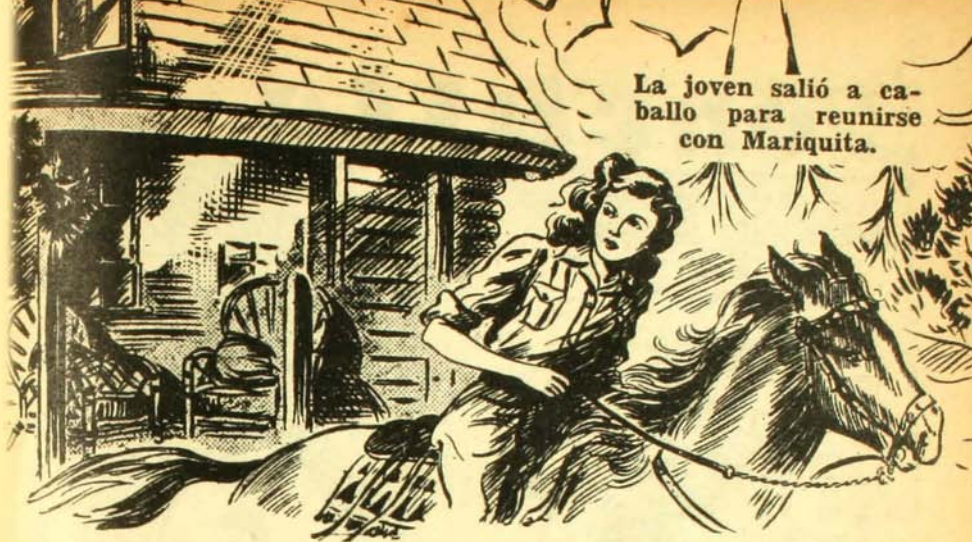
Tres días más tarde regresó Alfonso Trevor. Se encerró con su patrón para comunicarle noticias muy importantes. Cecilia tuvo un funesto presentimiento.

¿Qué tramaba el rencoroso e intrigante secretario? Cavilaba sobre esta entrevista secreta, cuando oyó que su joven alumna cantaba: "Si Adelita se fuera con otro...".

Aquella era la contraseña para salir a caballo y reunirse en un lugar que habían convenido previamente.

Sin vacilar, se dirigió a las pesebreras. Ramón le ensilló el zaino y dijo:

—La niña Mariquita salió también a caballo.



La joven salió a caballo para reunirse con Mariquita.

Cuando se reunió con la niña mexicana, ésta anunció con vehemencia:

—El charro Jorge está en peligro. Ese detestable Alfonso ha conseguido que la milicia haga una batida en los bosques y en la montaña. Lo capturarán.

Cecilia murmuró:

—No sabemos dónde encontrarlo. Has visto que es inútil enviar a Moro en su busca.

Permanecieron indecisas. Por fin Mariquita resolvió:

—Separémonos. Iremos cada una en dirección opuesta.

Espoleado por las jóvenes amazonas, los caballos penetraron en el bosque, por diferentes sendas. Crujían bajo los cascos las ramas secas y rodaban las piedrecillas.

Los intensos perfumes vegetales sofocaban a Cecilia. De pronto una voz la estremeció:

—¿A dónde va, Cecilia?

Estuvo a punto de exclamar:

—¡Por fin lo encuentro!

Pero ante ella, montado en un caballo negro y reluciente, vió a Roberto de Alba.

—Permítame acompañarla —añadió él—. Estos lugares son muy solitarios. No debiera alejarse tanto de la hacienda de don Pedro. La contempló en silencio antes de añadir:

—Está preocupada. Sería para mí un honor ayudarla. ¿Puedo servirla en algo?

(CONTINUARA)

Ponchito

¡UF, QUE CABALLO MÁS ÁSPERO PARA GALOPAR!



¡ PARECE UN CANGURÚ !



TENGO QUE HACER ALGO PARA QUE SE SUAVICE



¡ AH, YA TENGO LA IDEA SALVADORA !



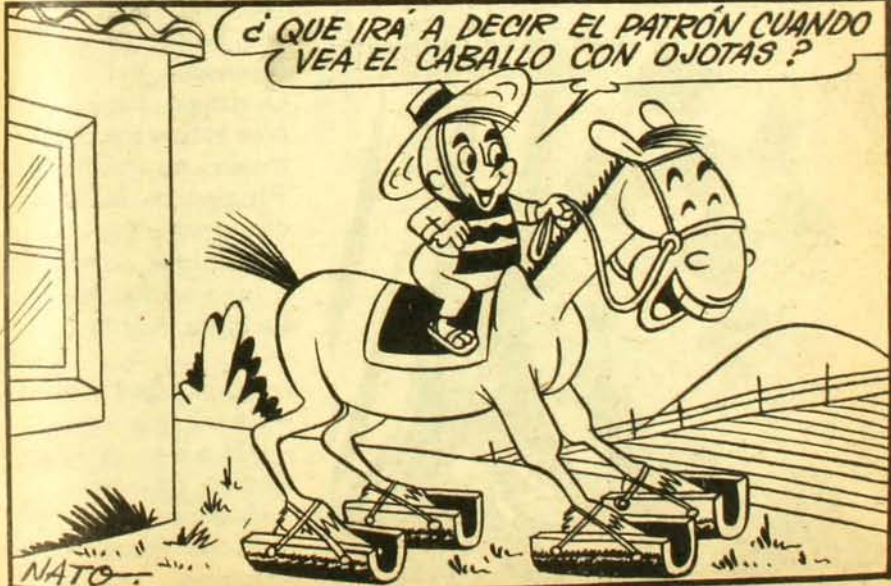
PONDRE MANOS A LA OBRA INMEDIATAMENTE



LA-RA-RÍ, LA-RA-RÍ
TA-RA-RAAA, TAA...



¿ QUE IRÁ A DECIR EL PATRÓN CUANDO VEA EL CABALLO CON OJOTAS ?



NATO



El jorobado

CAPITULO XVIII.—Aurora.

El príncipe Felipe de Gonzaga vió bailar en la Plaza Santa de Madrid a la gitanilla Flor y la invitó a París, donde la presentaría como hija de la princesa Aurora.

María de la Santa Cruz (éste era el nombre cristiano de Flor) oyó como en un ensueño la voz de Felipe, que le decía:

—Cuando eras pequeña, una tribu de gitanos te raptó.

—¿Quién soy?

—En la cuna recibiste el nombre de tu madre, que es español. Te llamas Aurora.

La joven, estremeciéndose, repitió:

—¡Aurora! Ese nombre me recuerda...

—¿Qué os recuerda? —inquirió Gonzaga con ansiedad.

—¡Pobre Aurorita! —murmuró Flor con ternura—. ¡Tan buena,

—¡Pobre Aurorita!

—murmuró Flor.

tan bella! ¡Y cuánto la amaba yo!

Gonzaga hacía visibles esfuerzos por dominar su turbación. Fingiendo indiferencia, preguntó:

—¿Habéis conocido a una niña que se llamaba Aurora?

—Sí.

—¿Qué edad tenía?

—Igual que yo.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—Algunos años —y mirando fijamente al príncipe, añadió—.





—¿Habéis conocido a una niña que se llamaba Aurora?

su inquietud, y Flor lo advirtió, asombrada. Para serenarse, el príncipe tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad. Hacía dieciocho años que buscaba en vano a Aurora, y ahora aquel nombre surgía como una advertencia, como una voz fatídica anunciando la ruina de sus ambiciosos planes. La hija de Nevers le impedía apoderarse de las riquezas que estaban ahora en sus manos, pero que un día perdería, si la heredera se presentaba. Y, además, sería acusado del crimen. Felipe de Orleans, el regente de Francia, amigo leal de Felipe de Nevers, no le perdonaría haber asesinado a traición a Felipe de Nevers.

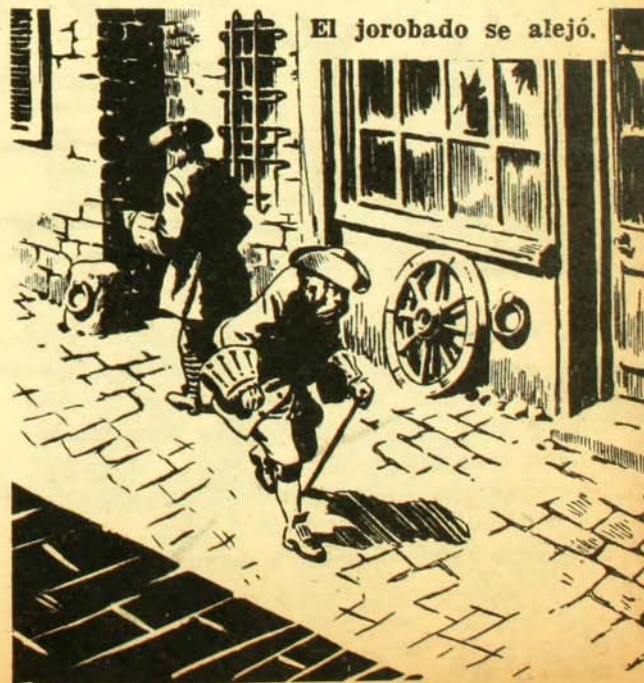
Pero, ¿eso os interesa, monseñor?

Gonzaga era uno de esos hombres que están siempre en guardia y no dejan sorprender sus secretos. Cogiendo la mano de María de la Santa Cruz dijo con acento bondadoso:

—Me interesa todo lo que a vos se refiera. Habladme de esa joven que fué vuestra amiga.

A pesar de su dominio, no pudo ocultar

El jorobado se alejó.



Aún turbado, se acercó a la ventana. Un gran gentío se aglomeraba en los jardines. Reconoció al excéntrico jorobado que con un devocionario en sus manos miraba hacia los aposentos de la princesa. En otra oportunidad le habría llamado la atención aquella actitud, pero estaba muy preocupado para concederle importancia. Si hubiera permanecido más tiempo observando, habría visto que una doncella de su esposa se acercaba al jorobado, éste le murmuró algunas palabras, entregándole el pequeño libro, y luego se alejó.



—¿De qué hablábamos? —preguntó, regresando junto a la bella gitana—. ¡Ah, ya sé!, de una amiga vuestra.
—Sí, una niña huérfana como yo.
—En Madrid, ¿verdad? ¿Era española?
—No, francesa.
—¿Francesa? —preguntó Gonzaga, que fingía admirablemente no interesarse en absoluto.
Pero no logró engañar a su pupila.

—¿Y quién cuidaba de ella?

—Una mujer.

—¿Quién pagaba esa criada?

—Un gentilhombre, que protegía y defendía a Aurora.

—¿Francés también?

—Sí, francés.

—¿Joven o viejo?

—Joven y muy apuesto.

Miró al príncipe de frente, y Gonzaga hubo de fingir un reprimido bostezo.

—Pero, ¿por qué hablamos de temas que os aburren? —sonrió ella, burlonamente—. No conocéis a ese gentilhombre.

—¿Cómo se llamaba?

Esta vez los ojos de Flor expresaron desconfianza. Respondió secamente:

—Lo he olvidado.

Gonzaga era astuto y comprendió que debía destruir las sospechas de la joven.

—Si os disgusta, no mencionemos más este asunto. Pensaba en vos al interrogaros. Un gentilhombre establecido en España sólo puede ser un desterrado. Con mi influencia puedo obtener gracia para él, a fin de que retorne a su patria. Con él vendría vuestra amiga y así no estaríais tan sola.

Flor creyó en su sinceridad.

—¡Qué bueno sois!

Pero no es preciso escribir a España.

He visto a mi amiga.

—¿Recientemente?

—Sí.

—¿Dónde?

—En París.

—¡Aquí! —exclamó

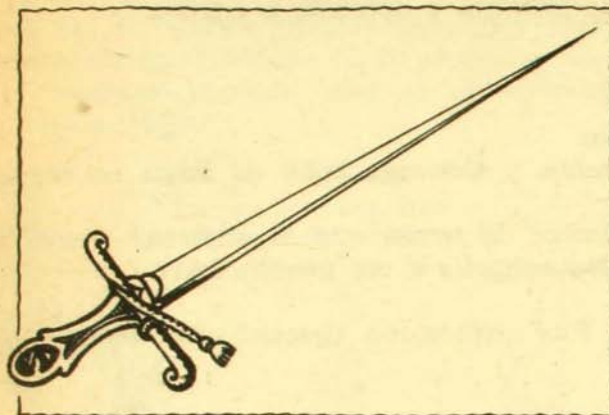
Gonzaga con asombro. Sonreía, pero estaba pálido.

—¡Está aquí! —exclamó el príncipe de Gonzaga.



(CONTINUARA)

¿A QUIEN PERTENECIO?



¿A quién perteneció la célebre espada llamada TIZONA? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 231.

— A la madrastra de Blanca Nieves.

Premiados con:
UNA SUSCRIP-

CIÓN TRIMESTRAL A "SIMBAD".— Alay Askenay, Santiago; Patricio Roa, Renaico; Pedro Soto, Antofagasta; Hernán Alarcón, Valparaíso; Julián Irisarry, Quilpué; Cecilia Alvarez, Cartagena.

UN PREMIO DE \$ 20.— Mariluz Dueville, Santiago; Iris Montecinos, Santiago; Víctor Kroger, Talcahuano; Leticia Esquivel, Santiago; Enrique Celedón, Quillota; Enriqueta Medrano, Temuco; Susana Toro, Las Condes; Juan Guillermo Pacheco, Santiago; Oscar Moraga, Tomé; Raúl Berrios, Santiago.

UN LIBRO.— Modesta Salinas, Santiago; Arbilde Sepúlveda, Santiago; María Eugenia Picón, Santiago; Guillermo Hernández, Pitrufuquén; María Inés Lagoa, Viña del Mar; Carmen Barra, Los Andes; María Eliana Gautier, La Cruz; Luciano Isaza, Santiago; Eugenia Aguilar, Santiago; Mireya Villagra, Santiago; Sonia Burchard, Quilpué.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 234

COLMOS...

El colmo de un hombre pobre... apellidarse Rico, ser natural de Puerto Rico, tener hijos que sean una ricura y vivir en la calle Moneda.

El colmo de un sastre..., que le den puntadas.

El colmo de un tren..., que pierda la línea.

Juan y Juanita



3. Al atardecer, Juan y Tilín abandonaron sigilosamente el comedor. "—Subiremos por el cañón de desagüe", indicó Tilín. Juan le siguió sin vacilar. Ambos eran ágiles y alcanzaron el techo del lavadero. Avanzaron sobre las tejas. "—Allí está el patio de las niñas", susurró Tilín.



4. Juanita había abandonado también el edificio y esperaba oculta entre unos arbustos. Distinguió a su hermano y al niño que le anunciara la ansiada libertad. Su corazón se inundó de alegría, pero de pronto el terror la dominó. ¡Acababa de ver la siniestra figura del director escoltado por dos guardias!

(CONTINUARA)

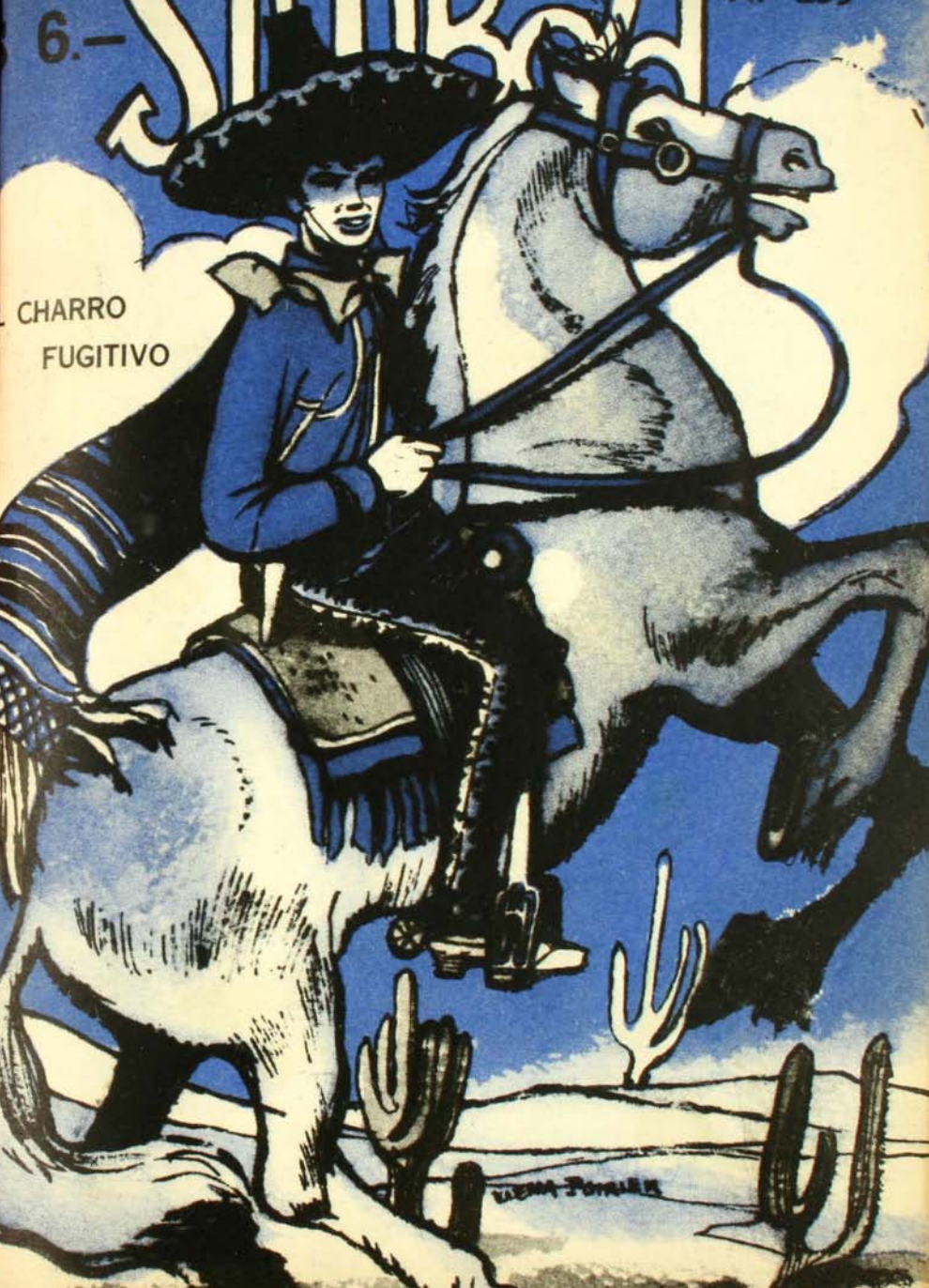


6.-

STIMBAI

N.º 235

CHARRO
FUGITIVO



LUIS TORRES

Juan y Juanita

CAPITULO XIII.—EL REGRESO A LA JAULA.

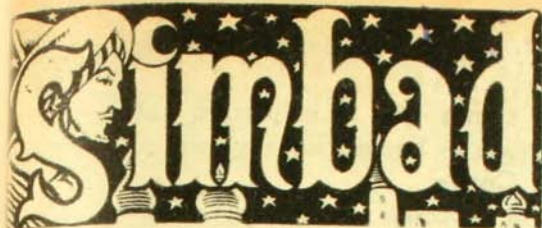


1. Baltasar Lamón, director del reformatorio de Arpajon, había descubierto que Juan y Tilín proyectaban huir. Ignoraba que también Juanita participaba en el plan de fuga. Se detuvo junto al arbusto donde la niña permanecía oculta. Para salvarla, Tilín lanzó un silbido, como si emitiera una señal.



2. Atrajo así la atención de sus perseguidores. “—Juanita está fuera de peligro —murmuró—. Pero nosotros tenemos que escapar a todo correr o el director Vinagre nos pondrá en escabeche.” Juan dijo: “—Eres un verdadero amigo, Tilín. Nunca lo olvidaré.” El guardia Conrado subía en ese instante.

(Continúa en la penúltima página.)



AÑO V — 3-III-1954 — N.º 235

“El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas”.

CAPITULO II.—*La hija de Dios.*

La doncella de Domremy hablaba con el arcángel San Miguel y con Santa Margarita y Santa Catalina, quienes la inducían a visitar al Delfín Carlos y salvar a Francia de la invasión inglesa.

Por fin un día las voces celestiales dijeron a la doncella:

—Ve a Vaucouleurs (valle de los colores), habla con el conde Roberto de Baudricourt y pídele una escolta para presentarte ante el Delfín.

—No soy más que una muchacha campesina —contestó humildemente Juana—, y ni sé montar a caballo ni manejar armas.

Sin embargo, ella sabía que tenía que obedecer. Pero, ¿quién la llevaría a Vaucouleurs y la presentaría al capitán?

Un día de abril de 1428, Santiago de Arco recibió la visita de un cuñado de su esposa Romea, que vivía en Burey, cerca de Vaucouleurs.

—Tengo a mi mujer muy enferma —dijo el cuñado Durant a Santiago de Arco—, y querría llevar a Juana para que cuide la casa.

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por via certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.S 2,10
Semestral: U.S.S 1,05
Recargo por via certificada: Anual: U.S.S 0,20
Semestral: U.S.S 0,10



Adaptación de Roxane

Santiago y Romea, como un deber de familia, le cedieron a la doncella.

En Burey, libre Juana del temor que le imponían sus padres, se atrevió a hablar de la guerra que hacían los ingleses contra Francia y a nombrar al Delfín Carlos.

El buen Durant terminó por acceder a los deseos de su sobrina y la llevó a presencia del conde de Baudricourt. A duras penas consiguieron la entrevista con ese poderoso señor y hubo de ver la indignación de tal conde cuando supo que aquella muchacha campesina tenía la pretensión de ser enviada de Dios.

—Decid al Delfín —pronunció Juana— que esté preparado y que mi Señor le enviará socorros.

—¿Y quién es tu Señor? —preguntó Baudricourt.

—El Rey de los Cielos.

Como el capitán Baudricourt se mostraba incrédulo y la juzgara una atrevida, Juana, abandonando la reserva impuesta por el arcángel, le habló de sus voces. Baudricourt, creyéndola demente, la envió a la ciudadela.

—Los soldados tendrán con ella una gran diversión —dijo el capitán.

No obstante, los soldados al ver a Juana sintieron la influencia de su virtud y la trataron con respeto.

El primer intento de la doncella no tuvo éxito y debió regresar a su casa de Domremy.

Pocos días después la guerra entre franceses e ingleses llegaba hasta el mismo Domremy.

La pastorcita no podía ocultar su turbación. Animada cada vez más por San Miguel y por Santa Margarita y Santa Catalina, que se le aparecían frecuentemente, Juana se atrevió a decir al comandante de la tropa:

—Llévame a presencia del Delfín. He recibido orden de Dios de conducirlo a su coronación en la catedral de Reims y sólo así terminará la guerra.

El desastre en todas las aldeas por motivo de la invasión inglesa fué terrible. Los habitantes de Domremy vieron arrasadas sus mieses y robados sus rebaños. De lejos llegaban peores noticias aún. Los ingleses habían sitiado a Orleáns y la Francia moría. San Miguel se apareció entonces a Juana de Arco, como un hermoso guerrero, y le dijo:

—Parte en seguida, hija de Dios. Viste de varón y colócate a la

cabeza de los ejércitos. Francia invadida te reclama. ¿Qué esperas?

¿Qué esperas? . . ¡Ay, qué cargado de angustias está ese corazón de dieciséis años! ¿Quién le dirá al prudente Santiago de Arco que su hija ha de vestir de hombre, luchar en la guerra por el Delfín y hacer que se corone en Reims?

Juana llora, crucificada entre dos deberes.

Un acontecimiento familiar facilitó la partida de la doncella.



Santiago y Romea, como un deber de familia, le cedieron a la doncella.

El buen Durant se llevó otra vez a Juana a Burey y allí pudo combinar otra entrevista con Baudricourt.

En dicha ocasión el capitán no prohibió a Juana la entrada a su castillo, y esta vez no la envió a la ciudadela, sino que la confió a la familia Le Royer, que era una de las principales de Vaucouleurs.

Su conducta en esa ciudad era la de una santa, y muy pronto todos comenzaron a hablar de una pastora milagrosa que haría coronar al rey de Francia.

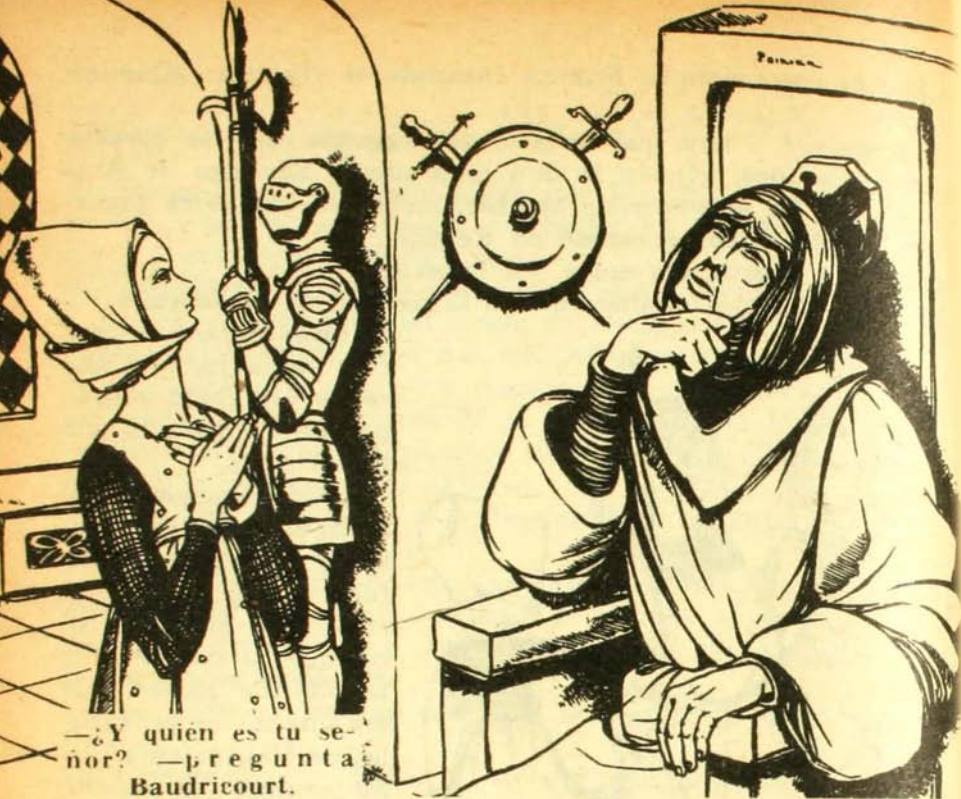
—¿No será bruja? —dijo por fin el señor de Vaucouleurs—. Consultaré al párroco Fournier.

El buen padrecito caviló mucho y por último decidió asegurarse de si la pretendida enviada del cielo no lo era del diablo.

Este exorcismo consistía en rociar con agua bendita a la persona que creían embrujada y expulsar al diablo si es que en ella se albergaba.

El conjuro a Satán con el agua bendita no turbó a Juana de Arco. La doncella ni lanzó alaridos al caerle el agua ni huyó ante la cruz. Más que nunca se mostró piadosa.

Más tranquilo quedó el señor de Vaucouleurs sabiendo que el



—¿Y quién es tu señor? —pregunta Baudricourt.

demonio no andaba de por medio; pero así y todo siguió sin determinarse a enviar al Delfín a la ignorante pastorcilla.

Dos fieles loreneses, llamados Beltrán de Poulegny y Juan de Metz, hidalgo el uno y hombre de armas el otro, eran los más entusiastas partidarios de Juana de Arco y a todos hablaban de la misión divina que afirmaba tener la doncella. Estos dos jóvenes convencieron por fin a Roberto Baudricourt, quien hizo llamar a Juana de Arco, y cuando la tuvo en su presencia, le dijo: —Cúmplanse tus deseos de ir a Chinón a visitar al Delfín. Puedes partir. Elige el caballo que más te agrade y la armadura que mejor te cuadre. Doce de mis hombres de armas te servirán de escolta. Hoy mismo saldrá un mensajero mío con una carta para el Delfín. Otro de tus compañeros será Colet de Vienne, el correo del rey.

El conde de Baudricourt revistó a la pequeña tropa. Luego desenvainó su espada y se la tendió a Juana, diciendo:

—Sea lo que Dios quiera.

—¡Buena suerte para la hija de Dios! —grita la muchedumbre. El caballo de Juana se encabrita. La doncella, hermosa como San Jorge y sonriente, saluda al pueblo de Vaucouleurs, que la aclama.

Juana de Arco, con el rostro vuelto hacia el camino de Domremy, levanta su espada en honor de su tierra natal y dos lágrimas resbalan por sus mejillas. . . Piensa en sus padres, en Santiago y Romea, que estarán agobiados por su atrevida aventura. Entonces, por vez primera, manda con voz potente:

—En marcha.

Y sale por la puerta de Francia a cumplir su misión. Nunca más volverá a su tierra natal.

Para llegar al lugar de residencia del Delfín, la pequeña escolta debía atravesar media Francia. Tal vez algún soldado sintió fatiga o se deprimió por las difíciles jornadas. Pero la joven capitana jamás desfalleció. Cabalgaba sin descanso, no se quejaba de las inclemencias del tiempo, ni del rudo sendero, ni de la áspera vida de campaña.

Cabalgaba erguida, abstraída. Su escolta le dirigía miradas de asombro. ¿Nunca se fatigaba? ¿No sentía los rigores del camino?

—¡Por vida de Cristo! —murmuraba un viejo soldado—. Si ella no es capaz de coronar al Delfín, Carlos morirá sin corona y sin reino. Y nosotros nos quedaremos sin patria, porque el inglés vendrá a dominarnos.

Y la leyenda sobre Juana de Arco se extendía en las aldeas y campiñas por las cuales atravesaba la escolta de la doncella. Y su nombre era pronunciado con esperanza y temor.

(CONTINUARA)

Juana llora crucificada entre dos deberes.





LA CIUDAD DE

CAPITULO I.—E

LOS LAMAS



INO PERSEGUIDO



1. El avión había salido de Delhi, rumbo a Peshawar. El piloto, Luis Barnar, confesó: “—Me desvié de la ruta. Sospecho que nos hemos extraviado”. Desde la cabina observó la cadena del Himalaya. Las cumbres nevadas se veían como glaciares que flotaban sobre las nubes. “—Tenemos que aterrizar”, anunció.



3. Apareció un hombre que se veía joven, a pesar de la barba crecida y su aspecto de cansancio. “—Bien venidos —saludó—. Me llamo Andrés Brian y soy explorador. Me extravié y sólo hace unos minutos avisté mi campamento. Aquí cerca está la tienda. Vamos a descansar y a comer. Estoy muerto de hambre.”



2. Diestro y audaz, descendió entre los muros de hielo. Bastaba una falsa maniobra o una ráfaga de viento para que las alas se destrozaran contra las duras aristas. El periodista Marco Lund exclamó: “—¡Mira, Barnar! Allí hay un coche blindado. Llame-mos al conductor. ¡Eh!, ¿hay alguien por estas soledades?”



4. Mientras bebían café y recuperaban sus fuerzas, Brian dijo: “—He explorado las selvas de la India y ésta es la primera vez que me aventuro en este mundo de nieve y soledad. Quiero conocer Lhasa, la ciudad de los lamas”. En ese momento Luis gritó: “—¡El avión! ¡Santo cielo, se han borrado nuestras huellas!”

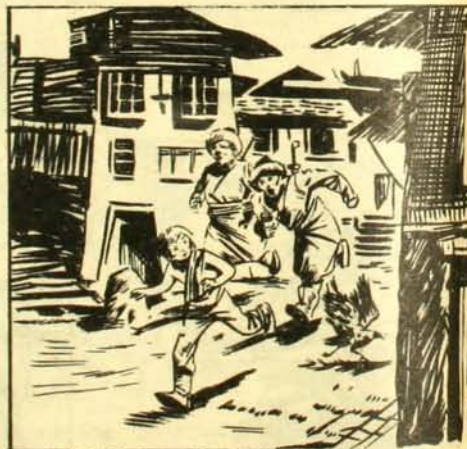


LA CIUDAD DE

LOS LAMAS



5. En efecto, la tempestad de nieve no había dejado rastro alguno y los tripulantes del avión no pudieron orientarse. Un viento huracanado alzó torbellinos cegadores y los tres viajeros se vieron obligados a buscar refugio en el coche blindado. Durante toda la noche rugió la tormenta.



6. Al despuntar el alba, prosiguieron la marcha. Marco Lund consultaba el mapa, sin reconocer aquella región. "—Allá veo un paso —indicó—. Avancemos a pie." No tardaron en divisar una aldea, que parecía deshabitada. Súbitamente oyeron gritos de terror y vieron a un niño perseguido por dos gigantes tibetanos.



7. "—¿Qué significa eso? —exclamó Luis—. Tenemos que defender a esa criatura. ¿Alguno de ustedes habla el endemoniado dialecto pushtu, o cualquier otro para entendernos con esos energúmenos?" Brian observó: "—Tal vez no sean necesarias las lenguas, sino los puños. Espérenme aquí, amigos".



8. Antes de alejarse entregó su revólver a Marco Lund. "—Dispare sólo si es necesario, Lund." El periodista asintió en silencio y el explorador avanzó por el desfiladero. Vió venir hacia él al niño, perseguido por los dos tibetanos. Entonces sus puños se crisparon, dispuestos a demoler al enemigo.

(CONTINUARA)

HISTORIA de PULGARCITO



En tiempos del rey Arturo vivía un famoso mago llamado Merlín, el más sabio encantador que el mundo ha conocido.

Este mago famoso viajaba en cierta ocasión como un mendigo. Fatigado, se detuvo a descansar en casa de un labrador y pidió que le dieran de comer. El campesino lo recibió cortésmente. Su mujer, que era un alma bondadosa, le sirvió leche y pan en abundancia. Merlín quedó sumamente complacido de la amabilidad de aquel matrimonio de labradores, pero no pudo menos de observar, que, si bien todo estaba limpio y ordenado en aquella casa, marido y mujer vivían disgustados. Les preguntó cuál era la causa de su tristeza, y supo que se sentían desgraciados por no haber tenido hijos.

La pobre mujer le dijo con lágrimas en los ojos:

—Me sentiría la mujer más dichosa del mundo si tuviera un hijo. Aunque no fuese mayor que el dedo pulgar de mi marido.

Tanta gracia le hizo a Merlín la idea de un hijo no mayor que el pulgar de un hombre, que decidió satisfacer el deseo de la campesina. Y, en efecto, al cabo de un tiempo, la mujer del labrador tuvo un hijo que, por extraordinario que parezca, no era más grande que el pulgar de su padre.

La reina de las hadas, deseosa de ver al chiquitín, entró por la ventana mientras la madre estaba contemplando extasiada a su hijito. La reina besó al niño, le puso por nombre Pulgarcito y dió instrucciones a algunas hadas para que vistiesen a su ahijado según sus deseos.

*Una hoja de dalia lleva por gorrita
Y la camisita de tela de araña;
Y su juboncito de nardo está hecho,
Y sus pantalones son de hojas de caña,*

*Y sus calcetines, de piel de manzana,
Se atan con pestañas de su madrecita,
Y sus zapatitos de piel de durazno,
Vuelta para adentro, fina y calentita.*

Pulgarcito nunca fué más grande que el dedo pulgar de su padre, que era de regulares dimensiones, pero al crecer en años manifestó estar dotado de clara inteligencia y de singular ingenio. Un día, mientras su madre estaba haciendo una sopa de sémola, Pulgarcito sintió la curiosidad de ver cómo se hacía y se encaramó hasta la boca de la olla; pero tuvo la desgracia de resbalar y cayó, quedando sumergido hasta las orejas, de modo que su madre no lo vió cuando fué a poner la olla al fuego para hacerla hervir.

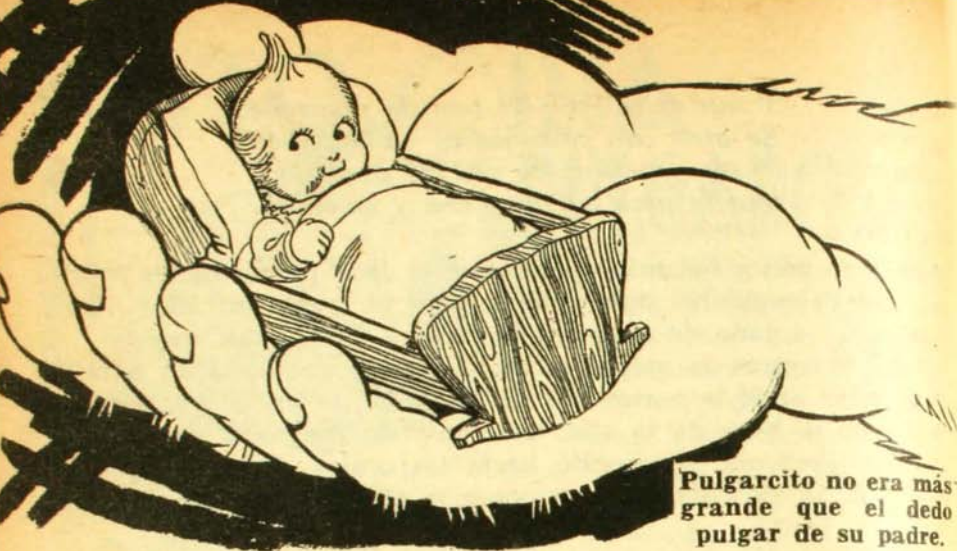
El líquido le llegaba a la boca y le impedía gritar; pero el agua empezó a calentarse, y Pulgarcito se puso a agitar los brazos, removiendo el agua. Su madre, creyendo que la sémola estaba embrujada, cogió la olla y la echó por la puerta. Pasó por allí un

buhonero y, viendo la marmita, la levantó y la puso en un cesto que llevaba. Entretanto se había vertido el agua y Pulgarcito pudo gritar, y lo hizo a pleno pulmón, dando un gran susto al buhonero, que agarró la olla como si estuviera endiablada y la arrojó al suelo, donde se rompió en pedazos.

Entonces Pulgarcito corrió a casa, y su madre, disgustada de ver a su hijo en tal estado, lo puso en una taza de té, lo lavó bien, y después de besarlo, lo acostó. Poco después de ocurri-

El mago Merlin viajaba convertido en mendigo.





Pulgarcito no era más grande que el dedo pulgar de su padre.

da esta aventura, su madre fué a ordeñar la vaca en el prado, y llevóse con ella a Pulgarcito. Como hacía mucho viento y temía que una ráfaga se llevase al pequeño, lo ató a una mata con un cordelito muy delgado. Y ocurrió que la vaca tomó a Pulgarcito y la mata a que estaba atado, todo de un bocado. Mientras la vaca masticaba la mata, que por cierto era un cardo, Pulgarcito temblaba de miedo entre aquellos dientes que amenazaban triturarlo y se puso a gritar tan fuerte como pudo:

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Dónde estás, querido Pulgarcito?

—Aquí, madre —contestó él—, en la boca de la vaca.

La madre empezó a llorar, levantando los brazos al cielo, pero la vaca, sorprendida de los gritos que resonaban en su garganta, abrió la boca y dejó caer a Pulgarcito. Suerte que su madre lo recogió en la falda, de lo contrario se hubiera lastimado gravemente. La mujer se metió al hijo en el seno y se marchó a casa. El padre de Pulgarcito le hizo un látigo con una paja de cebada para conducir el rebaño, y un día que el chiquitín fué al campo, cayó en una zanja. Un cuervo que por allí pasaba volando lo atrapó y voló con él sobre el mar, donde lo dejó caer.

Un pez gordo se tragó a Pulgarcito apenas éste se sumergió en el mar. El pez cayó en seguida en las redes y lo llevaron para la mesa del rey Arturo. Al abrir el pescado, todos quedaron sorprendidos viendo salir a un niño tan pequeño, y Pulgarcito estaba encantado de verse otra vez en libertad. Lo llevaron a pre-

sencia del rey y éste lo nombró enano de la corte, de la que pronto se convirtió en favorito, pues con sus dichos, ocurrencias y travesuras, no sólo divertía al rey y a la reina, sino que hacía reír a todos los caballeros de la Tabla Redonda.

Es fama que cuando el rey salía a caballo, con frecuencia se llevaba a Pulgarcito, y si le sorprendía la lluvia, éste se metía en el bolsillo del monarca, donde dormía hasta que pasaba el chubasco.

Un día, el rey Arturo le preguntó por sus padres, deseando saber si eran tan pequeños como él. Pulgarcito le contestó que sus padres eran como cualquier persona de la corte, pero que estaban en peor situación. Al oír esto, el rey se llevó a Pulgarcito a su tesoro, es decir, al lugar donde se guardaba la fortuna real, y le dijo que tomase todo el dinero que pudiese llevar a sus padres, ofrecimiento que hizo saltar de alegría al pequeño. Inmediatamente fué Pulgarcito en busca de una bolsita, en la que puso una moneda de plata de tres peniques.

Grandes trabajos le costó cargarse aquel peso a la espalda, mas al fin lo consiguió y emprendió la marcha. Gracias a no encontrar el menor obstáculo y después de descansar más de cien ve-



Los campesinos estaban felices con su pequeño hijo.

ces en el camino, en dos días y dos noches, llegó sin novedad a casa de sus padres.

Pero había andado cuarenta y ocho horas con una gran moneda de plata a la espalda y estaba muerto de cansancio, cuando su madre salió a recibirle y lo entró en casa. Pulgarcito volvió en seguida a la corte.

Como su traje había quedado muy estropeado entre el baño de la sémola y el vientre del pez, su majestad ordenó que le hiciesen otro vestido y que montase, como caballero, en un ratón.

*De alas de mariposa su camisa,
De fina piel de ganso su calzado,
Con un traje modelo de primores,
Va nuestro Pulgarcito uniformado.
Un alfiler le cuelga de su cinto,
Y, montado sobre un ratón ligero,
Se muestra tan ufano y tan gallardo,
Que parece de todos el primero.*

Era verdaderamente gracioso ver a Pulgarcito vestido de aquella manera y montado en un ratón, especialmente cuando salía de caza con el rey y la nobleza, que se morían de risa observando las cabriolas de la diminuta cabalgadura.

Tan encantado estaba el rey del donaire de Pulgarcito, que mandó construir una silla diminuta para que se sentara a su mesa y un palacio de oro, de un palmo de altura, con su puertecita, para que el pequeño lo habitase. También le regaló una carroza tirada por seis ratones.

La reina, irritada por los muchos honores conferidos a Pulgarcito, resolvió perderlo, y se quejó al rey de que su caballero había sido grosero con ella.

El rey mandó al momento a buscar a Pulgarcito, pero éste, advirtiéndole el peligro de la regia cólera, se escondió dentro de la concha de un caracol marino, donde permaneció hasta que se moría de hambre. Por fin se aventuró a salir y como viera una mariposa que se había posado sobre la hierba, cerca de su escondite, se montó de un salto sobre ella, y al momento se sintió arrebatado por los aires.

Volvió a su hogar, y nunca más abandonó a sus padres. Con la moneda de plata, que era mágica y nunca se gastaba, vivieron felices.

AS AVENTURAS DE



TROMPITA

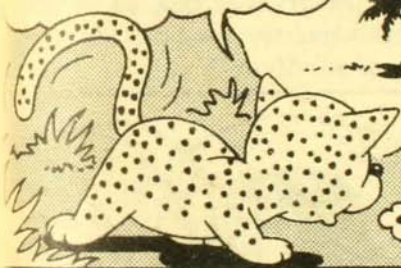
RESUMEN: Mientras Trompita
está picado por las hormigas,
vamos lo que sucede a su amigo
interito



¿HABRÁ UENCIDO TROMPITA
A LA SERPIENTE MALDITA?



AHÍ ESTÁ, ¡QUÉ MARAVILLA!
MUERTA HASTA LA CAMPANILLA



TROMPITA VALE POR MIL
PORQUE UENCIO A ESTE
REPTIL



OH!

YO SÓLO ESTABA ATURDIDA
¡DESPIDETE DE LA UIDA!



CONTINUARÁ



SOLITARIO

CAPITULO XX.—MIGUEL

BILL

ENDE A SUS VISITANTES



1. Tex Montaña esperaba el regreso de Solitario Bill cuando apareció ante él un personaje de figura diabólica. Alto y huesudo, con negros y flotantes cabellos y cejas gruesas que se inclinaban sobre unos ojos de mirada fosforescente. “—¡El fantasma negro!”, chilló Tex, echando mano a su revólver.



3. “—Infinitamente honrado”, agregó, cerrando sus duros dedos. Tex Montaña sintió que sus falanges crujían y de súbito, con un giro brusco e inesperado, el inquietante Miguel lo alzó sobre su espalda, lanzándolo violentamente contra el suelo. Fué tan rudo el golpe, que Tex Montaña perdió el conocimiento.



2. “—No se excite, amigo —dijo el desconocido, apoderándose del arma—. Entre a mi gruta, para guarecerse de la lluvia. Me llamo Miguel. ¿Y usted?” El vaquero contestó: “—Soy Tex Montaña, como si dijéramos un héroe de Texas”. Miguel susurró: “—Muy honrado de saludar a un héroe”.



4. Miguel cubrió con su capa el enorme cuerpo y dijo: “—El elefante está vencido. Ahora veamos al otro”. La sonora voz de Solitario Bill llamó: “—¿Dónde estás, Tex?” Miguel se presentó y saludando con humildad, dijo: “—Nuestro común amigo Tex Montaña nos espera en mi gruta”.

SOLITARIO



5. El joven observó pensativamente a aquel estafalario personaje, que añadía con voz envolvente: “—Me siento muy honrado de saludar a un amigo de mi amigo Tex, a quien aprecio profundamente”. Diciendo esto, oprimió con terrible fuerza la mano de Solitario Bill, que permaneció impasible.



6. Pretendía triturar la mano del joven con su huesuda zarpa. Nunca había encontrado quién resistiera su demoledora fuerza, pero aquellos dedos parecían de acero y se marcaron en su propia mano. Luego, con un hábil movimiento, su adversario lo lanzó a tierra y en seguida lo desarmó.

BILL



7. Los ojos de Miguel despedían rayos de furia y su esquelético rostro adquirió una palidez verdosa. “—No comprendo...”, masculló, ofendido. “—Sencillamente me adelanté a tu demostración de ‘aprecio’ —explicó Solitario Bill—. ¿Dónde está Tex?” Miguel respondió: “—Allí, debajo de mi capa”.



8. “—Lo abrigué para protegerlo de la lluvia —añadió—. Lamento haberlo golpeado, porque detesto la violencia. Pero no podía fiarme de desconocidos.” El joven observó: “—Eres, en realidad, muy atento con tus visitantes. Coge en brazos a Tex y entralo a la gruta. Luego tendremos una amistosa plática”.

(CONTINUARA)



EL CHARRO FUGITIVO

CAPITULO VII.—*Intrigas de Alfonso Trevor.*

Mariquita sorprendió una conversación entre su padre y Alfonso Trevor. Ambos tramaban la captura del charro Jorge Alvarez. Con este propósito, la milicia haría una batida en los bosques y montañas.

Decididas a impedir que el joven cayera en poder de la policía, la niña mexicana y Cecilia Valle recorrían los parajes donde había posibilidad de encontrarlo.

De pronto, en un estrecho sendero, Cecilia fué detenida por Roberto de Alba, quien, advirtiendo la preocupación reflejada en el bello semblante, dijo:

—¿Puedo ayudarla en algo, Cecilia?

Decidiéndose bruscamente, la niña confesó:

—Es usted quien me preocupa y desorienta.

—¿Yo? ¿Por qué?

En los ojos oscuros apareció una expresión reticente.

—Porque es imposible que existan dos personas tan iguales como usted y Jorge Alvarez.

—¿El charro? ¿Se refiere a él?

—Sí, a él... o a usted.

—Mi nombre es Roberto de Alba y hace tres semanas que llegué

RESUMEN: Cecilia Valle es profesora de Mariquita García, niña mexicana, hija del orgulloso don Pedro García de los Ríos. Conoce al charro Jorge Alvarez, a quien el hacendado mexicano profesa un odio mortal. Cecilia sospecha que el joven charro es víctima de una intriga y decide ayudarlo a reivindicar su nombre. Ella y Mariquita descubren un medallón de oro, que contiene los retratos de Mariquita y Jorge. Incapaces de descifrar este misterio, citan al apuesto charro. El no puede esclarecer aquel enigma. Días más tarde llega de Europa el joven Roberto de Alba, que tiene una extraordinaria semejanza con el charro Jorge...

a mi país. Ese Jorge Alvarez lleva, en cambio, muchos años de salteador. Creo que mi prueba de inocencia es convincente. Y no sé si sentirme ofendido o halagado porque usted insiste en compararme con un bandido.

Las claras pupilas de Cecilia destellaron de ira. Con voz vehementemente protestó:

—¡No es un bandido!

—Envidio al afortunado charro.

Luego añadió, sin mirarla:

—¿Tiene algún mensaje para él?

—¿Por qué lo supone?

—Porque está vagando sola por estos lugares desiertos y porque vi su expresión al encontrarme. Pensó por un instante que yo era él.

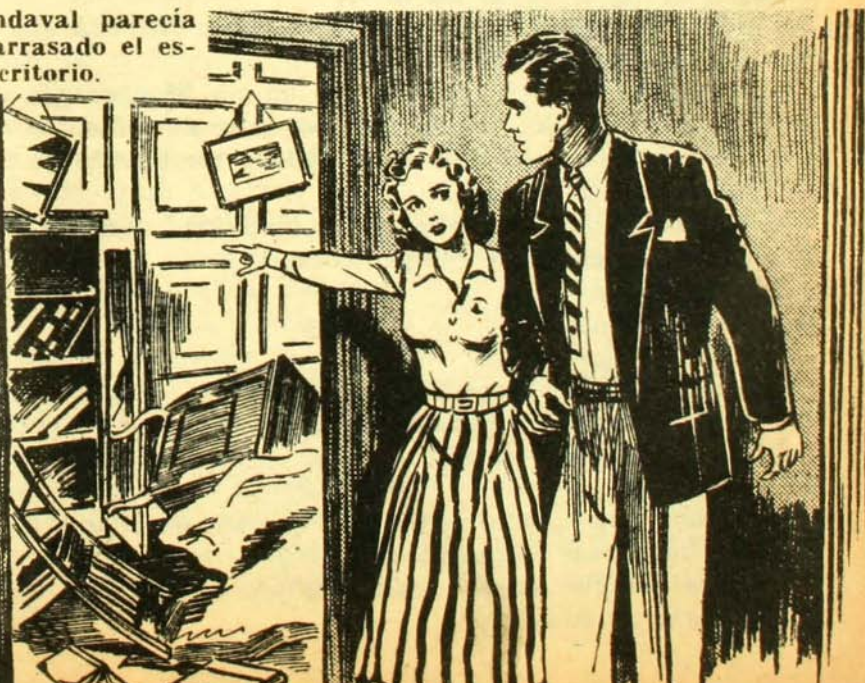
Recalcó los pronombres y ella palideció, más confusa que nunca.

—No es un secreto —murmuró—. Al menos, no por mucho tiempo. La noticia se divulgará con rapidez: vendrán batallones especiales para rastrear a Jorge Alvarez.

—¿Sólo a él? ¿Y los demás bandoleros?

—Caerán en la batida, pero la captura de él es la más importante.

Un vendaval parecía haber arrasado el escritorio.



—Comprendo. Si me vistiera de charro, me vería en graves aprietos, o tal vez recibiría una bala por la espalda. Emocionante, ¿verdad?

—No lo intente —suplicó ella, aterrorizada.

El sonrió, sin contestar.

Cabalaron juntos, dirigiéndose a la salida del bosque.

—Me imagino que Mariquita anda también buscando las huellas del charro. Ofrezco voluntariamente mi concurso para avisarle que será perseguido.

Se separaron en el límite de las tierras de don Pedro García de los Ríos, y cuando la milicia batió el bosque en todas direcciones, explorando también los escondites de la montaña, no encontró a Jorge Alvarez, ni indicio alguno que la guiara a su refugio.

—Nos han traicionado —decía don Pedro, con el rostro desfigurado de cólera.

Trevor susurró al oído de Cecilia:

—Su facineroso logró escapar esta vez. Pero no cesaré hasta atraparlo.

Ella no respondió.

Al día siguiente salió a caminar con Mariquita. Encontraron a Roberto de Alba, quien las invitó:

—Pasen a descansar un instante a mi casa. No está aún habitable, pero puedo atenderlas.

Los trabajadores y criados que la familia Montenegro contrató estaban ausentes. Sólo había una pequeña sirvienta, de raza negra, que acudió a recibirlos, atribulada y temblando de terror.

—¿Qué sucede, Natividad?

—¡Oh, señor, hombres malos venir! Natividad corrió a esconderse y los oyó maldecir y romper cosas.

—¿Cuántos eran?

—No saber, señor.

—¿Robaron algo?

—No saber, señor —repitió la negrita.

El escritorio parecía arrasado por un vendaval.

—¿Qué buscaban? —musitó Cecilia.

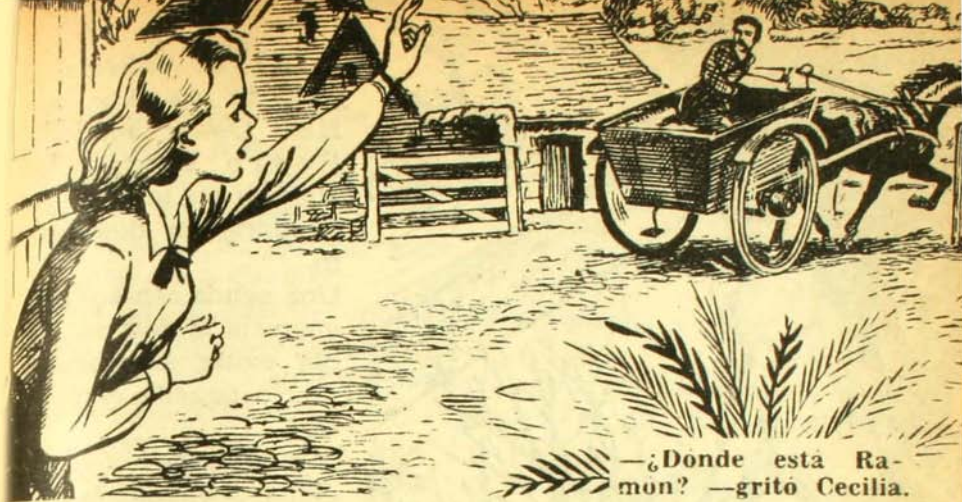
Roberto sonrió:

—Sospecho que no sólo usted cree que soy el charro fugitivo.

—¿Qué buscaban? —insistió ella.

—Pruebas de que yo soy realmente yo.

—¿Roberto de Alba?



—¿Dónde está Ramón? —gritó Cecilia.

—¿Quién más puedo ser? ¡Natividad!

La negrita acudió corriendo.

—¿Qué quiere, mi señor?

—Por suerte dejaron la sala en orden. Sirve refrescos a las señoritas.

Al atardecer regresaron ambas niñas a la hacienda. Iban pensativas. Mariquita reflexionó:

—Tal vez los retratos de ese medallón eran el mío y el de Roberto. ¿Quieres que le hable del misterioso medallón? Jorge no supo descifrar el enigma, quizás Roberto. . .

—No —dijo Cecilia.

—¿Desconfías del príncipe de Alba?

—No, pero no tenemos derecho a revelar el secreto del medallón. Dos días más tarde pasó por la región un viajero a quien Trevor reconoció como un antiguo condiscípulo. Tal vez no le hubiera concedido mayor atención, pero descubrió casualmente que conocía a Roberto de Alba. Entonces lo invitó a la hacienda.

—¿Así es que conoces a Roberto de Alba?

—Estudiamos juntos en la Sorbona —declaró Hans Dower—. Me gustaría hablar con él. ¿Dónde puedo hallarlo?

—Le enviaré recado para que venga —sugirió Trevor—. Tú estás fatigado con el viaje.

—Pienso continuar en cuanto revisen mi coche.

—Mayor razón para que descanses.

Dejando a Dower en compañía de don Pedro, Mariquita y Cecilia, salió a dar órdenes a Ramón. Cecilia comprendió cuál era



Agito desesperadamente el pañuelo rojo.

Desalentada emprendía el regreso cuando vió un frondoso árbol, desde cuya altura se dominaba el camino. Pasó entonces por su habitación para recoger un pañuelo rojo, y luego, ágil y rápida, subió hasta las más elevadas ramas.

Divisó un lujoso automóvil que avanzaba a gran velocidad, y al reconocer al conductor, agitó desesperadamente el pañuelo. Vió que la cabeza de oscuros cabellos se alzaba hacia ella y enrojeció, pero continuó blandiendo su bandera de peligro.

Su corazón latía violentamente.

El auto no se detuvo, perdiéndose en la distancia. Con una sensación de alivio, Cecilia descendió del árbol y regresó a reunirse con Dower y los dueños de casa.

Transcurrió media hora y Dower dijo con un gesto de pesar:

—Es una lástima que no haya visto a De Alba. Proseguiré mi viaje, porque a las seis debo estar en El Paso.

Trevor exclamó:

—No comprendo por qué no ha venido. Ese estúpido de Ramón tal vez le dió mal el recado. Lo interrogaré.

su plan: enfrentar a Roberto de Alba con Hans Dower ante don Pedro García de los Ríos. Si era un impostor quedaría en descubierto.

Una aguda sensación de angustia la dominó. Debía evitar a cualquier precio aquella entrevista.

Murmurando una disculpa, abandonó la sala. Llegó a las caballerizas y vió que uno de los trabajadores se alejaba en un carricoche.

—¿Dónde está Ramón?
—preguntó.

—Salió a caballo, como si lo persiguiera el diablo —repuso el hombre.

—No te molestes, Trevor. De todos modos no puedo retrasarme ni un minuto más. Adiós y gracias por tus atenciones. Don Pedro, ha sido un gran honor conocerlo. Señoritas, encantado de ofrecerles mis respetos.

Trevor era la imagen del furor. Acompañó a Dower y, al regresar, preguntó a Cecilia:

—¿Por qué se ausentó unos minutos, señorita Cecilia?

—Fuí a buscar este pañuelo.

Respondió tranquilamente. Estaba segura de no haber sido descubierta. El árbol que le sirvió de atalaya era sólo visible desde el camino.

—¿Qué le ocurre a ese desabrido? —inquirió Mariquita, cuando estuvo a solas con su joven profesora—. ¿Y dónde estuviste tú, Cecilia?

—Impedí que Roberto de Alba acudiera al llamado de Trevor.

—¿Por qué? ¿Era una trampa? Ya me parecía —gritó la niña, excitada—. ¿Y cómo le advertiste el peligro?

Cecilia relató su ardid. Con los ojos relucientes de admiración, Mariquita aplaudió:

—Eres valiente y decidida. Otra hubiera vacilado por temor a que la creyeran chiflada. Y cuando lo encuentres, ¿qué le dirás?

—No sé —contestó Cecilia, mientras el rubor quemaba su rostro. En efecto, guardó silencio cuando se encontró con Roberto, en casa de la familia Montenegro.

El declaró:

—No sé a qué atribuir su actitud, Cecilia, pero supongo que debo agradecer su señal. Me refiero a la bandera roja. ¿Trevor me esperaba con una ametralladora?

—No. Quería enfrentarlo con Hans Dower.

—Dower... Lo conocí en París. Excelente amigo.

Hablaba con naturalidad.

—Mi conducta fué absurda —balbuceó la niña, mortificada.

—No, Cecilia. Sé que quiso defenderme y le agradezco su bondad y su valor. Pero no debe arriesgarse, por mí ni por nadie. Trevor es un enemigo desleal. Y en cuanto a don Pedro...

Cogió las finas manos y su mirada profunda contempló el suave semblante.

—Recuérdelo, Cecilia, por mí ni por nadie. Vale usted demasiado para que se exponga a ser tratada con desprecio por un miserable o un fatuo.

(CONTINUARA)

Ponchito



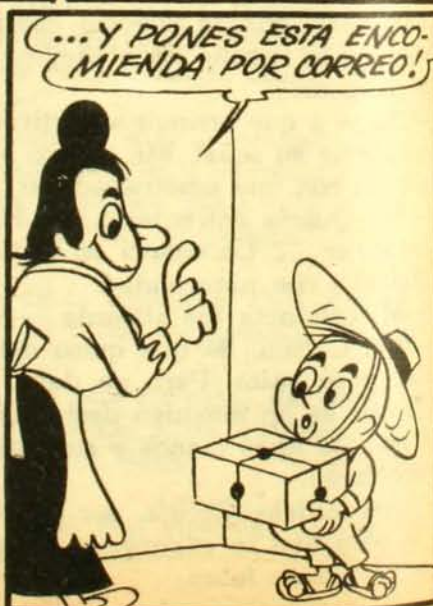
¡NO OLVIDES REZAR TUS ORACIONES ANTES DE DORMIRTE!



¡ENCOMIÉNDATE AL ANGEL DE LA GUARDA!



AL OTRO DIA...
¡TOMA, PONCHITO, ANDA AL PUEBLO...



...Y PONES ESTA ENCOMIENDA POR CORREO!



¡HOLA PONCHITO! ¿Y ESA ENCOMIENDA, PARA QUIÉN ES?



¡NO SE' CREO QUE DEBE SER PARA EL ANGEL DE LA GUARDA!
¿COMO?



¡CLARO, MI ABUELITA SIEMPRE ME DICE QUE ME ENCOMIENDE AL ANGEL DE LA GUARDA!



El jorobado

CAPITULO XIX.—*El mensaje melagroso.*

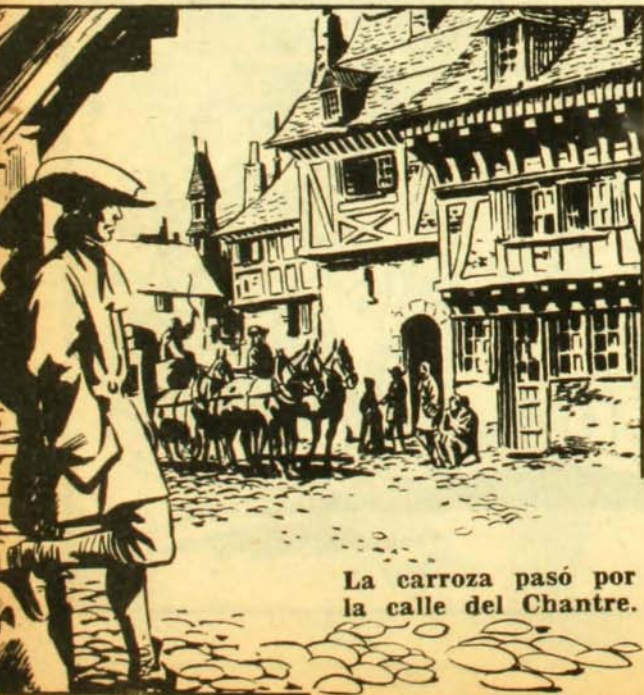
La gitana María de la Santa Cruz dijo al príncipe Felipe de Gonzaga que había visto en Paris a su amiga Aurora.

—Acabábamos de pasar la puerta de Saint-Honoré. Yo iba discutiendo con Peiroles porque no me dejaba abrir las cortinillas del carruaje. Así me impidió ver el Palacio y nunca he de perdonárselo. A la vuelta de una esquina penetramos en una calle tan estrecha, que la carroza casi rozaba las paredes. En una casa oíase cantar una voz juvenil. El señor de Peiroles tenía la cortina sujeta con la mano, pero tuvo que retirarla, porque yo le rompí encima mi abanico. Acababa de reconocer la voz. Levanté la cortina y, en efecto, junto a una ventana baja pude ver a mi amiga Aurora, más bella que nunca. Di un grito y quise bajar, pero fué inútil. ¡Ah, si hubiera tenido fuerzas para castigar al insostenible Peiroles!

—¿Decís que era una calle próxima al Palacio? —interrogó Gonzaga, que estaba intensamente pálido.

—Sí, es la calle del Chantre. Le pregunté el nombre a mi carcelero Peiroles.

—No os quejéis. Era necesario protegeros contra enemigos terribles. Pronto ha de terminar vuestra vida de vagancia e incertidumbre. Conoceréis a vuestra madre, la princesa de Gonzaga.



La carroza pasó por la calle del Chantre.

Y dejando a la joven sumida en un ensueño de felicidad, se retiró a sus aposentos. Un mundo de pensamientos se agitaba en su mente.

—¡En la calle del Chantre! —murmuró—. ¿Estará sola? ¿La habrá seguido él? Sería mucha audacia. Pero, ¿ciertamente sería ella?

Aquella era la heredera de Nevers, a quien había buscado ansiosamente durante dieciocho años, para eliminarla. Pero ella estaba

protegida por un hombre que no era un ser humano, sino un demonio vengador, que esgrimía una espada invencible y llevaba grabada en su corazón sentencia de muerte contra todos los asesinos de Nevers.

Se estremeció.

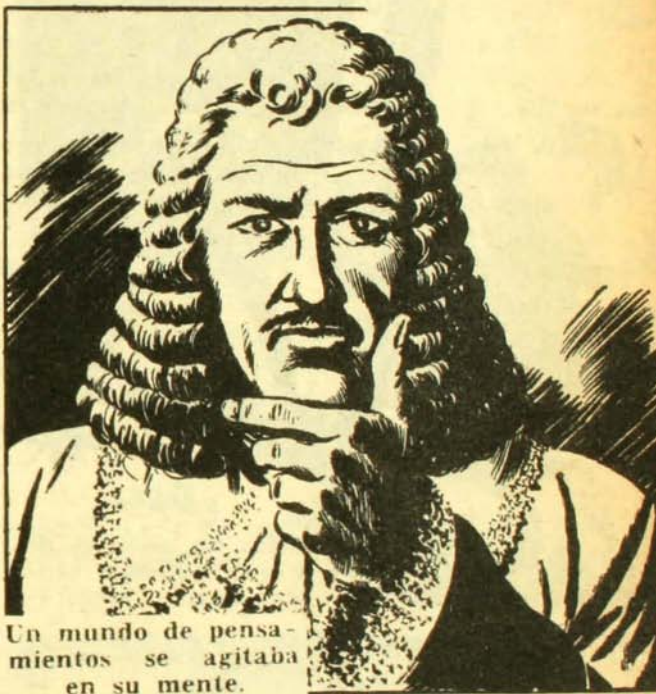
—Es preciso evitar que aparezca la verdadera Aurora. La gitana es quien debe presentarse como hija del duque. Fácilmente podré dominarla y no habrá peligro alguno. En cambio, si se descubre el crimen...

... el Regente será implacable para vengar la muerte de Felipe de Nevers. He visto lágrimas en sus ojos al mirar a mi mujer enlutada. Mi esposa, que es la viuda de Nevers. Pero, ¿a qué tantos temores? Han pasado diecinueve años y ni una voz se ha elevado contra mí.

Con el fino pañuelo de encajes secó su frente húmeda.

—Espero que la princesa acepte a mi gitanita como legítima hija, y entonces... ¡triunfaré! Y después de algún tiempo la nueva princesita puede morir. ¡Se mueren tantas jóvenes!

A fin de cumplir sus planes había convocado un tribunal de





Todos los asesinos de Nevers estaban sentenciados a muerte.

familia, en el cual se decidiría el destino de la falsa hija de Nevers.

Transcurrieron dieciocho años desde que Aurora de Caylus se convirtió en esposa de Gonzaga y jamás consintió en verle ni oírle. Inflexible en su desesperación, no quería ser consolada. Siempre sola entre sus damas, que tenían prohibido dirigirle la palabra, y rodeada de cuadros fúnebres, era como una sonámbula.

El confesor le había llevado como dama a Magdalena Giraud, fiel y discreta. Aquella mañana se acercó a su señora, que oraba en el reclinatorio, y depositó sobre su

manteleta un libro de horas. Aurora estaban tan abstraída que no advirtió su presencia.

—¿Me permitís hablaros, señora? —balbuceó la doncella.

—¿De dónde venís, Magdalena?

—De mi aposento, Alteza.

Aurora de Caylus sonrió tenuemente, con amargura. Había divisado a su doncella en el jardín, mezclada con la muchedumbre. “¡Otra que han pagado por mentir!”, reflexionó.

—Señora, ese consejo de familia...

—Os prohibo hablarme de eso.

—¡Señora! —protestó humildemente—. ¿No queréis encontrar a vuestra hija?

La princesa, temblorosa y más pálida aún que de costumbre, se incorporó y con este movimiento su pañuelo cayó al suelo. La doncella se inclinó para recogerlo. Se oyó un sonido metálico, que parecía surgir de su delantal. La princesa dijo, fijando en ella su mirada fría:

—Tenéis oro.

Magdalena, que lloraba, unió sus manos en un gesto suplicante. Aurora, en un gesto indigno de su alcurnia y de su altivo carácter, hundió la mano en el bolsillo de su dama y sacó un puñado de diez o doce escudos españoles.

—El señor de Gonzaga acaba de llegar de España —observó con amargo desprecio.

Magdalena cayó de rodillas, murmurando:

—¡Señora! ¡Oh señora! Tengo un hijo que es mi vida. Con ese oro estudiará. El que me lo ha dado viene también de España. En nombre de Dios, señora, escuchadme.

—¡Salid! —ordenó secamente la princesa.

Cuando la pobre mujer obedeció, atribulada y pálida, Aurora de Caylus, ocultando el rostro entre sus manos, gimió:

—No puedo fiarme de nadie. . . ¡De nadie!

Luego, fijando sus ardorosos ojos en el altar, añadió:

—¡Señor! ¿No he sufrido ya bastante? Quisiera morir. ¡Jesús mío, la muerte!

De pronto lanzó un grito. El libro de oraciones estaba abierto y vió escrito en él un mensaje milagroso.

(CONTINUARA)

Seguía buscando a su
hija en Francia y en
el extranjero.



¿A QUIEN PERTENECE?



Dinos a quién perteneció el caballo "ROCINANTE". Envia tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D. Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 233. Aladino.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Pedro Alfonso Lericki, Valparaíso; Gloria Lagos, Rancagua; Iván Irrarázaval, San Francisco Limache; Roberto Jiusán, Santiago; Isabel Torres, Santiago; Julio Ureta, Santiago; UN PREMIO DE \$ 20.— Valeriano Alfonso Pozo, Santiago; Claudio Díaz, Santiago; Reginaldo Quintana, Santiago; Alberto Estay, Lontué; Marta Zamorano, Rengo; Carlos Ravest, Valparaíso; María Luisa Montt, Santiago; Valeria Navarro, Lontué; Carlos Arancibia, Valparaíso; Beatriz de Moras, San Felipe. UN LIBRO.— Luis Muñoz, Rancagua; Guillermo González, Los Andes; Grecia Gálvez, San Fernando; María Inés Lagos, Viña del Mar; Nieves Fariña, Santiago; Juan Valcárcel, Melipilla; María Cristina Vial, Llay-Llay; Ada Martini, Santiago; Julio Ríos, Santiago; Juan Rivas, Concepción.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 235

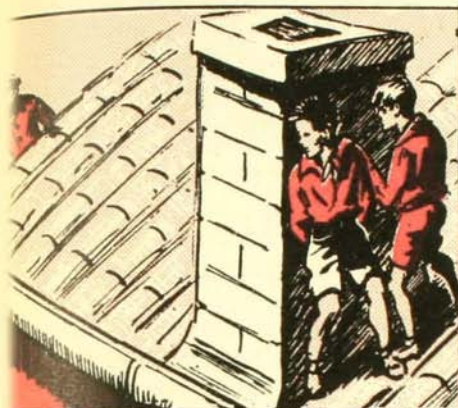
COLMOS...

El colmo de un goloso..., comerse una casa pintada al pastel.

El colmo de un Agente de Investigaciones..., tener una esposa con carácter de hierro.

El colmo de la escasez de viviendas... que un caracol ande buscando casa.

Juan y Juanita



3. Ambos niños se escondieron detrás de la chimenea. “—No los veo, patrón —gritó el vigilante—. Tal vez la señal vino del otro lado del muro.” Mientras Conrado bajaba trabajosamente, Juan y Tilín descendieron por un tragaluz, dejándolo herméticamente cerrado para que no les persiguieran por ese camino.



4. “—Y ahora, al dormitorio —sonrió Tilín—. Si llegamos antes que el viejo “Limón”, nos encontrará durmiendo como ángeles. Si nos acusa de andar por el tejado, le diremos que no somos gatos.” Por su parte, el director se dirigía también al dormitorio ¿Quién llegaría primero?

(CONTINUARA)

¡QUE LINDO QUITASOL!



¡COMO ME GUSTARIA ESTAR A LA SOMBRITA!



DORMIRÍA UNA SIESTITA Y LO PASARÍA REGIO



¿Y POR QUE NO ME FABRICO UNO YO MISMA?



IRE' A LA CASA Y TRAE-RE' LO NECESARIO



NATO DESDE

¡AAAAH, QUE COMODIDAD!



N.º 236

SIMBA

JUAN Y JUANITA

\$ 6.-

ELENA
POIRIER



Juan y Juanita

CAPITULO XIV.—LOS SONAMBULOS.



1. Juan y Tilín, que intentaron escapar del reformatorio de Arpajon, se vieron obligados a renunciar a la fuga, porque el guardia Conrado les denunció al director. Deslizándose por el entretecho volvieron a su dormitorio y se dejaron caer sobre sus camas. “—Buenas noches, amigo”, sonrió Tilín.



2. El director Baltasar Lamón subía precipitadamente la escalera. Al llegar a la puerta del dormitorio dijo al guardián nocturno. “—Estoy seguro de que te faltan dos niños. Eres un inútil.” El nochero, muy asustado, se defendió: “—Creo que están todos, señor. Los conozco por los ronquidos y juraría que...

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 10-III-1954 — N.º 236

“El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas”.

CAPITULO III.—El Delfín.

Para llegar hasta el Delfín, que residía en Chinón, era preciso cabalgar ciento cincuenta leguas, es decir, media Francia y a través de países dominados por ingleses y borgoñeses.

Juana de Arco, vestida de hombre, y cual un hermoso paje, ya no abriga temor. Aunque el viento le azotara o la lluvia le dejase calados los huesos, jamás profería una queja. Ni siquiera porque la comida fuese escasa o pobre: duro y mohoso pan de cebada, queso también añejo y alguna fruta cogida en el camino.

Su felicidad eran los rezos, y en sus momentos de devoción, escuchaba las dulces voces de sus santas.

Después de caminar durante once noches, desde el 23 de febrero hasta el 6 de marzo de 1429, divisa, a lo lejos, el primer campamento de los franceses combatientes. La doncella extiende sus brazos, como para estrechar a aquel ejército contra su corazón. A galope tendido atraviesa el Loira, y cuando el caballo pisa sue-

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10



Adaptación de Roxane

lo tureno, ese suelo de Turena que aún no ha mancillado el enemigo, se hinca, da gracias al cielo, y entrando en su tienda de campaña, dicta a uno de sus acompañantes una carta para el Delfín.

Mientras tanto el hidalgo Bertran de Poulegny y Juan de Metz proclaman entre alabanzas que una pastora de Lorena, encargada por Dios de rechazar a los ingleses, acaba de llegar al campamento. La noticia corre veloz; soldados y campesinos llegan con estandartes a la cabeza para admirar a la pastora. Apiñados frente a su tienda de campaña la aclaman sin cesar. Juana de Arco en tanto que dicta su carta; escucha el clamor del pueblo. Impaciente, rubrica la misiva y grita a la muchedumbre:

—El Señor os envía a la victoria.

Y el pueblo responde:

—¡VIVA LA DONCELLA!

Cien, doscientas, miles de voces de mujeres, de niños y de ancianos la vitorean. Es Francia, es el pueblo de Francia que grita su fervor por aquellos pechos de Turena.

Por la noche reposaban los viajeros en sus respectivas tiendas. De pronto Juana de Arco levantó la cabeza y sus ojos se alzaron al cielo, que en aquel momento estaba alumbrado por la luna. Sus voces celestiales la llamaban. Guiada por ellas llegó hasta las proximidades del lago cercano y se dejó caer de rodillas. Allí, donde la luz plateada de la luna se reflejaba en las tranquilas aguas, comenzó a dibujarse en una hoguera de luz la figura celeste de Santa Catalina, en cuyos dominios se encontraba.

La doncella tendió los brazos. Era feliz como nunca lo fuera, porque la aparición se iba aproximando. Ya veía sus facciones, ya contemplaba su sonrisa. Y, clara, como jamás la percibiera, llegó la voz:

—No desmayes, Juana. Dios confía en ti.

Tras lo cual la aparición fué desvaneciéndose, y la pastorcilla quedó en oración.

Reconfortada por las palabras de Santa Catalina, la doncella envió a la mañana siguiente un mensajero al Delfín, pidiéndole la venia para visitarle en su palacio de Chinón.

Tras el mensaje partió Juana con sus amigos, pues no quiso esperar respuesta y afirmó:

—Sé que me recibirá el rey.

Juana de Arco entró en la Villa de Chinón el 8 de marzo de



En su tienda de campaña la doncella dicta una carta para el Delfín.

1429. El mensajero del rey, que iba con ella, Colet de Vienne, cuidó de aposentarla no lejos del castillo donde moraba el Delfín.

Era el Delfín Carlos un joven de carácter débil, pusilánime y tímido. Aunque le coronaron rey en Poitiers, a la muerte de su padre el rey Carlos VII, no se le acataba por soberano. Siempre en manos de validos que gobernaban, el Delfín Carlos andaba de un lado a otro, de una ciudad a un castillo, temeroso en todo momento de que se presentasen los ingleses para capturarlo.

En los días en que Juana de Arco llegó a Chinón, dominaba al Delfín el señor de La Tremouille, ayudándole en la privanza el arzobispo de Reims. Estos dos favoritos se opusieron a la entrevista de la doncella con el Delfín, y cuando ella dijo que había enviado una carta al rey pidiéndole audiencia, el capitán de la guardia le cerró el paso, diciendo:

—No hay audiencia para ti, pero puedes decirme qué quieres.

—Nada he de decirte a ti, soldadote —respondió Juana de Arco—. Al rey Carlos deseo hablar.



—¡Oh, vos no sois el Delfín! —exclamó Juana.

Volvió Juana otra y otra vez, y siempre halló hostilidad. Por fin el conde de Vendôme, Luis de Borbón, se interesó por ella y la recibió en su palacio.

—Yo te llevaré hasta el rey —prometió.

El pusilánime Delfín sintió curiosidad por conocer a la muchacha que había cruzado media Francia para instaurarle en el trono que ya casi había perdido. Mas, como siempre, tenía que pedir la opinión de La Tremouille y del arzobispo de Reims.

—¿Recibir a una campesina que pretende tomar el mando de mis soldados? —protestaba La Tremouille—. Soy yo únicamente el dueño del ejército.

El Delfín se dirigió entonces al arzobispo, quien dijo así:

—El Delfín no debe dejarse influir por su primo Luis de Borbón...

—Yo no me dejo influir por nadie —gritó el Delfín, con inusitada violencia—, pero tengo curiosidad por ver a esa pastora. Si me engaña...

—Hay un medio de saber si es impostora —insinuó Gilles de Rais—. Se trata, Majestad, de que cambiemos ropas. Yo usaré vuestro manto y me sentaré en el trono. Vos podéis usar mis vestidos.

—Y si es cierto que es enviada de Dios sabrá reconocerme —insintió el Delfín.

Al día siguiente reunióse la corte entera para recibir a la pastora, que era ya el ídolo de la muchedumbre.

La pastora se inclinó ante el trono y murmuró, de hinojos:

—Dios os proteja, gentil Delfín.

Mas al alzar la cabeza y posar los ojos en Gilles de Rais, retrocedió:

—¡Oh, no! Vos no sois el Delfín.

Se alzaron voces de asombro, que aumentaron cuando la doncella se arrodilló ante el rey Carlos, diciendo:

—Señor, vengo en nombre de Dios para ayudaros a vos y a vuestra Francia.

El sorprendido monarca la alzó con dulzura, llevándola aparte, ante el estupor de los cortesanos.

El Delfín resplandecía de gozo cuando terminó la entrevista, y entonces corrió la voz de que un ángel le había traído la corona de San Luis Rey de Francia.

Pero Juana de Arco aún tenía que luchar con los aviesos consejeros del Delfín.

No permitirían que una simple campesina se interpusiera entre ellos y el Delfín de Francia. No aceptaban que movilizara el ejército para lanzarlo contra el enemigo, ni que fuera su mano de pastora la que alzara la real corona sobre las sienes de Carlos VII.

(CONTINUARA)



Era el Delfín Carlos un joven pusilánime.



LA CIUDAD DE LOS LAMAS



CAPITULO II.—LA SEÑAL DE LOS LAMAS



1. El explorador Andrés Brian vió que un niño era perseguido por dos tibetanos y decidió intervenir. Dejó que el muchachito entrara al desfiladero y luego embistió a los perseguidores. Uno de ellos quedó fuera de combate, pero el otro alzó la espada, gritando como un demonio enfurecido.

3. "—¿Quién eres y por qué te perseguían?" El pequeño respondió: "—Soy Chang, el vendedor de agua. Esos hombres querían robarme la vida". Y luego de estas enigmáticas palabras, Chang huyó. Andrés, desconcertado, le llamó: "—Ven. Nada tienes que temer. Yo te protegeré".



2. El niño se acercó al inerte cuerpo del enemigo derrotado y desenvainó el arma. Brian oprimía la diestra de su adversario, intentando desviar la hoja asesina. El niño hirió entonces al tibetano, que se desplomó sin una queja. "—Gracias", dijo el explorador, con una suave sonrisa.

4. Pero la menuda silueta de Chang ya había desaparecido. El periodista Marco Lund y el aviador Luis Barnar se reunieron con Brian y le interrogaron: "¿—Por qué perseguían al muchacho? ¿Quiénes son esos individuos?" El joven repuso: "—Vamos a la aldea. Allí descifraremos este misterio".

LA CIUDAD DE LOS LAMAS



5. Se internaron por las calles. Algunos tibetanos, inmóviles como estatuas, descansaban en las puertas de sus casas. Aquel ambiente soñoliento no parecía haberse agitado por los gritos de Chang. Los extranjeros fueron conducidos ante el jefe. “—¿Pueden proporcionarnos un guía para llegar a Lhasa?”, preguntó Brian.

7. Al día siguiente se dispuso el audaz viaje. Debían trasponer el Nanga Parbat, una elevada montaña. El equipo y los víveres serían llevados en asnos. De pronto se oyó un grito estridente y una anciana mujer atravesó el grupo y cayó a los pies de Dondua, gimiendo: “—¡Protégeme, Dondua!”



6. Dondua, el jefe, protestó: “—La entrada a esa ciudad está prohibida a los hombres de raza blanca. Además, hay en este momento una vigilancia especial, porque el Dalai Lama está próximo a la muerte”. Brian insistió, sin embargo, y Dondua eligió a tres de sus hombres para que guiaran a los forasteros.

8. “—¡Mi nieto Chang ha sido raptado! Los malvados dejaron el “khata” amarillo, la señal fatídica de los lamas.” Retorcía entre sus manos un trozo de género amarillo. Andrés prometió: “—Nosotros rescataremos a Chang”. Dondua murmuró: “—Gracias, extranjero, y que Buda te proteja”.

(CONTINUARA)

EL POLLITO QUE se PROCLAMÓ REY

Erase un pollito muy chiquitito a quien no gustaba ni pizca ser pobre.

Vino al mundo siendo ya huérfano, y dijo:

—¡Mi padre ha muerto de hambre, y el rey le debía un grano de trigo!

Descolgó el zurrón de su difunto padre y, anda que te anda, partió a cobrar aquella deuda.

Apenas había andado media docena de pasos, cuando encontró en el camino un palo que le hizo tropezar y caer.

El Pollito se levantó y dijo:

—¡Ah! Palo, ¿aquí estás tú? No te había visto.

—¿Adónde vas? —le preguntó el Palo.

—Voy —contestó— a cobrar un crédito de mi difunto padre.

—Vamos juntos —dijo el Palo.

El Pollito cogió al Palo y se lo metió en el zurrón.

Anda que te anda, se encontró con un gato que, al verle, exclamó:

—¡Ah, qué bocado más tierno!

—No —replicó el Pollito—; yo no valgo la pena.

—¿Y adónde vas? —preguntó el Gato.

—Voy a cobrar un crédito de mi padre.

—Pues vamos allá juntos —dijo el Gato—; tal vez encuentre allí algo bueno que comer.

El Pollito cogió al Gato y lo metió en el zurrón.

Y encontró a una hiena que le preguntó:

—¿Adónde vas con el zurrón?

—Voy a cobrar un crédito de mi padre —explicó el Pollito.

—Vamos allá juntos —dijo la Hiena.

El Pollito cogió a la Hiena y la metió en el zurrón.

Anda que te anda, encontró a un león.

—¿Adónde vas?

—A cobrar un crédito de mi difunto padre.

—Vamos allá juntos —dijo el León.

El Pollito cogió al melencudo animal y lo metió en el zurrón.

Encontró a un elefante que estaba hartándose de plátanos.

El Elefante le preguntó cordialmente:

—¿Adónde vas, Pollito?

—A cobrar un crédito de mi difunto padre.

—Pues, entonces, vamos juntos —dijo el paquidermo.

El Pollito cogió al Elefante y lo metió en el zurrón.

Anda que te anda, encontró a un guerrero, que le preguntó:

—¿Adónde vas con ese zurrón tan repleto?

—Voy a cobrar una deuda.

—¿A casa de quién? —preguntó el Guerrero.

—Al palacio del rey —contestó el Pollito.

—Vamos juntos allá —dijo el Guerrero.

El Pollito lo cogió y lo metió en el zurrón.

Por fin llegó a la aldea donde vivía el rey.

La gente corrió a anunciar al soberano que el Pollito había llegado y que pretendía cobrar el crédito de su difunto padre.

—Haced hervir un caldero de agua y tirádsela hirviendo; así ese insolente polluelo morirá y no tendremos que pagar la deuda.

La hija del monarca se puso a gritar:

—Yo le tiraré el agua hirviendo.

—¿A dónde vas? —
preguntó el león al
pollito.



Al verla venir, el Pollito le dijo al Palo:

—¡Palo, ahora es la tuya!

El Palo hizo tropezar y caer a la hija del rey. El agua hirviendo se derramó y la hija del rey se quemó.

La gente de la aldea dijo entonces:

—Hay que encerrarlo en el gallinero con las gallinas, que lo matarán a picotazos.

Pero el Pollito sacó el Gato del zurrón, y le dijo:

—¡Te devuelvo la libertad!

El Gato mató a todas las gallinas, cogió la más gorda y se escapó.

Los cortesanos dijeron entonces:

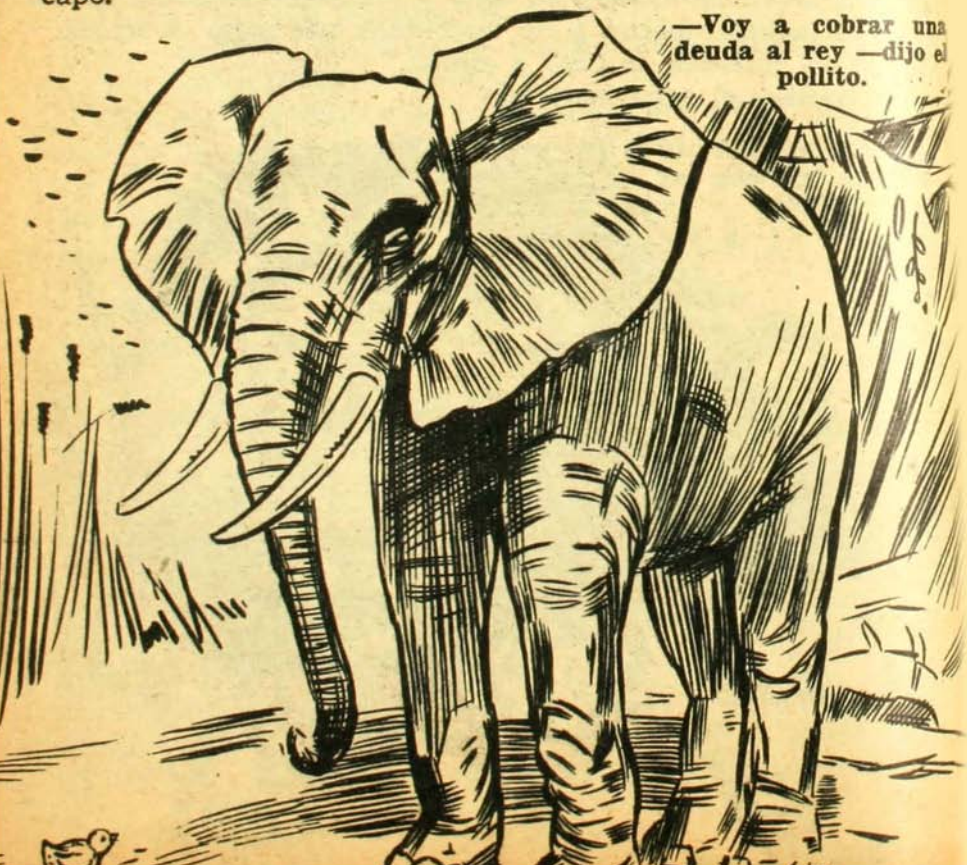
—¡Que lo encierren en el corral con las cabras; allí lo pisotearán!

El Pollito dijo entonces:

—¡Hiena, ya eres libre!

La Hiena mató a todas las cabras, escogió la más gorda y se escapó.

—Voy a cobrar una
deuda al rey —dijo el
pollito.



La gente dijo entonces:

—¡Que lo encierren en el corral de los bueyes! Y allí lo metieron.

Pero el Pollito dijo:

—¡León, ahora es la tuya!

El León salió del zurrón, degolló a los bueyes, escogió el más gordo y lo devoró en un santiamén.

Todo el pueblo estaba furioso y decía:

—¡Este polluelo es un desvergonzado que no quiere morir! ¡Lo encerraremos con los camellos! Ellos lo pisotearán y matarán.

Lo encerraron. Pero el Pollito dijo:

—Buen amigo, compañero Elefante: sálvame la vida.

Y sacó al paquidermo del zurrón.

El Elefante miró a los camellos, los desafió y aplastó hasta el último.

La gente del pueblo fué a ver al rey y le dijo:

—Este insolente polluelo no morirá aquí; démosle lo que se debía a su padre y que se vaya.

El soberano ordenó abrir su real tesoro y se dió al Pollito el grano de trigo que se le debía.

Y el Pollito abandonó, con su tesoro, el pueblo.

Entonces, todo el mundo montó a caballo, hasta el mismo rey, y se lanzaron en pos del Pollito.

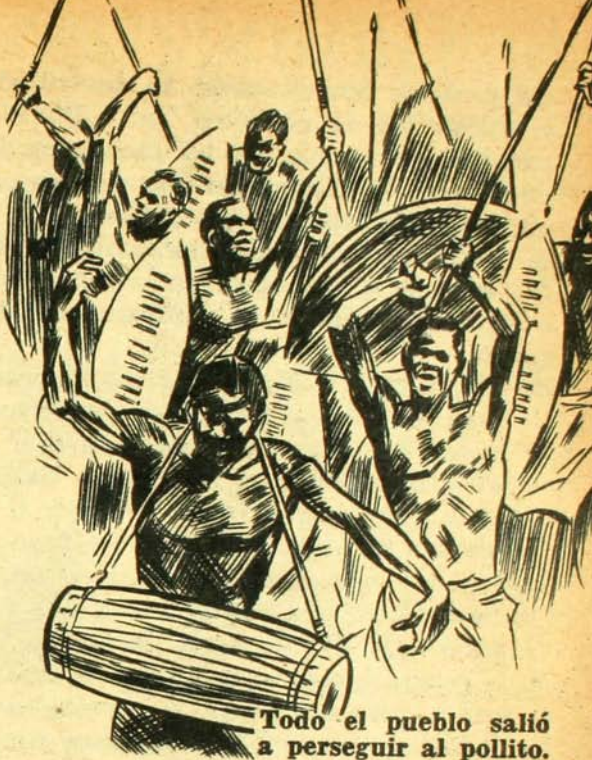
Pero el Pollito sacó al Guerrero del zurrón y le dijo:

—¡Guerrero, he aquí llegada tu hora!

El Guerrero hizo trizas a todos.

Y el Pollito volvió entonces a la aldea del rey y se proclamó el soberano de aquel pueblo, al que, en buena lid, había vencido.

El Pollito organizó su reino. El Palo fué nombrado jefe de poli-



Todo el pueblo salió a perseguir al pollito.

cía y todos temían tanto su severidad (y sus golpes), que se acabaron los delincuentes, los ladrones y los pillos. El Gato se convirtió en capitán de los cazadores. La Hiena vigilaba el aseo de la aldea y donde veía una carroña, ¡zas!, la engullía para que no diera mal aspecto a las calles.

El León revisaba todas las mañanas el cuerpo de guardia y ¡ay del soldado que tuviera un botón suelto o las botas sin lustrar o alguna mancha en el uniforme! Pasaba de las filas a la enfermería.

El Elefante recibió el título de Regador de los Jardines Reales. El Guerrero llegó a ser el primer personaje de la corte.

¿Y saben ustedes qué sucedió un día? Una Pollita muy donosa se presentó en el palacio y exigió hablar con el monarca.

—¿Para qué quieres verlo? —rugió el León.

—Vengo a reclamar un grano de trigo que le debe a mi padre. Todos los cortesanos se estremecieron. Con esas palabras había tambaleado ya una vez el trono. ¿Se aproximaría una nueva revolución? ¿El Pollito sería derrocado y la Pollita se convertiría en la reina? Lanzaron miradas de disimulo a las alitas de la reclamante, pero no vieron ni zurrón, ni bolsa.

La Pollita no contaba con recursos para imponerse.

El Palo, más grave y severo que nunca, preguntó:

—¿Conoces al rey?

—Mi padre me dijo que era un negro bellaco y que trataría de embaucarme. Pero no me engañará. Quiero mi grano de trigo. Los cortesanos respiraron aliviados. La Pollita se refería al antiguo rey. Corrieron a avisar al rey, y éste, cuando vió cuán linda era la Pollita de rubias plumas y sonrosadas patitas, perdió el habla.

El Palo, creyendo que su rey y señor deseaba deshacerse de la inoportuna, sugirió:

—Tengo un lugar desocupado en la cárcel...

El Pollito contestó:

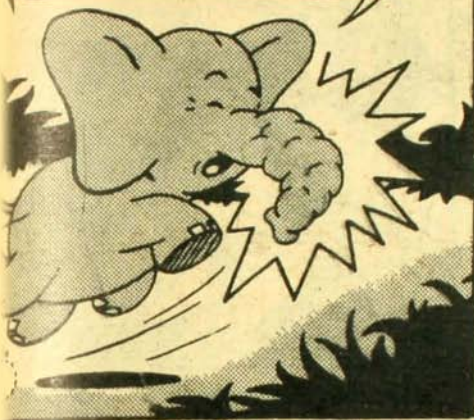
—Llévenla a la sala del tesoro y que el Elefante transporte todo el trigo, las joyas y el oro que ella quiera elegir.

—Era el otro rey y no tú quién me debía el grano de trigo —dijo la Pollita, y decidió marcharse.

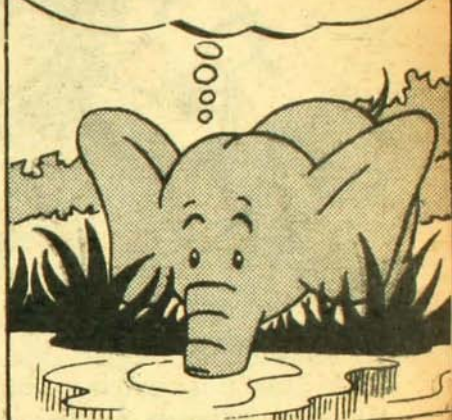
Pero el Pollito la detuvo y días más tarde se casaron. Y así, por dos granos de trigo que debía el mal rey, hubo un cambio de reinado y una boda feliz.



AS HORMIGAS ME PICARON
LA NARIZ ME MATARON



EL AGUA CALMA EL DOLOR
YA SIENTO MENOS ARDOR



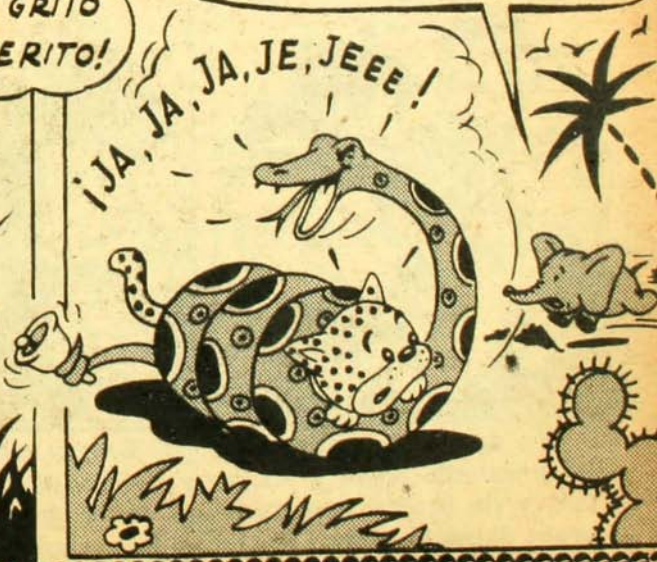
OCORRO,
TROMPITA!

NO RECONOZCO ESE GRITO
ES LA VOZ DE PANTERITO!



VOYA DARLE UN BUEN CASTIGO
POR MOLESTAR A MI AMIGO

¡JA, JA, JE, JEE!





SOLITARIO BILL

CAPITULO XXI.—LA CAVERNA DE LOS TOTEMS



1. Mediante un golpe a traición, Miguel derrotó a Tex Montaña, quien, al recobrar el conocimiento, se lanzó contra su atacante. Las manos del vaquero rodearon peligrosamente el magro cuello. Miguel barbotaba: “—Cálmese, amigo. Estoy desolado porque lo vencí..., profundamente desolado..., muy desol...”



3. Solitario Bill intervino: “—Déjalo, Tex, y devuélvele su peluca. Es un farsante y no me preocuparía más de él, pero ha asesinado a un indio osage, a Halcón Rojo”. Miguel protestó: “—¿Por qué hablar de “asesinato”? Matar a un indio es como eliminar a un perro”. Repentinamente guardó silencio.



2. Ya no podía seguir hablando. Estaba sofocado y Tex Montaña lo sacudía como a un peral. “—Yo te daré desolación”, rugía Tex, y de pronto descubrió que tenía en sus manos la masa de largos cabellos negros. Asombrado exclamó: “—Con la furia me convertí en un piel roja y le he arrancado la cabellera”.



4. Vió ante sus ojos el puño del joven texano y como conocía su fuerza, decidió ser discreto. “—Tienes muchas cosas que explicar —añadió Solitario Bill con adusto ceño—. ¿Dónde está la caverna de los totems? ¿Por qué Halcón Rojo te llamó “el hombre de la Mano Quemante”?”.



SOLITARIO BILL



5. "—Ese es mi pequeño secreto. Permítame guardarlo", contestó Miguel. Sin insistir, Solitario Bill llamó a su caballo. Este respondió con un poderoso relincho, que fué coreado por un segundo relincho, proveniente de algún oculto lugar del desfiladero. El joven sonrió: "—Ese es tu caballo, Miguel. El nos conducirá".

7. "—Esto es inaudito —protestaba el mestizo—. No tengo nada oculto. ¿Por qué registran mis cavernas? Están vacías." Tex repuso: "—Quizás no tanto como tu cabeza. Gatea más rápido o te prenderé fuego en la cola con mi antorcha". Por fin los exploradores llegaron al final de la baja galería.



6. Guiados por el relincho, hallaron al caballo en una alejada gruta, donde descubrieron un pasaje secreto. Cerca de allí había provisión de ramas resinosas, que se usaban sin duda como antorchas. Encendieron dos y se internaron por el túnel. "—Adelante, fantasmita", dijo Tex a Miguel.

8. Y penetraron en una enorme caverna, poblada de gigantescos totems, o ídolos primitivos. Tex no pudo contener un silbido de admiración, que rebotó en las paredes de piedra. Miguel crispó sus manos, con reprimida cólera. Esa era la caverna de los totems, la antesala del tesoro osage que él codiciaba.

(CONTINUARA)



EL CHARRO FUGITIVO



CAPITULO VIII.—

Cómplice de un foragido.

Cecilia Valle había dicho a Roberto de Alba que no permanecería impávida ante los esfuerzos de Alfonso Trevor para capturar al charro Jorge Alvarez o comprometer al propio De Alba en sus intrigas.

—Tendré que vigilarla, niña mía —murmuró él, sonriendo—. Me convertiré en su sombra fiel, en su insistente guardián.

Habló con voz despreocupada, pero su mirada era grave.

Desde que la milicia registró los bosques y cavernas, nadie había tenido noticias del charro Jorge Alvarez.

—Parece que la tierra se lo hubiera tragado —comentaban los habitantes de la región.

—Todos los tipos de esa calaña debieran desaparecer como él —decía don Pedro García de los Ríos—. Si surge de nuevo, espero que caiga en poder de la justicia.

—Pero es imposible que se haya volatilizado —exclamaba Alfonso Trevor—. La búsqueda debe continuar.

—Usted sabe que sería inútil. No ha quedado un solo sitio sin explorar.

RESUMEN: Cecilia Valle es profesora de Mariquita García, niña mexicana, hija del orgulloso don Pedro García de los Ríos. Conoce al charro Jorge Alvarez, a quien el hacendado mexicano profesa un odio mortal. Cecilia sospecha que el joven charro es víctima de una intriga y decide ayudarlo a reivindicar su nombre. Ella y Mariquita descubren un medallón de oro, que contiene los retratos de Mariquita y Jorge. Incapaces de descifrar este misterio, citan al apuesto charro. El no puede esclarecer aquel enigma. Días más tarde llega de Europa el joven Roberto de Alba, que tiene una extraordinaria semejanza con el charro Jorge...

Un intenso furor consumía a Trevor. Cecilia sabía que no renunciaba a la idea de capturar a Jorge Alvarez.

—¿Por qué lo odia tanto? —le preguntó directamente.

—Porque abomino de los ladrones, porque todos los de su ralea debieran ser destruídos.

Cecilia guardó silencio. ¿Era sincera aquella actitud? Ansiaba esclarecer el misterio que rodeaba al charro fugitivo, para saber quién era el culpable, él o sus perseguidores.

Varias veces buscó mensajes en los árboles, porque él había dicho a Mariquita: "Me comunicaré contigo". Pero no encontró misivas ni señales. El perro Moro, enviado repetidas veces al bosque, regresaba rápidamente y sus fieles ojos no reflejaban desasosiego ni alegría. Nadie hubiera podido saber si había visto a su amo, o si no lo había hallado y no añoraba su presencia.

—Es desesperante —decía Mariquita—. ¿Cuándo saldremos de esta incertidumbre? Confiemos nuestras penas a Roberto de Alba.

Buscaba en vano algún mensaje del charro fugitivo.



Estaba encantada con el apuesto heredero de los Alba y se complacía en imaginar que el retrato del medallón de oro no era de Jorge Alvarez, sino de Roberto. —El es mucho más estupendo —afirmaba mientras sus ojos retintos fulgían con mil destellos de admiración.

—¿Tienes guardada esa joya? —preguntó Cecilia.

—No, aquella noche se la llevó el charro Jorge.

—¿Cuándo sabremos la verdad? —estalló otra vez la impulsiva mexicana—. No hay un solo rastro. La cabaña que tú visitaste dos veces, está reducida a escom-

bros, porque alguien la quemó. ¿Crees que el incendiario ha sido Trevor?

—No sé. Yo estoy tan desconcertada como tú.

Y así, día tras día, el misterio se ahondaba. Roberto de Alba estaba instalado ya en sus posesiones. Vivía casi retraído y sólo en escasas oportunidades visitaba a la familia Montenegro. Nunca se presentó en la casa de don Pedro García.

—¿Por qué? —se preguntaba Cecilia.

Advirtió que Trevor conferenciaba en voz baja con su patrón.

—¿Habrán descubierto algún rastro de Jorge? —murmuró, tensa de ansiedad.

Vió que ambos hombres se encerraban a deliberar. Recordó que Mariquita había descubierto la conversación secreta, en la cual tramaron la captura del fugitivo. Ahora se trataba, tal vez, de un complot similar. La niña se dirigía pensativa a sus habitaciones, cuando percibió la

voz de Trevor, que susurraba: "Le demostraré que es culpable".

Decidiéndose bruscamente, Cecilia se acercó a la ventana. Trevor añadía: "Dejaremos el mensaje en la encina vieja".

En ese árbol Cecilia buscó varias veces algún recado de Jorge Alvarez. Se estremeció al pensar que tal vez el mensaje del joven había caído en manos de su mortal enemigo.

Indecisa y aterrada, se encaminó hacia el bosque. Protegida por las sombras del atardecer, aguardó anhelante.

¿Por cuál sendero se aproximaría Jorge Alva-

Oyó las voces de Trevor y de don Pedro.



vez, avanzando hacia la trampa donde perdería su libertad y tal vez la vida?

Transida de angustia, confusa, sin saber si cometía un error o estaba procediendo bien, esperó, conteniendo la respiración. Vió una silueta alta y ágil, que reconoció vagamente y entonces abandonó su refugio entre la espesura.

—Jorge —pronunció débilmente.

La voz dura y restallante de don Pedro García de los Ríos inquirió:

—¿A dónde va, señorita Cecilia?

Ella no respondió, sintiendo que su corazón cesaba de latir.

—Su conducta es incalificable —añadió el mexicano—. Me resistí a creer en su deslealtad, pero ella es evidente. Le ruego que me acompañe.

Le señaló el camino hacia la casa. Allí la interrogó en presencia de Alfonso Trevor.

—No ignora que confío plenamente en Trevor. El me informa que unos documentos muy valiosos desaparecieron de su caja. Ellos afectan a mi hacienda y le ordeno que me los devuelva.

—No los tengo, señor, y permítame decirle...

—No estoy exigiéndole explicaciones, señorita —interrumpió él, secamente—. No me interesan las disculpas de quien está en complicidad con un bandido. Supongo que no tendrá la osadía de negarlo. He visto con mis propios ojos cómo intentó advertir a su cómplice el peligro que lo amenazaba.

—No comprendo...

—Se trataba de una farsa, para que usted misma se traicionara. La silueta que creyó reconocer no era la de su amigo, sino la de uno de mis hombres, ataviado de charro. Y ahora entrégueme el sobre lacrado.

En ese instante, Mariquita entró como un torbellino en la habitación. Al ver el rostro ceñudo de su padre, el semblante angustiado de Cecilia y la hosca expresión de Trevor, indagó:

—¿Qué ocurre?

Don Pedro contuvo un gesto de impaciencia. Luego declaró:

—La señorita Cecilia Valle no podrá continuar en nuestra casa. Es indigna del cargo que ocupa.

Mariquita no ocultó su asombro. Luego enrojeció y todos previeron el estallido de furia. Sin embargo, ante la general sorpresa, se calmó y dijo:

—¿Qué significa esta comedia? ¿Fue preparada por el genial Alfonso Trevor? ¿Y tiene al final unos versos tragicómicos?
—¡Mariquita! —rugió don Pedro—. Esta situación es gravísima.
—Entonces ten la bondad de darme explicaciones.

El señor García accedió, sin ver la mirada de advertencia que le lanzó Trevor.

Mariquita escuchó en silencio y después comentó:

—Es increíble. No se puede tener confianza en nadie.

Parecía profundamente entristecida. Cecilia no había pronunciado una sola palabra para defenderse.

—Señorita, será entregada a las autoridades —decidió don Pedro. Mariquita intervino:

—¡Papá, no seas tan severo. Indiscutiblemente Cecilia debe irse de aquí, pero no para ingresar en la cárcel. Veamos, esos documentos robados, ¿los conoces?

Desconcertado, él repuso:

—No. Trevor es quien los tenía archivados. Pero se relacionan con mis propiedades.

—Tal vez no sean tan importantes. De todos modos es difícil recuperarlos. Y si aparecen, ¿es conveniente hacerlos públicos? Se dirigía a Alfonso Trevor y sus miradas se clavaban como saetas en el pálido rostro del secretario.

—No la comprendo, señorita —respondió por fin—. El sobre contiene papeles de importancia, pero no secretos y mucho menos inconfesables.



—Por supuesto —asintió García—. Mariquita, estás complicando el asunto.

—No, papá, deseo evitar situaciones violentas. No quiero sentirme humillada ante todos porque mi profesora fué despedida.

Trevor insinuó:

—Tiene razón.

—Está bien. Prepare su equipaje.

El secretario sugirió aún:

—No sería prudente que ella hablara con la señorita a solas.

—No tema. Permanecerá incomunicada —contestó Mariquita, burlesca. Luego añadió, mientras su rostro se endurecía—. No me interesa cambiar palabras con quien no supo respetar a mi padre.

Cecilia, palideciendo, se retiró en silencio.

Aquella noche fué la más desolada de su vida. En su inquieto sueño oía voces acusadoras y desdeñosas.

Se sirvió el desayuno en su dormitorio y cuando bajó con sus maletas, no vió ni a don Pedro García de los Ríos ni a su hija. Un chófer de la hacienda la llevó a la ciudad, donde tomaría un tren hacia el norte. La dejó allí, sin proferir palabra. La niña compró el pasaje, conteniendo su desesperación. Su actitud era la de una sonámbula. Y de pronto las lágrimas afluyeron a sus ojos, cegándola.

Jamás había sentido tal impresión de soledad. No advirtió que dejaba caer el pasaje.

—Este es su boleto, Cecilia, pero no lo necesitará.

Se estremeció. Esa voz llegaba a ella a través de un mundo hostil, como una esperanza. Resonaba en su corazón, le devolvía el valor.

—¡Usted! —murmuró, sin saber cómo nombrarlo.

Era Roberto de Alba, que sonrió para ocultar su emoción.

—¿Se marchaba de viaje, sin su fiel guardián?

Ella sonrió también, a través de sus lágrimas.

—Sé que se siente amargada. Pero le diré quién me envió a buscarla y entonces olvidará este mal sueño.

Cecilia pensó en el charro fugitivo. ¿El había hablado con Roberto de Alba, con aquel que era su propia imagen? ¿Era posible?

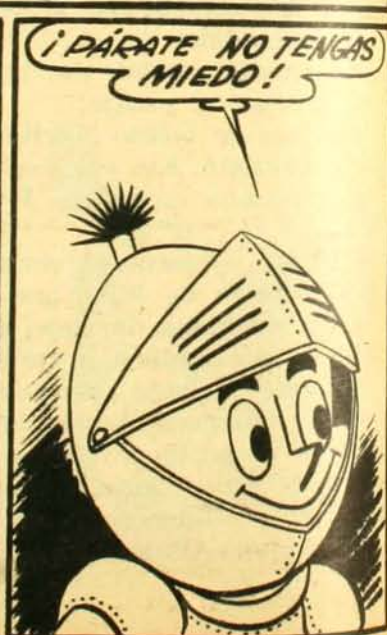
—¿Quién? —preguntó con voz ahogada.

—Mariquita García.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato





El jorobado

CAPITULO XX.—*La audacia de Gonzaga.*

Aurora de Caylus, viuda del duque Felipe de Nevers, sentíase dominada por la desesperación cuando descubrió un misterioso mensaje en su libro de oraciones.

Una mano desconocida había escrito en el margen de la página: "Dios se apiadará de vos si tenéis fe. Tened valor para defender a vuestra hija. Acudid al consejo de familia aunque estéis enferma, aunque os sintáis moribunda... Acudid y acordaos de la contraseña convenida aquella vez entre vos y Nevers".

—¡Su divisa! —exclamó la princesa, y leyó claramente: "¡Aquí estoy!". Con los ojos inundados de lágrimas murmuró:

—¡Mi hija! ¡Mi hija adorada!

Había vivido como una sonámbula, encerrada en una cámara mortuoria. El altar estaba adornado con ornamentos negros y frente a él había un retrato de Felipe de Nevers a la edad de veinticinco años, firmado por Mignard. Candelabros de oro iluminaban el aposento con una luz mortecina.

Por primera vez en diecinueve años, Aurora abrió las ventanas y la luz del sol ahuyentó las tinieblas de aquel retiro. La princesa no semejaba ya una fría estatua de mármol. En sus ojos se reflejaba el deslumbrado anhelo de quien ha recibido el anuncio de una felicidad increíble.

El príncipe de Gonzaga había citado a un consejo de familia. El Regente de Francia, Felipe de Orleáns, envió a dos representantes suyos. Concurrieron príncipes, duques y marqueses. Todos suponían que se trataba de un arbitraje para decidir en definitiva el derecho de Gonzaga a los bienes de Nevers.

Estaban presentes, además, el cardenal, cuatro notarios reales y el escribano del Parlamento de París.

Gonzaga había escrito el acta, redactándola en forma que lo favorecía por completo. Sólo por cumplir una fórmula, el cardenal preguntó:

—¿La princesa tiene procurador?

En ese instante la gran puerta se abrió y dos ujieres entraron sin anunciar. Todos se pusieron de pie. Unicamente Gonzaga y su esposa podían hacer su entrada sin previo anuncio. En efecto, la princesa apareció en el umbral, vestida de negro, como de costumbre, pero tan altiva y tan bella, que un murmullo de admiración recorrió la sala. Desde la puerta, ella dijo con voz firme y reposada:

—Señores, no hay necesidad de procurador. Aquí estoy.

Gonzaga, después de abandonar precipitadamente su sitio, se adelantó al encuentro de su esposa y le ofreció la mano. Ella no la rehusó, pero todos vieron que se estremecía al contacto y sus pálidas mejillas cambiaron de color.

La princesa ocupó su lugar. Detrás del sillón pendían los cortinajes que ocultaban la puerta privada de los aposentos de Gonzaga. Este inició la reunión, diciendo:

—Felipe de Lorena, duque de Nevers, era primo mío por parentesco de sangre, pero hermano de corazón. Dieciocho años han transcurrido desde aquella noche aciaga en que perdió la vida. Mi amargura no ha podido encontrar consuelo... Su memoria está aquí —y puso su mano sobre el corazón, mientras su voz se tornaba temblorosa—. Su recuerdo vive, eterno, como el luto de la noble dama que no ha desdeñado llevar mi nombre después del de Nevers. Luego prosiguió con audacia:

—Felipe de Nevers murió víctima de una venganza o de una traición. Debo referirme discretamente a los misterios de aquella noche trágica. El señor de Caylus, padre de la princesa, ha muerto hace mucho tiempo y el respeto a su memoria cierra mis labios.



La princesa, vestida de negro, apareció en el umbral.

Advirtiéndole que la princesa se agitaba en su asiento, se interrumpió para decir con exquisita cortesía:

—Si Su Alteza quiere hacer alguna indicación a este respecto, le cedo la palabra.

Aurora de Caylus hizo un esfuerzo para hablar, pero su garganta convulsivamente oprimida no le permitió articular sonido alguno. Gonzaga, tras algunos instantes de espera, continuó:

—Desaparecido el marqués de Caylus, que sin duda hubiera podido prestarnos su valioso testimonio, el lejano paraje en que está



Se instaló en un sillón, detrás del cual pendían espesos cortinajes.

enclavado el lugar donde el crimen se cometió y otras razones, impidieron que la justicia descifrara el sangriento suceso. Pero nadie puede afirmar que Felipe de Nevers careció de vengadores. El propio Regente de Francia buscó a los culpables.

Aurora oprimía el pañuelo contra sus labios para contener la indignación que la sublevaba. Gonzaga tenía la osadía y el cinismo de acusar ve-

ladamente a su padre, el marqués de Caylus.

—Ha sido imposible vengar la muerte de mi querido primo, pero puedo honrar su memoria en otra forma. Su hija desapareció la noche del crimen. No ignoro que he sido víctima de odiosas calumnias. Almas viles han dicho que yo deseaba la muerte de esa niña, porque ella me impedía posesionarme de una inmensa fortuna. Esos infames rumores levantaron entre mi esposa y yo una barrera de frialdad, de desconfianza y hasta de odio. Destruyeron mi hogar y he llorado ante las ruinas de mi existencia. No tengo esposa, ni hijo, ni una familia querida. Estoy desposeído de cuanto más he anhelado, porque los colmillos de la calumnia se clavaron en mi nombre y en mi honor.

Los oyentes no pudieron ocultar su emoción y sintieron una respetuosa piedad por aquel hombre momentos antes tan altivo, por aquel príncipe que acababa de descubrir con lágrimas en la voz la terrible herida de su existencia.

Sólo dos seres permanecían indiferentes: la princesa y el marqués de Chaverny. Ella parecía soñar y seguramente no había oído las desgarradoras frases. El joven marqués decía entre dientes:

—¡Mi ilustre primo es un soberano pillol! Algunos se enjugaban una lágrima que no existía, otros lloraban de verdad y había también quienes sollozaban.

Gonzaga continuó:

—Han dicho a la princesa que yo era enemigo de su hija, que deseaba esa herencia... ¡Yo, el hombre más rico de Francia, después del banquero Law!

—Antes que Law — señaló Oriol.

—Se le ha dicho —

agregó Felipe— “ese hombre tiene emisarios por doquier, sus agentes escudriñan Francia, España, Italia”. Han sugerido que soy capaz de asesinar a esa criatura. Y vos, señora, ¿lo habéis creído?

—Lo he creído —expresó fríamente la princesa.

Un murmullo de indignación se elevó entre la concurrencia.

Gonzaga suplicó:

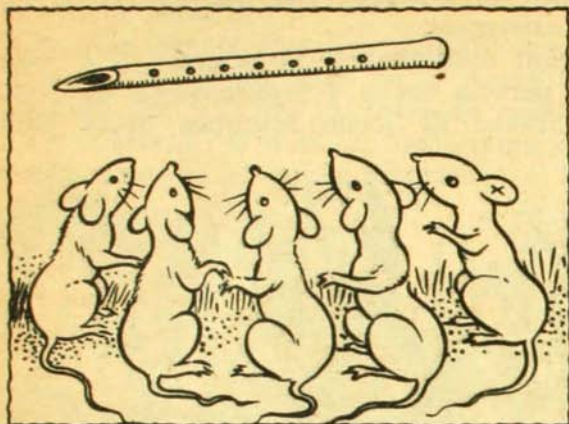
—No la culpéis. Durante dieciocho años he comprendido su dolor y ahora, como única venganza por su desdén, le digo: “Señora, ¡abrid vuestros brazos de madre, porque voy a poner en ellos a vuestra hija!”



—Ha sido imposible vengar la muerte de mi querido primo — dijo Gonzaga.

(CONTINUARA)

¿A QUIEN PERTENECIO?



Dinos, ¿a quien perteneció una flauta mágica que atraía a los ratones? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago.

Tu respuesta no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 234.— AL CID CAMPEADOR.

MESTRAL A SIMBAD.— Sonia Beher, Sewell; Carlos Alberto Monzó, Santiago; Fernando Riesco, Viña del Mar; Rose Marie Fressard, Curacautín; Eugenio Bustamante, Santiago; Gabriela Saavedra, Rancagua. **UN PREMIO DE \$ 20.**— María Cecilia Cortés, Santiago; José M. Oteiza, Santiago; Pato Marabolí, Constitución; María Edith Toro, San Fernando; Juan Cassaus, Santiago; Santiago Guerra, Santiago; Raúl Piña, Santiago; Leonardo Massone, Santiago; Héctor Fernández, San Fernando; Valeriano Alfonso, Santiago.

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION TRI-**

UN LIBRO.— María E. Torres, Lota Bajo; Rolando Contreras, Requínoa; Lucía Matus, Molina; Germán Uribe, Santiago; María Luisa Cortés, Santiago; Patricia Aguayo, Chillán; Ismael Matamala, Concepción; Juan Mihalovic, Santiago; Oscar Moraga, Tomé, y Patricio Araos, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 236

CON TONICO "POCOPELIN" CRECE EL PELO SIN FIN



Juan y Juanita



3. "—¡Silencio, estúpido!", barbotó Lamón. Apartándolo con un ademán brusco, penetró en la habitación. Al ver ocupadas las camas de Juan y Tilín, sus ojos se dilataron, incrédulos. "—No es posible", murmuró, sin imaginar que un segundo antes, los niños se habían deslizado como anguilas debajo de las sábanas.



4. "—¿Cómo ha sucedido esto?", gritó furiosamente. Los reclusos despertaron sobresaltados. Juan entreabrió también sus ojos. El director, sacudiéndolo con rudeza, preguntó. "—¿Qué hacías en el techo?" El niño repitió con inocencia: "—¿En el techo? ¿Yo? ¿Y también usted, señor? Quizás somos sonámbulos."

(CONTINUARA)



SIMBAD

N.º 237



LOS TRES MOSQUETEROS

\$ 6.-

Juan y Juanita

CAPITULO XV.—OTRO PLAN DE FUGA.



1. Al comprender que su fuga era imposible, Juan y Tilín regresaron al dormitorio y fingieron estar dormidos cuando el director se acercó a ellos. Al ser interrogado, Juan dijo con voz soñolienta: “—¿Yo andaba en el techo, señor director? ¿Y usted también? Quizás somos sonámbulos.” Varios niños rieron.



2. Sintiendo en ridículo, Baltasar Lamón renunció a seguir interrogando a Juan. Mientras tanto, Juanita llegaba también a su dormitorio, sin ser sorprendida. En los días siguientes los niños advirtieron que un guardia les seguía los pasos, Tilín susurró: “—Mientras más miran, menos ven.”

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 17-III-1954 — N.º 237

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

CAPITULO IV.—La coraza de plata.

El Delfín, lleno de júbilo, refirió a sus consejeros parte de lo que le había comunicado la doncella en su entrevista secreta.

Entonces se suscitaron muchas consultas y cabildeos entre los favoritos y doctores de la Iglesia.

Muchas veces lloró la doncella al ver cómo se perdía el tiempo tontamente.

El Delfín decidió llevarse a Juana de Arco a Poitiers, que era la capital del reino y donde estaban el Parlamento, el Consejo y los miembros de la Universidad de París, que le eran fieles.

En Poitiers, Juana es confiada a la familia de Juan Rabateau, una de las más honorables de la ciudad. Juristas, eclesiásticos y hombres de ciencia la acosan a preguntas que no siempre están limpias de malévolos intenciones. Tal como Roberto de Baudricourt, la someten a pruebas para convencerse de que la doncella no ha hecho pactos con el diablo...



Adaptación de Roxane

Su virtud se pone en juego una y otra vez, pero ella contesta con tal tacto y mesura, que parece milagroso en una muchacha campesina.

A pesar de toda la hostilidad de consejeros y teólogos, la gente de la nobleza y los campesinos comenzaron a murmurar y a decir que, puesto que la liberación de Orleans era el signo de su misión divina, debían facilitarle a la doncella los medios para iniciar el combate contra los ingleses, que tenían sitiada esa ciudad.

—Sólo tengo un año y poco más de vida —dijo un día Juana de Arco a sus amigos—. Mi vida será corta y quiero dejar a Francia libre del yugo extranjero.

Por fin hacia el 20 de abril de 1429, después de seis semanas de exámenes y encuestas, se convino en concederle lo que pedía.

Juan de Aulon sería su escudero y Luis de Contes su paje. El monje agustino Juan Pasquerel, su capellán. Dos hermanos de

**Juristas, eclesiásticos
y hombres de ciencia
la acosan a preguntas.**



Juana la acompañarían y también Juan de Metz y Bertrán de Poulegny, sus fieles amigos de la primera hora. Jinetes y criados le servirían de escolta. El Delfín le regaló un soberbio caballo negro y una armadura de plata. Pero cuando le ofreció una espada, ella la rechazó con asombro de todos, y dijo:

ando su desespera-
n era mucha, acu-
a sus santas y a
San Miguel.



—Id a la capilla de Santa Catalina de Fierbois, buscad detrás del altar y traedme la espada que allí encontraréis. Según la leyenda, las voces le dijeron que la espada que debía esgrimir sería encontrada bajo tierra, junto al altar de Santa Catalina, y que como señal inconfundible, tendría grabadas en la hoja cinco grandes cruces.

El mensajero que enviaron al santuario de Fierbois volvió con la espada, que, limpia de moho, descubrió las cinco cruces en su hoja de acero.

Antes de partir para Blois, Juana de Arco, radiante de belleza, desfiló frente al Delfín, agitando al aire su blanco pendón y saludando al futuro rey de Francia, con su dulce sonrisa. A medida que avanzaba por los campos de Francia, iban reuniéndose a su ejército valientes mocetones que solicitaban armas, de manera que llegó a las puertas de la sitiada Orleáns con más de diez mil soldados y muchos capitanes.

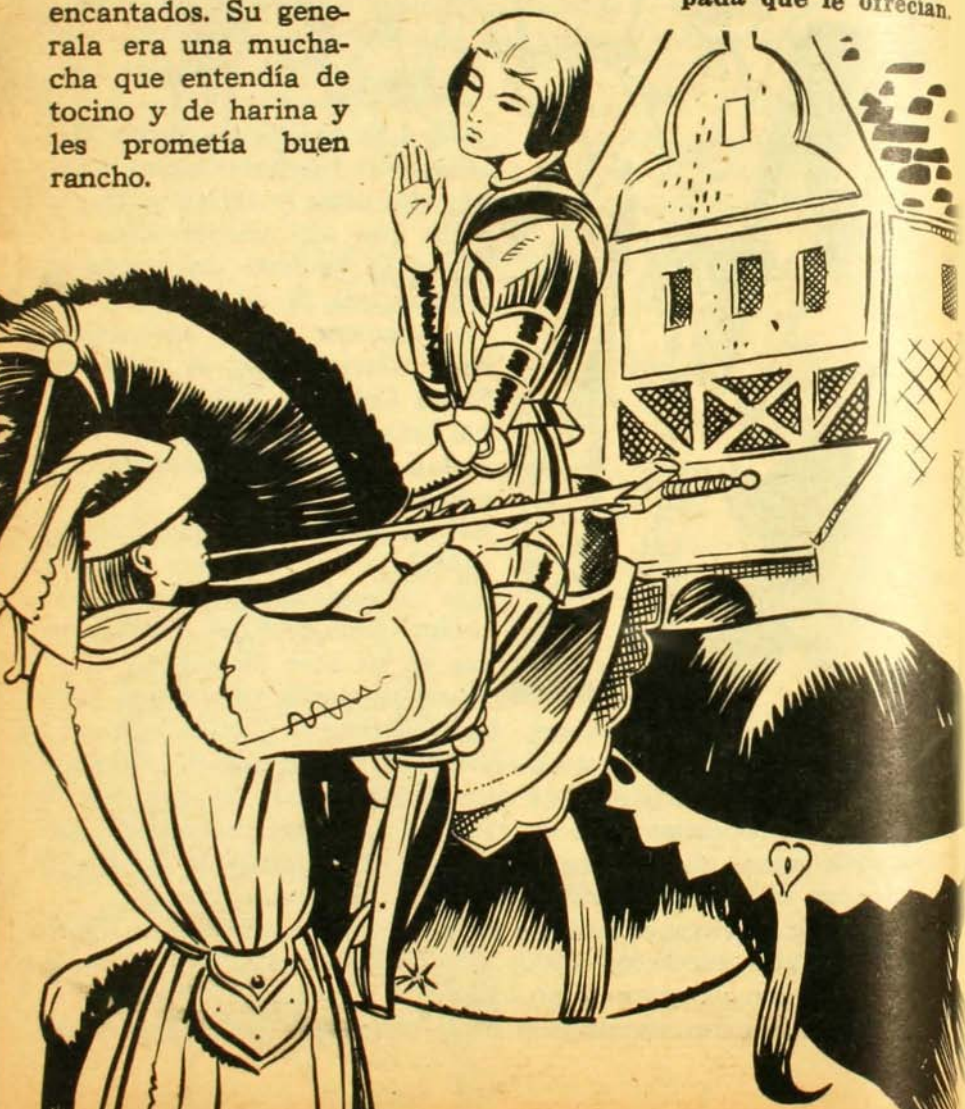
—Esa Juana de Arco es bruja o santa —decían muchos—. Dicen que un soldado quedó paralítico por haber osado desobedecerla. Todos la siguen y gritan como locos: “A Orleáns, a Orleáns”. La doncella iba de una parte a otra mirando y ordenando todo.

Cuidaba especialmente de que sus soldados comieran bien y con la misma abundancia con que su madre, la Romea, alimentaba a su familia.

—Este tocino está rancio, no sirve —protestaba Juana de Arco— y esta harina la han mezclado con alforfón. Los que vendieron ésto son unos bribones. Capitán intendente, ponga más cuidado en las vituallas.

Los soldados estaban encantados. Su generala era una muchacha que entendía de tocino y de harina y les prometía buen rancho.

Juana rechazó la espada que le ofrecían.



—A ver vuestras armas —decía en otra ocasión la doncella—. ¿Dónde están las municiones?

Los mariscales se indignaban y murmuraban:

—¿Por qué se meterá en ésto esta loca?

Pero Juana no hace caso y sigue dando órdenes:

—Engrasad esa pieza. Expulsad del campamento a todas las mujeres frívolas. Sabed que yo no tolero más diversión que la de arrojar a los ingleses del suelo de Francia.

La tropa se sentía dominada por un entusiasmo juvenil.

El defensor de Orleáns era Juan de Dunois, lugarteniente del Delfín y el que mandaba todas las fuerzas de la ciudad sitiada.

El conde de Dunois, a quien llamaban el Bastardo de Orleáns, no aguardó a que la doncella acudiera a él, sino que salió a su encuentro, cruzando sigilosamente el Loira. Porque el viento sopló milagrosamente en sentido contrario, la flotilla de veleros pudo cruzar el río Loira y llegar hasta el campamento de la doncella. Doscientos gentileshombres y el convoy de víveres entraron en la ciudad sitiada.

El grueso del ejército fué en busca del enemigo y así le mantuvo entre dos fuegos.

El pueblo de Orleáns, tanto tiempo sitiado y hambriento, echa las campanas al vuelo y saluda a la enviada del Señor.

—¡Viva la doncella de Orleáns! ¡Viva la hija de Dios!

(CONTINUARA)



Antes de partir para Blois, Juana, radiante de belleza, desfiló frente al Delfín.



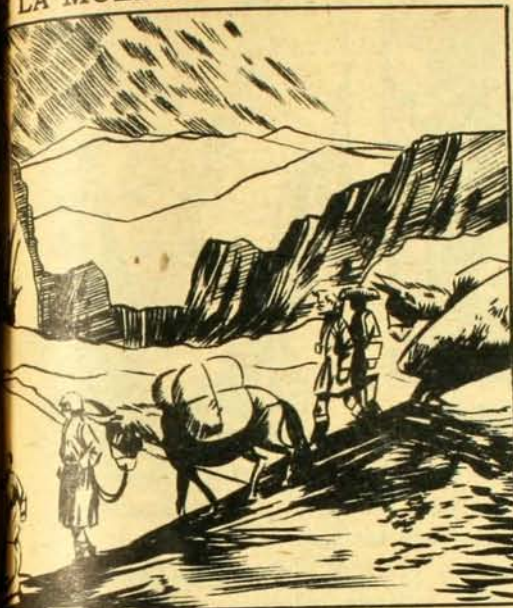
LA CIUDAD DE LOS LAMAS



CAPITULO III.—EL PA LA MUERTE.



1. El explorador Andrés Brian, el periodista Marco Lund y el aviador Luis Barnar atravesaban el Nanga Parbat, elevada montaña. Se dirigían a Lhasa, la ciudad secreta de los Lamas, para rescatar al pequeño Chang. Dondua, jefe de una pequeña aldea tibetana, les había confiado esta difícil misión.



3. La expedición avanzaba, cruzando ventisqueros y abismos, ansiosa de alcanzar a los secuestradores de Chang.



2. Un sacerdote vestido con una túnica amarilla les acechaba. Observó cómo avanzaban por el borde del abismo. Sus ojos rasgados fulgieron con una expresión de odio y hostilidad, al avistar a la caravana. Caía la noche, cuando vibró el son de un cuerno de yak (buey tibetano).



4. Cada cierto tiempo resonaba el bronco sonido de un cuerno. Ninguno de los audaces aventureros daba señales de inquietud, pero sabían perfectamente que en ese eco vibraba una mortal amenaza. Estaban rodeados de enemigos invisibles. Marco Lund gruñó: "—Esta música monótona me está aburriendo."

LA CIUDAD DE LOS LAMAS



5. La noticia de que tres hombres blancos, acompañados de sus guías, se acercaban a Lhasa, llegó hasta el Dalai Lama, quien ordenó: "—Den el alerta en las lamaserías. Los profanadores no deben cruzar la puerta de nuestra ciudad." Mientras tanto, la expedición se había detenido ante un precipicio.



7. "—Espero no caerme", dijo Lund, con una parca sonrisa. Andrés Brian fué el primero en arriesgarse, y de pronto, por el segundo cable, se deslizó un asiático. En su diestra refulgía una espada. Brian leyó su sentencia de muerte en las pupilas amarillas y duras como el topacio. Los guías, desde el borde del abismo, lanzaron chillidos de espanto y entre sus confusas voces el joven oyó mencionar a Fi, el jefe de los demonios malignos. Relampagueó la espada al ser volteada y después la sogla se cortó sobre el abismo.



6. "—¿Cómo pasaremos?", exclamó Barnar, con un gesto desolado. El cazador Andrés Brian habló con uno de los tibetanos, quien dijo: "—Cerca de aquí hay un puente. Pero tendremos que abandonar las mulas". El "puente" consistía en un cable y un rudimentario andarivel.



8. Brian se precipitó al vacío y simultáneamente restallaron dos detonaciones. Marco había disparado y su rostro era una máscara de fría cólera. El asiático desapareció en las negras profundidades. La mano de Lund sólo tembló al enfundar su arma. Barnar, pálido, no pronunció una sola palabra.

(CONTINUARA)

Los 3 mosqueteros



En una apacible tarde de 1640, un hidalgo detuvo su caballejo ante la posada "El Ramo Verde".

Una desordenada muchedumbre se agitaba en la calle, entremezclada con los vendedores ambulantes y con las gitanas.

Nuestro caballero ató su cabalgadura a un anillo de hierro que sobresalía del muro y penetró en la hostería. Los clientes le recibieron con un vocerío infernal y risotadas burlescas. Era evidente que el joven venía de provincias. Una expresión de tempestuosa cólera apareció en los claros ojos y la rápida mano se dirigió a la empuñadura de la espada.

El posadero acudió presurosamente para evitar una batalla campal, y murmuró:

—Ah, monseñor, creo que no hay lugar para vos. Todas las mesas están ocupadas. Y no puedo ofrecerlos ni una mala cama.

El joven hidalgo se demostró perplejo y luego insinuó:

—Sin embargo, monsieur de Treville me aseguró que hallaría hospedaje aquí.

Al oír mencionar al capitán de los mosqueteros, el hombre exclamó:

—Por cierto que tengo un lugar libre, aunque no me atrevía a ofrecerlo a un caballero de tan alto linaje como vos. Yo mismo os guiaré. Servíos pagarme vuestro hospedaje y el pienso de vuestro caballo. Son cinco doblones.

—¡Pícaro! ¡Felón! ¿Crees que te pagaré por adelantado tu cueva de rata?

—Comprendedme. Hay razones para que yo desconfíe —explicó el posadero—. Razones que se llaman harapos, botas rotas, chambergo deshilachado y desplumado. Y esas "razones" las lleváis encima.

El joven desenvainó la espada y el hostelero vió con terror que la punta se apoyaba contra su garganta.

—Nadie habla con insolencia a D'Artagnan.

Una voz intervino:

—Joven, dejad en paz a maese Honorato. No lo tengáis en la punta de vuestra espada, como a un pollo en el trinchador. Usad mejor vuestra tizona, batiéndoos con un gentilhombre.

El desafiado enfrentó a un mosquetero de elevada estatura, que empuñaba una espada descomunal.

—Como gustéis —repuso.

Pero al lanzar la primera estocada, se encontró desarmado. El acero voló de su mano y cayó con un eco metálico.

—No os aflijáis —le consoló su adversario—. Permitidme que me presente, impulsivo y joven gascón. Me llamo Porthos y soy mosquetero del rey. Admiro vuestro carácter y os invito a mi mesa. Con quién tengo el honor de hablar?

El hostelero temblaba de terror en la punta de la espada.



—Mi nombre es Carlos de Baatz-Castelmne, señor de Artagnán — respondió el gentilhomme, con expresión solemne. Después su moreno rostro se iluminó con una sonrisa, y finalmente, una risa franca brotó de sus labios. Porthos era, sin duda, un personaje de comunicativa alegría. Retorció complacido sus rojizos mostachos, y, elevando otra vez su vozarrón, añadió:

—¡Canario! Este es un buen día y, por el alma condenada de mis enemigos, vamos a celebrarlo.

Artagnan continuó después su camino, llevando una carta a monsieur de Treville, quien le nombró mosquetero. Conoció a Aramis, que parecía ser un joven atildado y muy cuidadoso de su persona. Sus rubios bigotes formaban una fina línea sobre sus labios, sus ojos eran suaves, sus manos lánguidas ostentaban relucientes anillos. Sin embargo, cuando desenvainaba su espada, su languidez desaparecía, su suavidad se esfumaba y al perfumado pisaverde se convertía en un espadachín endemoniado.

El tercer mosquetero, que llegó a ser también amigo inseparable de Artagnan, llamábase Athos y era un gentilhomme pensativo, de noble aspecto.

El joven gascón y los tres mosqueteros eran turbulentos como un huracán y por donde pasaban quedaban rastros de combate. Ocurrió que por una intriga del cardenal Richelieu la reina Ana de Austria se vió amenazada con el destierro y presintió con terror que podía desencadenarse una guerra entre Francia e Inglaterra.

Artagnan y los tres mosqueteros eran turbulentos como un huracán.



terra. A fin de evitarla, era necesario que un enviado de confianza llegara hasta el palacio de Buckingham, con un mensaje de la reina para el duque Jorge Villiers.

Artagnan y sus tres amigos emprendieron el peligroso viaje, perseguidos por los guardias del cardenal y acechados por sus espías. A las dos de la madrugada salieron nuestros cuatro aventureros por la puerta de San Dionisio. Se detuvieron a almorzar en una posada y terminaban su merienda en un inusitado ambiente de paz, cuando un desconocido se levantó, proponiendo un bridis a la salud del cardenal.

—Aceptamos —respondió Porthos —siempre que vos consintáis en beber a la salud del rey.

—Para mí no hay más rey que Su Eminencia —gritó el desconocido y sacó a relucir su espada. No alcanzó a arrepentirse de su gesto, porque murió antes de hacer prudentes reflexiones. Sus acompañantes, que sólo esperaban aquella provocación para trabarse en combate, fueron igualmente derrotados.

En una hostería, los enviados de la reina, cayeron en una emboscada. Huyeron, pero Athos se quedó entre los traidores, repartiéndolos sablazos.

Porthos también halló faena con una turba de asesinos. Aramis, herido por un disparo de mosquete, siguió cabalgando, pero en Crevecoeur declaró que no podía continuar. En efecto, había necesitado todo el valor que encubría bajo sus formas ele-



gantes y sus modales cortesanos, para llegar hasta allí. Una mortal palidez cubría su rostro y a cada paso se veían obligados Artagnan y los criados, a sostenerle sobre el caballo.

Al iniciar el viaje, llevaban sus cuatro sirvientes. Grimand, el primero, quedó en la hostería, donde Athos se detuvo y fué atacado por los mozos de cuadra.

El segundo criado, Mosquetón, perdió su caballo. Baucin permaneció junto al desfallecido Aramis. Finalmente, sólo Artagnan y el fiel Planchet arribaron a Calais. Allí también hallaron enemigos, pero el joven gascón los derribó, diciendo a cada estocada: —¡Una por Athos!, ¡otra por Porthos!, ¡otra por Aramis!

Cumplió su misión secreta y, al regresar a Francia, comprobó con alegría que sus amigos le aguardaban. Eran invencibles y las cuatro espadas se alzaron triunfantes.

Correspondencia

Erwin Zippel (Temuco).— Agradecemos sus felicitaciones por "El Charro Fugitivo" y "El Jorobado". Nosotros le felicitamos por su cuento, pero no disponemos de espacio para publicarlo.

Ximena Acuña (Talagante).— Esperamos que "Simbad" aumente sus páginas, ya que éste es el clamor general de nuestros lectorcitos. Entonces podríamos publicar colaboraciones.

Miriam Pineda (Lota Alto); *Paulina Barrientos* (Purranque); *Petronila Torres* (Quirihue); *Carmen Parada* (Rancagua); *Enrique Bérgez* (San Javier); *Mariluz Maldonado* (Molina).— Las gentiles frases de elogio que nos envían nos enorgullecen.

Héctor Barrientos (Lota); *Lisette Kunstmann* (Santiago).— Por ahora no disponemos de espacio para publicar colaboraciones.

Jorge Casanova (Santiago); *María Victoria Ibarra*; *Carlos González* (Santiago).— Efectivamente, procuramos que las series que publica "Simbad" sean muy variadas, con todas las emociones y escenarios. Así cada cual hallará la historia sentimental, la aventura exótica, la historieta divertida que desea leer.

Adelita Moya (Sewell).— Gracias por sus felicitaciones. Saludos a su gentil mamá, que lee la revista de la primera a la última página.

Nelson Castro (Curicó).— Nos alegra tener un lectorcito "muy nuevo", como dice usted, porque sólo tiene 6 años. Su mamá y sus compañeros de juego le leen "Simbad".

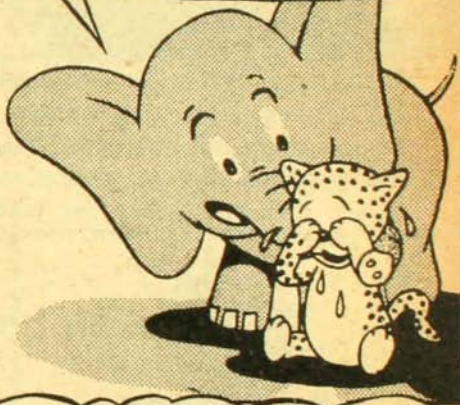
E. Riffo (Angol).— Desea que nuestra pequeña gran revista siga conquistando corazones infantiles. Gracias, Eduardo, por sus buenos deseos.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA

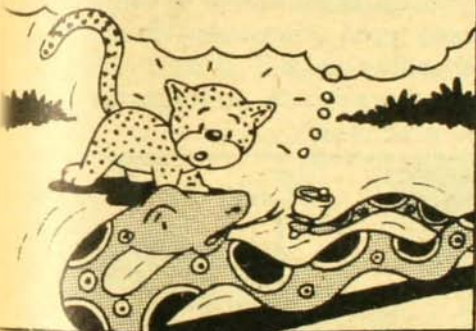
SÁLVAME RÁPIDAMENTE
QUE ME MATA LA SERPIENTE!



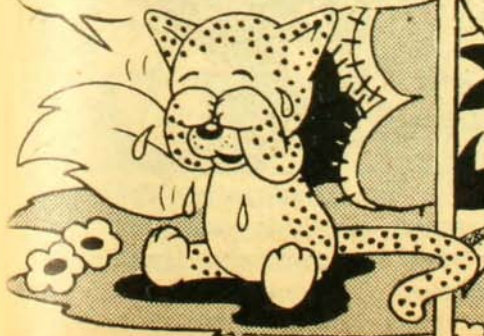
ESTAMOS LIBRES AHORA,
PERO DIME, ¿POR QUÉ LLORAS?



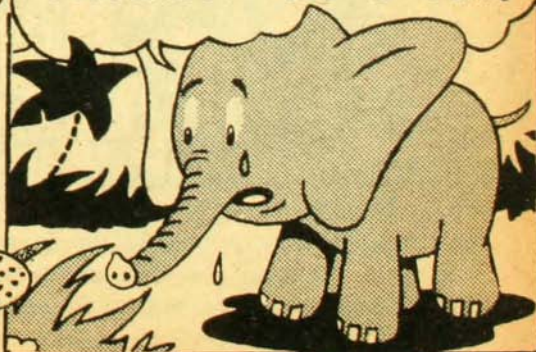
RECUERDO QUE ESE ELEFANTE
PESA EN FORMA HORRIPILANTE



TENGO UNA PENA INFINITA
QUIERO VER A MI MAMITA



VAMOS, EN VEZ DE LLORAR,
VOLUAMOS A NUESTRO HOGAR



CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XXII.—TRES DE GUERRA.



1. Solitario Bill y Tex Montaña habían descubierto la caverna de los totems. Los ojos de los ídolos eran diamantes incrustados. Dirigiéndose al hipócrita Miguel, solitario Bill dijo: "—Seguramente dirás que no conocías la existencia de esta gruta y que nunca pensaste robar las piedras preciosas."



2. "—Nunca —afirmó el mestizo—. He dejado aquí mismo las gemas dispersas, enterradas en la arena, al pie de este ídolo." Tex Montaña observó: "—Nunca he visto un mentiroso igual. Ojalá ese monigote cayera sobre tu cabeza." Como inspirado por una súbita idea, Miguel volcó el ídolo sobre Solitario Bill.



3. Mientras el joven sostenía el totem para hacerlo recobrar el equilibrio, Miguel huyó. Tex, cerrándole el paso, lo obligó a replegarse contra la pared arenosa y luego delineó a balazos la silueta del bandido. "—Si te mueves, echas a perder mi dibujo", advirtió tranquilamente.



4. Los disparos provocaron un alud de arena, bajo el cual desapareció el mestizo. "—Es, en verdad, un fantasma que desaparece", observó Tex pensativo. Solitario Bill rescató a Miguel, que se quejaba amargamente: "—Nunca he recibido tantos insultos y maltratos. Estoy muy ofendido."

SOLITARIO BILL



5. Pero Solitario Bill y Tex no oían sus quejas. Al desprenderse la arena, rodaron diamantes. “—Esta es una mina de gran riqueza —exclamó Tex—. ¡Yipiii!” El grito vaquero se apagó en sus labios. Desde lejos venía un eco de tambores. “—¡Los tam-tams indios!” murmuró el joven texano.

7. “—Antes de separarnos quiero saber por qué Halcón Rojo te llamaba el hombre de la Mano Quemante —dijo Solitario Bill, al mestizo—. Estás en peligro de muerte y te conviene ser sincero.” Miguel respondió: “—Es fácil. Usaba esta lupa y con ella causaba el fuego, a la luz del sol.”



6. Abandonaron la caverna, y, desde una elevada roca, observaron a los jinetes osages que avanzaban por el desfiladero. Venían armados y sus rostros estaban pintados con tatuajes guerreros. “—Quédense aquí —ordenó Solitario Bill a Tex y Miguel—. Iré a parlamentar con los osages.”

8. El jinete cabalgó entonces hacia el valle, donde acampaban los pieles rojas. No habían encendido hogueras y un extraño silencio reinaba en el reducto. Solitario Bill se detuvo cuando los indios gritaron: “—¿Qué buscas, rostro pálido?” El repuso: “—Quiero hablar con mis hermanos rojos.”

(CONTINUARA)



EL CHARRO FUGITIVO



CAPITULO IX.—El secuestro de Violeta.

Roberto de Alba, sonriendo con suavidad, rompió el pasaje de Cecilia Valle e invitó:

—Venga conmigo, fugitiva. Mariquita me envió en su busca. La niña dijo con intensa alegría:

—Ella no me desprecia, ni cree en las calumnias de Trevor.

—Por cierto que no. Jamás debió dudarlo.

—Sin embargo, me dejó partir sin una palabra, sin una mirada afectuosa —murmuró Cecilia. Mariquita sabía que Trevor la espiaba.

Cogiendo las maletas, se encaminó hacia su auto. Minutos después cruzaban el bosque. Al acercarse a las tierras de Roberto, sólo vieron algunos nativos indiferentes y mujeres cubiertas con un rebozo.

Dejando atrás las humildes casas de adobes y techo de maguey, cruzaron un segundo bosque. El joven se detuvo y dijo:

—Mariquita vendrá a reunirse con nosotros. Debo advertirle, Cecilia, que la intriga de Trevor no se limitaba sólo a expulsarla de la casa de don Pedro, sino a comprometerla en sus propios delitos. Deslizó en su maleta un sobre lacrado. Pensaba detenerla en el puerto de Guaimas, antes que usted se embarcara para regresar a su patria.

RESUMEN: Cecilia Valle, profesora de la niña mexicana Mariquita García, decide ayudar a Jorge Alvarez, el charro fugitivo, a reivindicar su nombre. Don Pedro García de los Ríos y su secretario Alfonso Trevor odian a muerte al joven proscrito. Un día llega de Europa el aristócrata Roberto de Alba, quien tiene un extraordinario parecido con el charro. Cecilia se ve mezclada en una intriga de Trevor y es despedida, bajo la acusación de ser cómplice de Jorge Alvarez.

Cecilia, atónita, no pudo articular palabra. Después balbució:

—¿Dispuso que fuera arrestada? No comprendo.

—Veamos el sobre —sugirió el joven—. Tal vez allí encontremos la solución del enigma.

Cuando Cecilia tuvo en sus manos el sobre, descubrió que era exactamente igual al que una vez entregó al charro Jorge Alvarez. Tal vez era el mismo. ¿Cómo había llegado de nuevo a poder de Alfonso Trevor?

—No comprendo —repitió, perpleja.

Fijando su mirada en el rostro impenetrable de Roberto, indagó:

—¿Puede explicarme esto? Quisiera saber por qué. . .

—Aún no tengo una idea clara sobre esta intriga —la interrumpió él—. Más tarde, Cecilia, tal vez pueda despejar sus dudas y responder a sus preguntas.

En ese instante se oyó el eco de un galope. No tardó en aparecer Mariquita, que, bajando de un salto de su caballo, se lanzó a los brazos de su querida y joven profesora.

—¡Cecilia! Gracias a la Virgen de Guadalupe. Creí que Roberto no te alcanzaría. Temí que ese horrible tren te hubiera llevado lejos y que el infecto barco de Guaimas habría levado ya las anclas. Si hubiera sucedido todo eso, te juro que le habría arrancado las orejas a Trevor. ¿Has visto un individuo más abominable?



Cecilia contempló asombrada el sobre lacrado.

El torrente de palabras se interrumpió, cuando Mariquita vió de soslayo la sonrisa irónica de Roberto.

—No te burles de mí —protestó, airada—. ¿Crees que tengo los nervios de acero y la sangre de agua, como tú? He pasado una noche de sobresaltos y estuve muy angustiada.

En seguida agregó:

—Cambié de planes. Había dicho a Roberto que traería nuestro carricoche, para llevar las maletas a la hacienda y que tú vendrías conmigo. Pero sería muy peligroso y difícil esconderte. Es preferible que vayas a la villa Batucari.

—¿Dónde está situada?

—Es una posesión de Roberto, está aislada, sólo se acercan por allí algunos indios que hablan el dialecto batucari. Estarás bien protegida. Te enviaré a Ignacia para que te sirva.

—La desaparición de Ignacia sería extraña y don Pedro o el propio Trevor harían investigaciones —rebatió Roberto—. Natividad irá a la villa.

—¿La negrita? Me parece bien —aprobó la impulsiva hija de don Pedro García de los Ríos—. Permanece allí tranquila, Cecilia. Trevor será desenmascarado por nosotros y entonces podrás volver a mi casa y mi severo y digno padre te pedirá disculpas.

Esa misma tarde estaba Cecilia desempacando su equipaje, cuando oyó la voz alarmada de Natividad, que decía:

—No poder pasar, señorita. Esta ser una casa privada.

Pero un instante después Violeta Fleming penetró en la habitación. Al ver a Cecilia, sus ojos relampaguearon y una maligna sonrisa entreabrió sus labios.

—Tal como sospechaba —declaró—. Estás oculta aquí, mientras Alfonso y don Pedro suponen que viajas. El aristocrático Roberto de Alba es muy galante, ¿verdad?

Cecilia se irguió con calma, aunque su corazón latía violentamente.

—Agradable escondite —observó la visitante—. Y el carcelero es, sin duda, el joven más apuesto que yo conozco. Tan hermoso y soberbio como el charro Jorge.

Mientras Cecilia permanecía inmóvil, agregó:

—A mí no me engañaron. Seguí a Mariquita y presencié la misteriosa entrevista en el bosque.

Con una risa agria, sugirió:

—Trevor necesita una aliada. Ustedes son tres, ¿o cuatro?, contra él.

Era evidente que en los "cuatro" incluía al charro Jorge, sospechando, al mismo tiempo, que el jinete fugitivo y Roberto de Alba fueran una sola persona.

—En realidad, creo que le ofreceré mi concurso al pobre Alfonso... En ese instante, un torbellino cayó sobre Violeta Fleming. Un amplio sarape, o manta mexicana, cubrió su cabeza y dos brazos la retuvieron, mientras una voz excitada y alegre decía:
—¡Ayúdame, Cecilia! No hay tiempo para vacilaciones. Tendremos secuestrada a la "Violy" hasta que las cosas se arreglen.

—Tal como sospechaba. Estás oculta aquí, —dijo Violeta Fleming.



Como Cecilia permaneciera petrificada de asombro, la negrita Natividad decidió ayudar a María García de los Ríos, y, entre las dos, ataron a Violeta, que se debatía inútilmente contra sus captoras.

—Mariquita —susurró Cecilia—. No creo que sea justo retenerla.
—¿Por qué no? —protestó Mariquita—. Ella dice que esta prisión le agrada y que el carcelero es un amor. ¿Por qué hemos de contrariarla? No seas egoísta, Cecilia.

Y así, Violeta Fleming quedó prisionera en la villa Batucari. Mariquita era muy prudente en sus salidas, para que nadie descubriera sus pasos.

—Ya una vez me dejé sorprender por Violeta —decía—. Ahora

soy tan cautelosa, que podría dejar con un palmo de narices a todos los detectives del mundo.

En la apacible villa, obligaba a Cecilia a salir a cabalgar y a caminar.

—Nadie te verá —le aseguraba—. No necesitas estar siempre encerrada o terminarás con las piernas anquilosadas.

Por fin, una tarde anunció, mientras sus ojos relucían:

—Creo que Trevor prepara su fuga. Ha llegado la hora de quitarle la máscara... y de descifrar todos los misterios que me tienen intrigada.

Advirtió que Roberto de Alba palidecía. Deleitada con aquel descubrimiento, exclamó:

—¿Así que no eres tan impasible? ¿Por fin abandonas tu indiferencia y te convertirás en el héroe que persigue al villano? ¿Por fin sabremos también QUIEN ERES TU?

Pronunció con deliberada lentitud y fuerza las últimas palabras. Roberto recuperó su sonrisa.

—Se trata de desenmascarar a Alfonso Trevor y no a mí. Hablamos con claridad. ¿Cuáles son las noticias que traes?

—Que he visto a Trevor en pasos misteriosos. Estoy segura de que huirá, mientras tú sonríes y te burlas.

Dando un golpe en el suelo con su pequeño pie, gritó:

—¿Vas a dejar que se escape?

—Por supuesto que sí, Mariquita.

Las renegridas pupilas de la niña mexicana despidieron rayos de furor. El joven se apresuró a añadir:

—¡Calma! No estalles. Quise decir que lo dejaré ir, pero que en el camino lo atraparemos.

Los signos de cólera en el moreno semblante de Mariquita fueron reemplazados por un resplandor de satisfacción.

—Magnífico —aprobó—. ¿Tienes algún plan? ¿Puedo ayudarte? ¿Hacer, tal vez, una zancadilla al buen Alfonso?

—No. Limitate a mirar cómo suceden tantas cosas en tan poco tiempo. Iré a hablar con Violeta. Con permiso, señoritas.

Y dejando a ambas niñas atónitas, desapareció. Cuando Mariquita recuperó el habla, estalló:

—¿Por qué prefiere a la Violy? ¿Y si ella lo traiciona en vez de secundarlo? Esta actitud de Roberto es una estupidez. Evitaré que cometa ese error. Iré a...

Cecilia la detuvo.



Mariquita invitaba a Cecilia a cabalgar y a caminar.

—No, Mariquita. Sospecho que no seguiré tus consejos.

—Tal vez no. Pero le diré algunas verdades.

Impulsivamente entró en la casa. Natividad, al verla venir, se apartó con prudencia.

Cuando Mariquita irrumpió en la habitación que servía de celda a Violeta Fleming, halló solo a Roberto.

—¿Dónde está Violeta?

—Regresó a la hacienda.

—¿La dejaste en libertad? Irá a prevenir a Alfonso y nos veremos en un terrible lío.

—Creo que sí —repuso él tranquilamente.

Después añadió:

—Lleva contigo a Cecilia. Tu padre no tendrá motivos para despedirla.

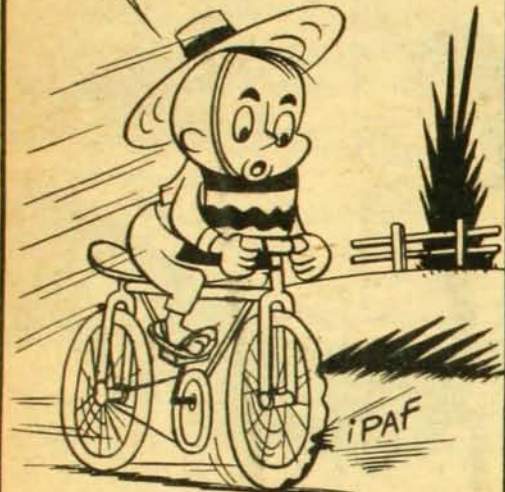
—¿Ah, no? ¿La recibirá con los brazos abiertos? ¿Y qué más puedes decirme? ¿Que vendrán los marcianos a tomar el té con nosotros?

(CONCLUIRA)

Ponchito

por nato

¡OTRA VEZ PINCHE
UNA RUEDA!



¡UNA ESPINA, COMO
DE COSTUMBRE!



¡ES INÚTIL, CON TANTAS
ESPINAS NO SE PUEDE
ANDAR EN BICICLETA!



¡CHUPALLAS! YA SE' LO
QUE PUEDO HACER



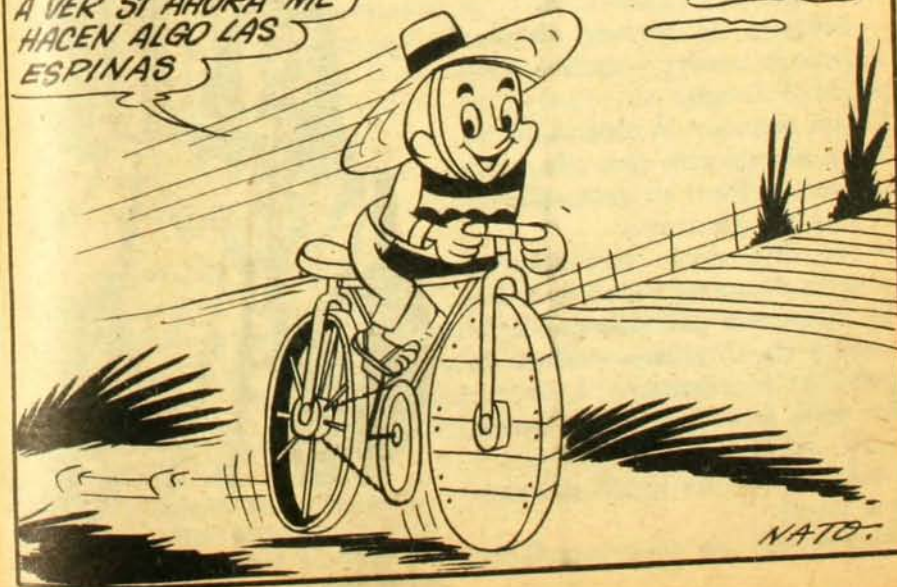
LE PUSE UN PARCHEY
QUEDO' MACANUDA



¡OOOOH! YA VOLVI
A PINCHAR!



A VER SI AHORA ME
HACEN ALGO LAS
ESPINAS





El jorobado

CAPITULO XXI.— “¡Aquí estoy!”

El príncipe Felipe de Gonzaga había anunciado ante la asamblea atónita:

—Princesa, ¡abrid vuestros brazos de madre, para abrazar a vuestra hija Auroral.

Dirigiéndose en seguida a Peiroles, que esperaba sus órdenes, añadió:

—¡Que conduzcan a la señorita de Nevers!

Aurora de Caylus se levantó, pálida y temblorosa. ¿Vería por fin a su hija? ¿Se esfumarían en una sonrisa dieciocho años de dolor y desesperación?

Cuando apareció Cruz, la bella gitana a quien Gonzaga presentaba como a la heredera, un murmullo de admiración recorrió la sala. Pero la princesa permaneció indecisa. Una extraña frialdad la retenía en su sitio y sus brazos no se tendían, ansiosos de ternura. ¿Era, acaso, una mala madre? Formuló esta pregunta con espanto.

—Señorita de Nevers, abrazad a vuestra madre —indicó Felipe de Gonzaga.

En un impulso de alegría, la niña se acercó a la que ella creía su madre. Pero su gesto glacial le impidió abrazarla.

—Mi hija debe presentar la prueba de su nacimiento, la hoja arrancada del registro de la capilla de Caylús —declaró la princesa fríamente.

La niña gitana, al verse rechazada, gimió:

—¡Llevadme de aquí! ¡Llevadme lejos!

Aurora vió los ojos inundados



—Princesa, os entregaré a vuestra hija,
—anunció Gonzaga.

le llanto, y, aterrorizada ante la idea de renegar de su hija, murmuró:

—¡Señor, inspíradme! ¿No sería un crimen abominable rechazar a mi hija? Estoy sumida en tinieblas y en dudas. Dios mío, respondeme.

De pronto, su rostro se iluminó, mientras su cuerpo se estremecía violentamente.

Había interrogado a Dios. Una voz que nadie oyó, excepto ella, una voz misteriosa, dejó oír tras los cortinajes las dos palabras de la divisa de Nevers: "¡Aquí estoy!"

La princesa no se atrevió a volverse. ¿De dónde procedía aquella voz?

Esta emoción repentina desconcertó a Gonzaga. Sin embargo, prosiguió audazmente:

—Habéis hecho un llamamiento al Todopoderoso. Dios os responde. Mirad a vuestra angustiada hija.

Aurora miró a la joven y Gonzaga continuó:

—Y ahora que la habéis mirado, en nombre de Dios yo os pregunto, ¿es o no vuestra hija?

La princesa, involuntariamente, se acercó a la cortina. La voz, sólo por ella oída, sugirió una sola palabra:

—"No".

—¡No! —repitió la princesa, con energía.

Los concurrentes se agitaron, indignados. Gonzaga interrogó:

—Señora, ¿tenéis razones poderosas para rechazar a vuestra hija?

—"Sí" —respondió muy queda la voz misteriosa.

—Sí —fué la contestación de Aurora de Caylus.

Gonzaga palideció de ira. Presentía una influencia hostil, pero no sabía hallarla.

—¿Tenéis, entonces, noticias de vuestra hija, señora?

La princesa guardó silencio.

—Suele haber impostores —insinuó Gonzaga—. La fortuna de



Un murmullo de admiración acogió a la supuesta heredera.

La princesa permanecía indecisa y angustiada.



Nevers es demasiado apetecible. ¿Os han presentado, acaso, alguna otra joven?

Nuevo silencio.

—Os habrán dicho: “Esta es la verdadera. La hemos salvado y protegido”.

Los asistentes al consejo miraban con asombro a Gonzaga. Había perdido la calma y era fácil descubrir la cólera y el despecho en su crispado semblante.

El joven marqués de Chavarny, que conocía muy bien a su

primo Felipe de Gonzaga, murmuró:

—¡Esconde las zarpas, tigre!

Los silencios de la voz misteriosa eran asombrosamente hábiles. Mientras la voz no se oía, a la princesa le era imposible responder y Gonzaga, furioso, olvidaba la prudencia.

—¡Está en París, escondida en alguna parte! —agregó entredientes—. Hasta es posible que esté aquí, dispuesta a presentarse de un momento a otro. Eso os dicen, ¿verdad, señora?

La princesa se afirmó en uno de los brazos de su butaca. Temía caer desvanecida. Hubiera dado años de su vida por levantar aquella cortina detrás de la cual se ocultaba su aliado, cuya voz habría querido oír.

—Responded, señora —continuó Gonzaga, cada vez más impaciente—. ¡Os ruego que respondáis!

Y los miembros del consejo dijeron en coro:

—¡Responded, alteza!

Aurora de Caylus se ahogaba. ¡Oh, cómo tardaba aquella voz! Inclinando la cabeza, murmuró:

—¡Piedad!

La cortina se agitó tenuemente.



Tras los cortinajes
una voz susurró:
¡“Aquí estoy!”

—¿Está aquí en París? —susurró la viuda de Nevers.

—“Está” —fué la respuesta. Entonces, radiante de alegría, Aurora gritó:

—¡Sí! ¡Está aquí! Vive, a pesar vuestro y gracias a la protección de Dios.

Todos se levantaron en tumulto.

Los secuaces de Gonzaga hablaban todos a un tiempo, reclamando justicia. Los consejeros reales se consultaban entre sí.

En medio de aquella confusión, Aurora de Caylus oyó una vez más la voz misteriosa, que decía:

—“Esta noche, en el baile del regente, alguien os dirá la divisa de Nevers”.

—¿Y veré a mi hija? —preguntó la princesa, próxima a desmayarse.

Tras la cortina se percibió un débil ruido, como el que produce una puerta que se cierra. Después, nada. Era ya tiempo de que el oculto desconocido huyera.

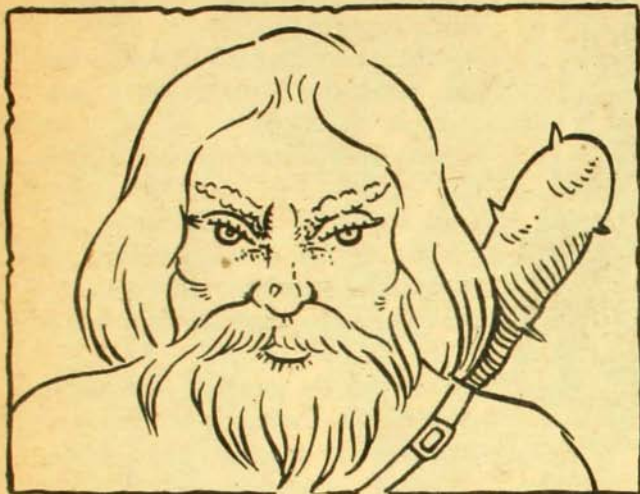
Chaverny levantó bruscamente el cortinaje. La princesa contuvo un grito, y el joven marqués, sospechando algún misterio, se precipitó a abrir la puerta.

(CONTINUARA)

**Aurora de Caylus
ansiaba oír de nuevo
la misteriosa voz.**



¿A QUIEN PERTENECIO?



Dinos: ¿A quién perteneció la honda que mató al gigante Goliat? Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 235.— El caballo Rocinante perteneció a don Quijote de la Mancha.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Jeanette Tardivón, Quillota; Ra-

món Camaño, Bulnes; Jorge Oyarzún, Chillán; María Eugenia Piñón, Santiago; Raúl González, Talcahuano; Guisela Moya, Buin. UN PREMIO DE \$ 20.— Juan Lazo, Santiago; Juana Osses, Talca; Daysi Náquira, Rancagua; Carmen Méndez, Constitución; Ramón Cabañas, Santiago; María Muñoz, Santiago; Ignacio Gómez, Santiago; Lucy Valenzuela, Santiago; Elsa Pazos, Santiago; Orlando

Carrión, Iquique. UN LIBRO: Mónica Campos, Valparaíso; Jaime Salinas, Quillota; Leticia Rojas, Santiago; Wenceslao Cabezas, Renaico; William Gordon, Santiago; Sonia Alborno, Santiago; María Noemí Arritola, Los Andes; María Luisa Barrera, Rancagua; Fernando Villalta, Chillán; Silvia Montiel, Valdivia.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**
SIMBAD N.º 237

ERA TAN, PERO TAN...

Era tan fresco, que siempre andaba con una taza de tilo para dársela a los que se acercaban a él.

El departamento era tan estrecho, que sólo se podían poner retratos de perfil.

El milico tenía las piernas tan chuecas, que el paso de ganso le resultaba paso de pato.

Era tan desconfiado que, para asegurarse de que su colchón sería de lana pura, exigió que se lo llenaran con ovejas enteras.

Juan y Juanita



3. En efecto, siempre lograba escabullirse y trepaba al tejado. Era un acróbata estupendo. Había hablado varias veces con Juanita, aconsejándole paciencia. “—Limón se aburrirá de tenernos siempre vigilados”, decía. Y no se equivocaba. El director supuso que ya no era necesario espíarlos.



4. “—Esos pilletes han comprendido que no pueden escapar”, dijo Lamón. Pero Juan y Tilín estudiaban un nuevo plan. “—Esta vez no fracasaremos —dijo el pequeño vagabundo—. No quiero morirme en esta jaula. Aunque me entristece mucho separarme de Limoncito, me iré lo más lejos posible.”

(CONTINUARA)



Simbad

SOLITARIO BILL

N.º 238



\$ 6.

Juan y Juanita

CAPITULO XVI.—HACIA LA LIBERTAD



1. Tilín tenía ya otro plan de fuga, y comunicó a Juan: “—Ayer hablé con tu hermana, Juanita. Si andamos con suerte, volaremos pronto de esta jaula. Cuidado, ahí viene el guardián Ojoabierto”. El muchachito lanzó una alegre risa y añadió: “—Esta noche no te duermas, Juan. Prepara tu equipaje porque nos vamos”.



2. Con el corazón tembloroso de ansiedad, Juan esperaba la señal de su amigo. Tilín, acróbata consumado, avanzó por los tejados y por el borde de los muros, tan tranquilo como si anduviera paseando por una avenida. Por fin llegó a la muralla que separaba los dos edificios del reformatorio de menores.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 24-III-1954 — N.º 238

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

CAPITULO V.— *La doncella herida en una batalla.*

El bastardo de Orleáns, conde Juan de Dunois, dominado por la confianza que inspiraba la doncella a sus soldados, decidió seguir sus consejos.

Antes de iniciar la batalla, Juana había enviado una carta al general inglés Glasdale, conminándole a que se rindiera, pues ella debía vencer porque luchaba en nombre de Dios.

Desde el fuerte, que el general tenía sitiado, gritó para que le oyera la doncella:

—A esa mujer bellaca, que sólo sirve para guardar puercos, tan pronto como consiga apresarla, la quemaré en una hoguera.

Eso decía Glasdale, pero no sus soldados, que en cuanto la vieron aparecer enarbolando el blanco estandarte y al frente de sus huestes, huyeron en desbandada.

El bastardo de Orleáns, el general La Hire y otros capitanes siguieron a Juana de Arco en su impulso guerrero y lograron hacer caer las fortalezas defendidas por los ingleses.



De Arco

Adaptación de Roxane

Aquella misma noche entraba Juana a Orleáns, donde el pueblo la recibía fervoroso a la luz de las antorchas. Todos acudían a besar su sobreveste, el brial y sus pies.

Mediaba mayo cuando nuevas derrotas de los ingleses obligaban al general Glasdale a levantar el sitio de Orleáns.

Sin embargo, y a pesar de sus triunfos, los consejeros del rey Carlos seguían hostilizando a la doncella.

El arzobispo de Reims no podía contener su furia y decía con venenoso acento:

—¿Qué piensa ese bastardo de Orleáns? Parece que esa bruja le ha hechizado.

Juana de Arco, entretanto, aprovechaba la tregua de la guerra para visitar a los heridos, orar en las iglesias y hablar con el pueblo orleanés, que la idolatraba.

Siguiendo los consejos de sus voces, la doncella de Orleáns insta al conde de Dunois a organizar una expedición contra un nuevo

ejército inglés que ha desembarcado en El Havre. El arzobispo de Reims, por su parte, ocultando el peligro a las tropas, dispuso que éstas salieran por la puerta de Borgoña para atacar a los ingleses que avanzaban.


Las voces despertaron antes del amanecer a Juana de Arco y le ordenaron que acudiera al fuerte amenazado.

—¡La sangre de mis soldados se derrama! — grita la doncella, armándose con su coraza de plata—. Pronto, mis armas, mi caballo...

El conde de Dunois montó también en su corcel. Ya algunos sol-



Desde el fuerte, el general inglés insultó a la doncella.



Las voces de sus santas la despertaron antes del amanecer.

dados derrotados volvían sobre sus pasos.

—¡Adelante! —gritó Juana de Arco—. Si no tenemos artillería subiremos con escalas al fuerte de Saint-Loup. Bastardo, yo os reto a que me sigáis.

—No debes retar a un jefe de Estado Mayor —protestó Dunois—. Eres temeraria y loca.

—Yo no soy temeraria, sino una servidora de Dios. Mi espada es sagrada, la encontré detrás del al-

tar de Santa Catalina y sus cinco cruces me darán la victoria. Yo guiaré a mis soldados.

La presencia de Juana enardeció a los franceses y otro baluarte del enemigo quedó en poder de los ejércitos de Francia.

Pero faltaba aún tomar otra plaza fuerte y el Consejo del Delfín se negó a permitir que la doncella se apoderara del fuerte de Tournelles. Juana no se dejó convencer y reunió de nuevo a sus fieles soldados, para decirles:

—El Consejo ordena, pero yo actúo. Vamos al asalto. Seré herida, aunque no de muerte.

Al día siguiente llegó hasta las orillas del Loira y en barcazas hizo trasladar sus tropas hasta las murallas de Tournelles. El combate fué recio y algunos soldados comenzaron a perder el valor. Juana entonces saltó un foso y cogió una escalera para subir el muro. En ese instante, tal como ella había dicho, una flecha la hirió.

Los soldados ingleses, que la vieron caer, intentaron una salida para apoderarse de la "bruja". Juan de Metz y Bertran de Paulegny la apartaron del lugar del peligro.

La flecha atravesó su cuerpo de parte a parte, saliendo por la espalda. Para extraerla hubo que romper la punta.

Tendida sobre la hierba, aquella hierba que tenía el mismo aroma de la que tanto gustaba a sus corderos, Juana lloraba. Con los ojos cerrados pensaba en su aldea y en su madre, la buena Romea.

Este desfallecimiento fué breve y, como por milagro, recobró su energía.

—Juan, poned aceite en mi herida y no me llevéis más lejos —ordenó a Juan de Metz.

El bastardo de Orleáns ya hablaba de retirada porque no veía perspectiva de victoria.

—Esperad un poco —ordenó Juana de Arco, levantándose transfigurada—. Mi estandarte blanco ha quedado en las filas enemigas. ¿Lo veis desde aquí?

—Sí, lo vemos —contestan los soldados.

—Tan pronto como lleguen con él a la muralla podéis volver al fuerte. Así lo ordenan mis voces.

En el momento indicado, el ejército atacó. Los ingleses se vieron perdidos. El vértigo del miedo se apoderó de ellos y poco después no quedaba un solo enemigo en las orillas del Loira.

A pesar del dolor que le producía la herida, Juana entró a caballo en la ciudad, entre un delirio de aclamaciones. Comió parcamente y se recostó en su tienda de campaña.

Al día siguiente vió con sorpresa que el enemigo se disponía de nuevo a atacar la ciudad.

Absurda pretensión. Los orleaneses, fanatizados por la doncella, adquirirían un coraje indomable. Bastaron dos horas para que los ingleses se retiraran.

Como Juana de Arco no podía luchar a causa de su herida, durante toda la batalla se mantuvo de rodillas, orando a Dios, a San Miguel y a sus santas, por la victoria de sus ejércitos. Terminada su oración, preguntó a su escudero si el enemigo estaba de frente o daba la espalda.

—La espalda, la espalda —dicen a la doncella—. Los ingleses huyen hacia el norte.

—Dejadlos que se vayan —responde la temeraria pastorcita.

Las campanas de Orleans, echadas a vuelo, anuncian la total de-

**Tendida sobre la
hierba, Juana lloraba.**



rrota de los invasores. Por fin, después de cerca de un año de sitio, Orleans está libre y el camino hacia París se vislumbra como una risueña esperanza.

Juana reemprende la marcha, sin es-

perar que su herida cicatrice. A su paso, el ejército va tomando las posesiones enemigas. Nada detiene a la doncella guerrera, que se dirige a Reims para consagrar rey al Delfín Carlos.

La muchedumbre, entusiasmada, rodea a las huestes francesas y grita sin cesar:

—¡Coronación! ¡Coronación!

Pueblo y soldados fraternizan alegremente y son ya más de quince mil los que siguen a Juana de Arco.

(CONTINUARA)



LA CIUDAD DE LOS LAMAS



CAPITULO IV. MARBO-RI



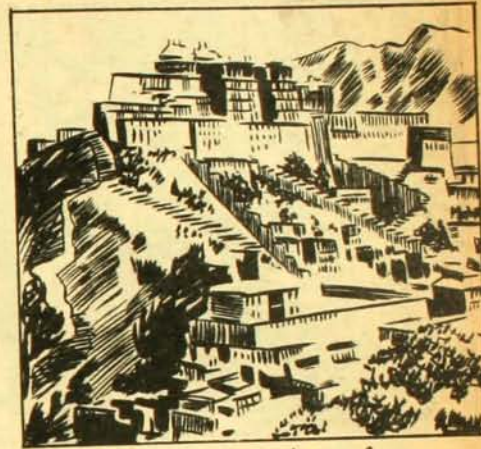
1. Tensos de angustia, el periodista Marco Lund y el aviador Luis Barnar recorrieron las márgenes del torrente, con la esperanza de rescatar el cuerpo del explorador Andrés Brian. Había sido víctima de un tibetano. "—Es inútil buscarlo", susurró Marco, mientras las líneas de su rostro se endurecían.



2. Pero el joven cazador no había sucumbido. Las turbulentas aguas lo depositaron sobre una plataforma rocosa, donde yacía inanimado, cuando unos montañeses lo encontraron. Luego de cambiar algunas excitadas palabras, aquellos hombres trasladaron al extranjero a su aldea.



3. Allí le cuidaron con esmero, hasta que Brian recuperó sus fuerzas. Mientras tanto, Marco y Luis avistaban la ciudad de Marbo-Ri. "—El palacio del Dalai Lama —susurró Barnar, observando con recelo aquellos edificios blancos—. ¿Seguimos avanzando, Lund?"



4. "—Bien sabes que seguiremos, hasta arrebatarse a Chang de las garras de esos demonios." En ese instante los guías reclamaron su paga, para emprender el regreso. Marco Lund les atendió, mientras Barnar gruñía: "—Sospecho que pronto empezarán las dificultades"





LA CIUDAD DE LOS LAMAS



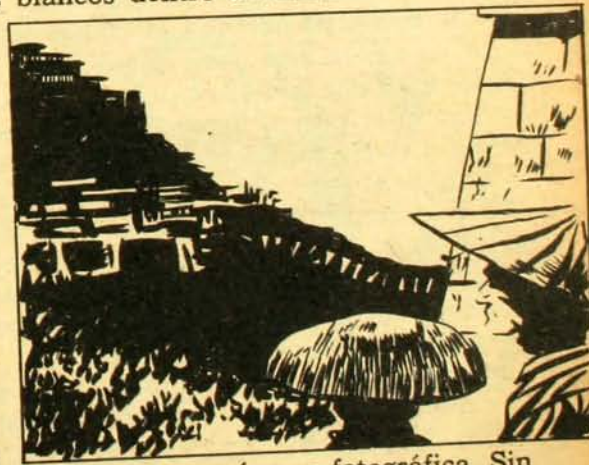
5. Al quedar solos, Marco sugirió: “—Y ahora, amigo, cambiaremos de vestimenta. Aquí tengo dos estupendas túnicas amarillas”. En pocos instantes, ambos aventureros se transformaron en dos monjes de curiosa apariencia. “—¿Engañaremos a alguien? —dijo Barnar—. Si nos ve el Dalai Lama, se muere de risa.”



6. A diez leguas del lugar en que sus compañeros de aventura se convertían en lamas, Brian hablaba con sus afables protectores. “—Somos una tribu pacífica —declaró Kuen—. Los lamas nos tienen esclavizados y nos exigen que les entreguemos nuestras cosechas y ganado. Si nos negamos...”.



7. “—Su venganza es terrible —terminó Kuen—. Esa caravana partirá mañana, con nuestros tributos.” Brian decidió: “—Yo iré con ellos”. Kuen protestó aterrado: “—¡Es imposible! Ningún hombre blanco ha penetrado en la ciudad prohibida”. Sin embargo, ya había “dos” hombres blancos dentro de Lhasa.



8. Y uno de ellos estaba provisto de una cámara fotográfica. Sin temor, como si estuviera tomando fotos en una plaza cualquiera, captó un desfile de sacerdotes que portaban antorchas y cogió en su lente máscaras y ritos extraños. Y una música penetrante se extendía sobre las cumbres tibetanas.

(CONTINUARA)



LA HERENCIA DE JUAN

Erased un pobre labrador que no tenía en el mundo otros bienes que sus tres hijos. Mucho me gustaría recordar sus nombres, pero sólo sé que el más pequeño se llamaba Juan. Cuando murió el padre, los hermanos mayores se repartieron la humilde herencia, dejando al menor sólo un gato.

“De nada me servirá —se dijo—, pero así y todo, me lo llevaré, porque sería una crueldad dejar que se muera de hambre.”

Distribuída la mísera herencia, los hermanos marcharon a buscar fortuna por el mundo y cada uno tomó un camino diferente. Y dijo el gato al más joven cuando llevaban andando un buen rato: —No te arrepentirás de no haberme dejado abandonado. Ahora entraré en el bosque y te traeré algún hermoso animal que tú llevarás al palacio del rey, diciendo que es un pequeño regalo para Su Majestad. Y cuando te pregunte quién se lo manda le contestas que el Caballero Juan.

Juan no tuvo que esperar mucho para ver salir al gato del bosque conduciendo un hermoso reno: había saltado a su cabeza y le dijo: “Si no vas todo derecho al palacio del rey, te saco los ojos con mis uñas”. Y el reno no se atrevió a desobedecer y caminó todo derecho.

Quando Juan llegó al palacio entró en la cocina con el reno y dijo:

—Traigo un pequeño regalo para el rey, que espero se servirá aceptar. El rey bajó a la cocina y quedó muy complacido con el regalo.

—¡Oh querido amigo! —exclamó—. ¿Quién es el que me envía tan soberbio presente?

—¡El Caballero Juan! —contestó el muchacho.

—¡El Caballero Juan! —repitió el rey—. ¿Y dónde vive ese caballero? —preguntó, un poco avergonzado de no conocer a tan amable personaje.

—Tengo orden de mi señor de no revelarlo —contestó el muchacho.

Al día siguiente el gato volvió a entrar en el bosque, saltó a la cabeza de un ciervo, y, amenazándolo, le obligó a dirigirse directamente a palacio. El rey quedó aún más complacido con el ciervo que con el reno, y volvió a preguntar quién era el que le enviaba tan hermoso presente.

—¡Oh, es el Caballero Juan! —contestó el doncel. El tercer día el gato trajo del bosque un alce.

El rey sentía ahora más curiosidad que nunca por saber dónde vivía el gene-



El gato cazó a un hermoso reno.



El pastor guardaba
un espléndido rebaño.

roso Caballero Juan y trató de sonsacar al muchacho, pero éste se negó a hablar.

—Bien, pues entonces di al Caballero Juan que venga a visitarme —dijo el rey.

—No dejaré de hacerlo —contestó el muchacho.

Y salió de palacio, temblando de miedo.

—¡En buen lío me has metido! —exclamó en cuanto vió al gato—. El rey dice que le haga una visita y yo no tengo otra cosa que ponerme que los harapos que llevo encima.

—No te preocupes por eso —dijo el gato—. Antes de tres días podrás visitar al rey. Pero veas en palacio lo que veas, contestarás invariablemente que tienes en tu casa cosas mucho más magníficas y hermosas.

Al terminar el tercer día se presentó el gato con una carroza, los caballos y atavíos magníficos. Juan vistió aquellas galas, subió a la carroza y partió para palacio con el gato sentado en el estribo. El rey se sintió un poco humillado al ver aquel lujo, pero Juan siguió jactándose de sus inmensas riquezas, y entonces el rey no pudo contener por más tiempo su cólera.

—Iré a tu casa —dijo— y veremos si es cierto que todo lo que

tienes es mucho mejor y más hermoso que lo mío; pero lo pasarás mal si veo que me has engañado.

—¡En buen apuro me has metido! —dijo Juan al gato—. El rey quiere ir a mi casa, y ya sabes que yo no poseo en el mundo ni donde posar las cuatro patas de una siila.

—No te preocupes por eso —dijo el gato—. Yo me encargo de arreglarlo todo y tú no tienes más que seguirme.

Se pusieron en camino. Juan siguió al gato, que corría delante, y luego venía el rey con toda su comitiva. Cuando llevaban andado un buen trozo del camino, llegaron a la vista de un gran rebaño de hermosas ovejas.

—Si cuando el rey te pregunte de quién es este rebaño le contestas que del Caballero Juan, te ganarás este vaso de plata —dijo el gato al pastorcillo que guardaba el rebaño.

—Si se ganan tan fácilmente las copas, no tengo inconveniente en hacer lo que me pides —contestó el muchacho, guardándose la copa que el gato había sacado de palacio.

Un poco más adelante encontraron un rebaño de hermosas vacas, gordas y relucientes que daba gloria verlas.

—Si cuando el rey te pregunte de quién es este ganado le contestas que del Caballero Juan, te ganarás esta cuchara de plata —dijo el gato al vaquerillo.

—Si las cucharas de plata se ganan tan fácilmente, no tengo inconveniente en hacer lo que me pides —contestó el muchacho, guardándose la cuchara que el gato había sacado de palacio.

Siguieron caminando y no tardaron en encontrarse con una gran manada de caballos, seis de cada color.



La princesa era muy bella.

—Si cuando el rey te pregunte dices que estos caballos pertenecen al Caballero Juan, te daré este cucharón de plata —dijo el gato al muchacho que los cuidaba.

—Si los cucharones de plata se ganan tan fácilmente, no tengo inconveniente en hacer lo que me pides —contestó el rapaz. Siguieron caminando y, después de recorrer leguas y leguas, llegaron a un castillo.

En una distracción del rey, el gato se acercó a Juan y le ordenó que dijera que aquélla era su morada. El castillo todavía parecía más espléndido por dentro que por fuera; allí eran de oro hasta las escobas de la cocina. Cuando el rey lo visitó, desde las buhardillas hasta las bodegas, quedó maravillado de tanta riqueza y suntuosidad.

Más tarde, al servirse la cena, llegó el ogro dueño de aquel castillo y llamó a la puerta.

—¿Quién se come mi comida y se bebe mi vino ahí dentro? —rugió.

El gato, que oyó esto, saltó sobre él antes de que derribara la puerta.

—Espera un poco y te contaré cómo el labrador coge su centeno —le dijo—. Primero cava su campo y luego lo estercola, y después lo vuelve a cavar... —y así continuó entreteniéndole hasta que vino la aurora—. ¡Mira qué hermosa dama viene por ahí! —exclamó, para terminar.

El ogro volvió la cabeza y al ver el sol huyó a esconderse en las profundidades del bosque.

—Todo esto es ahora tuyo —dijo el gato a Juan—. Y lo único que te pido por cuanto he hecho por ti es que me cortes la cabeza. —¡No haré eso jamás! —contestó Juan, horrorizado.

—Tienes que hacerlo, o te sacaré los ojos con mis uñas —insistió el gato.

Juan se vió obligado a obedecer, aunque con las lágrimas en los ojos. Pero sucedió un inesperado portento: en cuanto cortó la cabeza al gato se transformó en la princesa más bella que vieron ojos humanos y Juan se enamoró instantáneamente de ella.

—Todo este esplendor fué mío en otros tiempos —explicó la princesa—, pero caí en poder del ogro y me transformó en un gato. Ahora tú dirás si quieres hacerme tu reina, ya que eres rey de todo lo que abarca tu mirada.

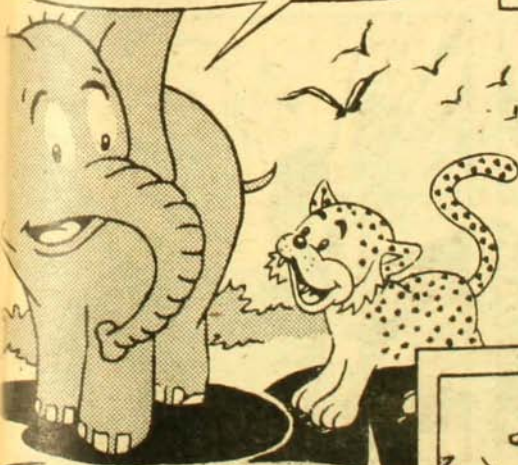
El Caballero Juan, que no deseaba otra cosa, la hizo en seguida su reina, y las bodas se celebraron con gran pompa y duraron ocho días.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA



UNA SE VE EN GRANDES LIOS PARA CUIDAR A ESTOS CRÍOS

¿TAMBIÉN TÚ VUELVES, MININO TODO ASUSTADO Y MOHINO?



PERO EL VERDADERO LÍO ES EL QUE FORMARÁN ESTOS CAZADORES.

¿TIENES RAZÓN, ELEFANTA, HASTA CUÁNDO UNO AGUANTA?



CONTINUARÁ



SOLITARIO BILL

CAPITULO XX TURIA INDIA



1. Solitario Bill habló con Hijo del Trueno, que dirigía a los guerreros osages. El indio le ofreció con solemnidad la pipa de la paz, diciendo: "—Hijo del Trueno conoce al rostro pálido Solitario Bill y confía en él. ¿A qué ha venido al campamento de sus hermanos rojos?"



3. "—No vienen a declarar la guerra a los nobles osages", dijo Solitario Bill. En ese instante se oyeron gritos de alarma. Los indios habían visto un cóndor que planeaba sobre la hondonada. "—¡Mal presagio! —murmuró Hijo del Trueno, sombríamente—. Esas aves anuncian la muerte."



2. "—Dos de mis amigos están en la montaña y desean bajar al valle, sin ser atacados por tus bravos", repuso el joven, sin mencionar la muerte de Halcón Rojo, a quien el mestizo Miguel había asesinado. "—He visto a los seminolas acampados en el valle —añadió Hijo del Trueno—. Son nuestros enemigos."



4. El héroe texano deseaba evitar una masacre. La guerra entre los seminolas y los osages significaba ruina y muerte. El jefe Gran Búfalo yacía herido y en su carromato descansaba también Anita Cantrel. Bill evocaba su rostro pálido y al oro inmóvil de sus cabellos. Bruscamente se decidió.

SOLITARIO BILL



6. Aterrado, Hijo del Trueno ordenó: "—Deja libre al cóndor. Nos traerá desgracia si lo aprisionamos". Su espíritu supersticioso temía la venganza de desconocidos ancestros que pudieran habitar en el cuerpo del ave. Tal vez el cóndor era un totem temible. Pero Solitario Bill no obedeció la orden del piel roja.



5. Su lazo silbó en el aire y la enorme ave de rapiña quedó prisionera en pleno vuelo. En seguida las poderosas manos de Solitario Bill la retuvieron.

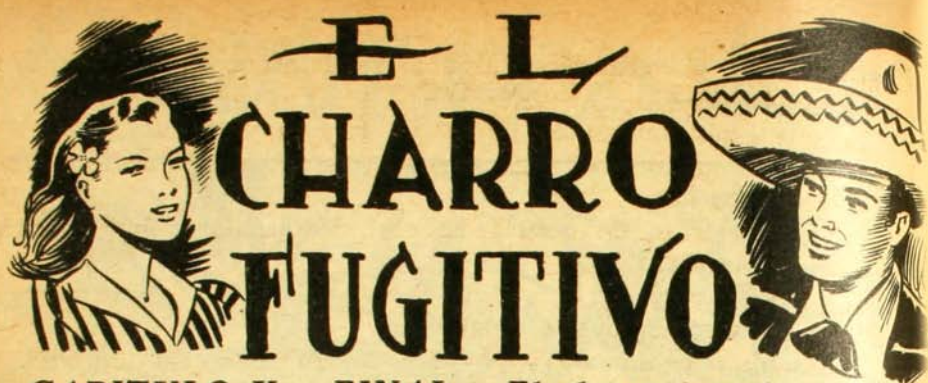


7. Las voces de los demás indios se alzaron iracundas. "—¿Por qué no obedeces, rostro pálido?" Solitario Bill se vió obligado a soltar al cóndor, que descendió al precipicio donde yacía Halcón Rojo. Los gritos de los osages se transformaron en aullidos. El joven vaquero saltó entonces sobre su caballo.



8. No podía ocultar por más tiempo el crimen del mestizo, ni detener la ola de sangre y violencia que aquel crimen causaría. Una flecha hirió al veloz Tempestad. Intentó seguir la huida, pero Solitario Bill, arriesgándose a caer en manos de sus perseguidores, lo detuvo para arrancar la flecha.

(CONTINUARA)



EL CHARRO FUGITIVO

CAPITULO X y FINAL.—El charro con dos nombres

Roberto de Alba había dado libertad a Violeta Fleming, siguiendo un plan que no reveló a Mariquita García ni a Cecilia Valle —¿Cómo puedes confiar en Violeta? —decía Mariquita, indignada—. Advertiré a Trevor y ese ratón podrá huir tranquilamente.

—He estado reflexionando y creo que Alfonso Trevor permanecerá en la hacienda. Si antes proyectaba fugarse, ahora se quedará.

—¿Por qué lo supones? ¿Acaso le enviaste un mensaje con Violeta?

—Permíteme que guarde silencio. Ya está cerca la solución de los misterios. Debes tener un poco de paciencia.

Sin inmutarse por las miradas furiosas de la niña mexicana, el joven añadió:

—Y ahora, es tiempo de que regreses a la hacienda de tu padre, acompañada de Cecilia.

—Esa es otra insensatez que no comprendo. ¿Por qué ha de regresar Cecilia, si mi padre la despidió, por calumnias de Trevor? ¿Quieres imponerle una humillación?

—No. Por favor, Mariquita, obedéceme.

Ensillaron dos caballos y emprendieron la marcha hacia las tierras de don Pedro García de los Ríos.

El encuentro del mexicano y de Cecilia fué tempestuoso. Don Pedro, dirigiendo a la niña una mirada glacial, interrogó:

—¿Por qué se presenta en mi casa, señorita Cecilia?

Ella guardó silencio. En realidad, no sabía qué responder. Mariquita declaró con vehemencia:

—Yo jamás creí en la culpabilidad de Cecilia.

—Sin embargo, aprobaste su despido.

—Sí, para que el verdadero culpable se delatara al creerse libre de sospechas.

—¿De qué estás hablando? No entiendo una palabra.

—Papacito, dame plazo hasta que se esclarezca la situación. Dame veinticuatro horas.

—Esa es una frase de novela policial. Veinticuatro horas para solucionar el crimen.

—Por favor, papá.

—Está bien. Cecilia, puede quedarse.

Aunque había accedido al ruego de su hija, el ceño de don Pedro García no se desarrugó, ni su mirada se suavizó.

—¡Señor García!

Reconoció la voz de su secretario, Alfonso Trevor, quien, aproximándose rápidamente al grupo, exclamó:

—¿Qué significa la presencia de la señorita Valle? No debe permitir que permanezca aquí ni un minuto.

Don Pedro replicó fríamente:

—Mis decisiones no se discuten, señor Trevor.

Alfonso, comprendiendo que se había extralimitado, murmuró:

—Perdóneme, señor. Estoy muy excitado y nervioso. Acabo de saber que la señorita Violeta Fleming está secuestrada.

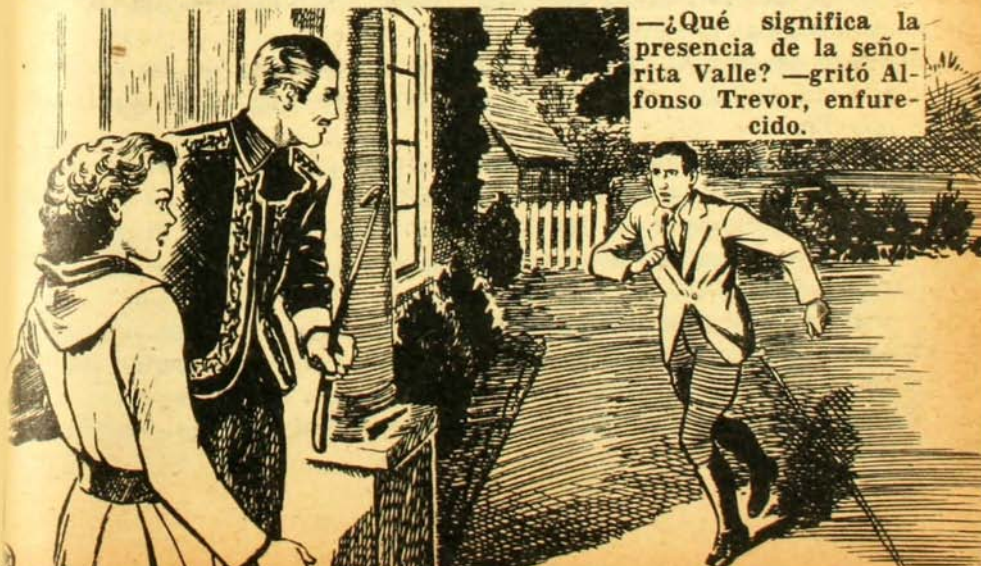
—¿Secuestrada? ¿Por quién?

—Por el charro Jorge Alvarez. Encontré este mensaje.

Entregó el papel, que decía:

Retendré en mi poder a la señorita Fleming, como una advertencia a don Pedro García de los Ríos. Raptaré a su hija, si no ac-

—¿Qué significa la presencia de la señorita Valle? —gritó Alfonso Trevor, enfurecido.



cede a una entrevista, sin triquiñuelas ni milicia, en el Monte Chico. Exijo que traiga los documentos de posesión de sus tierras de Sonora.

—¡Qué insolencia! —barbotó don Pedro.

—¿Te niegas, papá? —sonrió Mariquita—. Quizás sea mejor para mí. Así seré raptada por ese maravilloso charro.

El semblante del mexicano enrojeció con violencia. Reprimió, sin embargo, la explosión de cólera y dijo:

—Acepto el desafío. Así sabremos de una vez por todas qué pretende ese maldito charro y qué se oculta detrás de su velada amenaza sobre mis posesiones. Trevor, usted atiende mis asuntos y no me he ocupado de papeles. ¿Cómo interpreta el mensaje de Jorge Alvarez?

—No sé qué habrá querido insinuar él, señor.

—La cita es a las diez de la noche. Dé órdenes para que los caballos estén preparados.

Al caer la noche, don Pedro llamó a gritos a sus criados. Luego advirtió la ausencia de Alfonso Trevor.

—¿Dónde está? ¿No sabe acaso que tenemos una cita importante? Pero por más que se buscó al secretario, éste no apareció. Faltaba un caballo y, al ser registradas las habitaciones del ausente, se comprobó que habíase llevado una maleta con sus pertenencias más necesarias.

—Ha huído —confirmó don Pedro, atónito—. En fin, iré solo.

Al llegar al lugar de la cita, un jinete que refrenaba a su brioso caballo se presentó ante él. Descabalgando de un salto, invitó:

—Tenga la bondad de seguirme, señor. Hablaremos en una caña cercana.

Penetraron en una choza de adobes, con techumbre de maguey. Un indio vigilaba la puerta. En el interior, maniatado, yacía Alfonso Trevor.

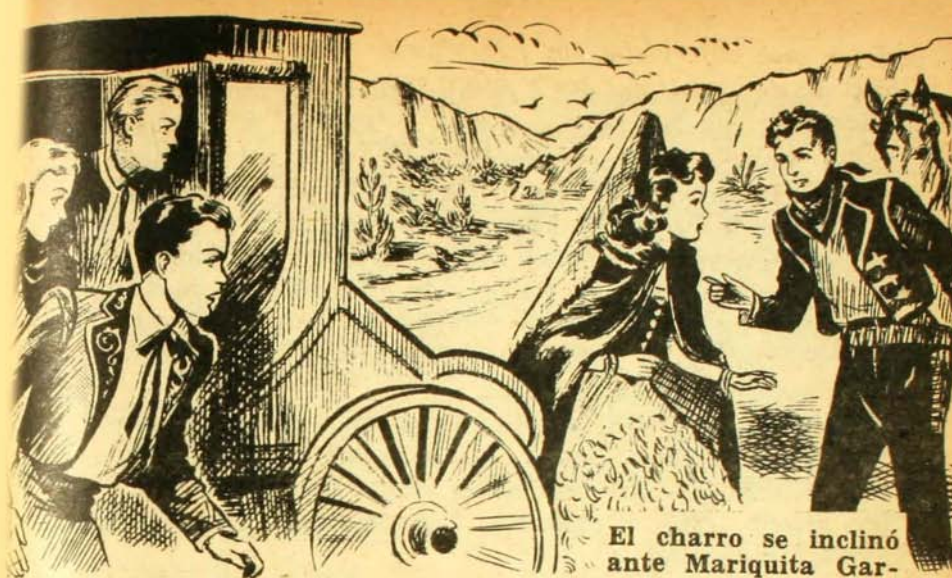
—Desátelo inmediatamente —exigió don Pedro—. No permito que mis servidores sean maltratados.

—Y, sin embargo, ese leal servidor suyo pretendía arrebatarme sus bienes —observó el charro, irónico.

Luego añadió:

—Las explicaciones serán largas. Tome asiento, señor. Hablaremos tranquilamente, porque usted nada tiene que temer de mí y yo, por mi parte, estoy seguro de que ha venido solo.

Entregándole el medallón de oro que le había dado Mariquita, añadió:



El charro se inclinó ante Mariquita García.

—Examine esos retratos.

Don Pedro palideció intensamente. Al contemplar aquellas imágenes, no pensó en su hija, ni en el charro, sino que murmuró:

—María de las Mercedes... y Manuel, mi mortal enemigo, mi odiado rival.

—Mi padre no le guardó rencor —repuso el joven—. Ustedes fueron amigos inseparables, hasta que conocieron a la que fué su esposa, la bella María de las Mercedes. Entonces un abismo les separó, porque ambos la amaban. Mi padre viajó a Europa y se casó. Perdí a mi madre al nacer. Mi padre tuvo que regresar a México inesperadamente, cayó enfermo y, antes de morir, dejó toda su fortuna a María de las Mercedes. Las personas que le informaron de la muerte de su esposa, omitieron decirle que fué a causa de mi nacimiento.

Ante la sorprendente revelación, don Pedro García de los Ríos abandonó su expresión huraña. El charro continuó:

—Alfonso Trevor, pariente lejano de mi madre, sabía que las tierras de Sonora fueron legadas por error a María de las Mercedes y luego traspasadas a usted. Con la complicidad de un falsificador, pretendía apoderarse de las propiedades.

Trevor, pálido, no pronunciaba una sola palabra.

—En resumen, todo cuanto yo creí mío y que recibí de mi esposa para administrar y hacer producir, pertenece en realidad a usted, el hijo de Manuel —dijo el mexicano con lentitud.

—No. Pertenece a usted y a su hija. No pretendo arrebatarle sus bienes. Sólo quiero desenmascarar a Trevor. Y reivindicar mi nombre. Porque Trevor, reconociéndome, le robó dinero, inculpándome de ese robo. Y me vi perseguido por la milicia.

—He cometido un error —confesó el mexicano—. La justicia se cumplirá. ¿Posee documentos que certifiquen sus palabras?

—Sí, dos sobres lacrados, en uno de ellos está el verdadero testamento de mi padre con el nombre de Antonio Alvarez, servidor de mi familia. El otro sobre contiene el testamento falso, que Trevor redactó con su cómplice.

—¿Puedo guardar este medallón? —suplicó el hacendado—. Manuel era un pintor magistral. Me agradaría guardar este recuerdo, de mi esposa y del más noble amigo que he tenido.

—Por cierto —dijo el charro—. Pero sospecho que Mariquita lo reclamará para ella.

En los días siguientes se comprobó que las declaraciones del joven eran verídicas. Alfonso Trevor y su cómplice ingresaron a la cárcel, como estafadores.

Las diligencias se practicaron en forma reservada. Mariquita, aunque se moría de curiosidad, no pudo descubrir esos pasos secretos de la justicia. Cecilia continuaba en la hacienda, después que don Pedro García de los Ríos, olvidando su soberbio orgullo, le pidió humildemente que disculpara sus injustas sospechas.

—¿Y dónde está Roberto de Alba? ¿Y Jorge Alvarez? —gritaba Mariquita, exasperada con tantos enigmas—. ¿Y Violeta Fleming? —Olvida esos problemas, hijita. Estás invitada con Cecilia a casa de los Montenegro, para una fiesta.

Los jóvenes vinieron a buscarlas y se dirigían a la hacienda vecina, cuando un jinete les dió el alto con voz amenazante:

—Que bajen las damas —exigió—. Quiero hablar especialmente con Mariquita García de los Ríos y llevármela a mi guarida.

—El charro Jorge —susurró Mariquita—. Ahora conoceré los secretos que me tienen intrigada... y furiosa.

El joven se inclinó, saludándola, y con este gesto se deslizó el pañuelo obscuro que le ocultaba el rostro hasta los ojos.

—Roberto de Alba —gritó Rodrigo Montenegro—. Bandido, ¿qué significa esta farsa?

—En la fiesta les explicaré —sonrió él—. Pero puedo anticiparles que no soy sólo Roberto de Alba, sino también Jorge Alvarez.

Durante el baile, tendré tiempo de explicar mi doble personalidad a cada una de mis lindas parejas.

Las revelaciones del joven causaron sensación. En efecto, había regresado hacía dos años a México, de incógnito, para conocer a los personajes de quien había oído hablar desde su niñez: la bellísima María de las Mercedes y el intransigente don Pedro. Conoció a Trevor y luego las intrigas lo obligaron a adoptar su vida de charro errante, perseguido por la milicia. La aventura lo sedujo y por fin logró desenmascarar a su enemigo.

—Mi madre me legó su fortuna y sus tierras mexicanas —declaró—. Así, a pesar de la equivocación de mi padre, no quedé en la miseria. Usé desde niño el título de mamá, que era marquesa de Alba.

—¿Y el medallón que hallé en mi copa la noche de mi cumpleaños? —murmuró Cecilia.

—Un regalo mío —sonrió él—. Mi padre era pintor y yo heredé su arte.

Los enigmas estaban despejados y el alegre grupo juvenil, se dedicó a paseos, fiestas y excursiones. Pero la celebración más alegre fueron las bodas de Cecilia Valle con Roberto de Alba, el falso charro.

En cuanto a Violeta Fleming, había regresado a su hogar y recordó siempre con sentimental emoción aquella vez que ayudó en sus planes a un apuesto mexicano, dejando al alcance del villano Alfonso Trevor el mensaje que sirvió para delatarlo.

FIN

El alegre grupo juvenil se dedicó a paseos y excursiones.



Ponchito

por nato





El jorobado

CAPITULO XXII.—Lagardere está en París.

La princesa de Gonzaga repitió ante el consejo de familia las respuestas que le dictaba una voz misteriosa. Se discutía la existencia de su hija Aurora, desaparecida hacía dieciocho años. El príncipe Felipe de Gonzaga presentó a una impostora, que fué rechazada.

El joven marqués de Chaverny alzó bruscamente la cortina, y la princesa, temiendo que su aliado fuera descubierto, ahogó un grito de terror. El marqués se precipitó hacia la galería, pero sólo vió en la distancia la figurilla del jorobado de las piernas torcidas, que desapareció tranquilamente escaleras abajo.

Mientras tanto el consejo deliberaba de nuevo. Uno de los enviados reales dijo:

—Príncipe, ya que la princesa de Gonzaga sabe donde está su hija, que la presente. De igual modo vos presentaréis a la que creéis hija de Nevers.

Gonzaga despidió a los consejeros reales.



La evidencia escrita mencionada por la princesa será el mejor medio de esclarecer este asunto. Suspendemos, pues, el consejo por tres días, en nombre del rey. —Acepto —repuso Gonzaga—. Os traeré la prueba.

—Acepto también —contestó la princesa—. Tendré la prueba y tendré a mi hija.

—En cuanto a vos, ¡pobre niña! —dijo Gonzaga a la gitana—, he he-

no cuanto he podido. Ahora sólo Dios puede otorgaros el corazón de vuestra madre.

Peirols bajó el velo sobre sus ojos y se alejó, pero antes de llegar a la puerta se detuvo y en un impulso se lanzó hacia la princesa.

—¡Señora! —murmuró, besándole la mano—. Aunque no seáis mi madre, yo os respeto y os amo.

Aurora de Caylus sonrió y, rozándole la frente con los labios, rehusó:

—Yo también te quiero. He comprendido que no eres cómplice

pero no te guardo rencor.

Peirols se llevó a la casa de la novena. Toda la ilustre y noble concurrencia que llenaba la sala se había retirado.

Al salir, rodeada de sus damas, la princesa se encontró con el príncipe, que regresaba de despedir a los consejeros reales. Ante su gesto imperioso, las damas se apartaron. Gonzaga inquirió:

—Entonces, ¿es la guerra entre vos y yo?

—No pretendo atacar, príncipe —replicó ella—. Sólo me defiendo.

Gonzaga disimulaba con gran esfuerzo su despecho.

—¿Tenéis misteriosos protectores?

—Tengo la bondad del cielo, príncipe —contestó Aurora de Caylus, y en seguida ordenó a su dama predilecta—. Magdalena, disponed que se prepare mi carruaje.

—¿Hay oficios divinos en la parroquia de Saint-Magloire esta noche? —indagó Felipe de Gonzaga.

—No lo sé. No es a la iglesia a donde voy. María, vos me traed el cofre de las joyas.

Peirols acudió al llamado de su señor.



—¡Vuestros diamantes, señora! —exclamó el príncipe, entre burión y sorprendido—. ¿Habéis decidido, acaso, abandonar vuestra vida de retiro y soledad?

—En efecto, voy esta noche al baile del regente.

Gonzaga quedó estupefacto.

—¡Vos! —logró balbucir—. ¡Vos!

La princesa levantó la frente y le miró con altivez. Gonzaga se vió obligado a bajar los ojos.

—¡Sí, iré! —añadió Aurora—. Mi luto ha terminado hoy, señor.

Intentad cuanto queráis contra mí. Ya no os temo.

Y salió, seguida de sus damas.

Gonzaga permaneció inmóvil. Después musitó:

—Esto es una verdadera resurrección. ¿Cuáles serán sus intenciones en el baile de palacio? ¿Hablar con el regente? Quizá sepa donde está su hija... Si es así, lo sabré...

Ordenó a un criado:

—Que venga en seguida el señor de Peiroles. Al presentarse ante él su principal secuaz de claró:

—He de comunicaros



“Lagardere está en Paris” —esta era la noticia terrible de Peiroles.

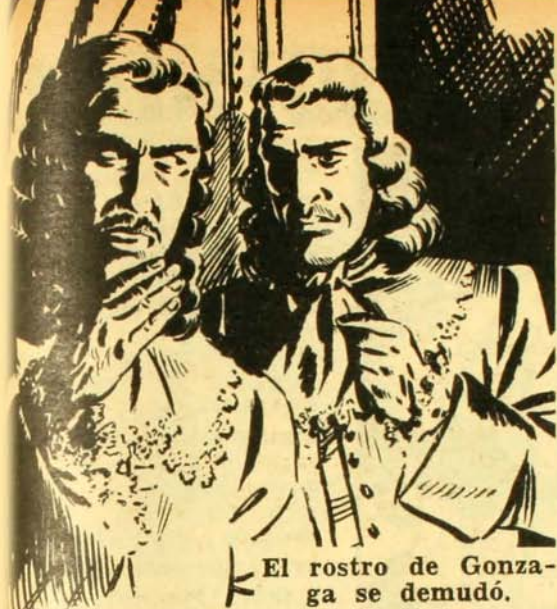
malas noticias. El cardenal sospecha una iniquidad y se prepara a darle el favor a la princesa. Doña Cruz está sublevada y dice que le habéis hecho representar un papel indigno. Quiere marcharse. Y, finalmente, he de deciros, monseñor, que Lagardere está en París.

—¡Bah!, me lo figuraba. ¿Desde cuándo?

—Desde ayer, por lo menos.

—¿Cómo lo sabes?

Peiroles, bajando la voz, repuso:



El rostro de Gonzaga se demudó.

—Saldaña y Faenza han muerto, con una estocada en la frente..., ¡con la estocada de Nevers!

El rostro de Gonzaga se demudó. Logró dominarse, sin embargo, y mientras se arreglaba los encajes frente a un espejo, observó con displicencia.

—De todos los que aquella noche contemplamos el claro de luna desde los fosos de Caylus, sólo quedamos cuatro, ¿verdad?

—Sí —dijo Peiroles, estremeciéndose.

—Nosotros dos y luego esos pobres diablos..., Cocardase y Pasepoil.

Llámalos. Quiero hablar con ellos.

—Ellos... temen a Lagardere como a Satanás.

—Igual que tú —observó Gonzaga, con indiferencia—. Pero son dos truhanes que saben manejar la espada y, además, están muy arruinados para desdeñar un puñado de oro. Llámalos y ya verás que obedecerán, aunque sea temblando.

(CONTINUARA)

La mortal estocada de Nevers aún no había alcanzado a Cocardase y Pasepoil.



¿A QUIEN PERTENECIÓ?



¿Díganos a quien perteneció la espada Balmunga? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 236.— La flauta mágica que atraía a los ratones perteneció a Hamelín.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD" Juan Strahowsky, Santiago; Marjorie Luisa Marín, Molina; Rosa Muñoz, Santiago; Rose

Marie Fressard, Curacautín; Julio Ríos, Santiago; Pablo Maillard, Santiago. UN PREMIO DE \$ 20.— Tita Cuevas, Ovalle; Manuel Ovalle, Talcahuano; Marcial Vicuña, La Serena; María Eugenia Lelva, Santiago; María Quiroz, Santiago; Viviana Martínez, Concepción; Chonchito Díaz, Linares; Jorge Arenas, Chimbarongo; José Luis Contreras, Valparaíso; Perpetuo Labra, San Javier. UN LI-

BRO.— Francisco Encina, Molina; María Soto, Santiago; Jorge Bell, Rancagua; Rosa Gutiérrez, Santiago; Jaime Escobedo, Santiago; Regina Rodríguez, Santiago; Eugenia Maldonado, San Carlos; Ricardo Prieto, Santiago; Mónica Sáez, Rancagua; Enriqueta González Curicó.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 238

Correspondencia

Eliana Vélez (Quintero).— Envía a su revista favorita los siguientes versos:

Señor escritor de "Simbad",
gracias a Dios que quiso que sus
manos bondadosas escribieran
e ilustraran esta pequeña re-
vista,

tan pequeñita como una estre
[lita]
de las más chiquitas que hay
en el cielo.
A mí se me iluminan los ojos
al leer las aventuras de "Trom-
[pita]"
y la triste historia
de "Juan y Juanita".

Juan y Juanita



3. La sección niñas, igual que el pabellón de los niños, se hallaba sumida en el silencio. Tilín dejó caer una soga y, al advertir que era sacudida desde abajo, se preparó a izar a Juanita. La niña no tardó en alcanzar el borde del muro y susurró: “—Gracias”. Tilín repuso: “—Vamos, Juanita. No hay tiempo que perder”.



4. Tres golpes discretos anunciaron a Juan que había llegado la hora de huir. Sin vacilar saltó hacia la trampa que su amigo mantenía abierta, atravesaron con rapidez la galería del entretecho y Juan se reunió con su querida hermanita. Radiantes de felicidad, cruzaron el solitario patio.

(CONTINUARA)

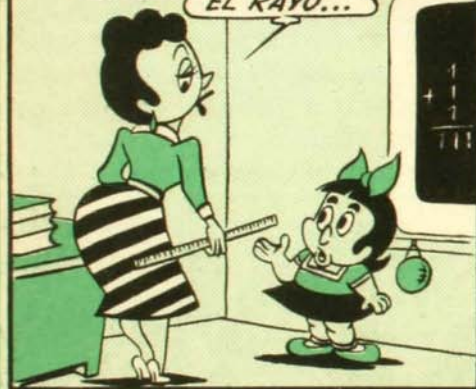
¡A VER, PELUSITA! VEREMOS
SI HAS ESTUDIADO...



...TE HARE' UNA PREGUNTA
BIEN FACIL



¿EN QUÉ SE DIFERENCIAN
EL RAYO...



... Y LA LUZ
ELECTRICA?



¡EN QUE EL RAYO
ES GRATUITO...



... Y LA LUZ ELECTRICA
HAY QUE PAGARLA!



SIMBAD

N.º 239

LA CIUDAD DE LOS LAMAS

\$ 6.-





Juan y Juanita



CAPITULO XVII.—TRAGICA HUIDA



1. Juan, Juanita y Tilín habían triunfado en el segundo intento de fuga. Por fin se hallaban lejos del sombrío edificio gobernado por el cruel Baltasar Lamon. “—Estamos libres y . . . solos”, balbució Tilín. Juan y Juanita se estremecieron, sintiéndose desamparados. El mundo les parecía hostil.



2. Dominándose, Juan indicó: “—Debemos alejarnos antes que se dé la alarma. Nos perseguirán sin compasión”. Apresuraron el paso y llegaron al pueblo. Un coro de ladridos interrumpió el silencio. “—Malditos perros”, masculló Tilín. Juan susurró: “—Se acerca una luz. Escondámonos. Tal vez nos buscan”.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 31-III-1954 — N.º 239

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Juana de Arco

Adaptación de Roxane

CAPITULO VI.— *La coronación del rey de Francia.*

Cuando el ejército de Juana de Arco se aproxima a Troyes, importante ciudad que está en manos de los ingleses y de sus aliados los borgoñeses, no quedan vituallas más que para seis días.

Esta es una buena ocasión para que los envidiosos consejeros hablen de retirada y traten de indisponer a Juana de Arco ante el delfín.

—Es una vergüenza que nos dejemos conducir por una pastorcilla chiflada —dice el arzobispo de Reims.

—No permitamos por más tiempo que nuestro honor esté en manos de una loca —grita el general La Tremoille.

La doncella de Orleans, vestida con su coraza de plata y llevando en la mano su estandarte blanco, entra valientemente en la tienda real y dice al delfín.

—Gentil delfín, ya se ha perdido bastante tiempo en palabras inútiles. Ordenad a vuestros soldados que avancen.



El escándalo que esta actitud provoca es enorme. Reinaldo de Chartres, arzobispo de Reims y Canciller de la Corona, se enfada y quiere aprisionar a la doncella. Afortunadamente, intervienen el duque De Alençon y el consejero Masson, quienes defienden a Juana de Arco.

—¿Crees que conseguirás rendir la ciudad de Troyes? —pregunta entonces el delfín.

—Mañana por la noche dormirás en ella —responde la visionaria Juana de Arco—. Voy a preparar el asalto.

Al amanecer del día siguiente, ingleses y borgoñeses ven asombrados a las tropas francesas frente a los muros de la ciudad. El ejército de Juana de Arco, vibrante de coraje, se dispone para el ataque, pero en ese instante se abren las puertas de Troyes y el obispo, envuelto en capa de oro, avanza a ofrecer la rendición. Los habitantes de la redimida ciudad aclaman a la doncella victoriosa.

Como es época de fanatismos y extrañas supersticiones, algunos creen que Juana de Arco está dominada por el demonio y piden que se la rocíe con agua bendita.

El clero de Troyes, con el hisopo de agua bendita en alto, espera desconfiado el paso de la doncella.

Juana, al advertir aquel recelo, dice sonriendo:

—Acérquense, señores frailes, que no he de evaporarme, ni hay demonios en mi cuerpo.

Y el agua del hisopo asperja su bello y juvenil rostro.

De victoria en victoria, Juana de Arco siguió avanzando por campos y ciudades, hasta que por fin las torres de la catedral de Reims se perfilaron en el horizonte.

El delfín, que había seguido la marcha de la doncella, se instaló en el castillo de Septaulx, a cuatro leguas de Reims, mientras el ejército avanzaba en rápidas jornadas.

Primera en la lucha, como siempre, la doncella escalaba un muro, cuando una piedra lanzada por el enemigo la precipitó en un foso. Veinte soldados acudieron a salvarla, y ella, bravía como nunca, volvió a arengar a los suyos hasta que el último baluarte fué ganado.

La doncella entró triunfante en Reims. Allí acudieron pronto sus padres, acompañados por el primo Durant, que tanto la había ayudado en sus entrevistas con el conde Baudricourt. Santiago de Arco y la buena Romea derramaron lágrimas de júbilo al abra-

zar a la hija que todo el pueblo de Francia aclamaba como a su salvadora.

El 17 de julio de 1429, a las nueve de la mañana, debía iniciarse la ceremonia de la coronación del rey Carlos VII. La catedral de Reims, así como las casas, estaban engalanadas con magníficas colgaduras. El entusiasmo del pueblo llegó al delirio cuando hizo su entrada en la catedral el delfín, llevando a su lado a la doncella de Orleans.

Al pie del altar se ubicaron dos reclinatorios, uno para el delfín y otro para el arzobispo de Reims. En un estrado se levantaba el trono y ante el ara la corona, el cetro, la espada y la mano de la justicia.

El rey Carlos VII hizo los juramentos de rigor y fué armado caballero por el duque De Alençon.

Juana de Arco, transfigurada de emoción, se situó tras del futuro rey de Francia, cobijándole bajo su pendón blanco.

Las grandes puertas de la catedral se abrieron entonces para dar paso

Santiago de Arco y la buena Romea abrazaron emocionados a su hija.



a la Santa Ampolla, que venía en un relicario de oro. Esta Santa Ampolla era un aceite sagrado que se guardaba desde los tiempos de Clodoveo, el primer rey de Francia, en la iglesia de San Remigio. Con este óleo se ungía a los reyes en el momento de su coronación.

Después de haber colocado la Santa Ampolla sobre el altar, entre el cetro y la corona, el arzobispo cogió la mano del delfín y mostrándolo al pueblo reunido en la catedral, preguntó:

—¿Queréis aceptar a Carlos VII por rey?

Un clamor entusiasta respondió afirmativamente. Carlos VII puso entonces la mano derecha sobre el Evangelio y juró solemnemente.

Abierta la Santa Ampolla, el oficiante, provisto de una aguja de oro, tomó una gota del óleo y, conforme al rito, hizo las nueve unciones.

En seguida, el arzobispo cogió la corona de Francia y la alzó sobre la cabeza del monarca, pero no fué él, sino los príncipes de la sangre, quienes la sostuvieron, mientras el arzobispo bendecía a su rey, pronunciando estas palabras:

—Que Dios os conceda fuerzas y valor, para que lleguéis coronado a su presencia.

Los nobles bajaron la corona y la colocaron sobre las sienes del rey.

Carlos VII ascendió entonces las gradas del trono de oro y se dejó aclamar por sus súbditos. Juana de Arco, de hinojos ante el soberano, balbució:

—Gentil rey, ahora se ha realizado el deseo de Dios. Ante el mundo entero quedó demostrado que sois el verdadero rey y que Francia os pertenece.

Luego de hablar así, la dulce niña se abrazó a las rodillas de quien tanto le debía.

Carlos VII nada respondió. Los cortesanos se miraban con extrañeza y el pueblo se impacientaba.

¿Por qué ese rey pusilánime no se alzaba de su trono para declarar con justicia e hidalguía que el triunfo lo debía a la doncella que se prosternaba a sus pies?

Sorprendida por el silencio real, Juana levantó la cabeza y acaso vió en la mirada de Carlos VII indiferencia e ingratitud...

Suavemente, la doncella de Orleáns se puso de pie y murmuró: —Majestad... Ya concluí mi misión.

El monarca siguió mudo e indiferente. Si la ceremonia de la coronación no hubiera sido tal solemne, tal vez un hostil murmullo hubiérase levantado entre el pueblo. La mirada de los cortesanos

era también desaprobadora. Solamente los envidiosos consejeros mostraban una expresión satisfecha. Las palabras de Juana de Arco habían quedado vibrando en el ambiente como un presagio fatal:

“Ya concluí mi misión”.

(CONTINUARA)

El arzobispo sostuvo la corona de Francia sobre la cabeza de Carlos VII.



Por



LA CIUDAD DE

CAPITULO V.—DEMONIOS



1. El periodista Marco Lund y el aviador Luis Barnar vagaban como curiosos turistas por Marbo-Ri, cuando un guardia se acercó a ellos. La violenta luz de la antorcha descubrió los rostros blancos y el cabello rubio de los falsos monjes, que debieron emprender la fuga. El guardia dió la alarma.



2. En un instante, los extranjeros se vieron rodeados de enemigos. Lucharon frenéticamente, pero al final cayeron vencidos. Al día siguiente, una caravana apareció en la lejanía, avanzando penosamente por el desfiladero. Eran los tibetanos sometidos, que traían su tributo al Dalai Lama.

LOS LAMAS

BLANCOS EN EL MONASTERIO



3. Entre ellos venía un joven alto, de piel amarillenta y cabellos oscuros... , gracias a tintes especiales. Aquel era también un hombre blanco, pero no era fácil descubrirlo. Su actitud era, además, igual a la de sus compañeros, apática y resignada, pero en su corazón se ocultaba la intrepidez.



4. Avanzaron los sumisos tibetanos. Desde su celda, los prisioneros vieron a aquellos hombres de espaldas encorvadas y apariencia dócil. "—Esa caravana representa nuestra última esperanza de salvación", dijo Marco, escribiendo un mensaje en un jirón de su camisa. Barnar le observaba asombrado.

LA CIUDAD DE LOS LAMAS



5. El mensaje estaba dirigido al diario "Noticias de Delhi" e informaba el secuestro del periodista. "—Espero que caiga en manos de un tibetano que sepa leer y que no sea nuestro enemigo", suspiró Marco, espiando el momento propicio de lanzar su mensaje al patio.



6. Brian, con su disfraz oriental, se inclinó para entregar su tributo, una valiosa piel. Al retirarse la caravana, uno de los montañeses recogió el mensaje.



7. Lo entregó de inmediato a Brian, quien decidió rescatar a sus amigos. Permaneció oculto en las cercanías de la ciudad, y, al caer la noche, se deslizó hacia la prisión. El centinela cayó bajo su asalto y, con las llaves en su poder, abrió la puerta de la celda. "—¡Pronto! —susurró—. Huyamos."



8. Marco Lund repuso: "—Mientras los lamas me dejaron tranquilo explorando, descubrí que Chang está cautivo en el templo, con otros niños. Vamos a rescatarlos". Por cierto que este plan fué aceptado y minutos después los guardias del monasterio veían caer sobre ellos a dos demonios blancos y uno amarillo... falso.

(CONTINUARA)



En la pequeña aldea pobre y miserable de nuestro cuento jamás hubo hierba suficiente para criar una vaca.

Como compensación a la falta de hierba, abundaban en aquella comarca las piedras. A poca distancia de la aldea había un brazo en el cual los duendecillos dispusieron dos filas de piedras formando una avenida que no conduce a sitio alguno.

Muy cerca de allí, a orillas del Intel, vivía en otro tiempo un hombre llamado Marzin, rico en comparación con los demás habitantes de la aldea, pues podía salar un cerdo todos los años comer pan negro en abundancia y comprarse un par de zapatos los domingos de Pascua.

Le creían orgulloso; pero lo único que había hecho para él había sido negar la mano de su hija Rosana a sus numerosos pretendientes.

Entre éstos hallábase un muchacho llamado Bernez, laborioso, inteligente y excelente cristiano, pero que no tenía más riqueza ni herencia que su buena voluntad.

La negativa de Marzin fué, como es de presumir, extraordinariamente dolorosa para el joven. También Rosana sentíase muy triste.

Una noche reuniéronse todos los habitantes de la granja.

En el preciso instante en que, alineados los bancos junto a la mesa y sentados en ellos todos los invitados, se disponían a hundir sus cucharas de palo en sus platos, abrióse la puerta y entró un anciano andrajoso.

—¡Buenas noches y buen provecho, amigos! —saludó.

Era un mendigo a quien nadie había visto jamás entrar en la iglesia, por lo que era mal visto de las personas temerosas de Dios.

Acusábanle de lanzar maleficios, y había quien llegaba a asegurar que el viejo era capaz de convertirse en lobo cuando lo deseaba.

Sin embargo, como vestía el hábito de los pobres, el granjero

permitted que se acercara a la mesa, señalándole una silla y ofreciéndole una porción de invitado.

Cuando el brujo hubo terminado de cenar, rogó que le permitieran dormir en la casa, y Bernez lo acompañó hasta el establo, donde no había más que un asno casi pelado y un buey flaquísimo. El mendigo se acurrucó entre los dos animales para no tener frío, apoyó la cabeza en un saco de paja y se quedó dormido. Pero al llegar la medianoche, las doce campanadas del reloj de la parroquia lo desvelaron. Oyó entonces al decrepito asno que, después de agitar sus largas orejas, se volvió al escuálido buey y le dijo:

—¿Cómo te ha ido desde la última vez que hablamos?

El cornudo animal dirigió una intencionada mirada al mendigo, que había abierto los ojos, y exclamó:

—No valdría la pena que tengamos el don de la palabra si habíamos de tener por oyente a ese andrajoso.

El asno respondió alegremente:

—Muy orgulloso eres, primo. Por otra parte, ¿no te has dado cuenta de que ese brujo se ha quedado dormido?

—Con todas sus brujerías —dijo el buey—, no ha podido pasar de pobre. Se está condenando por poca cosa. Ni siquiera su jefe, el diablo, ha querido advertirle la excelente ocasión para hacerse rico que se le presentará dentro de pocos días.

—¿Sí?

—¿Acaso ignoras que cada cien años las rocas del brezal van a beber al río Intel, y que, mientras sacian su sed, dejan al descubierto los inmensos tesoros que ocultan?

—Sí, sí... Recuerdo haberlo oído decir, pero también me dijeron que regresan tan de prisa a ocupar sus sitios respectivos, que es casi imposible evitarlas, y aplas-



—Muy orgulloso eres, primo —dijo el asno.

También Rosana sentíase muy triste.



tan al codicioso que intenta apoderarse de los tesoros. Este sólo podría librarse de tan horrible suerte colocando ante sí la hierba de la cruz, rodeada del trébol de cinco hojas.

—Tienes razón —añadió el buey—; pero olvidas que las riquezas que pudiera llevarse el osado se le convertirían en polvo si, a cambio de ellas, no entregara un alma bautizada. Se precisa, pues, la muerte de un cristiano para que el demonio permita que se disfrute impunemente de esas riquezas.

El taimado brujo, lejos de estar durmiendo, como suponían los parlanchines animales, no había perdido una sola palabra de su conversación.

Durmióse de nuevo, y al día siguiente, al amanecer, salió al campo a buscar la hierba de la cruz y el trébol de cinco hojas.

Al regresar divisó a Bernez ocupado en golpear con un martillo en una de las rocas, precisamente la más alta de todas.

—¡Ah! —exclamó el brujo riéndose—. ¿Tienes la intención de hacerte una casa en una de esas rocas?

—Nada de eso —contestó lentamente Bernez—; pero, como por ahora no tengo nada que hacer, he pensado que esculpiendo una cruz en esta piedra, haré algo agradable a Dios, y que El me recompensará algún día.

—¿Quieres decir que Rosana se convierta en tu esposa?

Bernez dijo con tristeza:

—Desgraciadamente, Marzin desea un yerno que posea más dinero que yo y más que él.

—¿Y si yo te proporcionara el medio de enriquecerte hasta el punto de aventajar a todos los ricos de muchas leguas a la redonda? —preguntó cautelosamente el brujo.

—¿Qué me pedirías a cambio de eso?

—Solamente un recuerdo en tus oraciones.

—Dime entonces lo que debo hacer —repuso el doncel.

Viéndolo tan animoso, el mendigo le reveló que a la noche siguiente irían las piedras de la landa a beber agua al río y que en ese intervalo quedarían al descubierto los enormes tesoros que ocultaban. Sin embargo, no le dijo nada de lo que debía hacer para impedir que lo aplastaran cuando las enormes rocas regresaran a su lugar.

Una hora antes de la medianoche llegó Bernez al lugar de la cita. Encontró al anciano con un zurrón en la mano y otro colgado al cuello.

Con la última campanada de las doce se oyó un gran ruido en la landa, y vióse a la pálida luz de las estrellas que todas las grandes piedras se dirigían tambaleándose hacia el río Intel.

Parecían una procesión de gigantes borrachos; pasaron desordenadamente junto a los dos hombres y desaparecieron en la obscuridad de la noche.

El mendigo dió entonces un salto enorme y, seguido de Bernez,

A causa del enorme peso que llevaba, el brujo no podía caminar rápidamente.



se precipitó en el brezal. En los lugares que poco antes ocupaban las colosales rocas, divisaron cantidades fabulosas de oro. El brujo empezó a llenar ansiosamente sus zurrónes, con los oídos alertos.

Acababa de llenar su segundo zurrón, en tanto que el joven hacía rebosar los bolsillos de su chaqueta, cuando se percibió a lo lejos un sordo murmullo, como el de la tempestad que se avecina. Eran las piedras que, habiendo terminado de beber, volvían a sus puntos de partida.

El joven Bernez se irguió asustado y exclamó:

—¡Estamos perdidos!

—Estarás tú —dijo el viejo—. Yo, no.

Y empuñó la hierba de la cruz y el trébol de cinco hojas, que colocó ante sus ojos.

—Esta es mi salvación —añadió—; pero necesitaba la vida de un cristiano para poder gozar de todas esas riquezas. Tu mala estrella te ha puesto en mi camino, desgraciado. No pienses más en Rosana y prepárate a morir.

Ya había llegado ante ellos el ejército de rocas.

El brujo alzó sus plantas mágicas, y las piedras pasaron junto a él sin hacerle daño, para abalanzarse sobre Bernez.

El pobre muchacho, comprendiendo que había llegado su última hora, se dejó caer de rodillas, y ya iba a cerrar los ojos, resignado a su triste destino, cuando se quedó mirando atónito el milagro incomprensible que se desarrollaba ante su vista.

La mayor de todas las rocas había dado media vuelta y cerraba el paso a sus compañeras.

Bernez reconoció en ella a la en que pocas horas antes esculpiera la cruz. Era, pues, una roca bautizada, que no podía hacer daño a un cristiano.

La gigantesca piedra permaneció inmóvil ante el joven hasta que sus compañeras hubieron ocupado sus sitios, y entonces, con la rapidez de una gaviota, reanudó su marcha, encontrando en su camino al brujo, quien, a causa del enorme peso que llevaba, no podía avanzar todo lo ligero que hubiese sido necesario.

Al ver abalanzarse sobre él la enorme roca, el mendigo extendió ante ella el manojo de hierbas, mas, como la piedra era ya cristiana y no estaba sometida a los maleficios de Satanás, continuó rauda su avance, aplastando al vil brujo.

Y así sucedió que Bernez pudo casarse con Rosana y criar tantos hijos como en su nido tiene el petirrojo.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA

¡MÍ DEBEN HABER LEONES
POR DOCENAS Y MONTONES



ES EL LUGAR OPORTUNO,
CAZAREMOS MÁS DE UNO



Y LA TIENDA SE LEUANTA
COMO UN FANTASMA QUE ESPANTA

¿POR QUÉ NO VIENEN OTRO DÍA?
NO QUIERO MORIR TODAÚA!



¡SOCORRO! ¡AUXILIO! ¡FAVOR!
¡HA LLEGADO UN CAZADOR!

¡VEO QUE ESTAMOS RODEADOS
DE CAZADORES MALUADOS



CONTINUARA



SOLITARIO BILL

CAPITULO XXIV.—HIJO DEL TRUENO HA HABLADO



1. Solitario Bill huía de los indios osages, cuando su caballo fué herido por una flecha. El joven se detuvo para arrancarla y entonces los guerreros se abalanzaron sobre él. “—Deja que mi caballo baje al valle, hermano rojo —suplicó Solitario Bill—. Allí hay un manantial donde puede lavar su herida.”



3. El joven protestó: “—No te he traicionado, Hijo del Trueno. Oculté la muerte de Halcón Rojo para impedir una guerra cruel. Juré que el culpable será entregado a la justicia”. Hijo del Trueno vociferó: “—El culpable debe ser castigado por nuestra tribu. ¿Quién es?”



2. El indio que retenía a Tempestad obedeció. Además, parecía imposible sujetar al fogoso animal, que luchaba por alejarse, como si hubiera comprendido las palabras de su amo. El prisionero fué conducido a presencia de Hijo del Trueno, quien pronunció con ira: “—Solitario Bill no es ya mi hermano”.

4. Solitario Bill guardó silencio. Aunque el mestizo Miguel era un truhán, se resistía a entregarlo a la terrible venganza de los osages. “—Si te niegas a hablar, tú sufrirás el castigo —decidió Hijo del Trueno, y en seguida ordenó a sus guerreros—: Aten al rostro pálido.”

SOLITARIO BILL



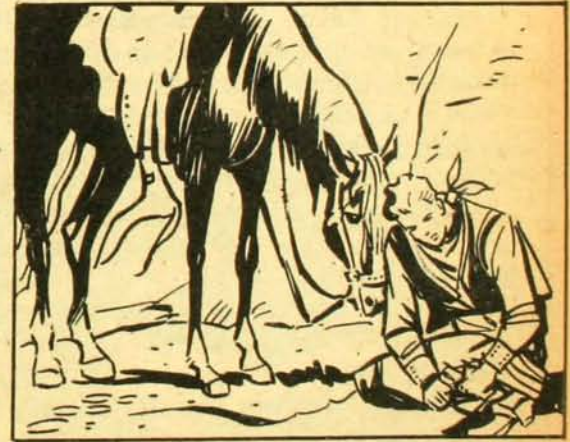
5. "—Tengo en mi poder el amuleto de Halcón Rojo y prometí vengarlo", declaró Solitario Bill. Sin embargo, los osages obedecieron a Hijo del Trueno, y un indio bajó con él para depositarlo en una saliente de la roca, al borde del abismo. "—Mañana los cóndores vendrán por ti", murmuró fieramente.



7. Con la velocidad de un rayo avanzó por el desfiladero y se detuvo junto al muro, relinchando lastimeramente. Solitario Bill exclamó: "—No puedes subir, mi buen Tempestad. Pero yo me deslizaré por la pendiente. Confío que la tierra sea suave, sin rocas ni duras raíces".



6. Los pieles rojas se alejaron y el joven texano quedó abandonado, junto al cuerpo inmóvil de Halcón Rojo. Mientras tanto el caballo Tempestad se había sumergido en el río para lavar su herida, y después vagó por la ribera, inquieto por la ausencia de su amo. De pronto oyó un silbido.



8. Sin vacilar se dejó caer. A su paso se desprendía la tierra. Tempestad no se movió de su sitio y con su cuerpo, hábilmente, aminoró la rudeza de la caída. Luego royó con sus dientes la cuerda que ataba las manos del vaquero. "—Y ahora, valiente, a seguir la aventura", sonrió Solitario Bill.

(CONTINUARA)



En el destierro

CAPITULO I.—Sentenciado a muerte.

El auto se deslizaba en silencio, con las luces apagadas. Nadina se asombraba de que su pequeño hermano Dimitri no hubiera llorado. La oscuridad le causaba miedo.

Cuando sus ojos se habituaron a las tinieblas, distinguió la silueta rígida de la condesa Natalia, y creyó ver que su blanca y enjovada mano cubría la boca de Dimitri.

Al pasar junto a una luz del camino, el collar de diamantes que adornaba la garganta de Natalia destelló fugazmente.

Nadina no se sentía atemorizada ni ansiosa. El asombro y la sensación de estar soñando la sumían en un profundo estupor. Aquella era la primera vez que su padre, el gran duque Sergio Nepuskine, abandonaba su palacio sin que la guardia real le presentara armas, ni hubiera gran despliegue de actividad entre la servidumbre, ni una caravana de autos precediera al de la familia.

Ahora, su única acompañante era la nodriza Nika. Y lo más extraño era que el propio gran duque conducía el coche. Nadina observaba pensativamente su espalda, cubierta por el abrigo de pieles, y su cabeza, casi oculta por el gorro. Lo había reconocido, aunque usaba la vestimenta de su chófer.

Nadina procuró distinguir a su hermanita Valia. También ella permanecía en silencio. ¿Quizás la fiel Nika le impedía llorar cubriéndole la boca, tal como hacía la condesa Natalia con el pequeño Dimitri?

La niña de quince años suspiró, inquieta. De inmediato, la voz tensa de Natalia susurró:

—Silencio, Nadina.

La soberbia condesa Natalia era tía de Dimitri y de Valia, medio hermanos de Nadina. Esta, hija del primer matrimonio del duque Sergio, descendía de una familia francesa. Natalia era severa y despreciativa con ella, considerándola tal vez de raza inferior o, por lo menos, hija de extranjera. En cambio, la vieja princesa Alejandra, abuela de los niños, profesaba a Nadina un tierno cariño.

Sergio Nepuskine detuvo el auto en el aeródromo. Un avión aguardaba a los pasajeros con los motores en marcha.

El gran duque ayudó a su madre a descender. Luego Natalia le entregó a Dimitri, que se había quedado dormido. Después bajó la nodriza, con Valia en brazos, y la última en abandonar el auto fue Nadina.

Delante a la escalerilla, Alejandra, luego de subir, indicó:

—Nadina primero.

Con esta orden colocaba en segundo lugar a Natalia y a los niños menores. Natalia, pálida de ira, exclamó:

—¿Qué importancia tiene ahora el protocolo?

—Querida —repuso la princesa con dulce calma—, ¿no te dijo Sergio que dejaras tus diamantes? O por lo menos debes ocultarlos.

Conteniendo su furia, la condesa se quitó los anillos y el collar y los depositó en su cartera.

El rugido de los motores se elevó súbitamente, y después el avión emprendió el vuelo. En el momento de decollar, tres hombres que observaban la partida saludaron militarmente. El gran duque respondió, alzando su mano.

Desde la altura Nadina vislumbró las torres de San Rodolfo, la catedral de Sopronik. Las vio desaparecer en las tinieblas y se estremeció. ¿Regresarían alguna vez al palacio?

—Adiós, Dalvacia —susurró el gran duque Sergio.

El corazón de Nadina cesó de latir. ¿Por qué se despedía su padre de la patria natal? ¿Huían para siempre del país?

Aunque vestía las ropas del chófer, Nadina reconoció a su padre, el gran duque Sergio Nepuskine.



Entonces se trataba realmente de una fuga. Su padre era un príncipe de la sangre y el primer personaje de la corte. Desde la coronación de Federico II, tuvo que luchar contra la envidia y las intrigas.

Cerca de la frontera descendió el avión. La condesa Natalia bajó y su lugar fué ocupado por una hermana suya, la condesa Sofía. Era ésta una mujer corpulenta, de facciones gruesas, cabellos de un rubio canario y pupilas verde agua. Sus manos regordetas estaban recargadas de anillos.

Natalia se despidió fríamente. Se resistía a alejarse de su país y permanecería cerca de la frontera. En cambio, Sofía estaba ansiosa de huir.

—No podría soportar ser perseguida y humillada. Mi elevada alcurnia no admite el ultraje de gentuzas o de nobles que no son dignos de besar la huella de mis pasos —decía con orgullo.

En Francia, la familia fugitiva se hospedó en un lujoso hotel. Nadina observaba con emoción la ciudad extranjera, donde había nacido su madre, Lelia Lestroit. Era diferente a las ciudades y aldeas de Dalvacia, cubiertas de nieve y combatidas por un viento glacial. En Francia el sol resplandecía.

Dimitri y Valia estaban felices. La princesa Alejandra reposaba del viaje. Sólo Sofía protestaba de todo.

—No saben distinguir una dama noble de una costurera —gruñía—. Nadie sabe hacer una reverencia o agradecer que una descendiente de zares le dirija la palabra o se digne mirarlo.

Un día, el gran duque recibió un telegrama. Al leerlo, palideció. Por un instante permaneció indeciso. Luego dijo:

—No debo ocultarles la verdad.

Entregó el telegrama a su madre. Sofía y Nadina se inclinaron para leerlo al mismo tiempo. Decía:

El gran duque Nepuskine está condenado a muerte. Sus bienes personales y los de su familia han sido confiscados.

Las lágrimas nublaron los ojos de Nadina. La terrible sentencia repercutió en su corazón con un eco doloroso: "Condenado a muerte... , condenado a muerte".

—Tres días después de nuestra partida se decretó mi ruina —dijo Sergio.

—Te han declarado traidor porque huíste —dijo Sofía rabiosamente.

—Silencio, necia —ordenó la princesa Alejandra, perdiendo su habitual serenidad.

Nadina temblaba convulsivamente. El mar Mediterráneo, el cielo radiante, el canto de una alondra, todo aquello que le parecía bello y dulce, adquiriría de pronto un aspecto lúgubre.

—No creo que mi partida sea la causa de la sentencia —contestó el gran duque—. Nuestra huída fué secreta. Se suponía que nos habíamos retirado por una temporada a nuestras tierras. Allí nos buscarán los esbirros de Federico II.

Nadina respiró. La sentencia de muerte no podría cumplirse

La condesa Sofia ocupó el lugar de Natalia.



en un país extranjero. Su padre estaba libre. Este pensamiento le devolvió la alegría.

—No debiste ser tan intransigente —sugirió Sofia.

—Federico II está mal influído y quiere ser un déspota. Yo no apruebo ni comparto sus ideas.

—Tal vez sufra el destino de todos los tiranos —añadió Sofia—. Tenemos aliados y el pueblo está descontento.

—No pronuncies jamás esas palabras —la interrumpió Sergio Nepuskiné, con dureza.

La obesa dama se retrajo ante el latigazo de aquella voz.

—Yo no le deseo la muerte —balbuceó—. No quise decir que un puñal regicida lo abatiera, sino que alguien lo destrone y tal vez... , tú tienes sangre real en tus venas; tú puedes gobernar Dalvacia.

El gran duque dijo con acento glacial:

—Te he ordenado que guardes silencio.

Jamás hubiera sospechado Nadina que la voz de su padre fuera tan implacable, ni que su semblante pudiera endurecerse hasta el extremo de inspirar terror.

Sofía gimió, desfallecida:

—Está bien, acepto que tu satánico orgullo nos obligue a permanecer en el destierro.

Más calmado, él continuó:

—Será preciso que dejemos este hotel y nos traslademos a una vivienda modesta. Buscaré trabajo y...

—¿Qué proyectos horribles son éstos? ¿Irnos a vivir en una pocilga? ¿Trabajar tú, un príncipe de la sangre? —exclamó Sofía, escandalizada.

La princesa Alejandra, sin conceder atención a la voz chillona, dijo:

—Dispone todo como quieras, hijo mío. A mí me basta la alegría de saber que estás a salvo.

Nadina, enternecida, abrazó a la anciana princesa. Ambas experimentaban el mismo sentimiento de serena felicidad porque los verdugos de Dalvacia no podían capturar a Sergio Nepuskiné, refugiado en un país libre.

—Yo también puedo trabajar —declaró Nadina.

La gruesa boca de Sofía se contrajo en un gesto desdeñoso.

“Tú sí puedes trabajar como fregona o barrendera, porque eres descendiente de una plebeya”, hubiera querido decir, pero temía la cólera de su cuñado.

—Ya lo pensaremos, Nadina —contestó el gran duque—. Los niños irán al colegio y creo que con atender a la casa y a Su Alteza, mi madre, estarás bastante ocupada.

—¿Por qué no oyen mis palabras? —gritó Sofía, exasperada—. En este momento de confusión y angustia sólo yo puedo reflexionar con calma. ¿Por qué hablar de trabajo, de fatigas y de

miseria? Tengo mis joyas. Con su venta podremos seguir viviendo mucho tiempo de acuerdo a nuestro rango.

—Te agradezco tu generosidad, Sofía, pero guardaremos esas alhajas. Teniendo esa reserva, nos sentiremos seguros para afrontar las adversidades.

Sofía, arrellanada en un sillón, divagaba con amargura:

—Si aquí, en un hotel elegante, no nos rinden el debido homenaje, ¿qué podemos esperar de la chusma?

—No sigas lanzando lágrimas en torno tuyo —sonrió la princesa Alejandra—. Resignémonos a nuestro destino.

El pequeño Dimitri, cansado de jugar en los jardines, se lanzó a los brazos de su abuela y, viendo el telegrama sobre la mesa, preguntó con vehemencia:

—¿Recibieron noticias de Dalvacía? ¿Cuándo vendrán Fedor, Sonia y León?

Se refería a sus servidores personales. El gran duque, acariciando la rubia cabeza, respondió:

—No vendrán, Dimitri. Desde hoy viviremos solos.

Valia, una niña de ocho años, de expresión voluntariosa, indagó:

—¿Solos? ¿Sin sirvientes?

—Sí, Valia, sin sirvientes.

Sofía exclamó con gesto trágico:

—¿Por qué martirizar a estas inocentes criaturas? Sergio, renuncia a tu insensata idea.

Antes que el gran duque respondiera, Alejandra intervino, diciendo con severidad:

—Sofía, espérame en mi habitación. Quiero hablar contigo.



Aquel telegrama anunciaba que el gran duque había sido sentenciado a muerte.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato





El jorobado

CAPITULO XXIII.—Esopo II escribi un mensaje.

El príncipe Felipe de Gonzaga, al saber que Saldaña y Faenza, dos de sus cómplices, yacían sin vida, con la marca de Lagardere en sus frentes, ordenó a Peiroles que hiciera llamar a Cocardase y Pasepoil.

Ambos espadachines, recién llegados al palacio, habían comido y bebido copiosamente en la cocina. Pensaban que los años de miseria y andanzas habían terminado para ellos, bajo aquel alero de oro.

—Monseñor os llama —dijo Peiroles, destempladamente.

—¿El tunante se dirige a nosotros? —preguntó Cocardase, con dignidad.

—Así parece —contestó el tímido Pasepoil, dirigiendo una tierna mirada de despedida a los restos de la cena y a los vasos a medio vaciar.

Cocardase y Pasepoil, comían copiosamente.



Instantes después, ambos hacían su entrada en las habitaciones de Gonzaga, precedidos de gran estruendo de hierros, con el chambergote moteado de vino, pero sin perder su aspecto de espadachines.

—¿Tenéis las piernas firmes? —interrogó el príncipe.

—He bebido sólo un vaso de vino a la salud de monseñor —dijo Cocardase.

La vocecilla de Pasepoil declaró:

—Y yo sólo bebí agua.

—¡Por mi abuelal! —protestó su amigo—. Tú has bebido lo mismo que yo. Vas a hacerme el favor de no faltar a la verdad en mi presencia. La mentira me enferma.

—¿Y cómo están vuestras espadas? —añadió Gonzaga.

—Mejor que nunca.

Felipe se apartó entonces con Peiroles y le entregó una hoja de su cuaderno, donde había escrito las señales que le dió la gitana a Flor. No advirtió que en la puerta entornada aparecía el rostro del jorobado.

—Yo sólo bebí agua
—aseguró Pasepoil.



Peiroles deletró con lentitud las líneas trazadas por su amo. Hé aquí las palabras que escuchó el jorobado:

—Calle del Chantre. Una joven llamada Aurora...

La expresión que se reflejó en el semblante del jorobado fué espantosa. Un sombrío fuego brilló en sus ojos.

—¡Sabe donde vive! ¿Cómo la habrá descubierto? —murmuró.

—¿Habéis comprendido? —preguntaba Gonzaga—. La llevaréis al pabellón de doña Cruz.

—¡Ah!, la gitana —susurró el jorobado—. Pero, ¿cómo habrá podido saber de ella?...

—Entonces se trata de un simple rapto —dijo Peiroles.

—Un secuestro sin ruido. Lleva esta tarjeta. Es una invitación al baile del regente. Procúrate un traje suntuoso, como el que he encargado para doña Cruz. Tendrás en la calle del Chantre una litera y te presentarás a la joven en nombre del propio Lagardere.

—Entonces se trata de un simple rapto — dijo Peiroles.



Al oír el temido nombre, Peiroles palideció. —Eso es jugarse la vida —gruñó.

—¡Decídetes! Al ver el traje y las joyas, la muchacha perderá la cabeza. Tu trabajo consiste en decir: “Lagardere os envía esto y os espera”

—Mal recurso es ése — interrumpió una voz cilla agria—. Ella no os oír ni saldrá de su casa.

Peiroles dió un salto. Gonzaga se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—¡Voto al chápíro! —

dijo, desde lejos, Cocardase—. ¿Has visto, Pasepoil? ¿Has visto a ese enano?

Peiroles prorrumpió en una risa nerviosa, como todos los cobardes después que han sufrido un gran miedo.

—¡Es Esopo II, llamado también Jonás! —advirtió, respirando con fuerza.

—¿Todavía tú? —exclamó Gonzaga, con aspereza—. ¿Es que por haber alquilado la casilla de mi perro te crees con derecho a recorrer mi casa? ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Y vos —preguntó a su vez, descaradamente, el jorobado—, ¿qué ibáis a hacer allá?

En seguida el hombrecillo se apoderó de la invitación.

—Pero, ¿qué haces? —gritó el príncipe.

El jorobado, sin inmutarse, extrajo de su bolsillo su pluma y su tintero.

—¡Está loco! —chilló Peiroles.

—No tanto, no tanto —repuso Esopo II, mientras con una rodilla en tierra se instalaba para escribir.

—¡Leed! —exclamó triunfalmente después de unos instantes, tendió la tarjeta a Gonzaga, que leyó:

Querida niña, os envió esos adornos. He querido daros una sorpresa. Una litera con dos lacayos os conducirá al baile, donde yo os espero.—Enrique de Lagardere.”

Cocardase y Pasepoil estaban demasiado lejos para escuchar y sólo podían seguir con los ojos la escena, sin comprender una palabra.

Pasepoil musitó:

—Examina al hombrecillo. Juraría que no es la primera vez que veo esos ojos.

Cocardase, encogiéndose de hombros, repuso.

—Yo no me preocupo de los hombres que no pasan de un metro. Gonzaga estaba estupefacto y después de mirar a Esopo II con visible desconfianza, inquirió:

—¿Qué quiere decir esto?

—Esto quiere decir que con estas líneas la joven no dudará un instante.

—¿Es que has adivinado nuestros designios?

—He comprendido que deseábais raptar a esa muchacha.

—¿Y sabes tú lo que se arriesga sorprendiendo ciertos secretos?

—Se arriesga ganar mucho —respondió el jorobado, frotándose las manos.

Gonzaga y Peiroles cambiaron una mirada.

—Pero —dijo Felipe de Gonzaga en voz baja—, ¿y esa letra?...

—Tengo mis pequeñas habilidades —repuso Esopo—, y os garantizo que la imitación es perfecta. Cuando veo una vez la letra de una persona...

—Si eres tan hábil, ¿sabes también cómo deshacerte del hombre?

—¡Ah! El hombre —sonrió el jorobado con modestia—, es demasiado grande y yo demasiado pequeño. En ese aspecto, nada puedo hacer.

—Juraría que no es la primera vez que veo esos ojos —musitó Pasepoil.



(CONTINUARA)

¿A quien pertenece?



**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**
SIMBAD N.º 239

¿A quién pertenece el cuento el Patito Feo? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 237.— La honda que mató al gigante Goliath perteneció a David, rey de Israel.

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD"**— Tomás Zierer, Santiago; Francisco J. Sanhueza, Los Angeles; María Flores, Angol; Santiago Guerra, Santiago; Gustavo A. Gatica, Quillota; Perpetuo Labra, San Javier.

UN PREMIO DE \$ 20.— Consuelo Haydée Pardo, Lota Alto; Ivonne Petrucelli, Santiago; Graciela Martínez D., Talcahuano; María L. Cortés, Santiago; Elsa Díaz Díaz, Los Andes; Carlos Bravo P., Santiago; Carlos Morán Ch. Concepción; Artemisa Valdés G., Talca; Carlos Castillo V., Santiago; Manuel Soriano A., Curicó.

UN LIBRO.— Adolfo Caviedes, San Antonio; Ramón Araya A., Quillota; Fernando Moya, Buin; Manuel Lira F., Santa Cruz; Alfonso Patiño, Los Angeles; Sylvia Jofré, San Fernando; Berta Reichart Z., Valparaíso; Iván Yrarrázaval, Limache; Ana Luisa Martínez, Santiago; Verónica Symmes F., Santiago.

Correspondencia

José Delfín Vargas (Curanilahue); Leonel Saavedra (Santiago); Julia Barrera (Valparaíso); Lucy Celis (Curicó); Marta Méndez (Parral).— Nato y Elena Poirier agradecen sus entusiastas felicitaciones. María García (Valparaíso); Tatiana Solar (Viña del Mar); Rebecca San Martín (Chillán);

Modesta Salinas (San Bernardo).— Vemos que "El Charro Fugitivo" ya tiene grandes admiradoras.

Mónica Muñoz (Santiago); Luis Bravo (Colina).— "Solitario Bill" aún tiene muchas aventuras que correr y muchos bandoleros que descalabrar.

Juan y Juanita



Temerosos, se refugiaron detrás de unos árboles. Por el camino se acercaba un camión. “—No es del orfanato”, observó Juan. —Trae mercaderías para un almacén. Mientras el chófer está ocupado, subamos a su camión”. Como tres pequeñas sombras se deslizaron hacia el furgón y treparon a él ágilmente.



¿Hacia dónde iremos?, esta pregunta resonaba con insistencia en la mente de los niños. Confusos, desorientados, se durmieron. Una violenta sacudida los despertó. El camión había chocado o se despeñaba por un abismo. No lo sabían y oyeron un grito antes de perder la conciencia.

(CONTINUARA)



N.º 240

Simbad



6.-

ELENA POIRIER

JUAN Y JUANITA

Juan y Juanita

CAPITULO XVIII.—MARINERO DEL SENA



1. Juan, Juanita y Tilín huían en un camión cuando éste se accidentó. Los tres niños perdieron el conocimiento. Al estruendo del choque acudieron los pobladores de la vecina ciudad. ¡Qué terrible!, exclamaban, rescatando el cuerpo inerte del chófer. Ahí hay tres niños. Parece que están heridos.



2. Un policía se inclinó sobre Juanita. La niña abrió los ojos y su mirada vaga se fijó en el representante de la ley. Una sombra de temor cruzó por sus azules pupilas. “—No temas —dijo el policía con voz suave—. ¿Quiénes son ustedes?”. Juanita respondió: “—Sobrinos del camionero. Yo...

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

Nº V — 7-IV-1954 — N.º 240

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas.

Juana de Arco

Adaptación de Roxane

CAPITULO VII.— Juana de Arco prisionera.

Juana de Arco no sabía del mundo ni de sus ingratitudes.

Terminada la coronación, el rey Carlos VII salió de la catedral rodeado de sus nobles y del clero, mientras el coro entonaba un solemne *Tedéum*. La doncella caminaba en pos del cortejo en compañía del conde Juan de Dunois, apodado "El bastardo de Orleans".

Cuando llegaron al palacio donde se hospedaba el rey, en la ciudad de Reims, todos los nobles se precipitaron a darle sus parabienes y a felicitarle.

—Estoy muerto de fatiga —exclamó el pusilánime monarca—. Estas vestiduras pesan una tonelada y creo que se me hunde la cabeza con la pesada corona. No quiero llevar armadura; el guerrear no es de mi gusto. ¿Dónde está la doncella?

—Señor y rey mío, mi misión ha terminado —dijo Juana de Arco—. Os hice rey y ahora quiero volver junto a mis padres.

—Pues, me parece bien —respondió el ingrato rey—; la vida del campo es cosa sana.



—Té van a molestar las faldas —insinuó uno de los cortesanos con visible mofa.

—No queremos detenerte, si realmente prefieres volver a tu casa —añadió Carlos VII.

Juana de Arco, a fin de no demostrar ante los cortesanos su desilusión y pena, se marchó a una habitación privada del palacio y allí se echó a llorar.

Llegaron a consolarla sus fieles compañeros de armas, Juan de Dunois y el general La Hire.

—Bien se ve que ninguno de ustedes ha de sentir mi alejamiento —murmuró la doncella—. Yo he de vivir muy poco. Las Voces me han dicho que sólo un año, a contar desde el comienzo de mi misión.

Mientras proseguían los festejos reales, la Doncella se dirigió a la posada de "Ana Rayé", donde se albergaban sus padres y muchos paisanos de Domremy y de Vaucouleurs que habían ido a Reims a ver a Juana el día de la consagración del rey.

—Quién hubiera dicho que había de ver a mi Juana junto al trono del rey —decía Santiago de Arco.

—Pronto volveré a apacentar mis rebaños —respondió la Doncella—. El rey ya no me necesita y obtendré mi licencia.

Cuando Juana iba por las calles de Reims, el pueblo, delirante la aclamaba y la llamaba su salvadora.

Después de cuatro días de regocijo, la comitiva real decidió salir de Reims. Antes de la partida, Carlos VII llamó a Juana de Arco y esta vez la trató con mayor gratitud.

—Me dijeron que quieres seguir guerreando —díjole el rey.

—Mis Voces... —comenzó a decir Juana.

—Tus Voces, tus Voces —interrumpió Carlos VII—, ¿por qué no me llegan a mí que soy el rey?

—Os llegan también, pero no las escucháis —declaró la Doncella—. Os digo que debemos ir a Compiègne y socorrer esa plaza como socorrimos a Orleáns. Entonces París abrirá sus puertas. ¿Qué vale vuestra corona sin poseer la capital?

De Dunois y La Hire apoyaban las ideas de Juana, pero el arzobispo de Reims y otros cortesanos se oponían a todo lo que pudiera dar mayor gloria a la Doncella.

Sin embargo, el rey accedió a continuar su ruta hacia el norte. Los caminos por donde pasaba la comitiva estaban sembrados de flores y las ciudades que días antes eran enemigas abrían sus puer-

as al son de músicas y campanas. La escolta se detenía a participar en las ruidosas fiestas y nadie pensaba en prepararse para la guerra. Sólo Juana de Arco permanecía alerta y sus emisarios le traían noticias adversas del campamento enemigo.

Los ingleses y los borgoñeses habían firmado una alianza para combatir de nuevo a los franceses.

Nadie daba oído a las advertencias de Juana de Arco, ni pensaba que aún faltaba rescatar el norte de Francia.

Un día el arzobispo de Reims, su principal enemigo, preguntó a Juana de Arco, simulando paternal interés:

—¿Por qué no os vais a vuestra aldea?

—No puedo. . . —dijo la Doncella—. Yo sé que no puedo. He de cumplir mi misión y esto no ha terminado aún. Quiero ir a Compiègne y libertar París.

—¿Por qué no os vais a vuestra aldea? — dijo el arzobispo a Juana de Arco.





Santa Margarita y Santa Catalina le anunciaron que caería prisionera de los ingleses.

Un mes más tarde el rey Carlos VII licenciaba las huestes que habían llenado de gloria a Francia.

A Juana de Arco la ennobleció: su familia, desde ese día, se llamó De Lys. (Ya sabemos que la flor de *Lys*, o sea, de lirio, era el emblema de la doncella.) También le dió dinero, ricas galas en fin, todo lo necesario para que Juana de Arco quedara convertida en una figura decorativa. Todo menos, que siguiera haciendo sombra al rey y a sus válidos.

Triste y viendo pasar los días en plena fiesta, Juana de Arco insiste ante Carlos VII para que se dirija a París.

—No te apenes, hija de Dios, que ya iremos —repite el tímido monarca—; pero sin librar batalla.

Y así, lánguidamente instalado en el castillo de Senlis, el rey espera los acontecimientos.

El rey Carlos VII consintió, por fin, que las huestes francesas se dirigieran a Blay para cruzar por allí el río, pero las fuerzas inglesas y borgoñesas las rechazaron.

Los consejeros aprovecharon esta pequeña derrota para instar al rey a firmar una tregua de quince días con los enemigos.

Juana de Arco, desconsolada, entró en la iglesia de San Dionisio, y allí dejó la armadura blanca que vistiera en tantas y tan victoriosas batallas.

—¡Era mi gloria, San Dionisio! —mur muró conmovida.

Aquello parecía un presentimiento, y no se equivocaba.

ero un día, un nefasto día para Francia, el duque de Borgoña, al ver a Carlos VII sin ejércitos, se introdujo en la Picardía y en la Champaña.

Juana, que lo sabe, acude de nuevo al rey, y el 15 de abril de 1430, ella y el duque de Alençon comienzan a reorganizar sus fuerzas dispersas.

Tanto habían desacreditado a Juana de Arco los consejeros, que no hubo ya el mismo entusiasmo de Orleáns.

Los reyes de la corte, la Doncella volvió a ser la intrépida guerrera. Conquistaron algunas ciudades en su poder, siendo Lagy de Marne su última victoria.

Pocos días más tarde, en mayo de 1430, borgoñeses e ingleses sitiaban a Compiègne. Juana de Arco corrió en ayuda de los sitiados. La lucha se entabla violenta; avanzan, retroceden, vuelven a avanzar y a retroceder. Cuando Juana de Arco decide atacar por tercera vez, quinientos ingleses irrumpen en el campo de batalla. Los franceses se desaniman.

Borgoñeses e ingleses, cada vez más numerosos, rodean a Juana, que ya lucha cuerpo a cuerpo.

—¡Ríndete, ríndete! —vociferan los enemigos.

Un arquero borgoñón coge del pie a la Doncella y consigue derribarla del caballo. Voces llenas de odio, gritan:

—¡Prisionera! ¡Ya tenemos a la bruja! ¡A la hoguera!

Fué la última jornada guerrera de la Doncella.

(CONTINUARA)

Un arquero borgoñón
derribó del caballo a
la doncella.





LA CIUDAD DE LOS LAMAS

CAPITULO VI Y FINAL.—DERROTA DE LOS FALSOS MONJES



1. El explorador Andrés Brian, el periodista Marco Lund y el aviador Luis Barnar habían penetrado en la ciudad prohibida de los lamas para rescatar al pequeño Chang. Descubrieron que los tres niños secuestrados se sublevaron contra sus captores y les golpeaban con infantil furia.

3. Seguros de su fuerza, veían ya a sus pies a los tres audaces. Pero no sospechaban que la revolución del pueblo estallaría con violencia. Los tibetanos, rompiendo sus cadenas de esclavitud y terror, se alzaban contra sus opresores. “—Cuando yo dé la señal saldremos corriendo”, indicó Marco.



2. Al ver que los pequeños prisioneros habían vencido a los monjes, Marco dijo: “—Ahora sólo nos queda irnos tranquilamente”. Por cierto que la retirada no era fácil. Ya se había dado la alarma y acudían los guardias armados, gesticulando rabiosos. “—Los sacrílegos morirán”, aullaban.

4. Era preciso hender la multitud que luchaba con ciega furia. “—Será peligroso para los niños —meditó Andrés Brian, indeciso—. ¿Dónde está Chang?” Sólo entonces advirtieron que el pequeño vendedor de agua no estaba con ellos. Se había deslizado al exterior del templo y se apoderó de un caballo.



EL DUENDE DEL PANTANO

Hace muchos años vivió en una aldea bretona el honrado agricultor Riou, que tenía una hija llamada Sarba. Ella no era solamente famosa por su belleza, sino que se la consideraba como la doncella más elegante y mejor bailarina de toda la comarca.

Cuando iba los domingos a la iglesia de San Mateo para oír misa, rodeábase el cuello con un diminuto pañuelo de seda, poníase cinco refajos de distinto largo y colores, y calzábase sus lindos zapatos de hebillas de plata, con todo lo cual estaba tan hermosa, que todos los donceles suspiraban por ella.

Entre los numerosos pretendientes de Sarba había uno que la amaba mucho. Era Jegu, humilde pastor, que soñaba noche y día con la esquiva doncella.

Cierta tarde en que había sacado los caballos a pacer se detuvo junto al pantano para que bebieran. Sentado en una piedra, inclinada la cabeza sobre el pecho, exhalaba profundos suspiros recordando a su desdeñosa amada, cuando oyó una vocecilla aflautada que le preguntó:

—¿A qué se debe tu tristeza, Jegu?

El mozo levantó la cabeza sorprendido.

—¿Quién me habla? —preguntó.

—Soy yo: el duende del pantano —respondió la misma voz.

—Pues no te veo —afirmó Jegu, ya más tranquilo.

—Aguza los ojos y me descubrirás entre las cañas bajo la forma de una rana verdosa. Tengo la facultad de adoptar las figuras que se me antojan, y hasta hacerme invisible, si lo prefiero.

—¿No podrías aparecer ante mí tal como eres en realidad?

—¿Por qué no?

Apenas terminadas de pronunciar estas palabras, la rana saltó sobre el lomo de uno de los caballos y se transformó súbitamente en un duendecillo vestido de verde.

Jegu, asustado, se levantó para huir, pero el duendecillo lo detuvo con un gesto, diciéndole:

—No temas. Lejos de querer hacerte daño, estoy dispuesto a ayudarte para que te cases con Sarba, ya que en eso cifras tu dicha.

—¡Oh! —exclamó el enamorado zagal—. ¿Cómo lo harás?

—Ya lo sabrás. Come, duerme y no te preocupes de nada. Al día siguiente, que era domingo, Sarba se levantó más temprano que de costumbre y bajó al establo para limpiarlo, como era su obligación.

Cuál no sería su sorpresa cuando observó que habían cambiado la paja de los animales, que habían llenado los pesebres, ordeñado la leche y batido la manteca.

Como la víspera ella había dicho a Jegu que deseaba terminar temprano para ir a bailar a la plaza del pueblo, creyó, como es natural, que él había realizado aquel trabajo para ayudarla.

Desde entonces todos los días encontró Sarba el establo limpio cuando se levantaba, mucho más limpio que lo había estado nunca. Las vacas tampoco estuvieron jamás tan bien cuidadas. Ma-

El pastor soñaba noche y día con la bella Sarba.



ñana y tarde, Sarba hallaba los jarros lleno de leche, una libra de manteca recién batida y cubierta de limpias hojas de higuera. Al cabo de una semana se acostumbró a levan-



Cuál no sería su sorpresa al ver su trabajo terminado.

tarse tarde y solamente se preocupaba de las faenas domésticas y de preparar el desayuno.

No tardó en verse libre también de este trabajo. Una mañana, al levantarse, vió la casa fregada y barrida, la sopa en el fuego y el pan cortado.

También creyó que había sido Jegu el autor de todo aquello, por lo que no pudo dejar de pensar que sería inapreciable para una mujer como ella que gustaba de la ociosidad.

Cuando la joven expresaba un deseo ante Jegu, no tardaba en verlo realizado.

Como es natural, llegó el momento en que ya no pudo vivir sin Jegu.

Entonces fué cuando el duendecillo del pantano advirtió a su protegido que pidiese la mano de su amada, y aquella vez Sarba no lo despreció.

Díjose que Jegu era muy rústico para novio, pero, en cambio, reunía todas las condiciones requeridas para un buen marido.

“Con él —pensaba— podré dor-

mir hasta la hora del desayuno, como las señoritas de la ciudad; continuaré llevando buenos trajes, pasaré el domingo hablando con las vecinas y asistiré a todas las fiestas del lugar. Jegu trabajará para mí, economizará; será, en una palabra, el caballo que tira el carro de la hacienda, mientras yo, sentada en un saco de paja, cómodamente, lo avisparé a latigazos.”

Celebróse, pues, la boda al mes siguiente y pareció que el viejo Riou hubiese estado esperando el casamiento de su hija para entregar su alma al Creador, pues murió pocos días después, dejando al joven matrimonio la casa y las tierras de labor.

La administración de todo aquello era ardua tarea para Jegu, pero el duendecillo del pantano acudió en su auxilio. Como recompensa, el duendecillo sólo pedía que todos los días le tuviesen dispuesto un platito lleno de sopas de leche. Además está decir, que Jegu lo quería como si fuese su hijo. Sarba, sin embargo, lo odiaba con toda su alma y tenía su motivo, pues desde el día siguiente al de su boda observó con asombro que ya no la ayudaba, y cuando expuso su queja a Jegu, éste ni pareció comprenderla. Entonces se echó a reír el travieso duendecillo y confesó que ha-

bía sido él quien había estado sirviendo de criado a la joven para inducirla a casarse con Jegu, pero que ahora tenía otras cosas en qué ocuparse.

Defraudadas de este modo sus esperanzas, la hija de Riou sintió en lo más profundo de su corazón una rabia furiosa, incontenible, contra el malicioso duende del pantano. Maldecía-lo sin cesar por las mañanas al levantarse para ordeñar las vacas, al ir al mercado; por la noche, cuando tenía que velar hasta las doce para batir la manteca.

Al llegar la primavera, el duen-

**Los duendecillos hu-
yeron, lanzando gri-
tos de dolor.**



de del pantano pidió permiso a Jegu para invitar a algunos de sus compañeros a pasar la noche en la granja, donde quería darles de cenar.

El granjero tenía sobrados motivos de agradecimiento con el duendecillo para negarle cosa alguna, y ordenó a Sarba que extendiese en la era sus mejores manteles y les sirviera una hornada de panecillos de manteca, toda la leche de la mañana y de la tarde y tantos pastelillos de trigo como pudiese hacer en un día.

Sarba no respondió una palabra, con gran asombro de su marido. Hizo los pastelillos, preparó la leche, y, llegada la noche, lo llevó todo a la era.

Pero, al mismo tiempo, alrededor de los albos manteles, y en los lugares en que habían de tomar asiento los duendecillos, extendió las brasas que había sacado del horno, de modo que, cuando el bienhechor de Jegu y sus invitados se dispusieron a sentarse para comer, recibieron tan horribles quemaduras, que salieron como los cos, lanzando gritos de terror. . .

Poco después volvieron con sendos cubos de agua, apagaron los carbones y entonaron una canción en la que dijeron:

¡Qué mujer más traicionera
es la granjera!

Nos tostó las rabadillas
con sus sillas.

Mas, en venganza justiciera,
nuestra ayuda no requiera;
ni ella, ni su familia,
ni la humanidad entera.

Desde ahora los humanos
no recibirán auxilio
de los duendes del pantano.

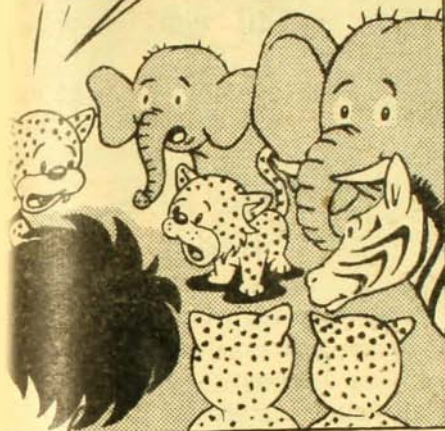
Y, en efecto, aquella misma noche desaparecieron de la región, y Jegu, no pudiendo contar ya con su ayuda, se hundió en la más negra miseria, muriendo poco más tarde de pena y desesperación. En cuanto a la bella Sarba, tuvo que ganarse la vida transportando cestas de frutas en el mercado.

Pero, aunque jamás han vuelto a verse los duendes del pantano en toda aquella comarca, hay quien asegura que todas las personas laboriosas cuentan con diez duendecillos a su servicio, y éstos no tienen la facultad de transformarse ni de hacerse invisibles.

Son, como ya lo habéis adivinado, los diez dedos de las manos.



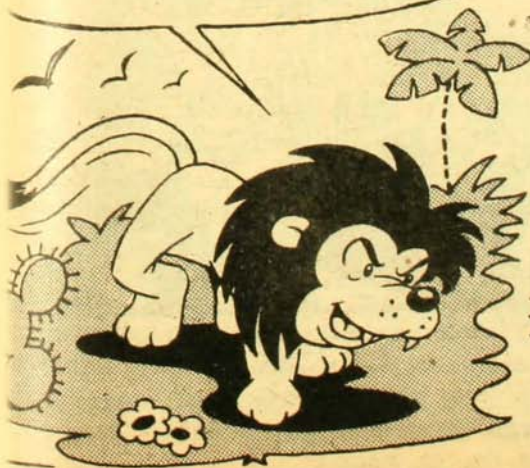
CAZADOR ES UN PILLO
E NOS HARÁ PICADILLO



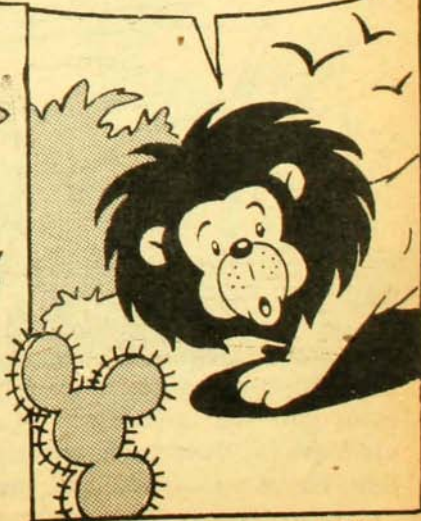
YO ME COMO DE UN BOCADO
A ESE CAZADOR OSADO



NO SE AFLIJAN, SOY VALIENTE
ADEMÁS TENGO BUEN DIENTE



MIENTRAS YO CAZO Y ENGULLO
NO HAGAN RUIDO NI BARULLO



CONTINUARA



SOLITARIO BILL

CAPITULO XXV.—HOGUERAS EN LA MONTAÑA



1. Solitario Bill huyó de los guerreros osages y cuando desmontó junto al manantial para beber lanzó un grito de sorpresa al advertir el calor del agua retenida en sus manos. “—Aguas termales”, murmuró, y recordó las palabras de Gran Búfalo: “—En Arkansas está la fuente de la vida”.



3. Desde su refugio Tex Montaña, el voluminoso amigo de Solitario Bill, y el mestizo Miguel observaban inquietos las hogueras que se multiplicaban rápidamente. “—¿Los osages quieren incendiar la montaña?”, gruñó Tex, Miguel suspiró: “—Creo que estamos en peligro, heroico amigo”.



2. Mientras tanto, Hijo del Trueno reunía a su tribu para anunciar con voz triunfal: “—La ira del Gran Manitú está aplacada porque la muerte de nuestro jefe, Halcón Rojo, está vengada. El quiere que la fiesta del fuego comience. Encended las hogueras y luego iremos a la caverna de los totems”.



4. “—Yo no soy amigo de ratones secos —respondió Tex, furioso—. Tú eres el asesino de Halcón Rojo y por tu culpa nos vemos en este lío.” Hijo del Trueno avistó a los dos hombres blancos y dijo: “—Esos son los rostros pálidos que mencionó Solitario Bill. Han profanado la caverna de los totems”.



SOLITARIO BILL



5. "—¡Ríndanse!", gritó con voz amenazadora. "—Tex Montaña tiene muchas virtudes, pero es desobediente", repuso el gigantón, burlesco. Miguel dijo: "—Entreguémonos. No nos queda otro camino". Tex replicó: "—Aquí tengo cuarenta cartuchos y no pienso desperdiciarlos".



6. Hijo del Trueno dividió a sus guerreros. Mientras los arqueros desafiaban el nutrido fuego de Tex Montaña y del mestizo Miguel, otros indios armados de tomahawks o hachas de guerra subían sigilosamente por las rocas, para dejarse caer sobre sus desprevenidas víctimas.



7. Solitario Bill, remontando el curso del torrente, llegó a la entrada de una tenebrosa caverna. "—Sería conveniente explorarla, pero en estos lugares no hay madera seca para hacer una antorcha —reflexionó el joven. Su mirada se detuvo en el lazo—. Esta sogá aceitada puede servirme", decidió.



8. Con la lupa que le había entregado el mestizo Miguel, encendió fuego al extremo del lazo. Los rayos solares, a través del potente cristal, causaron primero una débil nubecilla de humo y después la ansiada llama. Con aquella antorcha de ocho metros de largo, el héroe texano se internó en la sombría gruta.

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO II.—El robo de las joyas.

La princesa Alejandra citó en sus habitaciones privadas a la condesa Sofía para reprocharle sus continuas quejas.

—No temo que desanimes a Sergio, pero los niños son impresionables y no quiero que les infundas tus temores y tu cobardía.

—Pero, Su Alteza... —protestó Sofía, compungida.

—Mi voluntad es que suprimas tus expresiones dramáticas. En caso contrario, procuraré que vivas separada de nosotros.

La condesa conocía el carácter de hierro que se ocultaba bajo la dulce majestad de Alejandra.

—Está bien —murmuró, vencida.

Por primera vez aceptó el destierro y reflexionó con tristeza que tal vez nunca regresarían a Dalvacia, país situado en los confines del mar Báltico, su tierra, su cuna de oro.

Quizás de toda la familia era Nadina quien aceptaba el exilio con verdadera alegría. Estaba en la patria de su madre. Amaba la apacible Niza, las campiñas verdes y el límpido cielo. Con el dinero que aún tenía pensaba comprar un mapa a fin de saber qué distancia la separaba de la Bretaña.

Los hijos del gran duque habían tenido siempre institutrices francesas, de modo que hablaban correctamente el francés. Incluso, Nika, la nodriza, comprendía esa lengua.

Por lo tanto, se aclimataron con facilidad en el país extranjero. Sólo había dos personas descontentas en la familia: la condesa Sofía, que, aunque no protestaba, mostraba un aspecto de mártir; y la pequeña Valia, sobre quien su tía ejercía una nefasta

RESUMEN: La familia del gran duque Sergio Nepuskine debe abandonar Dalvacia, su patria, porque, por intrigas políticas, ha sido sentenciado a muerte. Le acompañan en el exilio sus hijos, Nadina, Valia y Dimitri; su madre, la princesa Alejandra, y su cuñada, Sofía...

influencia. La niña se quejaba de la humildad de su nueva vivienda y demostraba hostilidad hacia su hermana mayor. Ocupaba el mismo dormitorio de Nadina, y sentíase furiosa porque su cama era pequeña y estrecha.

Nika preparó el desayuno. El samovar despedía un blanco vaho sobre la mesa, y el agradable olor del pan se esparcía por la casa.

La anciana princesa Alejandra, inquieta, preguntó:

—¿Dónde está Sofía?

Nika guardó silencio. Había advertido que la voluminosa dama se ausentaba con frecuencia.

Alejandra continuó:

—Debería estar presente. Sergio nos comunicará una excelente noticia.

El corazón de Nadina latió con fuerza.

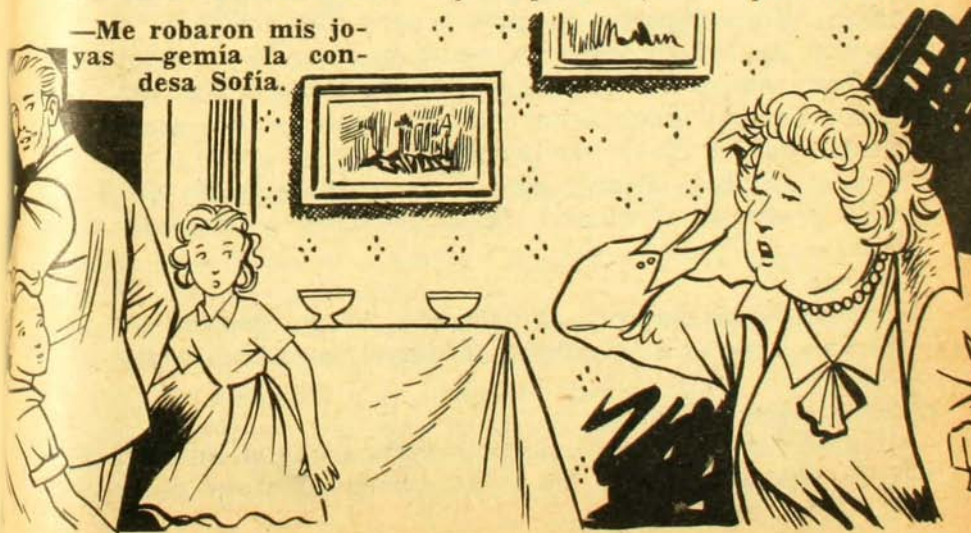
—¿Regresaremos a Sopronik? —preguntó, entristecida ante la idea de que partirían de Francia, sin que ella alcanzara a conocer la Bretaña.

—No —repuso la anciana, mientras su semblante se ensombrecía. Sopronik y sus cien iglesias, los campos cubiertos de nieve, los ríos helados, el bello dominio de los Nepuskine... Alejandra evocaba con nostalgia su lejana patria.

—Entonces podré visitar la Bretaña —exclamó Nadina.

—No hables de la Bretaña —dijo la princesa, con expresión adus-

—Me robaron mis joyas —gemía la condesa Sofía.



ta—. No la menciones siquiera. Tu padre tiene ya demasiadas preocupaciones.

Asombrada por la voz brusca y la mirada severa de su abuela Nadina guardó silencio.

La puerta se abrió para dar paso al gran duque, a quien seguían sus hijos menores. En aquel mismo instante apareció Sofía. Agitada, con la respiración jadeante y el semblante congestionado gimió:

—Sergio... Oh, Sergio.

—¿Qué ocurre? —interrogó él.

—Algo horrible... espantoso, abominable. ¡Me robaron! Mis maravillosos diamantes, mis valiosas perlas...; todo, todo perdido.

—¿Tus joyas? ¿Has perdido tus joyas?

—Sí. Fui a Montecarlo y tenté suerte en la ruleta. Gané y en la fiebre del juego no advertí que había anochecido. Por un instante pensé pernoctar en Montecarlo, pero luego temí que ustedes se inquietaran y llamé a un taxi. ¡Qué desgracia! El chófer era un bandido. Detuvo el auto en un camino solitario, y, amenazándome con su revólver, me obligó a bajar. Se apoderó de mis joyas y de cuanto había ganado en la ruleta. ¡Ah, qué horror! El monstruo me dejó abandonada en la ruta desierta. Desesperada me dejé caer en tierra y grité hasta perder el aliento. Nadie oyó mis gritos. Cuando tuve valor para levantarme, el sol había aparecido ya en el horizonte. Caminé, desorientada, hasta que un automovilista compasivo se ofreció para traerme.

Extendió los brazos sobre la mesa, y, dejando caer sobre ellos su cabeza, empezó a llorar. Los sollozos la sacudían. Su cabeza poblada de una amarillenta cabellera, parecía una gran esponja sacudida por un oleaje tempestuoso.

Todos guardaban silencio ante el lamentable relato de Sofía.

—¿Te fijaste en el número de la patente? —preguntó el gran duque.

—Ay, no.

Reprimiendo un gesto de impaciencia, Sergio declaró:

—Daremos parte a la policía. Llamaré inmediatamente por teléfono.

Cuando regresó, dijo:

—Vendrá un inspector a pedirte datos sobre el auto, el chófer, y para que le describas las joyas robadas. No nos preocupemos más. Nika, sirve el té.

El asaltante le arrebató la cartera.



Mientras bebían el desayuno, añadió:

—Tengo que comunicarles una noticia espléndida.

—¿Murió Federico II? —preguntó Sofía, atragantándose con una tostada.

Dirigiéndole una mirada severa, el gran duque prosiguió:

—Encontré a un antiguo amigo, quien me proporcionará un buen empleo en París. Mañana haremos el viaje.

El tren subía jadeando las cuestas y su penacho de humo se esparcía por la campiña francesa.

En uno de los primeros vagones viajaba la familia Nepuskine. El gran duque desplegó el diario, mientras Sofía dormitaba.

Los niños, asomados a la ventana, lanzaban gritos de júbilo y admiración. Nadina sonreía, sostenien-

do sobre sus rodillas su pequeña valija, de la cual nunca se separaba, porque había pertenecido a su madre.

Un mozo anunció:

—Primer turno para el almuerzo.

Sofía despertó instantáneamente y, atrapando su cartera, sacó un espejo y se empolvó el rojizo rostro.

Se encaminaron hacia el comedor. El almuerzo fué exquisito. Al terminar, Valia dijo a Nadina:

—Mira, ese señor no ha cesado de mirarte. Parece que te conoce.

Nadina se encogió de hombros, pensando que aquel extraño interés de un desconocido eran imaginaciones de Valia. Pero sintió sobre ella la mirada fija, que la siguió cuando abandonaron el comedor. Instantes más tarde, el desconocido apareció en el vagón y sus ojos buscaron a Nadina. Turbada, sin comprender por qué la observaba con tanta fijeza, la jovencita cogió en brazos a

Dimitri, para hacerlo dormir, mientras Valia, compartiendo el desdén que su hermana demostraba al impertinente, oprimió la frente contra el vidrio de la ventanilla para mirar el paisaje. De pronto la voz chillona de Sofía exclamó:

—Estos franceses son todos insolentes.

El gran duque se sobresaltó. Nadina y Valia pensaron que Sofía había advertido las miradas del importuno.

—Por favor, no grites, Sofía —indicó la voz calmada de la princesa Alejandra.

—Siento por usted un gran respeto, Alteza, y siempre la he obedecido, pero esto sobrepasa los límites de la paciencia —gruñó Sofía.

Sergio interrogó:

—¿A qué te refieres?

—A ese jovencuelo que me mira con insistencia.

Había hablado en su idioma, pero el francés pareció comprender su frase despectiva. Una ligera palidez cubrió sus facciones. Pareció vacilar un instante y luego pasó a otro vagón.

—Sofía —murmuró Sergio, entredientes—. ¿No eres capaz de contener tus arrebatos?

—No puedo soportar la impertinencia. Ese francesito...

—No te dirigió la mirada, ni siquiera una vez —interrumpió con frialdad la princesa Alejandra—. Miraba a Nadina.

Sofía se sintió mortalmente ofendida.

—A Nadina —resopló—. ¿Quién se fijaría en una chiquilla desabrida, estando presente una descendiente de los zares, una Sofía Palotka, nada menos?

Nadina contuvo el deseo de reír. Valia, aunque muchas veces era aliada de su tía, lanzó una carcajada que Nika se apresuró a sofocar con su ancha mano.

Sofía, con el rostro congestionado de furia, dijo:

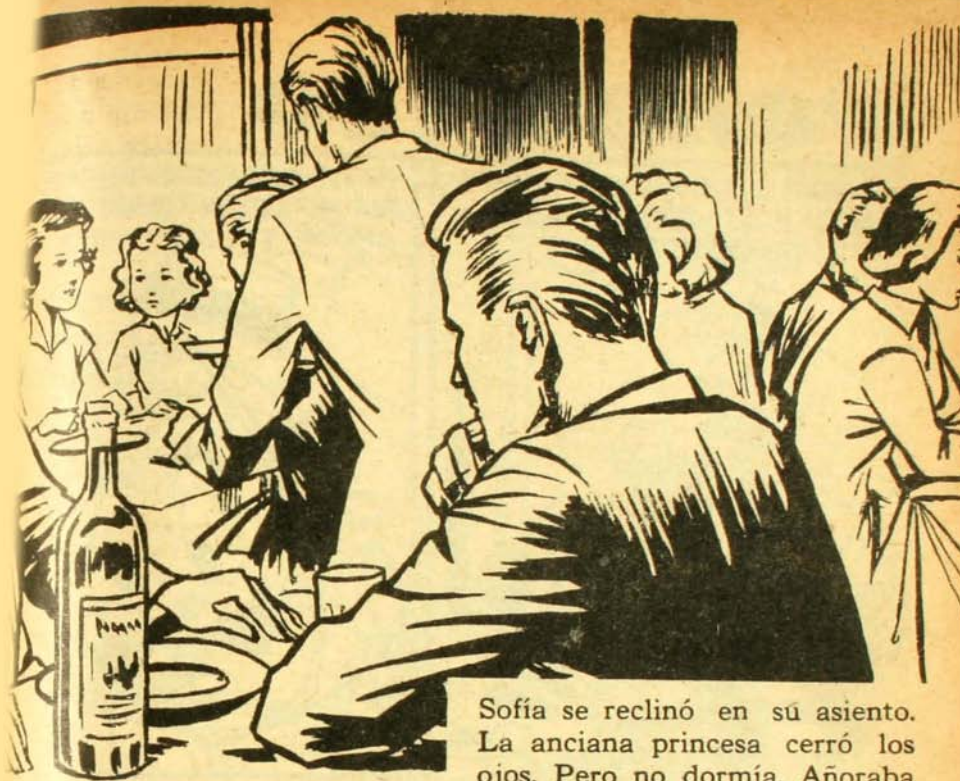
—¿Qué significa esto? ¿Mi propia familia está confabulada contra mí?

Sergio procuró aplacarla:

—Sofía, olvidemos este asunto. Espero que el culpable no vuelva a aparecer.

El único que no había participado en la agitada conversación había sido Dimitri, que dormía plácidamente en brazos de su hermana mayor.

—Descansemos —propuso el gran duque.



Un desconocido observaba fijamente a Nadina.

Sofía se reclinó en su asiento. La anciana princesa cerró los ojos. Pero no dormía. Añoraba su patria y pensaba en la injusta sentencia que pesaba sobre su hijo.

También Sergio Nepuskine reflexionaba. Su país estaba gobernado por un emperador joven y débil, a quien dominaban ministros ávidos. Hubiera deseado volver en aquella hora difícil para Dalvacia, pero si trasponía la frontera, se cumpliría la sentencia de muerte dictada contra él. Por otra parte, no era un revolucionario, ni un conspirador. De pronto Valia exclamó:

—Ahí está otra vez el... el francesito.

La frente del gran duque se ensombreció. Alejandra se irguió, más rígida que de costumbre, y Sofía dejó escapar un chillido.

—Esto es una verdadera persecución —susurró—. Eso nos sucede por no viajar como corresponde a nuestro abolengo. Nos hace falta la guardia real.

Pero el desconocido permaneció en la plataforma, simulando indiferencia.

(CONTINUARA)

Ponchito

PONCHITO, TENGO QUE MANDARTE A UN ASUNTO MUY IMPORTANTE



PERO DEBES PROMETERME QUE NO LE CONTARÁS A NADIE



¡ENTRÉGASELO PARA CALLADO, CUANDO NADIE TE VEA!



por nato

EL PATRÓN DEBE ESTAR LOCO, LAS COSAS QUE SE LE OCURREN.



¡SE LO PROMETO, PATRÓN!



¡TÓMA, LLEVÁLE ESTE COLLAR A LA CABRA DE DON CHUMA!



... Y SE LO MANDA DE REGALO CON TODO CARIÑO



NATO.



El jorobado

CAPÍTULO XXIV.— *Preparativo para el baile.*

Esopo II, el misterioso jorobado, afirmó que su mensaje a Aurora de Nevers, firmado con el nombre de Enrique de Lagardere, engañaría por completo a la joven.

—Si puedes imitar su letra, ¿conoces también algún medio para eliminar a Lagardere? —preguntó con fiera el príncipe de Gonzaga.

—¡Ah, no! —murmuró Esopo, retrocediendo, mientras la astucia se reflejaba en su contrahecho semblante—, el hombre es demasiado grande, y yo demasiado pequeño.

—¿Lo conoces?

—Bastante bien, monseñor.

—¿Cómo le has conocido?

—Relaciones de negocios.

Peiroles se estremeció de pie a cabeza.



—¿Puedes darnos algunas señas de él?

—Una sola. Ha dado ayer dos estocadas, y mañana dará otras dos. Peiroles se estremeció de pies a cabeza.

Gonzaga dijo:

—En las cuevas de este palacio hay muy buenos calabozos.

Pero el jorobado, sin advertir, en apariencia, la amenaza del príncipe, repuso.

—Terreno perdido. Haced bodegas y podréis alquilarlas a los viñateros.

—Sospecho —expresó Gonzaga rápidamente—, que eres un espía.
—¡Qué sospecha tan absurda! El hombre a que os referís no tiene un céntimo y vos sois millonario. ¿Queréis que os lo entregue?
Gonzaga, asombrado, abrió los ojos:

—Dadme esa tarjeta —continuó el jorobado, señalando la última invitación que aún tenía Felipe de Mantua en la mano.

—¿Para qué?

—Para dársela al hombre. De este modo irá al baile del regente, os lo prometo.

—¡Demonios! Tú debes ser un tunante infernal.

—¡Oh! —repuso el jorobado con modestia—, aún hay otros que son más tunantes que yo.

Gonzaga hizo señas a Cocardase y Pasepoil para que se acercaran.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Esopo II, desconfiado.

—Dos hombres que van a seguirte si me decido a aceptar tus servicios. El hombrecillo saludó ceremoniosamente a los espadachines.

—Entonces —dijo, dirigiéndose al príncipe—, rechazáis mis servicios. Amigos míos, no os molestéis por mí. Puedo cumplir solo mi misión.

—Pero... —dijo Gonzaga, enfurecido.

—No hay pero que valga. ¡Diablo! Vos conocéis a ese hombre tan bien como yo. Es brusco, casi podría llamársele brutal, y si me ve llegar con esos dos tipos que tienen traza de bandidos...

—¡Malvado! —gritó Cocardase.

—¿Habrà hombre más grosero? —se quejó Pasepoil.

—He de proceder por mi cuenta o no hay nada de lo dicho —concluyó Esopo con acento perentorio.

Gonzaga y Peiroles se consultaban.

—Pues bien —decidió Gonzaga—, aunque nadie me responde de

—¡Malvado! —gritó
Cocardase.



ti, acepto tus ofrecimientos. Si me sirves bien, serás recompensado con generosidad; pero, en caso contrario. . .

Sin concluir la frase le tendió la tarjeta. La cogió el jorobado y se dirigió a la puerta, andando hacia atrás, y saludando cada tres pasos, mientras decía:

—La confianza de monseñor me honra. Esta noche, monseñor oírá hablar de mí.

Y, como a una disimulada señal de Gonzaga, Cocardase y Pasepoil se dispusieran a seguirle, agregó:

—Lo convenido es lo convenido, ¿no es así?

Y separó a los espadachines con una mano, que éstos no sospechaban tan vigorosa. Saludó una última vez y salió. Aún intentaron Cocardase y Pasepoil seguirle; pero el jorobado había desaparecido, interponiendo la puerta entre ellos y él.

Cuando salieron, el corredor estaba vacío.

—¡Pronto! —gritó Gonzaga, dirigiéndose a Peiroles—. Que dentro de media hora esté cercada la casa de la calle del Chantre, y dispuesto lo demás, como habíamos planeado.

Mientras tanto el jorobado marchaba con sus pasos cortos por la calle de Quincampoix, desierta a aquellas horas.

—Las finanzas no estaban muy bien —murmuró—. ¡Quién iba a decirme que conseguiría tan fácilmente invitaciones y vestido para el baile de esta noche!

—Que dentro de media hora esté cercada la casa —ordenó Gonzaga.



Aurora seguía prisionera en la casa de dos puertas, que tanto intrigaba a los vecinos por sus extraños habitantes: la niña rubia de resplandeciente belleza, la fiel Francisca Berrichon; su locuaz nieto, Juan María; el apuesto y silencioso maese Luis,

Y su extraño amigo, el jorobado, que entraba y salía furtivamente de la casa.

La niña escribía un diario, relatando a su madre, a quien no conocía, las aventuras de su vida y la adoración que profesaba a Enrique de Lagardere.

Se sentía sola y triste. Pero bastaba que Enrique detuviera en ella su grave mirada, para que su corazón temblara de felicidad.

Estaba intrigada por la presencia del jorobado.

Le veía entrar y salir, y al vislumbrar su silueta escurridiza comprendía por qué los vecinos le miraban cómo si fuera un duende. Nunca les vió juntos a él y a Lagardere, pero sabía que se reunían a cada instante. Una noche pasaron la noche entera encerrados en su cuarto. Al día siguiente Aurora advirtió que el joven estaba más triste que nunca.

—No hay que contar con el agradecimiento de los príncipes —dijo con profunda amargura—. Por otra parte, ¿qué favor podrá pagarse realmente con la odiosa moneda de la gratitud? Si la gran dama por la que arriesgo mi honor y mi vida no puede amarme, porque ella ocupa una posición social muy alta y yo muy baja, desearía irme muy lejos, para no saber que me insultaba con su agradecimiento.

Aurora, silenciosa, dedujo que tal vez el jorobado le había hablado de su madre.

“Te engañas, Enrique —murmuró en su corazón—, mi madre no será orgullosa con vos, ni ingrata.”

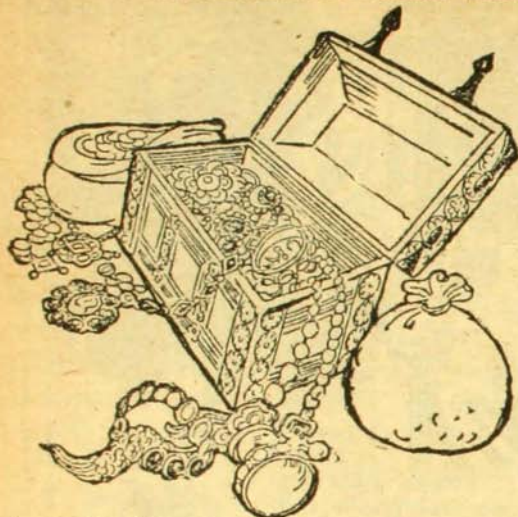
Observó con ternura el pálido rostro, los finos labios crispados, la sombría mirada. Y estaba tan segura de que su madre sería leal, que sonrió. “Aunque ella sea una reina, os tenderá ambas manos, Enrique. No temáis.”



El jorobado marchaba con sus pasos cortos.

(CONTINUARA)

¿A quien pertenece?



Díganos: ¿A quién perteneció un tesoro oculto en una caverna que se abrió al decir "Sésamo, ábrete"? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 238.— La espada Balmunga perteneció a Sigfrido.

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD"**— Luis Alvarado, Pelequén; Elena Sherrington, Quillota; Ma-

ría C. Saldías M., Bulnes; Florencia Salas M., San Javier; Román Villalobos, Valparaíso; Anita María Montt, Santiago.

UN PREMIO DE \$ 20.— Luis Fernández, San Fernando; Anita Kröger Ch., Talcahuano; Víctor Opazo, Concepción; Víctor E. Valladares, Victoria; Gerardo Osorio J., Quillota; María Teresa Azócar, Linares; Ana María Méndez, Temuco; Blanca Frías Reyes, Puente Alto; Julia del Valle, Quillota; Arturo Gallo I., Llay-Llay.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 240

UN LIBRO.— Guillermo Quezada V., Santiago; Sergio Arancibia A., Villa Alemana; Sergio Contreras, San Carlos; Marta Zamorano L., Rengo; Marcial Castro Díaz, Santiago; Silvio Etcheverry F., Santiago; Héctor Fernández V., San Fernando; Georgina Lillo Z., Santa Bárbara; Manuel Retamal H., Victoria.

Correspondencia

Mónica Ortega.— Dice usted que está maravillada al ver que tan pequeña revista dé lecturas tan bellas e interesantes. Siempre trataremos de superarnos para dar alegría a los niños chilenos. Iris Verdugo, Lucy Campusano. Gregorio Correa, Sonia Lobos, Norma Bustamante, Rosa Ro-

ling, E. Rojas.— Nos complace saber que todos ustedes son grandes admiradores de esta pequeña gran revista que les deleita y entusiasma. Trataremos de conseguir que envíen más ejemplares para la venta en esas localidades.

ROXANE.

Juan y Juanita



3. Vaciló, avergonzada por verse obligada a mentir “—¡Pobrecita! —exclamó el joven—. Tu tío está grave. Tenemos que trasladarlo al hospital. Tú y tus hermanos han tenido suerte. Vengan conmigo”. Por cierto que en la primera oportunidad, los tres niños fugitivos se escabulleron entre la densa multitud.



4. “—Estamos en París”, descubrió Tilín. Más tarde hizo otro descubrimiento, esta vez muy grave: “—Tengo hambre”. Caminando por la ribera del Sena vieron una chalana atada al muelle. Tilín silbó tres veces y entonces apareció en cubierta un muchacho rubio, gordezuelo y andrajoso, que gritó: “—¡Amigo Tilín!”.

(CONTINUARA)

¡MAMY! HOY ES EL CUMPLEAÑOS DE MI PROFESORA



¡NO SÉ QUE REGALO HACERLE!



¡CÓMPRALE UN LIBRO QUE LE SEA ÚTIL!



¡CLARO, UN LIBRO ES LO INDICADO PARA ELLA!



ENCONTRÉ UNO QUE LE SERVIRÁ MUCHO

LIBRERIA



"CIRUGÍA ESTÉTICA"

NATO-



Simbad

N.º 241



6.—

ELENA
FORNER

NASDINE HODJA EL BURLADOR



Juan y Juanita



CAPITULO XIX.—EL ESCORPION



1. En una vieja barca atada en la orilla del río Sena, Tilín encontró a un amigo. Lo abrazó, gritando: “—¡Viejo Mincho, qué alegría verte! ¿Puedes dar a tu hambriento camarada un poco de comida? Te presento a dos buenos amigos, Juan y Juanita”. Mincho hizo los honores, ofreciéndoles leche y pan con sardinas.



2. “—Estás convertido en un millonario”, sonrió Tilín. “—Ahora pasen a descansar en las literas —invitó Mincho—. Mientras llegan los demás camaradas”. Al atardecer llegaron cuatro muchachos que también dieron la bienvenida a los huéspedes de la chalana. “—Vivirán con nosotros”, decidieron.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 14-IV-1954 — N.º 241

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Juana de Arco

Adaptación de Roxane

CAPITULO VIII.—Acusada de brujería.

El arquero borgoñón que apresó a Juana de Arco la condujo al campamento del duque de Borgoña, quien celebró con ella una larga conferencia.

De lo que trataron, nadie pudo saberlo, pero se supone que el duque le ofreció la libertad en cambio de una traición al rey Carlos VII.

¿Qué hizo entretanto el monarca a quien la Doncella había coronado en Reims? Nada, absolutamente nada. Parecía haberla olvidado por completo.

Los consejeros del rey Carlos VII se alegraron de su captura y el arzobispo de Reims, Reinaldo de Chartres, tuvo la audacia inicuca de escribir a la población de Reims, diciéndole:

Dios ha permitido que se apoderaran de la Doncella, porque estaba dominada por el orgullo y no se dejaba aconsejar de nadie.

Sin embargo, el pueblo francés y el clero estaban acongojados, y en todo el reino se hacían rogativas públicas implorando al cielo la liberación de Juana de Arco.

Inglaterra consideraba un peligro a la llamada "Bruja" y decidió



someter el caso a la Universidad de París. Los sapientes doctores de la Sorbona, con un servilismo indigno, no encontraron nada mejor para satisfacer a los británicos que entregar a la Doncella al Tribunal de la Inquisición, a fin de que ese tribunal le iniciara un proceso por brujerías.

Mientras duraban esas viles negociaciones, la pobre Juana de Arco confiaba aún en que Carlos VII la rescataría. Cuatro días después de su captura, Juan de Luxemburgo, a quien el rey de Inglaterra había improvisado Canciller de Francia, hizo trasladar a la prisionera al lóbrego castillo de Beaulieu.

Una noche el fiel Aulón, escudero de Juana de Arco, encerró a sus guardianes en la torre y trató de ayudar en su fuga a la Doncella, pero el centinela que estaba en la puerta la reconoció y la detuvo.

Entonces la trasladaron a otra prisión, en la cual fué custodiada por la señora Ligny, tía de Juan de Luxemburgo.

Transcurrió así junio y parte de julio. Los ingleses, los borgoñeses y el obispo Cochon reclamaban a la "Bruja" para sentenciarla. El general inglés aprovechó estas indecisiones para ofrecer diez mil libras por la Doncella.

Cuando Juana supo que los ingleses trataban de comprarla, como a una esclava, se llenó de pavor. Las Voces la confortaron otra vez.



—Sólo tengo dieciocho años —suspiraba la doncella.

La cautiva sufría corporal y espiritualmente.

—Sólo tengo dieciocho años —suspiraba—, y si me dieran libertad volvería a guerrear y levantaría el cerco de París.

—Por eso te tienen prisionera, mi querida capitana —respondíale el fiel Aulón—. Los ingleses saben que tú eres su más formidable enemiga.

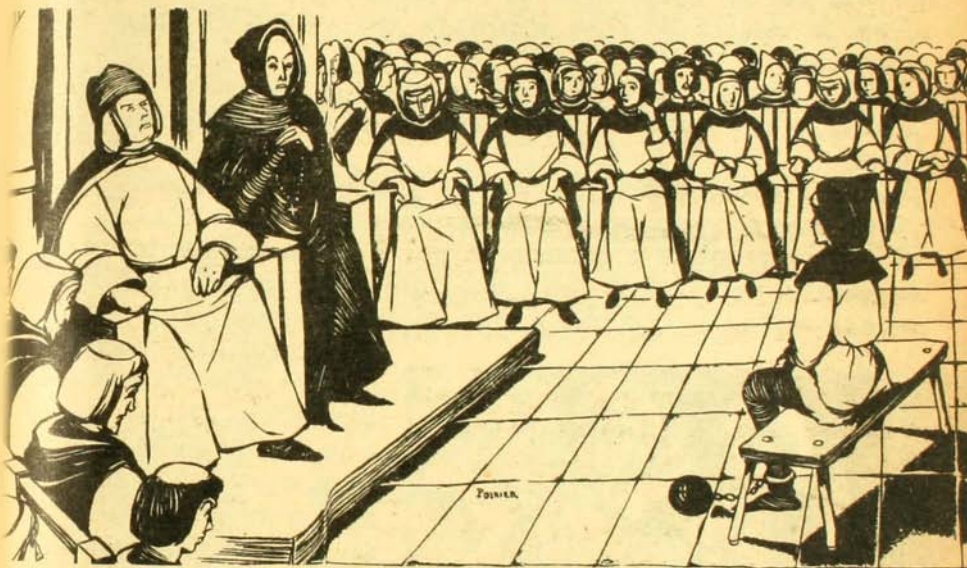
Por fin los ingleses entregaron a Cochon, obispo de Beauvais, las diez mil libras de oro para que las ofreciera

al duque de Borgoña, con el compromiso de que entregara a Juana de Arco al Tribunal de la Inquisición, donde sería juzgada por herejía y brujería.

Este acto inicuo dejaba a Juana de Arco en manos de sus malos verdugos.

En el castillo de Ligny la Doncella fué bien tratada. Tenía su escolta, escuderos y capellán.

Con una "Bruja" no podían tenerse miramientos.



J u a n a compareció ante el tribunal de la Inquisición.

—Esa rapaza pastora, que dice oír la voz del arcángel San Gabriel, del arcángel San Miguel, de santa Margarita y de santa Catalina —decía Cochon—, es una hereje. . .

—Poco nos importa que sea hereje —respondían los ingleses—; lo que nosotros queremos es que se suprima a esa mujer que arrastra tras sí a los ejércitos franceses. Si no la hubiéramos entregado al Tribunal de la Inquisición, la quemaríamos por nuestras manos. Que perezca. . . Que sea quemada.

De prisión en prisión, Juana de Arco fué conducida al castillo de Rouen. Atada de pies y manos encerraron a la Doncella en una jaula de hierro, instalada en una sala, en la que apenas había luz.

Cinco soldados ingleses, que rodeaban la jaula, la insultaban con su lenguaje soez y se burlaban de ella.

Dos meses, desde el 23 de diciembre de 1430 hasta el 21 de febrero de 1431, Juana de Arco permaneció en la infame jaula, mientras Cochon acumulaba cargos contra *"la desvergonzada mercenaria que hizo coronar a Carlos VII"*.

Fueron días trágicos y angustiosos para Juana de Arco, días en los que no tenía más consuelo que sus lágrimas y la oración. Confortada por las apariciones de sus santas y por las Voces celestiales, la elegida de Dios soportaba con valentía el rigor de la adversidad.

El 21 de febrero, Cochon y sus cuarenta y dos asesores se trasladaron a la capilla del castillo de Rouen, transformada en tribunal.

Juana de Arco, vestida de hombre y cubierta su cabeza con caperuza negra, compareció ante sus jueces.

Estaba muy pálida y demacrada por el largo cautiverio.

Requerida por Cochon para que jure sobre el Evangelio decir toda la verdad y nada más que la verdad a cuanto se le pregunte,

Juana de Arco responde:

—Diré cuanto se refiere a mis actos. De las revelaciones que emanan de Dios, que a nadie he dicho, sino a mi rey Carlos VII, no haré declaración alguna aun cuando por ello me corten la cabeza.

Arrodillándose ante el libro sagrado, con las dos manos puestas sobre él, la Doncella jura que dirá la verdad, pero sólo en cuestiones de fe.

Esta respuesta, que el tribunal de la Inquisición califica de orgullosa, irrita a los frailes.

—Juana, levántese —ordena por fin Cochon—.



En esos trágicos días de cautiverio, las voces de sus santas la confortaban.



¿Qué nombre tiene y cuáles son sus apodos?

—En mi aldea me llamaban Juanita — dice la Doncella de Orleans—; en Francia, Juana. No sé nada de apodos.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve años.

—Diga el Padrenuestro —ordena Cochon. A Juana de Arco le habían advertido sus amigos que, según las normas de la Inquisición, el que se atrevía a recitar el Padrenuestro estando acusado de magia, corría grave peligro.

—Oídme en confesión y lo recitaré — contesta.

Estas palabras desconciertan a los miembros del tribunal. Todos hablan a la vez y se produce un tumulto.

La gloriosa Doncella que salvó a la Francia estaba sentada en el banquillo de los acusados, con cadenas en los tobillos y rodeada de una guardia de soldados ingleses. Sus hermosas manos, apretadas por grilletes, se unían en oración.

Cuando cesó el tumulto, Cochon decidió levantar la sesión.

Juana de Arco entonces se puso de pie y gritó al tribunal:

—¿Por qué me dejáis en manos de los ingleses? ¿Por qué debo estar atada a un poste de madera y con grilletes? Si la Iglesia es la que me juzga, llevadme a un convento donde sea custodiada por monjas.

—Calla, "Bruja" —dijo un soldado inglés, dando una bofetada a la prisionera.

Y así terminó la primera sesión de aquel proceso que debía durar treinta días.

La prisionera estaba cargada de cadenas.

(CONTINUARA)

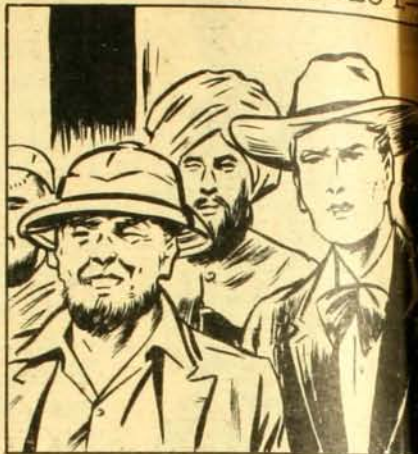
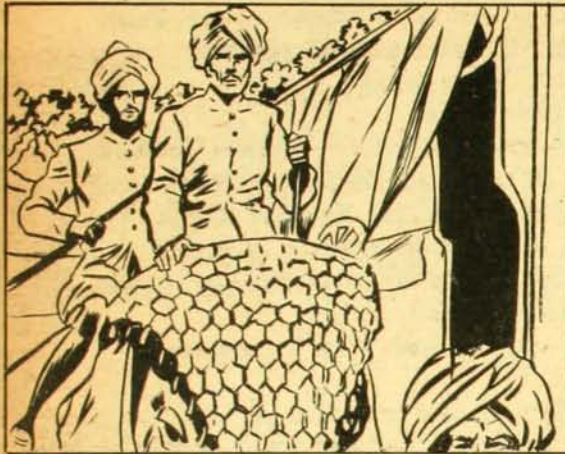


EL TEMPLO DE BADAMI



CAPITULO I

MISION PELIGROSA



1. Celebrábase la gran fiesta de la luna. La multitud se agolpaba en las calles para ver la brillante caravana. Los elefantes avanzaban majestuosamente llevando a los guardias reales. En un palanquín de oro viajaba Ima, heredero del rajá de Samodar. Dos extranjeros presenciaban el desfile.



3. Al regresar al palacio, el soberano encontró un mensaje clavado con un puñal. Decía: "Tenemos a tu hijo secuestrado. Si quieres que siga viviendo, guarda silencio sobre "Siva". Estaba firmado por una impresión digital atravesada por una cicatriz. El rajá palideció.



2. No lejos de ellos, un chino acariciaba pensativamente su rala barba. Casi no movió los labios al susurrar: "—¿Todo está preparado?" El muchacho nativo que estaba junto a él se estremeció, aterrorizado. Un hombre europeo, de toscas facciones, gruñó: "—Sí". En aquel instante apareció el rajá.



4. Al día siguiente, Francisco Baray y Mario Laurenti, los dos extranjeros que ya conocemos, se dirigían al palacio real. Un servidor les acogió con profundas reverencias: "—Su Alteza recibirá de inmediato al sahib Laurenti y al sahib Baray, famosos por su valentía y astucia".



EL TEMPLO

DE BADAMI



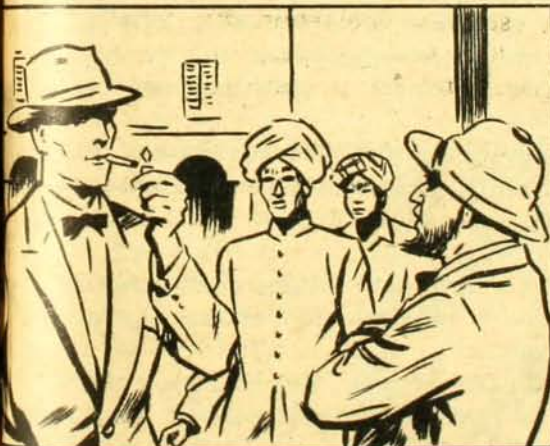
5. "—No está mal ser conocidos como detectives sagaces en los cinco continentes", dijo Baray. Mario sonrió. "—Pancho, presiento que el rajá nos ha convocado para confiarnos una misión peligrosa". Con este anuncio, Baray perdió su entusiasmo y siguió tristemente al lacayo.



7. "—Desapareció durante las festividades de la luna —murmuró, con voz ahogada por el dolor—. Si recorro a la policía, mi hijo será cobardemente asesinado. Ustedes tal vez podrían intentar su rescate." Baray protestó: "—Estamos de vacaciones y..." Laurenti lo interrumpió: "—Procuraremos salvar al príncipe".



6. Su nerviosidad aumentó cuando, al pasar junto a una estatua que tenía más brazos de los necesarios, su sombrero quedó en una de aquellas manos de oro. "—¡Ay!", chilló, asustado, y aún no estaba del todo tranquilo cuando compareció ante el soberano de Samodar. Este les comunicó el rapto de su hijo.



8. Cuando salieron del palacio, Pancho aun protestaba: "—¿Estás loco? Aquí en la India hay estranguladores terribles. O tal vez los bandidos coloquen debajo de nuestras camas una serpiente venenosa". Mario no oyó sus quejas. Esa noche, una sombra misteriosa se detuvo frente a las habitaciones de los detectives.

(CONTINUARA)

NASDINE HODJA,

el burlador



Las techumbres rojas, azules y amarillas resplandecían bajo el ardiente sol. Detrás de los muros de arcilla, los dignatarios de Bukara, los ricos mercaderes y los dueños de caravanas descansaban bajo los almendros.

Sobre el follaje de los jardines y los techos dorados se alzaban las torres de piedra y las cúpulas del palacio real. Los ricos de la ciudad observaban con satisfacción la residencia del emir. Era un gobernante que tenía mano de hierro para los pobres.

En el mercado, a pesar del tórrido calor, se agitaba una gran multitud. Los comerciantes ofrecían frutos del Irán, cueros de España, pescado seco, pieles del norte y vasos de la dinastía de los Ming. Se hablaban todas las lenguas de la tierra.

De pronto irrumpieron los soldados del emir, que perseguían a un joven montado en una mula. La desbandada fué general. Los soldados repartían golpes de cimitarra y lanzaban sus caballos contra la muchedumbre.

El perseguido lucía un voluminoso turbante de bandas anaranjadas, que le caía sobre la frente, ocultándole casi los ojos. Mientras espoleaba a su desconcertada mula, que no sabía hacia dónde huir, gritaba:

—¡Gente de Bukara! Mirad a esos cerdos que el emir alimenta. Con su sebo podéis hacer velas para un año entero. Aunque no respondo del olor que despidan.

Los que presenciaban aquella persecución, situados ya a prudente distancia, rieron a gritos y un nombre, pronunciado en un susurro, corrió alegremente de boca en boca. ¿Era él? Decían que había caído bajo la espada de un turco, que fué nombrado ministro en Bengala, que capitaneaba, en el desierto, una banda de guerrilleros...

Cercado por todas partes, el audaz taloneó a su mula, que se in-

rodujo en una tienda cónica. Pertenecía a unos mercaderes de Korestan, país rico en especias. La mula había perdido la paciencia y daba tales coces que la tienda se tambaleaba como si hubiera dentro de ella una legión de demonios.

—¡Mi pimienta! ¡Mi comino! ¡Mis clavos de olor! —chillaba el dueño de las especias.

Los esbirros del emir lo apartaron rudamente. Un cerco de lanzas se estrechó en torno a la tienda, que, de pronto, cayó en tierra con crujir de maderas y aletear de tela.

—¡Ríndete, bandido! —gritó el capitán de la guardia. Una ahogada risa le contestó.

La mula seguía coceando. Veinte soldados alzaron la tela y la mitad de ellos quedó en el suelo, con las herraduras de la mula marcadas en su cuerpo.

—¡No retrocedan, cobardes! —rugió el capitán.

Sus hombres le obedecieron, y con tal vigor cogieron la tela, que la partieron en dos. Entonces se elevó una nube, que crecía amenazadora. Una nube de pimienta. Los soldados que estaban en primera fila tosieron con desesperación y sus ojos se llenaron de lágrimas. La segunda fila corrió igual suerte. Y la tercera, formada por mercaderes y curiosos, también se atosigó. La nube parecía extenderse por toda la ciudad.

Esta vez nadie tuvo dudas de quién era el perseguido. Sólo un hombre era capaz de tal audacia. Eso quería decir que la libertad de Bukara sería pronto una realidad.

Cuando los soldados pudieron acercarse, no hallaron rastros del fugitivo. Sólo quedaba la mula, que con otras tantas coces derribó a los guardias.

Mientras tanto, en el otro extremo del mercado, un hombre exhibía a un oso tan viejo, pelado y sumiso, que na-

—Te daré cien piastras —ofreció el joven desconocido.



die se detenía a mirarlo. El titiritero observaba con desaliento su animal, cuando un desconocido lo cogió del brazo.

—¿Qué desea, señor? —preguntó, atemorizado.

—Si me dejas trabajar un momento con tu oso, te daré cien piastras.

—Cien piastras —repitió el titiritero, incrédulo.

—Sí, hombre. Desaparece entre el gentío.

Entró en la carpa del artista ambulante, y cuando reapareció un velo cubría su rostro. El turbante formaba sobre su cabeza una montaña multicolor, en cuya cima brillaba una piedra preciosa falsa por supuesto. Su alto cuerpo lucía hombros rectos y gallardos que desentonaban con el abultado vientre.

—Hombres de Bukara —pronunció—. Os traigo una gran noticia. Soy vuestro nuevo emir. La cadena que tengo en mis manos es la que os está destinada. Este oso, que un día fué libre, soberbio e indomable, es ahora la imagen de vosotros, de lo que seréis en un tiempo más. Si dejáis que el emir os domine, en complicidad con los poderosos, moriréis de hambre y miseria, viviréis como esclavos despreciables. Este oso ha perdido su piel. Vosotros perderéis vuestra energía, vuestro orgullo, vuestro espíritu rebelde.

El pueblo empezó a agruparse ante el extraño orador. La voz era burlona y ampulosa. Pero las palabras eran verídicas y se clavaban, mordaces, en la conciencia de aquellos hombres que se sometían sin protesta a un gobierno tiránico.

El desconocido se atrevía a expresar en voz alta los pensamientos que ellos ocultaban temerosamente.

—Los que tengan una piastra, que la depositen en este cántaro. Se las he prometido al dueño del oso.

Una tras otras titinearon las monedas.

—Y ahora, hombres de Bukara —continuó el comediante—, cesad, alfareros, vendedores de agua, batidores del fierro y el cobre, escuchen la canción de un vagabundo que viene de muy lejos.

Su voz potente y armoniosa cantó:

*Ni un tirano domina
a un corazón animoso;
ni hay cadena que oprima
al que nació valeroso.*

Un gran vocerío se alzó entre la turba.

—¡Se acercan los soldados! Tú, que hablas, ¿quién eres?

—¿Quién soy? ¿Es que he perdido el acento de Bukara?

Los soldados se empinaban para tratar de ver mejor.

El falso emir se arrancó el velo y lanzó por el aire los cojines que

—Este oso encadena-
do es vuestra imagen
—anunció el come-
dante.





Nasdine Hodja siempre lograba escapar.

Los guardias del emir, con sabia prudencia, habían desaparecido. Nasdine Hodja era invencible. Siempre lograba escapar. Siempre derrotaba a sus enemigos. Convenía llevarle la noticia al emir para que decidiera si huía primero o después que sus servidores... Un alegre huracán cruzaba la antes dormida ciudad. Y los dignatarios, los ricos mercaderes y los dueños de caravanas miraban inquietos los almendros de sus jardines, no para reposar lánguidamente a su sombra, sino para treparse a ellos en busca de refugio.

formaban su vientre. Apareció un cuerpo esbelto y un rostro hermoso, con rasgos de astucia y burla.

—¿Quién soy yo? ¿Se han olvidado de mí mis hermanos de Bukara?

—¡Nasdine Hodja! ¡Nasdine Hodja! —gritó la multitud.

Nasdine Hodja había regresado. Un aliento de alegría recorrió a los habitantes de Bukara. Un soplo de rebeldía borró las expresiones sumisas y crispó las manos pacíficas. Los soldados retrocedieron instintivamente.

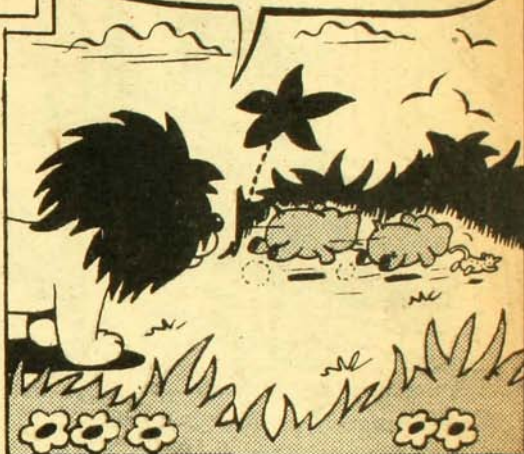
—Nasdine Hodja ha regresado —confirmó el héroe de Persia—. El viento del desierto me llevó rumores inquietantes. Era necesario que volviera y aquí estoy.

Y de un gran salto cayó entre la multitud.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA

PORQUE LLEGÓ UN CAZADOR
HUYEN CON GRANDE PAJOR

SE VAN SUMAMENTE LEJOS
COMO ASUSTADOS CONEJOS



ESPEREN QUE LOS ESPANTE
UN RUGIDO IMPRESIONANTE



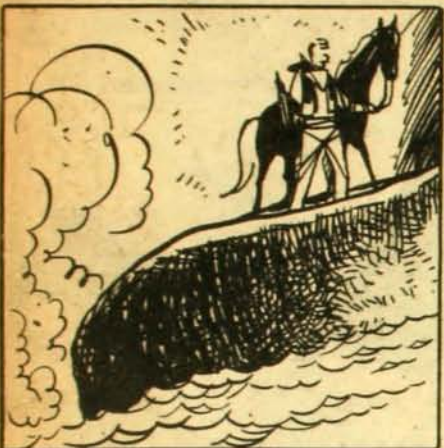
CONTINUARÁ



SOLITARIO BILL

CAPITULO XXVII

TEM SIN OJOS



1. Solitario Bill seguía el curso de un río subterráneo mientras su amigo Tex Montaña enfrentaba a los feroces indios osages. De pronto escuchó el apagado eco de los disparos. "—Tex está en peligro —murmuró—. Sospecho que estoy debajo de la caverna de los totemes." Una idea audaz brotó de su mente.

3. Entre un revuelo de piernas, brazos, plumas y mocasines, Tex Montaña rugía: "¡Traidores! ¡Viboras!" Sus contundentes puños restallaban sobre los rojizos rostros. Miguel procuraba imponer orden: "—No sean rudos. Quiero parlamentar con vuestro jefe". Por fin les llevaron a presencia de Hijo del Trueno.



2. "—Estos indios me están fastidiando", gruñó el voluminoso Tex. El mestizo Miguel dijo, con una torcida sonrisa: "—Muchos de ellos están fastidiando ahora al Gran Manitú, gracias a nuestras balas". Pero, desde las rocas más altas, cayó sobre ellos un alud de pieles rojas.

4. "—Conducidlos a la caverna de los totemes", ordenó Hijo del Trueno. Allí descubrieron que el ídolo había sido despojado de los diamantes incrustados en sus ojos. Ante aquella profanación los osages clamaron venganza. El mestizo Miguel confesó: "—Aquí, en mi bolsillo, están los diamantes. No se alboroten".

SOLITARIO BILL



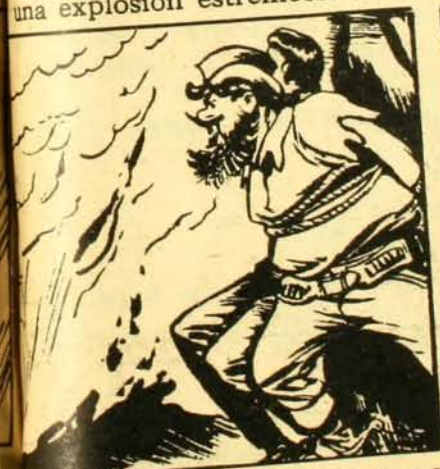
5. "—Todo es cuestión de un acuerdo —añadió sin inmutarse—. ¿Por qué hablar de venganza y de castigos? Ahora, si lo que ustedes quieren es mi cabellera, aquí está." Y sacándose la peluca, la ofreció a Hijo del Trueno. Pero éste era demasiado implacable para ceder y gritó: "—¡Aten a los prisioneros!"



6. Solitario Bill oía el rumor de voces y comprendió que debía intervenir sin demora. En la montura guardaba una carga de dinamita y la preparó, mientras murmuraba a su caballo: "—Tempestad, debes alejarte al galope, mientras yo salvo a mi amigo Tex y al bellaco Miguel". Tempestad relinchó, inquieto.



7. Hijo del Trueno pronunció: "—Profanaron el totem sagrado y morirán". Tex murmuró: "—Espera que tenga las manos libres y te desplumaré como a una gallina". Cuando un guerrero osage se aproximaba a los prisioneros para herirlos con su agudo puñal, una explosión estremeció la caverna.



8. En el enorme cráter que se abrió en la tierra desapareció el guerrero. Los demás osages retrocedieron espantados. Entre el humo y las nubes de tierra arcillosa apareció una cabeza rubia, con una franja de cabellos oscuros. "—¡Solitario Bill!", exclamó Tex, alborozado.

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO III.—Planes secretos.

El desconocido que miraba con insistencia a Nadina Nepuski- ne desapareció nuevamente. Un ruidoso suspiro se escapó de labios de la condesa Sofía, quien suponía que era a ella a quien el joven espiaba.

—Estoy segura de que me per- sigue —declaró, enarcando sus cejas amarillentas—. ¿Cómo po- dré librarme de él? Si estuviéramos en Dalvacia ordenaría a la guardia real que lo encerrara en una torre, por haber osado elevar sus ojos hasta una descendiente de zares. Uno tras otro, la familia fugitiva se sumió en el sueño. El tren cruzaba las campiñas francesas.

RESUMEN: La familia del gran duque Sergio Nepuski- ne debe abandonar Dalvacia, su patria, porque, por intrigas políticas, ha sido sentenciado a muerte. Le acompañan en el exilio sus hijos, Nadina, Valia y Dimitri, su madre, la princesa Alejandra, y su cuñada, Sofía. Esta pierde sus joyas y cree que se verá sumida en una horrible miseria. Pero el gran duque encuentra un empleo y la familia se traslada a París...

Pedro Beliof no sólo procuró un empleo a su amigo Sergio Nepuski- ne. También le permitió ocupar su departamento. Luego de recorrer las modestas habitaciones, Sofía gritó:

—No podemos habitar esta pocilga.

Por cierto que exageraba. Pero la familia estaba acostumbrada a residir en palacios, y hasta Nika, la tranquila nodriza, no ocultó su desaprobación.

—Somos siete personas y sólo hay tres habitaciones —añadió Sofía—. No podemos vivir hacinados como gitanos.

La princesa Alejandra decidió:

—Sergio dormirá con Dimitri. Nika se instalará con Valia y Nalina. Tú y yo, Sofía, ocuparemos el tercer dormitorio.

Las quejas de Sofía subieron de tono, pero todos se dedicaron a ordenar la nueva casa y nadie prestó atención a sus lamentos y lágrimas.

En los días siguientes, Sofía empezó a rumiar una idea.

“La noticia de que Sergio fué condenado a muerte es falsa, no hay duda. Sus enemigos quieren impedir que regrese. Es imposible que un Nepuskine sea tratado como un criminal y lancen sobre sus huellas a una jauría furiosa. Las intrigas políticas no pue-



La familia fugitiva se sumió en el sueño.

den abatir a un príncipe de la sangre. Quiero investigar. Quiero descubrir la verdad. Regresaremos triunfantes a Dalvacia.”

La idea rondaba y rondaba por su liviano cerebro, tejiendo los planes más extravagantes.

Mientras tanto, el director del banco donde Sergio se desempeñaría como cajero, acogió con cortesía al gran duque y le dijo:

—Pedro Beliof habla de usted con gran elogio. Estoy orgulloso de que ingrese a mi banco. Por supuesto, que debe ocultar su título, por su propia seguridad y para proteger a su familia. En Dalvacia existe un clima de agitación. Tiene usted muchos partidarios. No sería raro que un secuaz del emperador atentara contra su vida, para suprimir a quien provoca disturbios y mantiene involuntariamente la rebelión del pueblo. Aquí en París sólo tres personas conocemos su verdadera identidad: Pedro Beliof, el prefecto de policía y yo. Para todos los demás usted será un cajero llamado Sergio Sartori.

La familia se impuso de este prudente cambio de nombre.

—Tú, Sofía, serás conocida como la hermana de Pedro Beliof.

—concluyó el gran duque.

La condesa saltó en su silla como si hubiera sentido la mordedura de una víbora.

—No puedo rebajarme tanto —exclamó—. Beliof es un nombre plebeyo.

—Te protegeré contra los atentados —repuso Nepuskine, con frialdad.

Con el primer sueldo, la familia pudo trasladarse a una casa mejor, en la calle de Tournois. La princesa Alejandra vendió uno de sus anillos y con ese dinero adquirió muebles.

Sólo Sofía no se interesaba en el hogar y sus ausencias eran cada vez más prolongadas.

—¿A dónde va? ¿Qué hace durante el día? —se preguntaba a veces la anciana princesa. Luego olvidaba a su perezosa parienta, imaginando que vagaba por las calles visitando tiendas de modas. Pero la ocupación de Sofía era muy distinta. Se había relacionado con un grupo de refugiados políticos y celebraba misteriosas conferencias con dos de ellos: Boris y Carol.

Una persona más perspicaz hubiera descubierto que esos individuos no eran de fiar. Sofía sondeó a sus compatriotas y, confiada en su lealtad a la familia Nepuskine, la segunda en el trono, les reveló su verdadero nombre.

Soñaba formar una liga de resistencia.

Veíase ya convertida en la heroína dalvaciana. Su nombre aparecería en los libros de historia. En su patria le alzarían un monumento. Por cierto que no pensaba en su gran corpulencia y en que para erigirle un monumento, el escultor tendría que emplear una enorme cantidad de mármol o de bronce.

Boris y Carol escuchaban pacientemente sus incendiarios discursos. —Tenéis razón, condesa —aprobaban—. Es preciso arrasar a los cacayos de Federico II, enviar al destierro o al cadalso a todos sus partidarios e instaurar la dinastía de los Nepuskine. ¿Estáis sola en París?

Siempre deslizaban preguntas entre un aluvión de elogios.

—Sí —dijo Sofía.

Por instinto no mencionó a su cuñado, ni a la princesa ni a los niños.



El director del banco acogió cortésmente a Sergio Nepuskine.

Esta fué su única señal de prudencia. Regresaba al hogar, meditando, envuelta aún en las nubes de incienso que le ofrecían sus fieles aliados Boris y Carol.

—Les daré una condecoración —reflexionaba—. Recibirán honores y toda la Dalvacia verá que la noble Sofía Palotka sabe agradecer los servicios de sus súbditos.



Sofía comunicaba a Boris y a Carol sus extravagantes planes.

Envuelta en un torbellino de ambiciones veía, impaciente, cómo transcurría el tiempo sin que estallara la revolución en Dalvacia. —Los conspiradores deben ser cautelosos— advirtió Boris, inclinando su cabeza para encender un cigarrillo y ocultar al mismo tiempo su expresión sarcástica.

—Exactamente —aprobaba Carol—. Nuestras reuniones en cualquier punto de la ciudad son un signo de prudencia. Nadie sospecha. En cambio, si acudiéramos a su casa, en la calle... Mantuvo en suspenso la frase, para que Sofía la completara. Pero ella, sumida en sus reflexiones, no contestó.

Hasta ese día, ninguno de los dos dalvaccianos había logrado saber dónde vivía la condesa expatriada. A veces habían seguido sus huellas, pero, como si un duende burlesco protegiera a Sofía, ella desaparecía en una esquina, un portal, o una calle. En otras ocasiones se detenía a conversar con cualquier persona y charlaba sin descanso hasta que sus perseguidores, aburridos, se marchaban. —Me imagino que usted tiene una guardia secreta, una vigilancia personal —sugería Boris.

Ella, que deseaba aparecer en todos los instantes como un personaje importante, asentía:

—No estamos indefensos.

En aquel “estamos” incluía a Sergio Nepuskine, con el orgullo de quien menciona a un rey exiliado.

Un día Valia dijo misteriosamente:

—Estoy segura de que nos espían.

La condesa, que saboreaba un asado, casi se ahogó. Cuando pudo hablar, preguntó:

—¿Qué dices?

—He visto a dos sombras que me seguían y vi también a ese joven que miraba a Nadina en el tren. En total, tres espías.

—No mientas.

—Es la verdad.

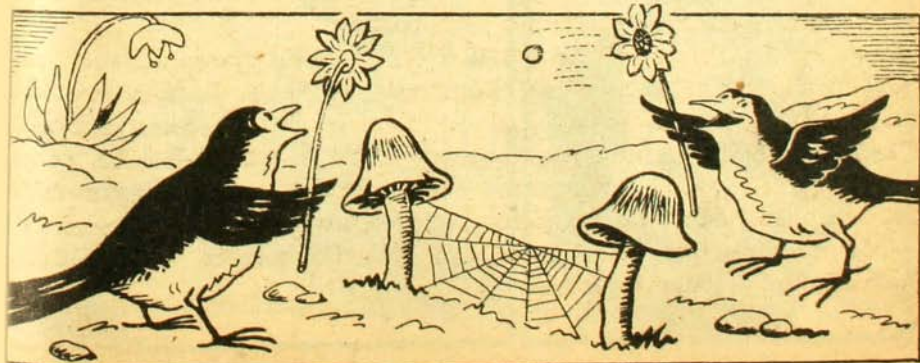
Luego, con indiferencia, se sirvió su comida. Un profundo silencio se produjo en la mesa. El gran duque había palidecido. Una sombra de ansiedad cruzó el semblante de la princesa Alejandra. Nadina, aterrada, pensó:

“Espías... , enviados tal vez por el rey. Obligarán a mi padre a regresar a Dalvacia. Está condenado a muerte...”

De nuevo la fatídica sentencia pendía sobre ellos como una espada asesina. Sus ojos se nublaron y, cuando logró dominarse, vió el infantil y despreocupado rostro de Valia. ¿Era cierta la terrible noticia que había dado?

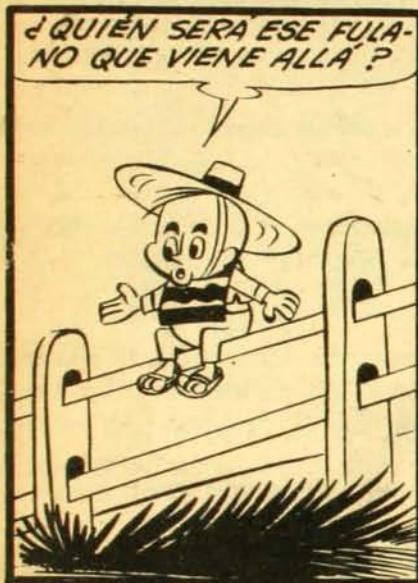
(CONTINUARA)

LOS PAJAROS JUEGAN TENIS



Ponchito

por nato





El jorobado

CAPITULO XXV.— *El secreto de Lagardere.*

Aurora de Nevers observaba el sombrío semblante de Enrique de Lagardere. El había dicho con amargura que al llegar la hora de entregar a su protegida, luego de haberla custodiado y defendido sólo recibiría en pago ingratitud y desdén.

“Madre mía —dijo la niña silenciosamente—, él dió a vuestra hija dieciocho años de su espléndida juventud. Quisiera decir que ni vos ni yo le ofenderemos nunca. Teme que le paguemos como se paga a un lacayo. ¡Cuán equivocado está! Yo le amo y jamás aceptaría separarme de él. Pero no puedo decírselo: En su presencia me siento tímida, mucho más aún que cuando era niña. Le pertenezco, él me salvó. Sin su protección, ¿qué habría sido mi existencia? Tal vez un poco de polvo en el fondo de una miserable tumba. ¿Y qué madre, aunque fuese duquesa y hasta reina no se sentiría orgullosa de tener por yerno al caballero Enrique de Lagardere, el más hermoso, el más valiente y el más leal de los hombres? Soy tan sólo una pobre niña y no puedo juzgar a los grandes de la tierra. Pero si entre esos ilustres señores y esas elevadas damas hubiese un corazón malvado que me dijera: “Olvídate de Enrique, olvídale...” ¡Oh madre, esta sola idea me espanta.”

Al día siguiente, la niña esperó con ansiedad a Enrique. Había estado ausente el día entero. Juan María, el paje, terminaba de poner la mesa y, adivinando la inquietud de su ama, sugirió:

—Apostaría a que el señor está arriba con ese diablo de jorobado. Si yo me atreviera...



Aurora se inquietaba por la ausencia de Enrique.



Eran enemigos implacables y tenaces.

hubiera deseado atisbar por la cerradura, pero siempre estaba abierta por una chapa. Y un día que espiaba se vió obligado a ir tan rápidamente, que rodó escaleras abajo.

Señorita —añadió—, ¿por qué no le llamáis? Es tarde y quiera ver entrar a los invitados al baile del palacio. Aurora no respondió.

Lamarle, ¿para qué? —meditaba—. Cada vez se prolongan más sus ausencias. Tengo miedo. Me prohíbe salir a la calle, no quiere que reciba a nadie, oculta su verdadero nombre... ¿Es que ha temido el peligro, la antigua persecución?... ¿Y quiénes son los que nos persiguen? Han demostrado ser poderosos, implacables y tenaces. Y es a mí a quien persiguen. Porque él me guarda y me defiende, atentan contra su vida. Y él no me dice nada, ¡nada! Como si mi corazón no lo adivinase todo, como si fuera posible encontrar unos ojos que aman. No quiere que yo sepa el esfuerzo que hace, el combate que consigo mismo sostiene, y no comprende que necesito mil veces más valor para devorar mi llanto, mucho más que si tuviera que compartir sus angustias."

De pronto, percibiendo un ruido en la sala próxima, se irguió radiante de alegría. Sus labios se entreabrieron, dejando escapar un logado grito de júbilo. El ruido lo produjo una puerta que se abrió en lo alto de la escalera.

Del suave rostro de la niña desapareció todo rastro de triste. Avanzó hacia el espejo, temerosa de no estar bastante bella. Miró las lágrimas que apagaban el brillo de sus pupilas. Pero el espejo reflejó una sonrisa encantadora.

Maese Luis descendía ya por la escalera. El paje lo esperaba abajo con una lámpara en la mano. Aquella luz iluminó el rostro de ojos ardientes bajo las cejas altivas, nariz recta, labios que parecían esculpidos para una estatua, mentón que denotaba fuerza y voluntad. El sol español no había logrado curtir su marfileña túnica. Vestía de terciopelo negro, sin espada al cinto.

Al ver a Aurora reprimió un movimiento involuntario. Un buen observador habría descubierto al instante el secreto de aquel hombre: sentíase cerca de la felicidad y no se atrevía a cogerla, pero era lo suficiente estoico para contener el fuego abrasador de su corazón.

—¿Estabas esperándome, Aurora? —preguntó.

Francisca Berrichon asomó su faz enrojecida en la puerta de la cocina y con voz retumbante exclamó:

—¿Os parece sensato, maese Luis, hacer llorar a una pobre niña?

—Pero ¿has llorado? —preguntó él, con inquietud.

La joven le rodeó el cuello con sus brazos.

—Enrique —balbuceó, acercando su frente a los labios de él—. La buena Francisca se equivoca. A veces estoy inquieta, pero no he llorado.

Berrichon sirvió la cena y, cuando se hubo retirado, Enrique murmuró:

—Advierto que no eres dichosa, Aurora.

—¡Os veo tan poco, Enrique!

—¿Y me culpas por eso?

—¡Oh no! Sufro, pero basta que lleguéis para que se disipen mi tris-

Lagardere ocultaba su verdadero nombre.



za y mis temores.

—Es que sientes por mí ternura de una hija tierna y cariñosa — murmuró él, desviando la mirada.

—Y vos, Enrique, ¿sentís por mí la ternura de un padre? —interrogó Aurora.

—Maease Luis se levantó y dio unos pasos por la habitación. La niña le ofreció una silla al lado del tío, diciendo con alegría:

—¡Venid! Hace mucho tiempo que no hablamos.

—¿Recordáis cómo pasaban las horas en otro tiempo?

—Mientras que jugando sus manos le miró tan dulcemente, que el desventurado maease Luis sintió en los párpados el escozor que precede a las lágrimas.

—Las horas ya no nos pertenecen —balbuceó.

—¿También vos sufrís, Enrique?

—Luis movió la cabeza y tratando de sonreír contestó:

—Te equivocas, Aurora. Una vez forjé un sueño. Sueño tan hermoso que llenó mi vida. Pero no fué más que un sueño y sólo duró un día. Después he continuado despierto y sin esperar nada. He hecho un juramento. Lo he cumplido. Ha llegado el momento en que mi existencia ha de modificarse. Y ya soy demasiado viejo para que ese cambio tenga alguna significación.

—¡Viejo! —repitió Aurora, riendo.

—Pero Enrique de Lagardere no reía.

—De repente la alegría desapareció de los ojos radiantes y la boca de Aurora se contrajo en un gesto de temor.

—Enrique —balbuceó con voz débil—. ¿Queréis decir que nos separaremos? ¿Que no sólo vuestra vida cambiará, sino también la mía? No quiero perderos, por ningún motivo y..., y por nadie. Me quedé intensamente al decirlo, porque pensaba en su madre, añorada tantas veces.



Vestía de terciopelo negro.

(CONTINUARA)

¿A quien pertenece



Diganos, ¿a quién pertenece el cuento "El Ruiseñor y La Rosa"? Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. La solución no será válida si no te acompaña el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 2
—El cuento "El Patito Feo" pertenece a Hans Cristian Andersen.

Premiados con UNA SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL A "SIMBAD": Cecilia Vidal, Los Angeles; Patricia Roa, Renaico; Krasna Rendic, Serena; Victoria Concha, Lota; Marta Méndez, Parral; María Sánchez, Santiago. UN PREMIO de \$ 20: Verónica Symes, Santiago.

Oscar Rojas, San Bernardo; Ana Valdovinos, Santiago; Linda Valenzuela, Santiago; Aída Rosa Soto, Lolleo; Regina Rodríguez, Santiago; María A. del Campo, Villa Alegre de Loncomilla; Oreste Riquelme, Collipulli; Norma Cornejo, Peñaflor; Rafael Eyzaguirre, Santiago. UN LIBRO: María Luisa Berrera, Rancagua; María Luisa Cortés, Santiago; Isabel Balló, Santiago; Jorge Abarzúa, Temuco; Luis Gastón Jofre, San Fernando; María Cecilia Cortés, Santiago; Paulina Barrios, Santiago. Jorge Barrientos, Talcahuano; Corina Zamorano, Parral; Berta Robledo, Concepción.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 241

Correspondencia

JAIME ARAYA ZAMORA.—Para suscribirse a "Simbad" debe dirigirse a Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Sección Suscripciones, Casilla 84-D, Santiago.

CARLOS RAVEST, SONIA LOBOS.—Agradecemos sus felicitaciones por el éxito maravilloso de esta pequeña gran revista. Si el *Charro Fugitivo* les deleitó, mucho más gozarán con la se-

rial *En el Desierto*. Elena Poirier y Nato agradecen sus felicitaciones.

CARLOS ESCOBAR.—El sorteo se hace reuniendo los centenares de cartas que nos envían y escogiendo algunas a la suerte. Naturalmente que todo se ejecuta con la mayor corrección.

ROXAN



Juan y Juanita



3. "—Si yo quiero", pronunció una voz fría. Un muchacho de dura mirada había aparecido en el umbral. Mincho, confundido, susurró: "—Es el "Escorpión", el capitán". "—No quiero mujeres a bordo. Traen mala suerte —añadió el capitán—. Así es que la rubiecita puede ir desembarcando. Adiós, preciosa".



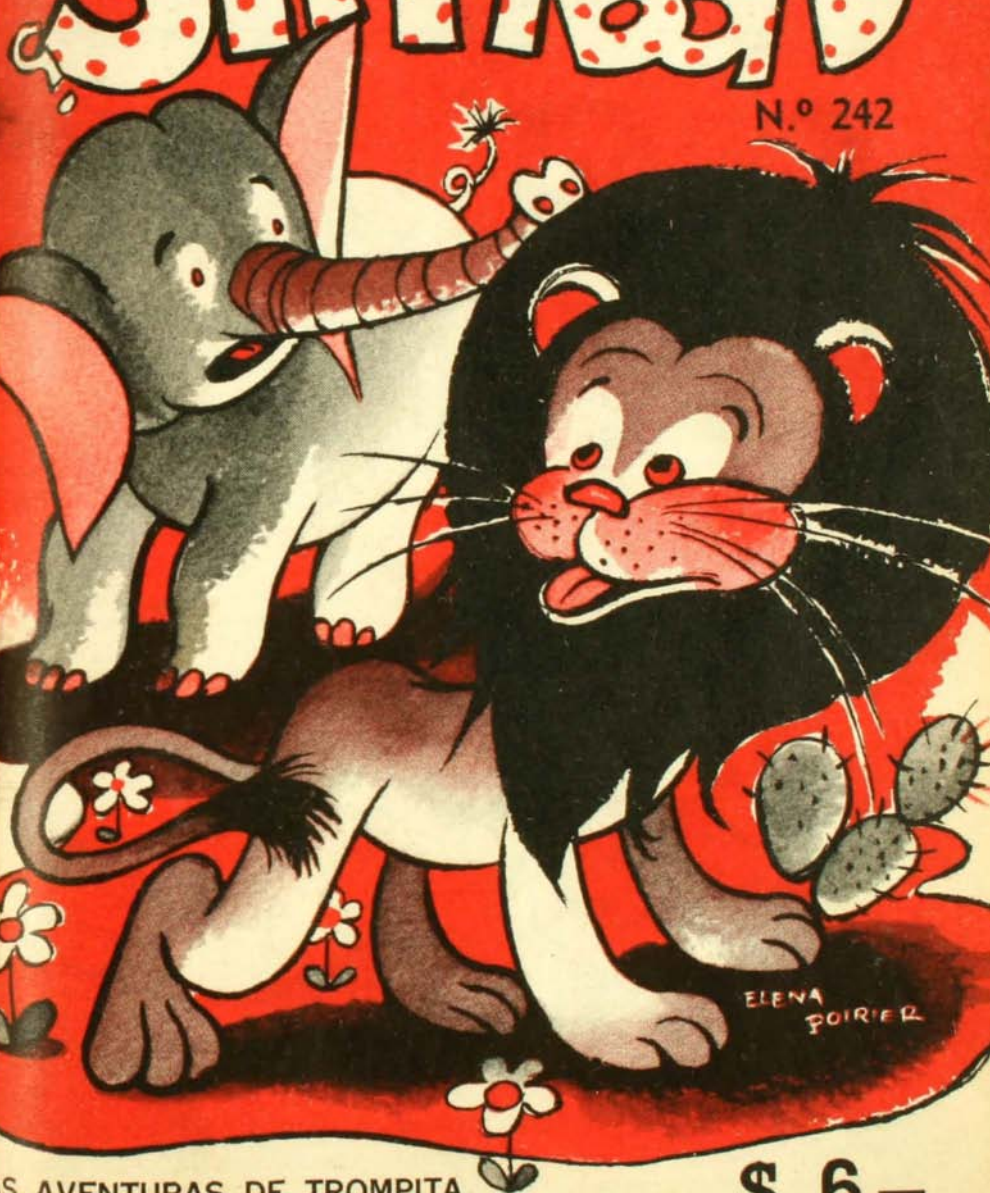
4. Juanita, palideciendo, lanzó una mirada de desesperación al muelle. ¿A dónde iría? Decidida a impedir que su hermano y su leal amiguito compartieron su adverso destino, declaró: "—Está bien, me marcharé, pero por favor no rechacen a Juan y a Tilín". El "Escorpión" sonrió con superioridad.

(CONTINUARA)



Simbad

N.º 242



S AVENTURAS DE TROMPITA

\$ 6.—

Juan y Juanita

CAPITULO XX.—MOTIN A BORDO.



1. Juan y Juanita hallaron refugio en una chalana anclada en el río Sena. Fueron acogidos con alegría por Mincho y sus amigos. Pero el Escorpión, capitán de la banda infantil, gruñó: —No quiero mujeres a bordo, a menos que el hermanito quiera pelear por ella.” Juan no esperó una segunda invitación.



2. Se lanzó sobre su adversario y lo tendió sobre cubierta. Mincho asomó su redonda carita sobre la escotilla, para ver a su capitán inmóvil. Un instante después, el vencido se movió débilmente. —¡Va a estallar la tormenta! —murmuró Mincho, atemorizado—. Recojan velas y suelten gavias.”

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 21-IV-1954 — N.º 242

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

“El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas”.

Juana De Arco

Adaptación de Roxane

CAPITULO IX.— Quince interrogatorios.

Después de iniciado el proceso, Juana de Arco no volvió a la jaula de hierro. La encerraron en una sala baja del castillo de Rouen, con dos soldados que debían vigilarla noche y día. Tenía que acostarse con grilletes y atada con una cadena a los pies de la cama.

El 22 de febrero de 1431 el tribunal de la Inquisición ya no se reunió en la capilla del castillo, sino en una vasta sala llamada de los “Paramentos”. Concurrieron los 42 frailes dominicos presididos por Cochon, obispo de Beauvais, y varios delegados de la Universidad de París.

Dos sillones altos para el obispo y el inquisidor y dos filas de sillas para los doctores en teología y frailes, y una mesa para los escribientes formaban el recinto del jurado. En el centro, un banquillo de madera para la acusada, y en el extremo de la galería, tribunas para el público.

Juana de Arco entra en la sala con cadenas en los tobillos y grilletes en los puños. La conduce su fiel guardián Massieu hasta



el banquillo, donde la Doncella se deja caer con visibles muestras de cansancio.

Y comienza el interrogatorio de la víctima de los ingleses.

—¿Tiene usted algún oficio o fué siempre una zagala?

—No soy zagala, aunque como cualquiera otra he llevado 1 ovejas a pacer. Sé todas las labores de casa, hilar y tejer, con las señoras de Rouen.

—Si tan hábil eras para las labores de mujer, ¿por qué no te quedaste en tu casa?

—Sobran mujeres para tales labores —dijo Juana—, pero no ha ninguna para hacer lo que yo hice.

Un fraile joven, llamado el hermano Martín Ladvenu, se atrevió a interrumpir el interrogatorio para decir:

—Ilustrísimo señor, lo que dice la acusada es razonable y de buen sentido.

—Callad, hermano —ordenó el inquisidor—. Esta mujer tiene tratos con los espíritus malignos y es por tanto una bruja.

—¿Es la bendita Santa Catalina un espíritu maligno? —preguntó la prisionera—.

El guardián Massieu condujo a la prisionera ante el tribunal.



tó la prisionera—. ¿Lo es Santa Margarita? ¿Y el arcángel San Miguel?

Uno de los teólogos la interrumpió para preguntarle:

—¿Cómo sabes que el espíritu que se te aparece es un arcángel? La iglesia te comunica que esas apariciones son demonios que buscan la perdición de tu alma.

—¿Mis santas, demonios?

—protestó Juana—. ¿Cómo no me lo decían cuando ellas me llevaron triunfantes a Orleáns y a Reims para coronar a mi rey?

—¡Tu rey! —observó uno de sus crueles jueces— ¡Mucho se acuerda de ese títere coronado!



Juana de Arco inclinó por primera vez la cabeza y lloró en silencio.

Entretanto el conde de Warwick, jefe de los ingleses que querían que Juana de Arco fuera quemada, se impacientaba y a cada instante llamaba a uno de los miembros del tribunal para ordenarle que apresuraran el proceso.

—Tenemos que hacerla declarar sus perjurios y colocarla fuera de la Iglesia para darle la excomunión —explicaban los jueces.

—¡Ay de ustedes si la Iglesia la deja escapar! —rugió el feroz Warwick.

La tercera audiencia tuvo lugar al siguiente día, 24 de febrero.

Otra vez el mismo juramento y las mismas preguntas, hasta que Juana, quebrantada por el largo interrogatorio se desplomó pálida sobre el banquillo de los acusados.

Los ingleses se alarmaron y Warwick gritó:

—Llamad inmediatamente a los médicos. El rey de Inglaterra no me perdonaría si Juana de Arco muriera de muerte natural. Es preciso que muera en la hoguera.

Los médicos acudieron y practicaron sangrías a la Doncella, que permaneció acostada en su camastro durante tres días. Sus enemigos le suministraron caldos, tizanas, leche... , pero en torno a su lecho sólo había odio e impiedad.

El hermano Martin defendió a Juana.

El lunes 27 de febrero Juana de Arco reapareció por cuarta vez ante sus jueces; el 1.º de marzo por quinta vez, y el 3 del mismo mes por sexta vez. Por más que quisieron hacerla caer en blasfemia o herejía, no lo consiguieron. Acudieron a documentos falsos, a calumnias y otras infamias.

Preguntas sobre brujerías, encantos y aquelarres se sucedían hasta que la Doncella, irritada con tanta villanía, exclamaba iracunda:

—¿Para qué siguen con sus hipocresías? Ustedes tienen miedo de los ingleses. Pues bien, yo les digo que antes de siete años los ingleses sufrirán un gran desastre y lo perderán todo en Francia.

—La bruja se atreve a profetizar —gritaron los inquisidores.

Pero si bien el tribunal de la Inquisición acosaba a la Doncella, había personas que amaban a la heroína de Francia y se reunían en los alrededores del castillo de Rouen a preguntar por su suerte.

—¿Será condenada? —inquirían al buen guardián Massieu.

—Hasta ahora no he visto en ella más que santidad y honor —replicaba Massieu—, pero no sé cuál será su suerte.

Esta respuesta circuló en el castillo y Warwick dió órdenes para que el guardián compareciera ante él.

—Cuida de tus palabras —advirtió el conde inglés—, que si no fuera por tus amigos, ya te hubiera lanzado al Sena.

Durante ocho días Cochon se dedicó a alterar las respuestas de la prisionera, desviando de tal manera su sentido, que de ellas surgía una nueva acusación. Además, como la valentía y rectitud de Juana de Arco despertaban la admiración del auditorio, Cochon, pretextando no querer fatigar al público, decidió que las audiencias sucesivas se realizaran en secreto.

La primera de estas sesiones tuvo lugar el 10 de marzo. En ellas reinó el mismo desorden que en las públicas, la misma intención maligna de traicionar a la acusada.

Juana de Arco tenía temple de heroína y serenidad de santa. Pero a veces se sentía aterrorizada ante los ojos escrutadores, los labios severos que pronunciaban sentencias condenatorias, las manos contraídas de furor y odio.

“No viviré mucho tiempo más”, pensaba en su retiro.

Y la visión de una hoguera gigantesca cegaba sus ojos y resecaaba su boca.

—¿Por qué insisten en acusarme de bruja? He oído voces del cielo. He visto caminar delante de mí a Santa Margarita y Santa

Catalina y las seguí. Quise libertar a Francia del yugo extranjero y coronar al verdadero rey. ¿Son éstos delitos que no tienen perdón?

Su frente ardía, sus pupilas reflejaban la desolación.

El fiel guardián Massieu, aunque se le había prohibido mostrarse compasivo con la "bruja", la alentaba:

—Tened fe, Doncella de Orleáns.

Sólo él la veía desfallecer y llorar.

—¡Ay de ustedes si la iglesia la deja escapar! —rugió el feroz Warwick.



El domingo de Ramos, 25 de marzo de 1431, Cochon y sus asesores visitaron a Juana de Arco en su prisión. Hasta ella llegaban los gritos de júbilo de la calle y el eco de los cánticos sagrados en la procesión de las palmas. La Doncella estaba transfigurada, porque sus santas la habían visitado y reconfortado esa mañana.

—Juana, yo le permitiré oír misa y comulgar si se quita esa ropa de varón —propuso Cochon.

—Este traje no cambia mi alma —respondió Juana de Arco—, y lo necesito en una prisión llena de soldados.

Cochon anotó esta respuesta como un crimen más.

(CONTINUARA)



EL TEMPLO

CAPITULO II.—EL ENCANTADOR

DE SERPIENTES.



1. Francisco Baray y Mario Laurenti intentaban rescatar al príncipe Ima, secuestrado por la secta de Siva. A medianoche, un desconocido lanzó a la habitación de los detectives un mensaje atado a una piedra. Al oír el estrépito, Pancho Baray huyó, temiendo una venganza.



2. “—¡Despierta, Mario! —gritó, estremeciendo con sus golpes la puerta del dormitorio—. Debajo de mi cama hay una bomba hace. Va a explotar de un momento a otro.” Mario Laurenti registró la habitación y encontró el mensaje, firmado por una huella digital, cruzada por una cicatriz. Extrañado, leyó:



3. “Ustedes saben demasiado. Si quieren vivir, guarden silencio”. El pusilánime Pancho exclamó: “—Si no obedecemos, terminarán nuestros días bajo el colmillo venenoso de una cobra. O los tugs estranguladores nos atarán al cuello una cuerda de seda”. Mario propuso: “Mañana visitaremos al rajá”.



4. Luego de referir su aventura al rajá de Samodar, el detective declaró: “—Estoy decidido a continuar la búsqueda del príncipe Ima. Esos fanáticos no me asustan”. El rajá le entregó entonces un medallón con el retrato de su hijo. Al salir del palacio, ambos amigos se detuvieron ante un encantador de serpientes.



EL TEMPLO

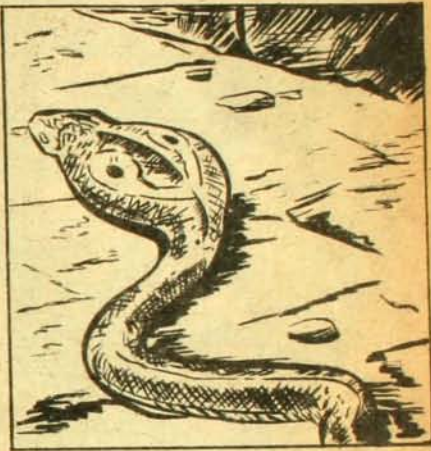
DE BADAMI



5. Un muchacho nativo pasó corriendo junto al hindú que hipnotizaba a los reptiles con los sonos de su flauta. Se volcó un cesto y de él se deslizó uná serpiente. No sólo surgió el cuerpo escamoso, sino que se esparció una gran cantidad de piedras preciosas. Todos huyeron, murmurando: “—¡Siva! ¡Siva!”



6. Sin comprender la extraña escena, Laurenti y Baray presenciaban aquel desbande. “—¿Todas las cobras anidan sobre piedras preciosas y duermen en canastos repletos de oro?”, preguntaba Pancho Baray, admirado. El encantador de serpientes, cogiendo sus cestos, desapareció en una sombría calleja.



7. De pronto una cabeza triangular y amenazante se alzó muy próxima a Baray, quien lanzó un chillido de espanto. Laurenti, sin perder su serenidad, disparó, matando a la cobra. “—¿No te advertí que nos amenazaba un peligro mortal? —dijo Baray cuando pudo hablar—. Renunciemos a esta aventura.”



8. Un joven hindú exclamó: “—Sahib, es usted muy valiente. Esas cobras son temibles. Hay centenares de ellas en el templo de Badami”. Instintivamente, Mario Laurenti relacionó ese templo con los sectarios de Siva, cuyo nombre pronunciaron los nativos que huían cuando la cobra abandonó su prisión.

(CONTINUARA)



BABONI LA MÁS TERRIBLE DE LAS CRIATURAS

Hubo una vez un matrimonio. El marido había emprendido un largo viaje antes que naciera su hijo.

Y he aquí que, a los pocos días del nacimiento del negrito, cuando la madre se preguntaba qué nombre le daría, oyó que el hijito exclamaba:

—¡Mi nombre es Baboní!

Mas al siguiente día aumentó su asombro.

La mujer gruñía porque, debido a la ausencia del marido, no podía ir al bosque a recoger leña. El precoz negrito, que no contaba más de siete a ocho días de edad, dijo:

—Yo iré al bosque.

Y así lo hizo. Fué a recoger leña y regresó con medio bosque a cuestas.

Tendría mes y medio tan sólo cuando su madre fué hasta el río a lavar ropa y dejó al prodigioso negrito en casa, durmiendo en su cuna.

De regreso encontró en la puerta a todo un ejército de negritos.

—¡Tu hijo nos ha pegado! —le dijeron lloriqueando.

—¡Mi hijo! —exclamó la madre, estupefacta—. ¡Si es muy pequeño, y vosotros sois ya grandulones! Además, está en la cuna, donde le dejé hace poco, durmiendo como un bendito.

Y, para convencerles, les hizo entrar.

Pero, ¡oh desencanto!, por más que buscaron, no pudieron encontrarlo por ninguna parte. Y la madre tuvo que presentar excusas a los muchachos para que le perdonaran, pues era muy pequeño y no sabía lo que hacía.

Y para mayor burla, instantes después llegó con mucho sigilo y, sin que nadie lo advirtiera, subióse él mismo a la cuna.

Tantas y tantas fueron las fechorías del negrito, que sus padres, espantados, creyendo tener en su casa a un verdadero diablillo, lo echaron de la choza, prohibiéndole que pusiera nuevamente los pies en ella.

Y el negrito, en vez de entristecerse, partió silbando alegremente. Anda que te anda, al anochecer divisó una linda casita. Vivían en ella, juntos y en franca armonía, muy felices, un león, un tigre, un lobo, una cabra y un elefante.

Los animales de nuestra historia estaban sentados aquel atardecer alrededor del fuego, fumando en pipa y contándose leyendas heroicas y cuentos de hadas, de los que gustaban mucho.

Cuando llegó el pequeño negrito, saludó cordialmente a la familia de animales y les pidió permiso para permanecer entre ellos, ofreciendo servirles como criado, pues agregó ser huérfano de padre y madre.

La cabra, que, por ser la más joven de la familia, estaba encargada del servicio doméstico, dijo:

—Aceptemos sus servicios. Así tendré yo quien me ayude en la pesada labor de la casa.

Los animales conferenciaron y accedieron. Luego le invitaron a cenar. El negrito aceptó complacido y engulló cuantos manjares le presentaron; parecía no haber comido en su vida, de tal modo lo devoraba todo.

Los cinco animales acostumbraban llegarse, por riguroso turno, a una finca que poseían a unos kilómetros de distancia, en busca de provisiones para el sostén de la casa.

Y como a la mañana siguiente a la llegada de nuestro negrito le correspondía a la cabra esa tarea, ésta pidió que el negrito la acompañase para ayudarla a traer el cesto.

Cundo llegaron a la finca, propiedad de los cinco animales, el negrito dejó en el suelo el cesto y echó a correr de un lado a otro. Fué inútil que la cabra le llamara la atención y que le amonestara para que fuese en su ayuda; él proseguía en sus juegos. Tan-

to, que ya la cabra se enfadó y, llevada de los nervios, dióle unos tirones de orejas, con la consabida reprimenda.

Mas ¡cuál no sería su estupefacción al ver que Baboní le propinaba un formidable puñetazo que la tiraba al suelo, rodando! Y hubo más: lanzándose sobre ella, le dió una paliza soberana, hasta que la cabra, extenuada, pidió clemencia.

Pero Baboní siguió aporreándola hasta que ella juró terminar el trabajo, dejándole en paz con sus diversiones, llevar el cesto lleno de provisiones y no decir a nadie ni una sola palabra de lo ocurrido.

Sólo entonces Baboní permitió que la cabra se levantara del suelo.

Al llegar cerca de la choza, Baboní tomó el cesto, aparentando la ayuda que no había prestado. Y así llegó con la cabra. Extrañados los animales del lastimoso aspecto que presentaba su compañera, preguntáronle qué le había ocurrido.

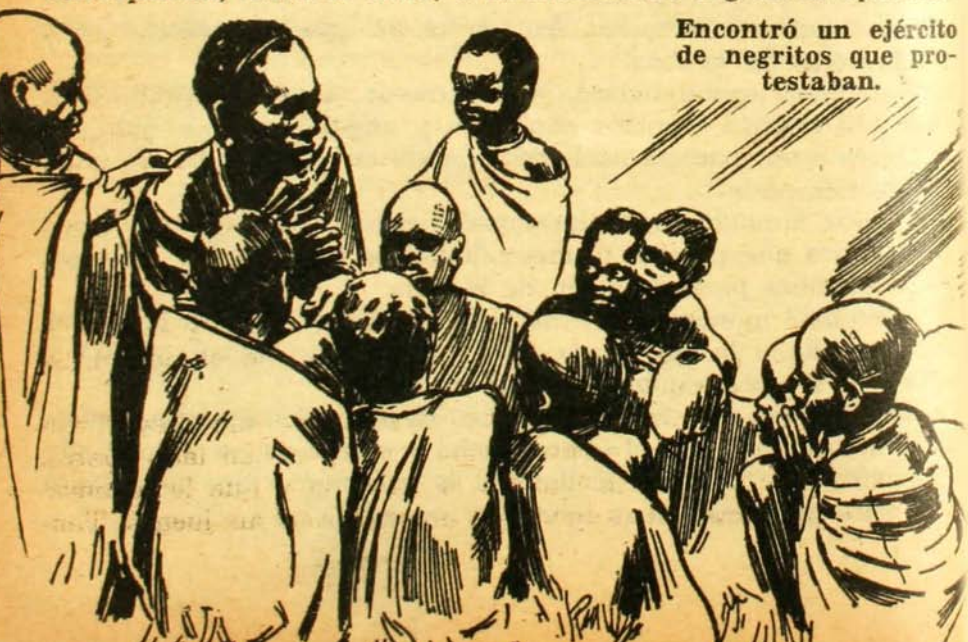
—Tuve la desgracia —explicó la cabra— de tropezar y caer.

A la mañana siguiente le tocó el turno al lobo, y fuése a la finca acompañado de Baboní. También aquél regresó con el cuerpo lleno de contusiones.

La cabra, adivinando lo ocurrido, oyó las explicaciones que dió el lobo sin poder contener una sonrisa.

Todos los días, por la mañana, uno de los animales, al que le correspondía, iba a la finca, e infaliblemente regresaba apaleado.

Encontró un ejército de negritos que protestaban.

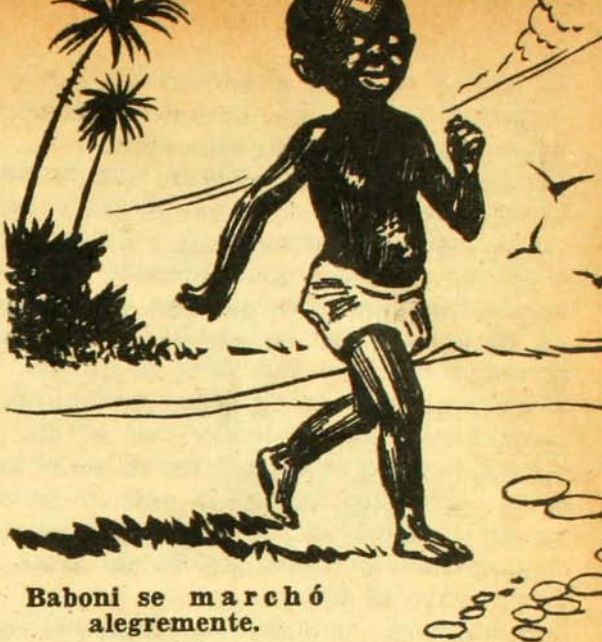


Habiendo corrido todos la misma suerte y sin motivos para disimular, celebraron concilio con el único objeto de estudiar el modo de librar-se de Baboní, la más terrible de todas las criaturas.

Acordaron abandonar la choza y dejar en ella a Baboní.

Antes de emprender la fuga prepararon, con gran reserva, un cesto lleno de provisiones.

Desgraciadamente para ellos, Baboní se enteró de sus proyectos.



**Baboní se marchó
alegremente.**

Y sin que ellos ni siquiera lo sospecharan, cogió una hoja muy grande, se introdujo en el cesto y se envolvió en ella.

Al amanecer, sin el menor ruido, por temor a despertar al terrible Baboní, la familia emprendió la fuga.

Y cuando ya habían andado algunos kilómetros, la cabra, que llevaba el cesto de provisiones sobre la cabeza, se detuvo un instante a descansar. Al quedar sola, se acordó de los manjares que llevaba y decidió probarlos. ¡Cuál no sería su sorpresa y asombro! Al levantar la tapa del cesto, recibió una formidable trompada, al mismo tiempo que oía una voz que le decía:

—¡Cierra el cesto y a callar se ha dicho!

Fáltóle tiempo a la cabra para obedecer, y echó a correr tras sus compañeros, aterrada por aquella terrible criatura.

Y así que los divisó los llamó y luego exclamó:

—¡Lobo, ahora te toca a ti llevar el cesto!

El lobo tomó la carga. Pero, a poco, recordando también las sabrosas provisiones que contenía la cesta, fingió estar fatigado y se detuvo a descansar un instante.

Cuando sus compañeros se hubieron distanciado un largo trecho, abrió el cesto. Y, como la cabra había recibido antes, asestáronle un formidable puñetazo. Entonces reanudó la marcha muy ligero para alcanzar a sus compañeros.

El león y el tigre, uno tras otro, llevaron el cesto. Y los dos le vantaron la tapa del cesto para comer. Y los dos, respectivamen te, recibieron un puñetazo soberano.

Le tocó el turno al elefante, que también recibió una trompada. Cuando se reunió con los demás y pidió que le librasen de la carga, todos exclamaron:

—¡Si no quieres seguir llevando el cesto, tíralo; nosotros ya es tamos cansados de cargar con él!

El elefante, al oír estas palabras, lanzó lejos el cesto y echó a correr, como alma que lleva el diablo.

Sus compañeros le siguieron precipitadamente.

Continuaron así corriendo todo el día y toda la noche, sin des cansar, hasta que se internaron en el bosque.

Pero el terrible Baboní, al caer el cesto, salió y echó a correr a campo traviesa, en dirección al bosque. Sabía que los fugitivos descansarían a la sombra de un árbol. Trepó a una rama y se ocultó entre el follaje.

Los animales, rendidos de cansancio, se enzarzaron en una vio lenta discusión. Todos censuraban a la cabra por haberles pro puesto que tomasen a su servicio aquella terrible criatura.

La cabra, indignada, replicó:

—¡Fué de común acuerdo el tomarle a nuestro servicio ¡Yo no tengo la culpa! ¡Si ese diablilo estuviera presente me daría la razón! Es más: os culparía a vosotros.

Al oír estas palabras, Baboní se dejó caer entre los animales que allí discutían. Poseídos de terror, los cinco animales huyeron en direcciones distintas.

El lobo corrió hacia la estepa; el tigre se escondió en el bosque; el león no paró hasta llegar al desierto arenoso; el elefante huyó hacia la región del Níger, y la cabra fué a pedir protección a las regiones habitadas por los hombres.

Y desde entonces viven separados y en lugares tan diferentes; su vida es muy otra a la que observaban cuando, bajo el mismo techo, vivían fraternalmente.

Por cierto que el lobo, el león, el elefante, el tigre y la cabra advirtieron a sus hijos que rehuyeran siempre la más terrible de las criaturas de la creación, Baboní.

Por esto, por haber sido advertidos, muchos de los descendientes de aquellos animales, como tienen buena memoria, huyen, desconfiados, en cuanto divisan o huelen la presencia del hombre.

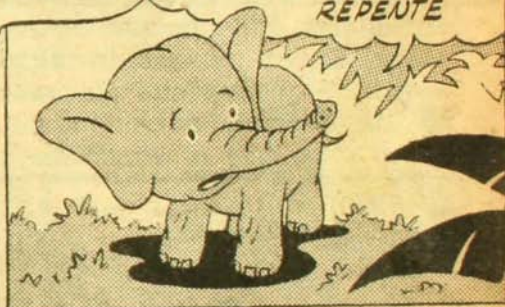


TERRIBLES CAZADORES
PARAN LA TRAMPA



CAUSARÉ SUSTO Y ESPANTO
¡NUNCA ME HE REÍDO TANTO!

SI NO SALVO A ESE IMPRU-
SE VA A MORIR DE (DENTE)
REPENTE



LEÓN, HE VISTO UNA TRAMPA
DONDE EL CAZADOR ACAMPA

A MI ME IMPORTA UN COMINO
LA TRAMPA DE ESE LADINO



CONTINUARÁ



SOLITARIO BILL

CAPITULO XXVII. — CORREGIBLE MESTIZO.



1. Solitario Bill dinamitó la caverna de los totems para que su amigo Tex y el mestizo Miguel pudieran huir de los indios osages. “—¿Tendremos que saltar al horno para salvarnos?”, gruñó Tex Montaña, mirando el cráter abierto. Luego vió el cerco de pieles rojas, que se estrechaba cautelosamente.

3. Desde el borde del cráter, los osages lanzaron sus flechas. Miguel protegió con su cuerpo a Solitario Bill y luego cayó abatido. “—Gracias”, murmuró el héroe texano, asombrado por esa prueba de lealtad y valor. El mestizo contestó: “—Desde que lo conozco, me siento menos malvado”.



2. Por cierto que tuvieron que decidirse, y los tres saltaron en el volcán abierto a sus pies. Entre nubes de humo cayeron el esbelto y gallardo cuerpo de Solitario Bill, la silueta esquelética de Miguel y la rolliza figura de Tex. “—El derrumbe obstruyó la salida”, comprobó el joven.

4. Su boca se torció en una mueca de dolor. Solitario Bill había arrancado la flecha. “—Tengo la piel dura, pero...”, balbució antes de caer desvanecido. “—¿Está muerto?”, exclamó Tex. Su amigo repuso: “—No; pero tenemos que sacarlo de aquí. Sígueme”. Avanzó, bordeando la ribera del río subterráneo.

SOLITARIO BILL



5. El techo era cada vez más bajo, y se vieron obligados a internarse en la corriente. "—¡Demonios! —chilló Tex—. El agua está caliente." Solitario Bill indicó: "—No te aflijas. Pronto saldremos". El vaquero gruñó: "—Sí; saldremos cocinados". Se alegró al distinguir una claridad en la lejanía.



6. Desembocaron en un anfiteatro rodeado de elevadas rocas. Del centro surgía un manantial de aguas termales. "—La fuente de la juventud —murmuró Solitario Bill—. Este surtidor dará la vida al jefe seminola Gran Búfalo y a Annie. También puede sanar a este mestizo bellaco."



7. Bañó la herida de Miguel, que cesó de sangrar milagrosamente. Tex brincó de asombro: "—¡Diablos!; estoy por creer la leyenda india, de que esta fuente resucita a los muertos". Solitario Bill explicó: "—Esa es una antigua creencia. Muchos guerreros yacen bajo estas tumbas, revestidos de oro".



8. "—Llegaban a este sitio con sus ropajes y adornos más valiosos y aquí eran enterrados si morían. Sus hermanos de raza creían que iban a habitar la ciudad con murallas de oro." Estas palabras eran escuchadas ávidamente por el mestizo Miguel. Cuando Solitario Bill se acercó a él, simuló estar casi muerto.

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO IV.—El gran duque desaparece.

La pequeña Valia anunció que había visto a unos hombres sospechosos, que le parecieron espías. Esta noticia causó consternación a la familia Nepuskine. Pero transcurrió el tiempo y los siniestros conspiradores no dieron más señales de vida. Finalmente se creyó que su existencia era sólo una invención de la niña.

Llegó la época escolar y el gran duque Sergio matriculó a sus hijos en un liceo, adoptando el apellido Sartori. Ocultaba su título y su verdadero nombre para no sufrir persecuciones y represalias. La sentencia de muerte dictada contra él en Dalvacia continuaba pendiente.

El pequeño Dimitri, instalado en su sala de clases, observaba a través de la ventana abierta el jardín de la escuela. El reposado vuelo de las mariposas bajo el sol ardiente, atraía su atención.

—Sartori, lea —ordenó el profesor.

El niño tal vez no oyó su voz, o poco habituado a aquel nombre impuesto por su padre, no comprendió que el maestro se dirigía a él.

—¡Sartori! Salga de la sala.

Esta vez tampoco se dió por aludido. Sus compañeros empezaron a reír. Enfurecido, el profesor se acercó al niño y sacudiéndolo rudamente, gritó:

—¡Le he ordenado que salga! ¿Es usted Sartori? ¿O ignora su propio nombre?

RESUMEN: La familia del gran duque Sergio Nepuskine debe abandonar Dalvacia, su patria, porque, por intrigas políticas, ha sido sentenciado a muerte. Le acompañan en el exilio sus hijos Nadine, Valia y Dimitri, su madre la princesa Alejandra y su cuñada Sofía. Esta pierde sus joyas y cree que se verá sumida en una horrible miseria. Pero el gran duque encuentra un empleo y la familia se traslada a París. Sofía no se resigna a vivir ignorada y conspira con Boris y Carol, dos refugiados políticos...

—¿Sartori? Sí, es verdad..., soy yo... —murmuró Dimitri, confuso.

Al ver que su alumno se burlaba de él, el señor Ferrer añadió: —Espéreme afuera. Cuando termine la clase, le llevaré ante el rector.

Minutos después, el rector acogía con severidad a Dimitri.

—¿Estaba usted distraído al extremo de no oír su propio nombre? Aquí viene a estudiar, jovencito, y debe prestar atención a la clase.

—¡Salga de la sala!
—ordenó el profesor
a Dimitri.



Dimitri pensaba que si el profesor le hubiera llamado Nepuskine, todo aquel lío no se hubiera producido. Pero no podía dar esta explicación al rector y se mantuvo en silencio.

La turbación del niño conmovió al rector. Suavizando su voz, dijo:

—Por esta vez no le castigaré. Pero en el futuro, no se distraiga. Sus compañeros le rodearon, ansiosos de conocer el resultado de la entrevista. Cuando supieron que había sido perdonado, lo alzaron en andas como a un héroe. Algunos protestaron por ese

homenaje y entonces se produjo una batalla campal. Resultó muy difícil disolver aquella revolución y Dimitri compareció nuevo a la oficina del rector, como instigador del desorden. La estada de Valia en la escuela era muy distinta. Convencida de su gran importancia, de su linaje real, Valia trataba desconfiadosamente a sus compañeras y no les dirigía la palabra. Las alumnas terminaron por dejarla sola con su mutismo y su orgullo. En cambio, Nadina era feliz. Comprendía mejor que sus hermanos la lengua francesa y no se dejaba guiar por los consejos de la condesa Sofía. Era sencilla, amable y alegre. Sus compañeras la adoraban.

Un día la fiel Nika dijo con ansiedad:

—No he visto a Su Excelencia en toda la mañana. Se ha pasado ya la hora del almuerzo y no aparece. ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?

Nadina llamó al banco para saber noticias de su padre.



—Tranquilízate, Nika —sugirió la princesa Alejandra—. Y no dejes el título a mi hijo. Llámalo simplemente señor.

—Sí, Alteza —contestó la ingenua Nika.

—Y a mí dime señor —concluyó la anciana pacientemente.

La alarma de Nika la contagió, pero simuló tranquilidad. Por fin Nadina propuso:

—Llamaré por teléfono al banco.

—Sí, sí —asintió Sofía con vehemencia.

—Es una buena idea —aprobó la princesa.

Desde una cabina telefónica, cercana a la casa, la niña pidió comunicación con el banco. La respuesta que obtu

la sobresaltó: su padre no había ido a su trabajo esa mañana. El propio director confirmó esta noticia.



habían transcurrido seis meses desde que el príncipe Nepuskine desapareció sin dejar rastros.

Las pesquisas que se realizaron fueron inútiles. La policía estaba desorientada. ¿El gran duque había sido víctima de un atentado? Si esto era verídico, los criminales no dejaron una sola huella, ni el menor vestigio que pudiera denunciarlos.

Sólo se conocía un dato relacionado con el misterioso desaparecimiento. Esa mañana un automóvil cerrado se estacionó al final de la calle donde vivía la familia Sartori.

Esta información fué proporcionada por un boticario, el cual no pudo partir el auto. Quizás sus ocupantes cogieron al gran duque a la fuerza y lo obligaron a subir al coche. Pero, ¿por qué el secuestrado no se debatió, ni pidió auxilio? ¿Por qué nadie fué testigo de una escena tan insólita?

La desamparada familia Nepuskine subsistió gracias a la valentía de la princesa Alejandra, quien instaló un taller de costura donde trabajaban obreras daltvacias. Ejecutaban tejidos, encajes y bordados de su tierra natal y confeccionaban muñecas vestidas con los trajes típicos de Dalvacia.

Pero la angustia causada por la ausencia de su hijo, y las preocupaciones que oprimían su viejo corazón, quebrantaron la salud

de la princesa. Había vendido todas sus joyas y ahora su único recurso era el taller. Necesitaba alguien que la secundara y, mirando a su alrededor, sólo veía a Nadina.

—Pero tendrá que interrumpir sus estudios y sacrificarse —murmuraba, mientras las lágrimas surcaban sus rugosas mejillas.

Nadina conocía las labores del taller porque las aprendió en sus momentos libres, mientras Sofía protestaba:

—¿Por qué te mezclas con las obreras? Te agrada el contacto con la gente plebeya. Olvidas que perteneces a nuestra noble familia.

Y le dirigía una mirada venenosa, en la cual Nadina adivinaba su última frase condenatoria:

“Esas inclinaciones rústicas provienen de tu madre.”

Y la niña agregaba en su corazón:

“Ella no poseía títulos ni escudos. Era sólo una francesa bella y dulce.”

La princesa continuaba sus tristes meditaciones:

—Convertiré a Nadina en una obrera... en una tejedora. Y ella es mi nieta preferida. El destino es injusto.

En ese instante resonaron unos discretos golpes en la puerta de su habitación. Reconociendo el llamado de Nadina, exclamó:

—Entra, hija mía.

La niña se sentó junto al lecho y cogió entre las suyas la mano que siempre había visto enjoyada y que ahora aparecía sin un solo anillo.

—Abuelita, ¿estás cansada?

Nadina sentíase inquieta. El pálido semblante de la princesa, sus párpados casi transparentes, la alarmaban.

—Usted trabaja demasiado, abuelita.

—Es necesario, hijita.

Nadina reprimió sus ansias de llorar.

—Yo debo ayudarla —propuso.

La anciana movió su cabeza en un gesto negativo.

—Estudia aún. Después veremos.

—Pero usted se está aniquilando. Trabaja tanto como sus obreras. Tiene la vista cansada.

—Mañana me sentiré mejor, niña mía.

En ese instante apareció Sofía.

—¿Qué están planeando? —preguntó—. ¿Insisten en la idea de trabajar en el taller? Ese proyecto rústico me enferma.



—Abuelita, ¿estás cansada? —murmuró la niña.

La princesa respondió con seguridad:

—No oí que llamaras a la puerta antes de entrar.

—Estoy decidida a trabajar —añadió Nadina—. Es injusto que sólo usted se afane, abuelita, mientras otras personas descansan y vegetan.

Sofía gritó:

—¿Pretendes insinuar que soy una inútil? Te advierto que todo tiene límites y que...

—Sofía —interrumpió Alejandra, con voz cansada—. ¿Quieres tener la bondad de retirarte? No me siento bien.

La egoísta condesa se alarmó. ¿Qué sería de ellos si la princesa moría? Aunque ejecutaba un trabajo plebeyo, con burdas aldeanas de Dalvacia, esas labores proporcionaban sustento a la familia.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato

ES HORA DE IRNOS
A ALMOZAR,
PONCHITO



¡ YA DEBE DE ESTAR
LISTO EL PUCHERO



¡ YA ESTÁ SERVIDO,
PATRÓN !



¿ CÓMO ? ¿ Y ESO,
QUE ES ?



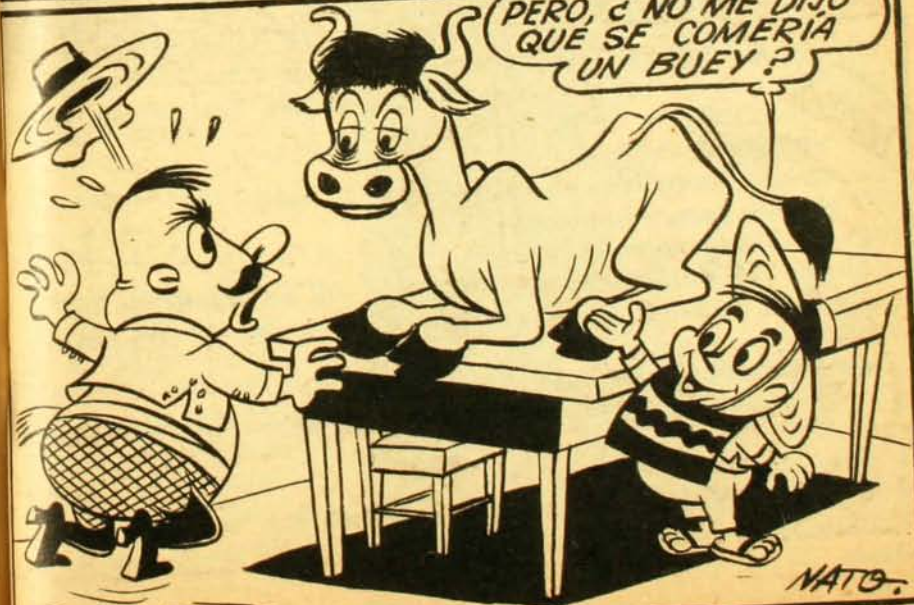
TRÁEME EL ALMUERZO
Y QUE SEA BIEN
ABUNDANTE...



... PORQUE TENGO UN
HAMBRE TAN GRANDE
QUE ME COMERÍA
UN BUEY



PERO, ¿ NO ME DIJO
QUE SE COMERÍA
UN BUEY ?



NATO.



El jorobado

CAPITULO XXVI.—*El umbral del misterio.*

Aurora de Nevers quedó espantada al suponer que se separaría de Enrique de Lagardere. El, sin advertir su angustia, dijo con voz velada

—A mi edad, otros hombres tienen ya una familia.

—¿Acaso vos no tenéis una familia teniéndome a mí? —susurró ella, ansiosa.

Maese Luis quiso contestar, pero la respuesta se ahogó en sus labios.

—Enrique, nada sé de vuestros pensamientos ni de vuestras acciones. Por lo tanto, ¿con qué derecho podría haceros un reproche? Pero siempre estoy sola y pienso en vos, mi único amigo. En mis horas solitarias reflexiono con angustia: “Sin mí, una mujer amada haría dichosa su soledad. Sin mí, su casa sería grande y rica. Sin mí, sería posible presentarse en todas partes a cara descubierta”. Vuestro sacrificio es demasiado cruel, Enrique.

Esperaba que él protestara y le descubriera sus pensamientos pero sólo obtuvo esta fría respuesta:

—Te equivocas, Aurora.

Y la mirada de maese Luis se perdió en el vacío.

—El tiempo pasa —murmuró.

Después, bruscamente, interrogó:

—Cuando nos separemos para siempre, ¿te acordarás de mí?

Ella, pálida, sintiendo que el terror hacía vacilar su corazón, balbuceó:

—¿Os marcháis de mi lado?

—No —replicó Lagardere, con insegura voz—; no sé aún... quizás...

La niña imploró:

—Os suplico, Enrique. Si os vais, llevadme con vos.

Y como él no respondiera, insistió, con los ojos arrasados de lágrimas:

—Tal vez os canso porque soy exigente, injusta. ¡Oh Enrique, no volveré a llorar, os lo prometo! ¡Dios mío! Bien sé que no he tenido razón. Soy feliz, aunque sólo os vea breves instantes, cada muchas horas. ¿No me respondéis, Enrique? ¿No me escucháis? Cogiendo su cabeza, en un gesto de infantil desesperación, lo obligó a mirarla y vió sus azules pupilas, brillantes de lágrimas contenidas. Entonces, dejándose deslizar de su asiento, quedó de rodillas junto a él.

—Enrique, Enrique —exclamó—. Querido amigo, padre mío. El la atrajo hacia sí en un movimiento lleno de pasión. Pero de improviso dejó caer los brazos.

—Somos dos locos, Aurora —exclamó con una amarga sonrisa—. Si alguien nos viese! ¿Qué significa esto?

—Significa, Enrique —repuso ella, impulsivamente—, que sois egoísta y malo conmigo. Desde el día en que me dijisteis: “Aurora, no eres mi hija”, habéis cambiado mucho.

Maese Luis se cubrió el rostro con las manos. Aún se hallaban uno al lado del otro. Aurora apoyaba la cabeza en las rodillas de él.

—Necesitaría tan poco para ser feliz, muy feliz. No hace tanto tiempo que me veáis sonreír, ¿verdad? Volveré a sentirme contenta y dichosa, como cuando guardaba vuestro encuentro.

Los dedos de maese Luis alisaban los cabellos de Aurora, en los que la luz de la lámpara se reflejaba con destellos de oro bruñido.

—Sed como antes —añadió ella—. Decidme si sois feliz. Decidme, sobre todo, si tenéis sufrimientos, para que os

—El tiempo pasa —
murmuró Lagardere.





En la calle, antes
apacible...

consuele. Si hubieseis tenido una hija a quien amaseis mucho, ¿no habríais procedido así con ella?

—Una hija —repitió el joven, con voz ahogada.

—Ya sé que no soy nada para vos, no me lo digáis más —susurró Aurora.

Lagardere se pasó una mano por la frente.

—Existe una vida brillante, una vida de placeres, de honores y riquezas. Tú no la conoces, hija mía.

—¿Acaso necesito conocerla?

—Mi deseo es que conozcas ese mundo distinto. Es necesario

—Y añadió, bajando la voz a su pesar—. Tendrás tal vez que elegir, y para elegir es necesario conocer...

Se puso de pie. En la expresión de su noble rostro se leía ahora una voluntad determinada y firme.

—Hoy es el último día en que vivirás como hasta ahora. Ya no habrá más ignorancias ni dudas para ti —dijo lentamente—

Quizás sea también mi último día de juventud y de esperanza.

—Enrique, en nombre de Dios, explicaos.

—Esta noche no podrás dormir. Recuerda tan sólo que por extrañas que sean tus aventuras, yo las he decidido. Si tardas en volver a verme, ten confianza. De cerca o de lejos, velo por ti. Besó la mano de la niña y se encaminó hacia sus habitaciones. Aurora quedó sola y desorientada. La conversación que acababa de sostener con Enrique de Lagardere, con un desenlace tan imprevisto, la intrigaba. Un misterioso horizonte se abría ante ella. ¿Qué aventuras debía afrontar? Conocería una existencia lujosa, el mundo de los afortunados. El había dicho "Para elegir". Se trataba, pues, de saber a quien preferiría. Quizás fuera preciso decidirse entre él y su madre...

—Es imposible —dijo, rechazando aquella idea con todas sus fuerzas—. Dios no puede permitirlo.

Y abriendo su ventana, se acodó en el alféizar, tratando de disipar el fuego de su frente. En la calle, antes apacible, se agitaba la multitud, agrupándose en los alrededores del palacio para ver a los invitados que empezaban ya a acudir a la fiesta ofrecida por el Rey de Francia, Felipe de Orleans. Entre dos compactas filas de curiosos, se veían avanzar las carrozas y literas. Los soldados montaban guardia, impassibles ante aquella animación.

El paje Juan María, entusiasmado, trataba de convencer a su abuela Francisca Berrichon para que abandonara la cocina y le acompañara a ver el desfile.

—¿Y quién guardará la casa? —preguntó Francisca, ya dispuesta a ceder.

—Nosotros mismos. Estamos a diez pasos.

Y sin aguardar más, la arrastró a la calle. La puerta quedó sin cerrar.

(CONTINUARA)

Los soldados, impassibles, montaban guardia.



¿A quien pertenece?



Díganos a quién pertenece el cuento "El Gato con Botas". Envíe respuesta a Revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 240.
El tesoro oculto en una caverna perteneció a Alí Babá.

Premiados con UNA SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL A "SIMBAD": María Angélica Rojas, Concepción; Alejandro Merino, Los Angeles; Carlos Encobar, Lautaro; Juana Ríos, Santiago; Sonia Berrios, Los Andes; Graciela Martínez, Talcahuano. UN PREMIO DE \$ 20.—: Miguel Ibarra, Con-

cepción; Clemente Fernández, Valparaíso; Roberto Daroch, Chillán; Elizabeth Retamal, Victoria; Humberto Torres, Lontué; Fernando Villalta, Chillán; Jorge Rivas, Estación Millantú; Clara Pinto, Santiago; Miriam Solar, Santiago; Jorge Valenzuela, Temuco. UN LIBRO Sergio Arancibia, Villa Alemana; María E. Torres, Lota Bajo; Luis Muñoz, Rancagua; Nelson Sánchez, Traiguén; Rodolfo Pedraza, Santiago; Inés Pérez, Curicó; Pedro Felipe Ramírez, Santiago; Carlos Riffo, Chiguayante; Arnaldo Arata, Santa Bárbara; Mario Cortés, Santiago.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 242

Correspondencia

HERNAN VIVEROS FRITZ.—Me ha conmovido su interesante carta en la cual manifiesta su entusiasmo por la labor de Roxane en la literatura infantil. Trataremos de que el "Simbad" le dé toda clase de satisfacciones espirituales.

JUAN GALLARDO.—Gentil serense que elogia esta pequeña gran revista haciendo votos porque en su trayectoria triunfal si-

ga haciendo la felicidad de los niños y de los adultos. Lea *En el Desierto*, dedicado a los entusiastas serenses.

LAURA SALGADO.—Esperamos que la suerte le acompañe en el sorteo de "Simbad". Nos complace saber que el "Simbad" es su revista favorita. Hemos solicitado que se envíe mayor número de ejemplares a Lebu.

ROXANE

Juan y Juanita



3. "—Te soltaré un golpe en la nariz si no te callas —amenazó el Escorpión, pero luego sonrió—. Bien venido, Juan; eres valiente. Y la niña se quedará con nosotros, aunque dicen que una mujer a bordo trae mala suerte. En último caso, la echaremos al agua." El asustado Mincho protestó: "—No seas bárbaro."



4. Por cierto que el Escorpión hablaba en broma. A pesar de su terrible nombre y de su afición a las riñas, tenía un corazón de oro. "—Nos hacía falta una cocinera —añadió—. Bien, Juan, aquí todos los "hombres" trabajan. Mañana sale a buscar empleo con tu amigo Tilín. No quiero zánganos a bordo."

(CONTINUARA)



EL REINO CON DOS REYES

N.º 243

\$ 6.-



Juan y Juanita

CAPITULO XXI.—EN BUSCA DE DOS MIL FRANCOS.



1. Juan y sus amigos habían salido a buscar trabajo. Regresaron al atardecer y vieron a Juanita discutiendo con un desconocido. Al ver su expresión desolada, se alarmaron. “—¿Qué sucede, Juanita?”, preguntaron. “—Este señor dice que es el dueño de nuestra barca —gimió ella—, quiere que la desalojemos.”



2. El Escorpión, capitán del grupo infantil, masculló: “—¿Qué se ha imaginado este atorrante?” Juan murmuró: “—Déjame tratar a mí este asunto, Escorpión. Señor —añadió, acercándose al hombre—. ¿Cuánto quiere por la chalana?” El contestó: “—Dos mil francos. Ni uno menos.”

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 28-IV-1954 — N.º 243

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: \$ 300.—
Semestral: \$ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 15,60. Semestral: \$ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.\$ 2,10
Semestral: U.S.\$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.\$ 0,20
Semestral: U.S.\$ 0,10

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Juana de Arco

Adaptación de Roxane

CAPITULO X.—*Juana viste de mujer.*

Durante los quince interrogatorios a que fué sometida la Doncella de Orleans, nada hubo que justificara su condena. Sin embargo, se acumularon pruebas para su acusación.

El 27 y 28 de marzo de 1431 se reunió de nuevo el tribunal, pero ya en sesión secreta y sólo con los 42 miembros que formaban parte de aquel inicuo proceso.

Juana de Arco, enflaquecida por tantos sufrimientos y con tantas noches sin dormir, ya no tenía la entereza y arrogancia que demostró en las sesiones públicas. Su fiel guardián Massieu debía sostenerla del brazo para conducirla hasta el banquillo de los acusados. Con las manos juntas sobre el pecho, la Doncella se sumía en dolorosa meditación y otras veces observaba uno a uno los semblantes de esos dominicos que de buena fe la creían "bruja, falsa profetisa e invocadora de malos espíritus".

Cuando Juana oyó la acusación que Cochon había preparado, sintió renacer en su alma toda la energía y fiereza de los tiempos en que conducía a los franceses a la victoria.





—Sois necios y nadie creará lo que decís.

—Nos ha insultado —vociferaban los inquisidores—. Mostradle los instrumentos de tortura a ver si aplaca su orgullo.

Quebrantada por la continua tensión que exigía su defensa, Juana cayó víctima de una fiebre maligna.

Otra vez se alarmó el conde Warwick y pidió a Inglaterra los médicos más famosos.

—La desvergonzada zagalga debe morir en la hoguera —insistía con implacable crueldad.

Dos semanas más tarde, el tribunal recibe de la Universidad de París la contestación a la encuesta y ya tiene Cochon en qué basarse para redactar la sentencia final en contra de Juana de Arco.

Como era costumbre en aquellos tiempos, las sentencias condenatorias debían ser leídas en los cementerios.

El día 25 de mayo, Juana de Arco, acompañada de su fiel guardián Massieu, subió al carro que debía conducirla al cementerio de Saint-

Juana subió al estrado.

Quen. En el tético recinto se habían levantado dos estrados, uno para los seglares y actuarios y otro para los eclesiásticos. El obispo de Beauvais, Pedro Cochon, sentado a la derecha del cardenal Winchester, tío del rey de Inglaterra, confiaba que al dar tanta solemnidad al acto arrancaría a la acusada su confesión. Además, en un lugar visible se había situado el verdugo con sus instrumentos de tortura.

Juana entró en el cementerio altiva y erguida. Vestía de negro y su rostro, elevado al cielo, resplandecía de claridad divina. Su guardián Massieu la ayudó a subir al estrado, en que también se hallaba el fraile que iba a leer la acusación. La enumeración de los crímenes de la Doncella duró varias horas.

El pueblo se impacientaba, cansado de aquella palabrería altisonante y falsa.

El sol llegaba a la mitad de su carrera cuando Cochon empezó a perorar con énfasis, pidiendo la retractación de esa mujer "*poseída de Satanás y agente del orgullo*".

—Juana —suplicó el hermano Martín—, firme la retractación y acepte vestirse de mujer. Así se librára de la hoguera.

Al oír esto los ingleses comienzan a vociferar y a decir que los frailes son traidores.

—Callad —ordena el cardenal de Inglaterra.

Uno de los inquisidores guió su mano para que firmara.



—Cuántos trabajos os tomáis por mí —dice dulcemente Juana—
Explicadme qué debo hacer.

—Si no abjuras serás quemada —murmura el hermano Martín
El pueblo normando, conquistado por tanta serenidad y dulzura
grita a la Doncella:—

—Acepta los vestidos de mujer. Haz lo que te pedimos, Juana
Juanita, no te dejes matar. Ponte vestidos de mujer.

Ella, conmovida por aquellas voces populares, inquiere:

—¿Qué condiciones me imponen?

—Que firmes este pergamino —dice Erard—. Si lo haces, serás
recluída entre mujeres y después te entregaremos a tu familia.
De lo contrario, serás quemada viva.

—Me someto a la Iglesia y ruego al arcángel San Miguel que
me aconseje —exclama Juana, llena de júbilo.

El pueblo aplaude y los ingleses rugen. Erard extrae de su man-
ga un pergamino y se lo presenta a Juana para que lo firme.

—No sé leer ni escribir —dice la acusada.

Uno de los inquisidores cogió su mano y la hizo firmar su nom-
bre con todas las letras
y trazar una cruz.

El fraude no podía ser
más indigno, p u e s en
ese pergamino hacían
declarar a Juana que las
apariciones de sus san-
tas eran engaños y que
los malos espíritus la
habían obligado a men-
tir.

—Te levanto la exco-
m u n i ó n —dijo Co-
chon—, y te condeno al
pan del dolor y al agua
de la angustia en una
prisión de la Iglesia.

—Está bien, llevadme a
vuestras prisiones y que
me vea libre de los in-
gleses.

Pero Cochon ya había

**Juana de Arco vistió
ropas de mujer.**



conseguido su infame objeto y ordenó que la Doncella volviera al castillo de Ruan.

Durante el trayecto, los ingleses, enfurecidos, rodeaban la carreta y gritaban:

—Que muera la bruja que ha hechizado al tribunal. No la dejemos escapar.

—Paciencia —sugirió Cochon a los fanáticos—, pronto será quemada la hereje.

Al llegar al castillo, los ingleses entregaron a Juana ropas de mujer.

—Ahora mandadme mujeres para que me custodien —suplicó ella. Pero en vez de mujeres, llegó, como antes, la guardia de soldados.

El 28 de mayo, cuando

Juana aún dormía, uno de los soldados se apoderó rápidamente de los vestidos de mujer colocados al pie del camastro. Al despertar, la prisionera reclamó sus ropas femeninas.

—Ya sabéis que he prometido no vestirme de hombre —decía la Doncella.

Pero los soldados ingleses se negaron a sus ruegos y ella se vió obligada a vestir su antiguo traje de varón.

Una hora más tarde corría por todo Ruan la noticia de que la "bruja", habiendo vuelto a vestirse de varón, era relapsa (perjura).

—¡Relapsa, relapsa! —gritaban por todas partes los ingleses—. ¡A la hoguera! ¡A la hoguera!



El péfido soldado sólo dejó el traje de varón.

(CONTINUARA)



EL TEMPLO DE BADAMI



CAPITULO III.—**RECUERDOS DE IMA**



1. Los detectives Mario Laurenti y Pancho Baray se defendieron del ataque de una cobra venenosa. Un muchacho hindú, llamado Lahal, exclamó: "—Esas serpientes son muy peligrosas. Hay centenares de ellas en el templo de Badami". Laurenti pidió a Lahal que les condujera al monasterio.



3. El pistolero Max Barton, que había huído de su país, pensaba obtener una incalculable fortuna en la India, con un plan audaz. Interrogó al chino Tang: "—¿Cómo va ese aprendizaje? ¿Le obedecen las serpientes? ¿Ejecuta bien la danza?" Tang sonrió placidamente, mientras los ojos de Ima relampagueaban.



2. "—¿Cuál es tu idea? —preguntaba Pancho, inquieto—. La cercanía de las cobras me pone nervioso." Mario contestó: "—Sospecho que allí encontraremos al príncipe raptado por la secta de Siva". No se equivocaba. En el templo estaba Ima, que ejecutaba danzas rituales bajo la amenaza de un látigo.



4. El heredero de Samodar ansiaba rebelarse, pero sus verdugos lo atemorizaban. Aquella noche decidió huir. Su guardián se sumió en un pesado sueño. Ima esperó aún algunos minutos, mientras reflexionaba: "—No quiero secundar los planes de estos si-niistros individuos". Con gran sigilo salió por la ventana.



EL TEMPLO DE BADAMI



5. Una ronda que inspeccionaba las celdas descubrió la fuga del prisionero. Con gran alarma se precipitaron por los sombríos corredores. Tang acudió al oír aquel vocerío. Cuando supo que Ima había huído, rugió: “—¡Imbéciles! ¡Descastados! Persígalo hasta darle alcance o les castigaré”.



6. Mientras tanto Ima se internaba en la selva. Su blanco traje se destacaba en las tinieblas. El collar de perlas y las gemas de su turbante lanzaban fugaces destellos cuando la luz de la luna se filtraba a través del espeso ramaje. De súbito el príncipe se detuvo, conteniendo un grito de terror.



7. Dos puntos de fuego verde oscilaron en la sombra. Luego se delineó un cuerpo ágil. “—¡Un tigre!”, susurró Ima. Era sólo un niño y carecía de armas para defenderse. En ese dramático instante aparecieron los guardianes del templo de Badami. Agitando sus antorchas hicieron huir a la fiera.



8. Ima intentó alejarse, pero los servidores de Tang cayeron sobre él, gruñendo: “—No logrará escapar otra vez. Por tu culpa hemos estado en peligro de ser azotados como perros”. Ima se estremecía de indignación bajo aquellas manos soeces que se atrevían a maltratarlo.

(CONTINUARA)



EL REINO CON DOS REYES



El viejo rey moría en su lecho con columnas de oro y ropas de seda y raso.

Sus dos hijos gemelos, Reiner y Rainer, cabalgaban con la velocidad del viento a través de los caminos del reino, a fin de ver a su padre antes que sus ojos se cerraran para siempre.

Reiner venía de la guerra. Su hermano Rainer regresaba de un torneo.

Llegaron al mismo tiempo; descabalaron con igual agilidad y luego de cruzar sus miradas con fraternal afecto, sin decir una sola palabra, subieron las gradas de la escalera principal y atravesando salones desiertos, llegaron a la alcoba real.

El rey yacía pálido e inmóvil. Las damas de la corte que velaban junto a él, se retiraron silenciosas, mientras los dos príncipes se arrodillaban. El monarca, extendiendo su mano traslúcida, murmuró débilmente:

—Hijos míos, os bendigo. Reinen con justicia.

—Padre y rey mío —dijo Rainer—. Antes de morir designa a tu sucesor. . . , y descansa tranquilo, porque el que no resulte elegido no sentirá envidia y será el súbdito más leal del nuevo rey. Los príncipes eran tan idénticos, que su nodriza los confundió al nacer y jamás supo decir cuál de los dos tenía el derecho de mayoría de edad.

El rey hizo señas de que deseaba escribir. Reiner le presentó un pergamino y sostuvo su mano desfalleciente. Cuando el monarca terminó la escritura, rasgó en dos la hoja y entregó una mitad a cada príncipe.

Ellos las deslizaron rápidamente en sus escarcelas, para sostener a su padre que, agotado por aquel postrer esfuerzo, dejó caer su cabeza sobre la almohada. Había muerto.

El rey era venerado por sus súbditos. Todos lloraron su pérdida. Pero era necesario pensar en el futuro del reino y coronar a uno de los príncipes. Una parte del pueblo, ávido de guerras y de conquistas, deseaba que Reiner ascendiera al trono, porque era un guerrero valeroso y audaz, a quien temían los estados vecinos. Los demás ansiaban que el cetro fuera entregado a Rainer, que era bondadoso y justo. Por cierto que también sabía manejar la espada y la lanza y era un jinete diestro, pero sus dotes comba-
tivas sólo las demostraba en los torneos de armas y en los lan-
ces de caballería.

Ambos temían leer el trozo de pergamino, cuya sentencia ame-
nazaba dividir al reino. Con espíritu aprensivo lo desplegaron
ante sus ojos. La parte de Reiner decía:

SAMAJ LE ONU NIS LE ORTO

La frase de Rainer era más breve:

ARANIER

Estas palabras nada significaban y los príncipes se sintieron de-
cepcionados. En vano unieron los dos trozos de pergamino. El
mensaje continuaba indescifrable.



El rey moribundo ras-
gó el pergamino.

—¿Quién requiere mis consejos? —preguntó el ermitaño.



El bibliotecario de palacio fué llamado. Era un docto anciano, que leía los más complicados idiomas y descifraba papiros antiguos y signos que nadie entendía. Estudió los dos textos durante largos días y por fin se declaró incapaz de traducirlos.

En la corte se murmuraba que el viejo rey no quiso expresarse el cerebro pensando en aquel arduo problema y que había recurrido a un ardid para que el destino eligiera al que debía reinar. Rainer y Reiner estaban desolados. Un rey no se escoge por azar y, además, la mitad del país quedaría descontenta, cualquiera que fuese la elección. Estaban seguros de que la última voluntad de su padre estaba contenida en aquel enigmático mensaje. Descifrado éste, el pueblo y la corte acatarían sin protesta el mandato del difunto rey.

Un día los desconcertados príncipes oyerón hablar de un santo monje, que vivía en una ermita situada en los límites del reino. Su fama de sabiduría se había extendido hasta los más lejanos confines.

—Enviemos en su busca —propuso Rainer—. Tal vez él pueda solucionar este misterio.

Una semana más tarde llegó el monje, escoltado por un escudero. Echando hacia atrás su capuchón, dijo con sencillez:

—¿Quién requiere mis consejos?

Ambos herederos observaron con respeto la venerable cabeza, orlada por los cabellos blancos y la barba canosa.

—Nuestro padre y rey, al morir, dejó un mensaje en el cual designa a su heredero. Nadie ha podido comprender su significado —contestó Rainer.

El ermitaño unió las manos e inclinó la frente para orar en silencio. Luego examinó los pergaminos. Todos los cortesanos estaban presentes y no apartaban de él sus ojos. Por fin pronunció:

—Basta leer las palabras en sentido inverso. Ellas dicen:

JAMAS EL UNO SIN EL OTRO REINARA

La voluntad del rey desaparecido se expresaba claramente: el reino tendría dos reyes.

Los heraldos anunciaron esta nueva por todo el país y los mensajeros corrieron de un castillo a otro, de una comarca a la siguiente, de una villa a una aldea, para que cada súbdito supiera que aquel reino tenía dos reyes.

Gritos de alegría se oyeron por doquier. Ya no existían dos bandos contrarios.

Ambos reyes gobernaron por muchos años y jamás el reino fue más respetado que en esa brillante época.

Rainer se preocupaba de la defensa y protección de sus vasallos,

El reino tenía dos reyes.



mientras su real hermano atendía a la prosperidad y justicia del reino.

El monje volvió a su retiro y hasta aquel apartado lugar llegaban los elogios del pueblo.

—La voluntad del viejo rey fué sabia y se ha cumplido —acostumbraba decir el ermitaño, y agradecía al cielo el haberlo ayudado a descifrar el mensaje.

Dicen que los pueblos felices no tienen historia. Pero la de este reino con dos reyes se conserva en antiguas crónicas y contiene un episodio maravilloso que los abuelos de todos los tiempos han relatado a sus nietos, hasta llegar a nuestros días.

Sucedió que en un castillo ruinoso y solitario vivían dos princesas, custodiadas por un dragón muy supersticioso, que se llamaba Eluno.

El pergamino legado por el anciano rey era viejísimo y se partió en más pedazos. Uno de éstos voló en una noche de tormenta, cayendo en la caverna donde estaba el dragón, con un ojo fijo en el castillo para que sus prisioneras no huyeran. En ese papel se leía: **JAMAS ELUNO.**

Precisamente el dragón preguntábase en ese instante si mantendría siempre cautivas a las princesas. Leyó la frase: **JAMAS ELUNO** y tembló de espanto. ¿Qué terrible genio le daba aquella orden?

Cerró los ojos y caminó cautelosamente en busca de otra caverna, donde pudiera dormir tranquilo.

—No las tendré prisioneras, pero una de ellas será mi esposa y la otra mi esclava —decidió.

Algo rozó su nariz y al abrir los ojos, vió que el papel revoloteaba ante él.

Se sintió más asustado que antes. Y ocurrió que cada vez que ideaba alguna maldad contra las princesitas, el mensaje lo perseguía hasta que él, acorralado, leía: **Jamás Eluno.**

Tanto sufrió el dragón con aquella persecución, que un día, contrito y tembloroso, se presentó en la ermita del santo monje. Le refirió su tragedia y el monje le aconsejó que llevara a las princesas a palacio, para que se desposaran con los dos reyes. Por su parte, el dragón debía internarse en la montaña y vivir allí tranquilo, sin robar más hijas de reyes, ni hacer fechoría alguna.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA

ARROUA!!



LA SELVA SE HA ESTREMECIDO
POR UN TREMENDO RUGIDO

ARROUA!!



EN LA TRAMPA ESE LEÓN
CAERÁ COMO UN RATÓN

SIGANME SIN VAQUILAR,
SIN SUSTO Y SIN ESCAPAR

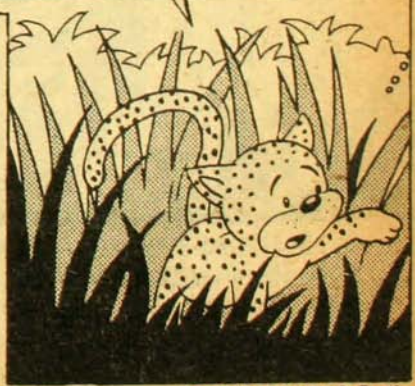
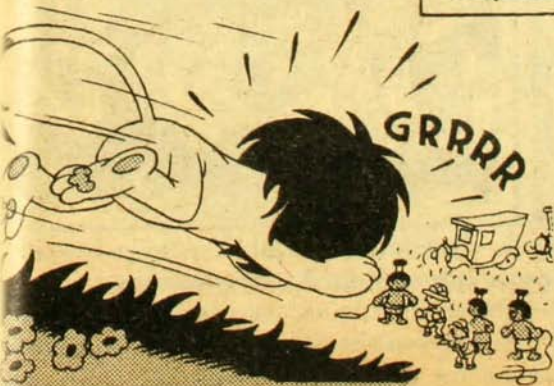
RROOO!!



¡MIRENLO! NO ES NADA FECA
PARA LLEVARLO A UN MUSEO



¡AY! BUEN LECTORITO MÍO
EL LEÓN ESTÁ EN UN LÍO



CONTINUARA



SOLITARIO BILL

CAPITULO XXVIII.—BAJA SOBRE EL ABISMO



1. El mestizo Miguel oyó decir a Solitario Bill que en el cementerio indio había grandes tesoros ocultos. A fin de quedar solo en aquel campo sembrado de esqueletos y de oro, simuló estar moribundo. “—Sálvense, amigos míos. Váyanse con mi bendición”, gimió con voz débil.



3. Atando lianas formó un lazo. “—Las paredes están más lisas que la calva de Miguel —observó Tex Montaña—. ¿Dónde piensas enlazar las lianas?” Solitario Bill respondió: “—Me servirán para bajar”. Entregándole su cuchillo, Tex añadió: “Lleva esto para quedar más tranquilo. Buena suerte, hermano”.



2. Solitario Bill dijo a Tex: “—Quédate tú aquí. Yo iré a buscar a Anita y a Gran Búfalo, para que sanen de sus heridas con el agua termal”. Tex gruñó: “—Para salir necesitas alas. ¿O piensas regresar por el túnel, para que los osages tengan donde ensartar sus flechas?” Pero Bill tenía ya un plan.



4. La aguda mirada del vaquero había descubierto fisuras en el muro aparentemente liso. Tex lo miraba con incredulidad. “—Una mosca subiendo por un vidrio se resbalaría, pero él sigue tan campante —murmuró con admiración—. Verdad que sólo hay un texano que aventaje a Solitario Bill y ése soy yo.”





SOLITARIO BILL



5. El joven había llegado hasta un tronco de árbol. Izándose con un poderoso impulso, alcanzó la cumbre. "—Ahora se trata de descender", dijo, examinando el precipicio. La pared estaba erizada de rocas. Solitario Bill ató el lazo en un espolón de piedra. De allí sería fácil deslizarse.



7. Luchar contra un águila enfurecida es tarea de titanes. El joven esgrimió el cuchillo que le había dado Tex Montaña y se preparó para defenderse. Vió muy cerca de su cabeza las temibles garras, pero de pronto el ave rapaz giró sorpresivamente. Solitario Bill también giró, suspendido de la sogá.



6. Descubrió que junto a esa roca había un nido de aguiluchos. "—Menos mal que los padres están ausentes", reflexionó, pero no tardaron en aparecer las gigantescas aves de rapiña. Mientras la hembra volaba a proteger su nidada, el águila embestia a Solitario Bill.



8. Mientras tanto la hembra asestaba fuertes picotazos a la liana, para desprenderla de la roca. Solitario Bill, con su hábil movimiento, evitó que el águila pudiera atacarlo por la espalda. En el momento propicio hundió su cuchillo en el cuerpo de su adversario. Y precisamente entonces se cortó la sogá.

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO V.— Sombras del pasado.

Nadina, viendo que la princesa Alejandra estaba cada día más pálida y demacrada, decidió ayudarla en su trabajo. La anciana atendía un taller de costura, donde trabajaban jóvenes dalvacianas.

Por cierto que la condesa Sofía se oponía a este proyecto, denominándolo "rústico, plebeyo y absurdo".

—Te ayudaré, abuelita —repitió Nadina.

—¿Y tus estudios, hija mía? Este año debes rendir bachillerato.

—Estudiaré en mis horas libres.

Al pronunciar estas palabras, comprendió que sería imposible realizar su deseo. No tendría tiempo libre.

—Más tarde reanudaré mis estudios.

—¿Cuándo? —murmuró la anciana princesa, tristemente.

—Cuando Valia y Dimitri estén en edad de trabajar.

—Faltan muchos años para ese día.

—¿Qué importa, abuelita? Debemos pensar en la situación actual. Tú sola no puedes mantenernos. Si no te ayudo, contraeremos deudas, que luego no sabremos cómo pagar.

Los ojos de Alejandra se humedecieron. Contempló con orgullo a su nieta preferida, que una vez más daba pruebas de reflexión y valentía.

—Déjame abrazarte, Nadina. Eres la digna hija de tu madre.

La niña enrojeció de placer. Ningún elogio podía haberla conmovido más que aquél.

RESUMEN: La familia del gran duque Sergio Nepuskine debe abandonar Dalvacia, su patria, porque, por intrigas políticas, ha sido sentenciado a muerte. Le acompañan en el exilio sus hijos Nadine, Valia y Dimitri, su madre, la princesa Alejandra, y su cuñada, Sofía. Esta pierde sus joyas y cree que se verá sumida en una horrible miseria. Pero el gran duque encuentra un empleo y la familia se traslada a París. Sofía no se resigna a vivir ignorada y conspira con Boris y Carol, dos refugiados políticos. Días más tarde el gran duque Sergio desaparece misteriosamente...

—Esa es una comparación maravillosa, abuelita.

—Sí, y muy merecida, Nadina —afirmó la anciana, con voz grave.

—Hábleme de ella, por favor.

La princesa refirió entonces la llegada a Sopronik de la encantadora Lelia. Era grácil y alegre como una brisa primaveral. El gran duque Sergio la adoró desde el primer instante. La princesa no negó que al saber que su hijo contraería enlace con la extranjera, se sintió muy contrariada. Se encerró en sus habitaciones y con adusta mirada observó desde el balcón la llegada de su nueva. La vió descender del coche, ágil como una alondra. Saludó sonriente a todos. Más tarde, cuando Alejandra accedió a recibirla, avanzó con las manos extendidas. En su juvenil rostro se reflejaban la confianza, el respeto, la ternura. La anciana princesa no pudo resistirse a la natural atracción de aquella joven y la adoptó como a una hija muy querida.

Nadina meditaba. La familia de su madre residía en Bretaña. Deseaba conocerla, pero una vez que mencionó este anhelo, su abuela le ordenó que guardara silencio.

Impulsivamente preguntó:

—Yo amo este país,
abuelita —declaró
Nadina.



—¿Mi padre estaba disgustado con la familia de mi mamá?
—Sí, niña. Lelia era huérfana. Sólo tenía una hermana mayor, casada. Este matrimonio la había educado y le profesaba un cariño sin límites. Al saber que se casaba con un extranjero, se sintieron defraudados, traicionados. Su hermanita idolatrada les era arrebatada por un desconocido. Se demostraron hostiles y tu padre se ofendió con esa actitud. Cuando Lelia murió, les envió una carta breve y seca, para comunicarles la fatal noticia. Ellos, cegados por el dolor, le contestaron culpándolo de la muerte de Lelia, acusándole de no haber brindado a la enferma los cuidados necesarios. Entonces mi hijo juró no comunicarse jamás con la familia de su mujer. Años más tarde se casó con la hermana de Sofía y de Natalia. Y el desdichado episodio se olvidó. Yo hubiera deseado evitar esa ruptura, pero mientras más tiempo transcurría, más difícil era intentar una reconciliación. ¿Quién nos diría que un día vendríamos a buscar refugio en la tierra natal de Lelia?

—Yo amo este país, abuelita.

—Yo también. Aquí hemos hallado hospitalidad, trabajo, amigos.

* * *

Sola en su habitación, Sofía era la imagen de la desolación. Tenía demasiados problemas y se consideraba la criatura más desventurada del mundo. No sólo había desaparecido su cuñado, el gran duque Sergio Nepuskine. La princesa Alejandra estaba enferma, cualquiera podía verla, y, para colmo de calamidades, sus fieles aliados Boris y Carlo no daban señales de vida. Hacía diez meses que no les veía. Diez meses. De pronto se estremeció. Ese era el tiempo transcurrido desde que Sergio desapareció.

—No puedo desconfiar de ellos —gimió—. Eran leales a la familia Nepuskine. Hubieran defendido a Sergio de las embocadas. Pero, ¿por qué no se comunican conmigo?

Esperaba con impaciencia al cartero.

Las dudas la atormentaban. ¿Boris y Carlo eran amigos o traidores? Sirviéndose de los datos que ella misma les proporcionó, secuestraron al gran duque. Tal vez le habían asesinado.

Esta idea la obsesionaba. No le permitía dormir. Su tortura moral era tan intensa, que afectó su salud. Las mejillas, antes redondas y rojas, aparecían sumidas. Los ojos impertinentes cerrábanse ahora con terror ante cualquier mirada. Llevaba la sombra de un

crimen en la conciencia y no tenía una sola amiga a quien pudiera confiar su desesperación.

* * *

Por fin accedió Alejandra a que su nieta la secundara. En poco tiempo la niña aprendió las labores de tejido y bordado, a fin de dirigir a las obreras. Una tarde en que debía entregarse un cuello tejido, sin que hubiera disponible ninguna tejedora para llevarlo, Nadina se ofreció para cumplir ese encargo.

Sofía era la imagen
de la desolación.



En el camino se cruzó con un joven que caminaba apresuradamente. El acortó el paso al verla y su semblante reflejó un profundo asombro. Continuó observándola como si no advirtiera que su actitud era impertinente.

Molesta, confusa, Nadina continuó su marcha. Entregó el paquete en la dirección que le había dado la princesa Alejandra e inició el regreso. Junto a un poste distinguió la silueta del desconocido. Por un instante pensó retroceder. Luego, no queriendo demostrar

su temor, avanzó con paso firme. El se interpuso, murmurando: —Perdón.

Nadina se detuvo, enarcando las cejas. Su suave y hermoso rostro revelaba desagrado.

—Perdóneme —repitió el desconocido—. Pero usted es la viva imagen de una persona que mi familia aún llora, porque murió hace muchos años. El parecido es tan extraordinario, que me permito preguntarle su nombre.

Por cierto que ella no podía dar su verdadero nombre: Nepuskine. Sobre este noble nombre pesaba una sentencia de muerte, un secuestro, quizás un cobarde crimen. Ese nombre era como un conjuro fatídico para atraer a enemigos implacables.

—Mi nombre no le interesa —respondió con sequedad—. Mi padre se llama Sartori. Ese nombre es de origen polonés. Y yo, señor —añadió cediendo al infantil deseo de representar una comedia—, soy obrera de un taller de bordados.

Luego de pronunciar estas palabras, esquivó al joven y reanudó su camino, satisfecha de que el interrogatorio terminara.

El la contempló hasta que la esbelta figura desapareció en la lejanía. Su semblante reflejaba el estupor y la incertidumbre.

—No puedo equivocarme. Tiene que ser ella —balbuceó.

Mientras tanto, Nadina, feliz por haber engañado a su perseguidor, llegó casi corriendo al taller, cerrado ya a esa hora.

Las facciones del desconocido habían quedado grabadas en su recuerdo.

—Lo he visto antes —murmuró—. ¿Dónde?

Se disponía a cruzar el umbral cuando su hermana Valia, reuniéndose con ella, susurró:

—¿Aún te persigue el héroe del tren?

Desconcertada, Nadina repitió:

—¿Del tren? ¿Qué quieres decir?

—Ese joven... , el francesito, como le llamó tía Sofía. ¿No recuerdas que cuando llegamos a París venía en el mismo vagón y no cesaba de mirarte?

Sólo entonces Nadina ubicó al desconocido.

Nuevamente la palabra "espía" vibró en su corazón, con un eco de alarma.

—Valia —murmuró—. Una vez dijiste que éramos acechados por espías. Entre esos hombres, ¿viste a este joven?

—No, tranquilízate. Eran otros tipos.

El pequeño Dimitri oyó los susurros de sus hermanas y añadió: —Valia, tal vez tú viste a dos sujetos que se reunían con mi tía Sofía. Yo una vez los divisé en un salón de té conversando en secreto.

Esta noticia desconcertó a Nadina.

La princesa Alejandra reposaba en su habitación y al oír los pasos de su nieta, la llamó. Advirtiendo la inquietud que se reflejaba en su semblante, indagó:

—¿Qué sucede, hija mía?

—Nada, abuelita.

Besó suavemente los cabellos blancos y luego se dirigió al dormitorio de la condesa Sofía.

—Tía —exclamó—. ¿Conoces a dos... dalvacianos?

Formuló esta pregunta a ciegas, sin saber cómo denominar a los desconocidos. Vió que el rostro de Sofía se alteraba y que sus ojos traslucían el terror.

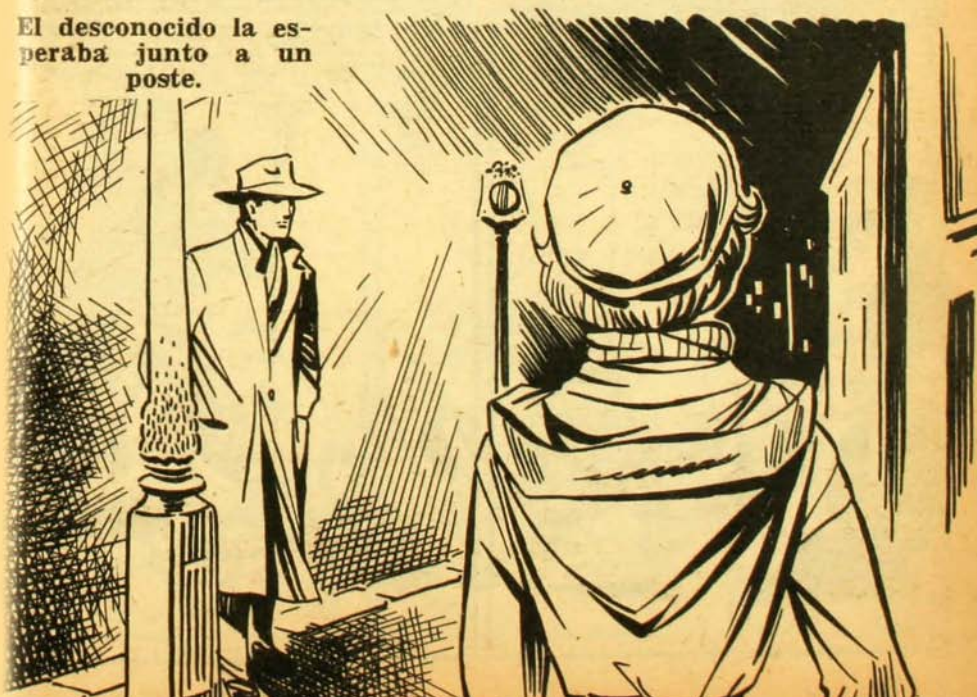
—Nadina —dijo con voz ahogada—, ¿has tenido noticias del gran duque? ¿Ellos..., ellos...?

No pudo seguir hablando. Por fin gimió:

—Tráeme agua..., me muero...

(CONTINUARA)

El desconocido la esperaba junto a un poste.



Ponchito

por nato





El jorobado

CAPITULO XXVII.— *La princesa que apareció en la noche.*

Aurora de Nevers había quedado sola porque su paje Juan María y la cocinera Francisca Berrichon salieron a ver el desfile de invitados al palacio del Regente.

De pronto oyó tras ella un débil ruido. No pudo contener un grito de terror.

Una alegre carcajada fué la respuesta. Ante ella estaba una mujer envuelta en un dominó color de rosa. Un antifaz cubría su rostro.

—¿La señorita Aurora? —preguntó la enmascarada, haciendo una reverencia.

—¿Estoy soñando? —preguntó a su vez Aurora—. ¡Esa voz!... Cayó el antifaz. El bello y burlón semblante de doña Cruz apareció sonriente.

—¡Flor!, ¿es posible?... ¿Eres tú?

La gitana fué hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Qué alegría verte, Flor! Pero ¿quién te ha dejado entrar? Tengo prohibido recibir visitas.

—¿Prohibido? —repitió Cruz—. Sin embargo, tu prisión no está muy bien guardada, porque la puerta se hallaba abierta.

Aurora se dirigió a la sala y comprobó que su amiga había dicho la verdad. Llamó a Francisca y a su nieto, sin obtener contestación.

—Sin duda Enrique les dió permiso para que se ausentaran —murmuró, sin inquietarse. Al reunirse de nuevo con Cruz, ésta exclamó:

—¡Cómo has crecido! ¡Qué hermosa estás!

—Pues, ¿y tú? —repuso Aurora.

Y ambas se contemplaron con admiración.

—¿Y ese traje? —inquirió Aurora.

—Voy al baile del Regente. Me esperan en palacio para ser presentada a Su Alteza. Así como lo oyes.

Los ojos azules se dilataron de asombro.

—¿Te admiras? —añadió Cruz, rechazando con el pie la cola de su traje de corte—. ¿Por qué te asombras? Claro que yo también me admiro, ¿sabes? ¡Es que suceden cosas tan extrañas! Ya te contaré.

—Pero, ¿cómo has encontrado mi casa?

—Desde mi llegada a París no había salido a la calle y, ¿cómo llegar hasta aquí? Estaba pensándolo cuando oigo unos rasguños en la puerta de mi salón y antes de que yo alcanzara a abrir, entra un hombrecillo feo y contrahecho, me saluda y me dice: “Si la señorita quiere seguirme, la conduciré a donde ella desea ir...”

—¿Era un jorobado?

—Sí, ¿le enviaste tú?

—No, de ningún modo.

—¿Le conoces?

—Nunca le he hablado.

—Tú sabes que soy valiente y que las aventuras me atraen. Acepté sin vacilar la invitación del gnomo. El abrió una puerta disimulada, para mí desconocida, en mi propia habitación, ¿puedes concebirlo? Pasamos por unos corredores cuya existencia nunca imaginé. Salimos. En la calle esperaba una carroza. Para subir, el hombrecillo me dió la mano con perfecta gentileza. Momentos después bajábamos aquí, a tu puerta. La carroza ha partido al galope y cuando me he vuelto para dar las gracias a mi misterioso acompañante, no he visto a nadie.

Aurora permanecía pensativa.

—¿Qué dices a todo esto? —le preguntó su amiga.

—Nada..., pero, ¿con qué motivo vas a ser presentada al Regente?



Apareció de pronto un hombrecillo contrahecho.

La joven doña Cruz se sentó majestuosamente en un sillón y re-
puso:

—Querida, aquí ya no hay gitana, ni la hubo nunca. Eso ha sido una ilusión, un sueño. Donde me ves, soy hija de una princesa, nada menos.

—¿Tú? —preguntó Aurora, estupefacta.

—Yo misma —asintió la morena cingara—, a no ser que seas tú. Es la historia eterna. Los bohemios entran en los palacios por las chimeneas, se llevan algunos objetos de valor y casi siempre a la pequeña heredera... Yo soy una heredera robada por los gitanos... y, según parece, la más rica de Europa.

Era imposible saber si hablaba en broma o en serio. Quizás ella misma no lo supiera. Sus ojos negros relampagueaban de inteligencia y osadía. Aurora la miraba entre incrédula y asombrada.

—¡Magnífico! —exclamó por fin, convencida—. ¿Y cómo te llamas?...

—La señorita de Nevers —declaró la gitana, alzando los largos pliegues de su vestido.

—¡Nevers! ¡Uno de los nombres más grandes de Francia!

—En efecto, querida, y hasta parece que soy algo prima de Su

Majestad... Por cierto que cuando hago preguntas, se apresuran a decirme que guarde silencio. Parece que tengo grandes enemigos. En fin, esta noche oiré mi verdadera historia, de labios de mi tutor, el príncipe de Gonzaga.

—Soy hija de una princesa, nada menos —declaró la gitana.

—¡Gonzaga! —repitió Aurora, estremeciéndose—. ¿Has dicho Gonzaga?

—Sí, Felipe de Mantua, el marido de mi madre, la duquesa viuda de Nevers.

—El asesino... —balbuceó la niña rubia—.



Gonzaga... , ese nombre está mezclado a todos los terrores de mi infancia. La primera vez que Enrique arriesgó su vida para salvarme, oí pronunciar ese nombre. También lo oí cuando fuimos atacados en la granja cerca de Pamplona. Aquella noche en que salvaste a Enrique con tu encantamiento, también lo oí. Luego en Madrid, por último en el castillo de Caylus.

Flor meditaba.

—Maese Luis, tu hermoso cincelador, ¿te ha dicho alguna vez si eras hija de una gran dama?

—Nunca —respondió Aurora—, y, sin embargo, yo lo creo así.

—Mira —concluyó la antigua gitana—, no me gusta meditar mucho tiempo, Aurorita. Mi cabeza está llena de ideas confusas. En cuanto a eso de convertirme en la hija de una duquesa, me parece que te iría mejor a ti que a mí. Pero, ¿a qué descifrar enigmas? Esperemos los acontecimientos. Sin embargo, debo decirte que me parece imposible ver en Gonzaga un salteador de caminos ni a un asesino. Es de ilustre cuna y muy bien educado para eso. Bien puede haber un error. En Italia hay muchos Gonzaga, verdaderos unos, falsos otros. El que me nombras es sin duda un falso Gonzaga. Además, pienso que si el príncipe fuera tu perseguidor, maese Luis no te hubiera traído aquí.

—Es posible; pero me rodea de tantas precauciones...

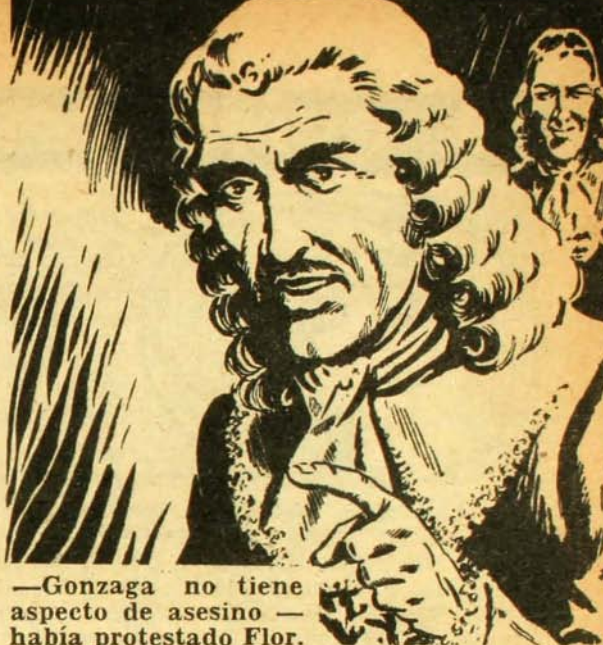
—¡Bah!, es porque está celoso...

—¡Oh!, ¿cómo dices eso, Flor? —murmuró Aurora, ruborizándose.

—¿Ves?, enrojeces de orgullo y de felicidad. ¿Sigue siendo tan hermoso y valiente? ¡Vamos!, dímelo, ¿le amas? Dímelo al oído, en voz muy baja.

—¿Por qué en voz baja? —protestó Aurora, irguiéndose.

(CONTINUARA)



—Gonzaga no tiene aspecto de asesino —
había protestado Flor.

¿A quien pertenece?



Díganos: ¿A qué religión pertenece el dios Amón-Ra? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 241.— El cuento "El Ruiseñor y la Rosa" pertenece a Oscar Wilde.

Premiados con: **UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.**—

Jorge Palamara, Santiago; Leonardo Ibáñez, Los Andes; Noemí Leigh, Talca; Maristela Hirsch, Santiago; Santiago Guerra, Santiago; Julio Ríos, Santiago. **UN PREMIO DE \$ 20.**— Luis Gastón Jofré, San Fernando; María Cecilia Gaete, Concepción; Carlos Alberto Monzó, Santiago; María A. del Campo, Villa Alegre de Loncomilla; Mariela Grez, Lota; Patricia Palacios, Santiago; Lucy Campusano, Valparaíso; Sergio Arancibia, Villa Alemana; Arnaldo

Arata, Santa Bárbara; Iris Pantoja, Valparaíso. **UN LIBRO.**— María Inés Lagos, Viña del Mar; Marcos Fuentes, Lautaro; Estrella Roa, Angol; Igor Salas, Valparaíso; María Valdés, Santiago; Jorge Sandoval, Talca; Benito Contreras, Chillán; Rafael Carmona, Santiago; Francisco Canales, Santiago; Beatriz Morales, Valparaíso.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 243

Correspondencia

ELSA FRANCO, AMBROSIO IBARRA, BRUNO POBLETE.— Agradecemos sus elogios y las felicitaciones que envían a Ketmis, Elena Poirier y Nato.

RUBEN BARRIO, MANUEL MARTINES CARLOS BUISON, SILVIA HUERTA, RODOLFO PALABINO, MARUJA GAMBON.

—Si aumentáramos las páginas de "Simbad", la revista subiría de precio y muchos niños no podrían comprarla. Adviertan us-

tedes que tratamos de aprovechar cada línea en la mejor forma posible.

MARCIA CHEVESICH.— Digo igual que a los anteriores.

MARIA TERESA ALDUNATE, DAGORA VALLADARES, PETRONILA TORRES, JUDITH BENGER.—Nos congratulamos al saber que ustedes consideran su revista favorita el "Simbad" y que en ella encuentran sus mejores lecturas.

ROXANE.

Juan y Juanita



3. "—Muy bien, señor..., ¿cuál es su nombre?", interrogó el niño. "—Blanchar —repuso el dueño de la embarcación, atónito—. ¿Pero dónde conseguirán el dinero?" El Escorpión respondió: "—Lo ganaremos. Vuelva usted a cobrarnos en dos semanas más". Blanchar se marchó, cada vez más asombrado.



4. "—¿Dónde conseguiremos el dinero?", repitió Mincho, como un eco. El Escorpión no supo qué responder. Juanito parpadeó. Pero su hermana propuso: "—Yo venderé flores." Juan dijo entonces: "—Y nosotros nos dedicaremos a buscar perritos perdidos, para devolvérselos a sus dueñas."

(CONTINUARA)

